



Fuego

BISHOPSTOKE II

Judit Da Silva



FUEGO
BISHOPSTOKE II
JUDIT DA SILVA

SINOPSIS

Clea Freeman siempre había sido la más alocada y despreocupada de las hermanas Freeman. Le importaba poco o nada lo que la gente pudiera decir o pensar de ella. Por eso, cuando se le presentó la oportunidad, ¿cómo iba a negarse a la posibilidad de viajar a solas con Jack Mardling, el gran amor de su adolescencia? Incluso aunque ello significara ganarse la ira de su hermana mayor.

Por su parte, Jack Mardling llevaba años deseando dibujar a la joven Clea Freeman. Algo en ella siempre había despertado su deseo de plasmarla sobre un lienzo. Y, cuando ella por fin había cedido, pareció que su mundo se volvía más brillante. Sin embargo, no estaba preparado para todo lo que significaría viajar y pintar a aquella joven y alocada mujer.

Primera edición en digital: febrero 2019

Título Original: Fuego

©Judit Da Silva, 2019

©Editorial Romantic Ediciones, 2019

www.romantic-ediciones.com

Imagen de portada ©[Velvetstock](#)

Diseño de portada: Isla Books

ISBN: 978-84-17474-32-4

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por las leyes.



PRÓLOGO

Fingir que no le interesaba, no prestar atención cuando hablaban de él, hacer como que no le veía cuando coincidían en algún lugar... Eso era lo que Clea tenía que hacer siempre que Jack Mardling se encontraba en el lugar o cuando era simplemente mencionado. Y, teniendo en cuenta que se estaba dando a conocer como uno de los artistas más importantes del país, la mención de su nombre estaba haciéndose cada vez más corriente.

Pero no podía evitarlo. Desde la primera vez que le vio, su corazón saltó dentro de su pecho. Cuando él la miró, dejó de respirar. Y cuando confesó sus deseos de pintarla, ya sentía algo por él.

Sabía de su fama, ¿quién no conocía la lista inacabable de sus amantes?, pero, aún sabiéndolo, aún cuando solo fuera a ser una más de las tontas que habían caído en sus garras, ella lo había elegido por voluntad propia. Era su decisión.

Y, a pesar de pensar de esa manera, se obligó a aplacar sus deseos por las órdenes de su hermana, odiándola por hacerla sufrir tanto como ella misma sufría por amor. Durante tres años, ignoró todo lo que tenía que ver con él, diciéndose que, tarde o temprano, tendría que acabar olvidándole.

No resultó ser así.

Sus ansias de verlo no disminuyeron en ningún momento y, una vez que su hermana se casó con Adrien Bells y pudo residir junto a las gemelas Bells, las hermanas de su cuñado y sus dos mejores amigas, se dijo que nadie más intervendría en su felicidad. De hacerlo, que se abstuviera a las consecuencias.

CAPÍTULO 1

—Oh, no. Desde luego que no. Me niego —aseguró Lisa cruzándose de brazos, con ambas gemelas a cada lado.

—Pero... ¿por qué no? Él es el que se encarga de nuestros retratos familiares desde hace años —insistió Kaila, mirando a los presentes como si fuera de lo más obvio—. Además, a pesar de que ahora tiene renombre, ha dicho que no tiene problemas de tiempo para venir a casa.

—No permitiré que Jack Mardling pise ésta casa. No me hace ni la más mínima gracia que venga —fue todo el argumento que dio la joven señora de la casa, de pie como estaban las tres en el despacho.

—¡Hermano! —lloriqueó Kailyn hacía Adrien que se encontraba sentado detrás de su mesa, inmerso en papeles. O, al menos, fingiéndolo.

Desde que Lisa y él se habían casado, Adrien procuraba llevarse todo el trabajo que podía a casa, ya que le era más placentero estudiar los números con ella a su lado que en su solitario despacho en las fábricas.

—Yo no tengo ningún inconveniente en que Mardling nos pinte. Siempre lo ha hecho y ahora la familia ha aumentado.

—¡Adrien! —le regañó Lisa, ya que él, más que nadie, conocía sus motivos para no quererle en casa.

Pero, sin embargo, él alzó la vista de sus papeles solo para dirigirle una sonrisa a su esposa, la cual no pudo evitar relajarse un poco.

—Tranquilízate, mi amor. Solo viene a pintarnos. A todos. No tienes de lo que preocuparte —le aseguró, instantes antes de volver su atención a los papeles que tenía ante sí.

Lisa torció el gesto, pero sabía que tenía razón. Mientras ella estuviera presente, resultaría casi imposible que pudiera ocurrir algo entre él y su hermana. Además, sería un retrato familiar, con lo que

el pintor no tendría ninguna excusa para quedarse a solas con ella. Y, además, sabía que Adrien quería ese retrato. Se lo llevaba pidiendo desde el día de su boda y Lisa solo lo había estado retrasando todo lo posible para no tener al pintor en casa.

Ahora, meses después, ya no le quedaban más excusas para que Jack Mardling no apareciera.

—Está bien, está bien. Si insistís tanto, que venga a hacer ese retrato. Pero vigilaré cada uno de sus pasos mientras esté en esta casa —concedió esta, viendo como las gemelas se sonreían, tratando de mantener los planes que hubieran querido urdir lo más lejos posible.

No entendía a qué venía aquella alegría por el mero hecho de que ese pintor acudiera a la casa. sobre todo por parte de Kailyn, después de saber lo que ambas sabían. Kailyn, en su juventud, había demostrado algún sentimiento de amor hacía Clea y ni Lisa sabía si eso se había acabado.

A no ser que los sentimientos de la joven hubieran cambiado en el tiempo que llevaban sin verse, o hubiera entendido lo imposible de su situación, ayudar a Clea con el asunto del señor Mardling solo le traería sufrimiento para ella.

Contempló como las dos muchachas salían del cuarto solo para volverse hacía Adrien, con las manos en las caderas, en posición de ataque.

—¿Por qué no me has apoyado en esto? —le preguntó, con disgusto.

Lo que menos necesitaba era que su marido no la apoyara en aquel tipo de decisiones, cuando las jóvenes de la casa podían ver una forma de salirse siempre con la suya.

—Porque creo que exageras. Además, tu hermana es lo suficientemente mayorcita para saber lo que se hace y lo que no.

—¡Oh! Así que, según esas palabras, tampoco intercederías ante la elección de tus hermanas, ¿no es así?

—Creo que ambas son los suficientemente inteligentes para elegir

por su cuenta, sí —afirmó este, aún observando sus papeles.

—¡Adrien! —Exclamó Lisa, golpeando el suelo con un pie, irritada.

El hombre, suspirando con resignación, se puso en pie, tratando de lucir lo más tranquilizador posible, y se acercó a ella hasta que tuvo sus manos entre las suyas.

—Amor, que no interfiera en sus decisiones no significa que no me importen, si no que son adultas para saber lo que se hacen. De cometer algún error, se lo haré saber, pero no tomaré decisiones por ellas.

—Y... ¿harás lo mismo con nuestros hijos? —murmuró esta, jugando con sus manos, aún tratando de lucir molesta, sin alzar la vista hacia él.

—Si les enseño a elegir bien, por supuesto.

—De verdad que eres imposible —le acusó Lisa, intentando mostrarse más irritada de lo que estaba. Aunque fuera una tarea que le supusiera un esfuerzo.

—Y tú una cabezota. Pero, tranquila. A pesar de eso, yo te quiero igual —le aseguró Adrien, abrazándola mientras se reía, ya que, en venganza, Lisa le golpeó en el pecho.

Las gemelas, que habían estado escuchando tras las puerta, se sonrieron, más tranquilas. Sabían que su cuñada discutiría con Adrien la actitud que el cabeza de familia había mostrado y lo que menos deseaban era que tuvieran una pelea por su causa.

Allí las encontró Clea, que, inteligentemente, se había mantenido alejada del lugar mientras las gemelas hacían su petición.

—¿Cómo han ido las cosas? —Preguntó en voz baja, colocándose junto a ambas.

Las gemelas sonrieron y se alejaron de la puerta, llevándose a Clea hasta la puerta del jardín, un lugar apartado donde podrían hablar y ver de lejos si alguien se acercaba.

—Tu hermana es dura, pero ha acabado aceptado. El señor Mardling vendrá a pintarnos —canturreó Kaila, orgullosa de su éxito.

Clea no pudo ocultar su emoción ante la noticia, sonriendo para sí, mientras se llevaba las manos a los labios para silenciar el pequeño grito de emoción que había subido a su garganta.

—Pero... ¿cómo vas a hacer para hablar con él? —le preguntó Kailyn, sacándola de su instante de felicidad.—Tu hermana ha asegurado que no le quitará ojo de encima.

—No os preocupéis por eso. Solo necesito un instante con él a solas, donde nadie pueda vernos. Si todavía desea pintarme, no necesitaré más tiempo para concertar una cita y vernos en su estudio. Así será más fácil.

—¿Y qué mentira esperas decirle a Lisa, que pueda creerse, para justificar que pases tantas horas fuera de casa? —le preguntó Kaila, que quería asegurarse que el plan de su amiga no tuviera fallos.

—¿Recordáis a Linzy Hale, la chica tímida, que es hija del dueño de la fábrica de cuero? —Las chicas asintieron, ya que habían visto a la joven en algunas reuniones y Clea les había hablado de ella en varias ocasiones desde su vuelta—. Llevo haciéndome amiga suya un tiempo. Es una chica encantadora, pero le cuesta mucho hablar con los demás. Le comenté que había un hombre que me gustaba, pero que no podía ver por culpa de mi hermana, y se ofreció a ser mi celestina.

—¿Y por qué haría algo así por ti? Podría meterse en un lío si os descubren —comentó Kaila, extrañada.

Recordaba a la muchacha como alguien quién apenas destacaba cuando se sentaba en un rincón de un cuarto. Aunque recordaba haber visto a Clea hablar y reírse con ella, no veía auténticos motivos para que la ayudara a semejante nivel.

—Ya os lo he dicho; Es encantadora. Yo también le dije que podría buscarse un enorme problema por esto, pero dijo que no le importaba mientras que pudiera ayudarme. Por eso quiero pedirlos que seáis amables con ella. Cuando la conozcáis, os caerá muy bien.

Las chicas lo dudaron, pero eran demasiados años desconfiando de

la gente. Clea sabía que había mucha gente de la sociedad que tenía una doble cara, pero le costaba mucho ver ese lado, a no ser que le mostraran directamente su verdadera apariencia, con lo que las gemelas tenían que estar pendientes un poco de ella en ese respecto.

Tendrían que hablar con la chica antes de confiar en ella. Y, mientras tanto, Clea solo podía pensar en el momento en el que por fin su deseo podría hacerse realidad.

CAPÍTULO 2

Cuando Jack se colocó frente a la casa, en cierta forma, se sintió bastante animado. Pero tras un breve instante, recordando a la actual señora de la casa, Lisa Bells, esa alegría inicial desapareció un poco, recordando también el ahínco con el que la nueva esposa de Adrien Bells le había dado al hecho de que no quería que se acercara a su hermana bajo ningún concepto. Y, durante tres años, lo había conseguido.

Nunca había tenido tantas ganas de pintar a nadie como a la pequeña Freeman, seguramente porque se le estaba resistiendo tanto, y, aunque fuera un retrato familiar, al fin tendría aquella oportunidad.

Tenía sentimientos encontrados.

Llamó a la puerta y fue recibido por una de las criadas de la casa, la cual le indicó que el señor y la señora lo estaban esperando en el despacho, así que la mujer le condujo hasta allí sin más ceremonias, a pesar de conocer ya el camino.

Adrien se encontraba sentado detrás de una portentosa mesa de madera oscura y le dedicó una pequeña sonrisa como saludo. Pero su esposa, que se encontraba a su lado, de pie junto a él, con las manos sobre sus hombros, sin ningún signo de alegría mientras lo miraba, pareció tan estirada allí de pie como si se hubiera tragado una vara.

Estaba claro que detestaba su presencia.

—Es un placer volver a verlo, señor Mardling. Ya he oído lo bien que le han estado yendo las cosas —le comentó el señor Bells, indicándole una silla que quedaba delante del escritorio con una mano.

—Bueno... ha sido un tiempo desde la última vez que estuve aquí. Creo haber oído que usted se encontraba en América.

—También ha aumentado la familia —le indicó Adrien, cogiendo a

su esposa por la cintura, atrayéndola a su lado, aunque Lisa no abandonó del todo su postura rígida, sin apartar los ojos de Mardling.

—Eso es bueno para mí. Significa que no me faltará trabajo — indicó Jack, sonriendo de manera nerviosa, tratando de no parecer intimidado tanto como se sentía por aquella mirada.

Adrien le dedicó una pequeña sonrisa a su vez, sin que pareciera ser consciente de lo que ocurría, pero Lisa siguió inmóvil, con aquellos extraños ojos suyos clavados en su persona.

—Mientras esté trabajando aquí, no quiero que se acerque a mi hermana a solas. Es la única condición que le pongo —fue lo único que Lisa le indicó, mostrándose tajante al respecto, soltando la frase sin más.

—¿Comprende lo absurdo que resulta eso? Lo único que quiero es pintar a su hermana —le indicó el hombre a su vez.

—Ninguno de los aquí presentes somos tan ingenuos para creer esas palabras. Sabemos qué es lo que ocurre entre las mujeres a las que pinta y usted —aseguró ella, mostrándose indignada.

Era demasiado bonita para mostrarse así de enfadada. Cuando sonreía, se parecía a su hermana, pero, en cierta forma, entendía por qué nunca iban a poder llevarse bien. Él era la representación de lo que Lisa quería bien lejos de su hermana. Y no la culpaba por ello. A él le gustaba su vida tal y como era. No engañaba a nadie sobre lo que hacía y tampoco tenía pensado cambiar esa forma de ser en un futuro cercano.

—No ocurre nada entre mis modelos y yo que ellas no deseen —le aseguró Jack, mostrándose completamente calmado respecto a aquel asunto.

Lisa pareció indignarse aún más ante aquellas palabras, ya que estaba claro que no veía con buenos ojos que hablara con esa claridad de sus relaciones con aquellas mujeres, pero Adrien cogió una de las manos de Lisa, haciendo que ella bajara la vista hacia él, y el señor

Bells negó con la cabeza, tratando de tranquilizarla.

—Aún así, nadie tiene que quedarse a solas con nadie, así que será mejor que dejemos esta conversación. Creo que el jardín será un buen lugar donde hacer el retrato. Falta que lleguen el señor Craven y la señora Irene, así que el retrato solo podrá pintarse por la tarde.

Ya habían hablado de eso, por mucho que Craven hubiera protestado. Las Freeman lo consideraban parte de su familia y, si se iba a pintar un retrato familiar, ellos tenían que aparecer.

—No es necesariamente así. Es verdad que, para ver la pose, os necesitaré a todos la primera vez. Pero luego puedo pintaros en parejas o como resulte más cómodo, siempre y cuando no cambien la posición. Seréis... siete personas para el retrato. ¿Cómo habéis pensado colocaros para poder encajar todos? —Preguntó, centrándose en el trabajo.

—Pensaba que las chicas podrían sentarse en algún banco y nosotros colocarnos tras ellas, de pie —sugirió Adrien.

—Me parece bien. Así podre pintar a las chicas y a ustedes en tiempos diferentes, del mismo modo en que vendré por las tardes para pintar a los señores Craven.

—¿Por qué ir y venir por las mañanas, si puede quedarse aquí a comer? Lo que menos queremos es que estés perdiendo el tiempo con los viajes —comentó el señor de la casa, sin pensar.

—¡Adrien! —Exclamó Lisa, indignada al ver como su propio esposo sugería que el señor Mardling se quedara en la casa más tiempo del que a ella le gustaría.

—Tienes que confiar más en tu hermana —le indicó Adrien, mirándola—. Si ella quiere acercarse al señor Mardling, no puedes evitarlo y él no va a saltar sobre tu hermana. Deja que Clea empiece a tomar decisiones por su cuenta.

Ella se mostró molesta, pero no comentó nada más, así que Jack se puso en pie y se dirigió hacia el jardín acompañado de una criada, observando dónde sería el mejor lugar.

El lugar estaba completamente cuidado y había varias estatuas esparcidas, de tal manera que no pareciera demasiado premeditado, pero quedando bien. Se notaba que quién cuidaba del jardín realmente amaba lo que estaba haciendo. Además de que contaba con una luz idónea para pintar.

Decidió que sería mejor hacerlo bajo el pequeño balcón que había sobre la puerta del jardín. La pared era de piedra y las enredaderas se mostraban lo suficientemente bien cuidadas como para que quedaran bien de tener que añadir algún detalle del fondo.

Solo necesitaba aquella primera pose de todos ellos juntos para colocar a cada cual en su lugar en el cuadro y observaría los detalles a lo largo de las jornadas, tomando bocetos de todos, para tener sus imágenes en sus manos y poder pintarlas con más soltura.

—¡Señor Mardling, por fin le vemos de nuevo! —Exclamaron las gemelas, apareciendo de repente en la puerta del jardín, sonriendo ampliamente hacía él, como siempre solían hacer cuando se encontraban.

Eran hermosas, eso no se podía negar, con sus cabellos de aquel hermoso color negro y aquellos ojos grises tan felinos... Pero, teniendo en cuenta que las había visto desde pequeñas, para él eran como si fueran unas primas a las que tuviera cariño. O incluso unas hermanas a las que no veía demasiado a menudo.

Sin embargo, no pudo decir lo mismo de la joven que apareció tras ellas.

Clea Freeman siempre le había parecido la imagen perfecta de la inocencia. Era pequeña (las gemelas la habían superado ya en altura), delicada, con el largo cabello rubio y los ojos más dorados que hubiera visto nunca. Era como si un rayo de sol se hubiera hecho carne y, desde la primera vez que la vio, lo único que había deseado era pintarla, coger aquel rayo y hacer que el mundo entero la admirara del mismo modo en que él lo había hecho la primera vez que estuvieron frente a frente.

Y, aunque la actual señora Bells se hubiera negado a que se acercara a ella, sus deseos de pintarla no habían desaparecido en absoluto. Todo lo contrario. Con los tres años transcurridos, aquel rayo de sol había adquirido fuerza hasta que casi podía llegar a deslumbrar, haciendo que no pudiera evitar dirigirle una sonrisa cuando la vio.

—Sí que ha pasado tiempo, sí. Es un placer verlas.

Aquellas palabras las dijo mirando fijamente a Clea, haciendo que la joven se sonrojara sobremanera, disfrutando al ver aquella piel clara colorearse de rosa. Tendría que poder pintarla así.

—Bueno... ahora le tendremos mucho tiempo por aquí, ¿no cree? Por fin podrá darnos esas clases sobre arte que ya nos había prometido —le recordó Kaila, aún luciendo una sonrisa en el rostro, bastante animada.

Kailyn, sin embargo, miró a uno y a otro, ya que Clea se veía incapaz de apartar la vista mientras Jack la observaba de aquel modo, haciéndola sentir como si su hermana y ella sobraran en aquella escena, ya que su presencia impedía que ellos dos pudieran hablar con tranquilidad. El problema era que tampoco podían dejarlos a solas en aquella casa, ya que, si Lisa se enteraba de aquello, se armaría tal desastre que las paredes seguirían recordándolo, incluso con su ausencia.

—Clea, ¿no tenías algo que decirle al señor Mardling? Hazlo rápido, antes de que tu hermana aparezca por aquí —le sugirió Kaila, echando un vistazo hacia el interior de la casa.

La muchacha asintió, pero, a pesar de que su relación con los hombres era fluida, se divertía y hablaba libremente con ellos, con Jack no funcionaba de la misma manera. Algo en la forma en la que tenía de mirarla la hacía ponerse nerviosa, incluso después de los años transcurridos.

—¿Sigue... queriendo hacer ese retrato mío?

Jack parpadeó, tal vez porque no se esperaba que le sacara ese

tema tan de repente, pero no pudo evitar alegrarse que le hablara de ello. Si ella sacaba ese tema, significaba que lo que opinaba su hermana no lo tenía en consideración. O, al menos, le importaba lo suficientemente poco como para querer ir con él de todos modos.

—Por supuesto. Nunca ha desaparecido ese deseo —le aseguró.

—Pues... siendo así, me gustaría que usted me pintara. Pero... tendríamos que hacerlo en secreto.

Jack contempló a las gemelas, que lo miraban con atención, y volvió a mirar significativamente hacia Clea.

—Me refería en secreto para mi hermana —añadió esta.

—Pero yo querría exponer ese cuadro. Todo el mundo lo vería y sabría que se trataría de usted.

—Pero, entonces, ya no importaría. Una vez que el cuadro esté hecho, mi hermana no podrá decir nada al respecto que pueda afectarme.

—¿Sabe cómo podría reaccionar la sociedad? Mis modelos suelen aparecer... desnudas —le recordó.

Le encantaba mostrar la belleza femenina, la fuerza que podía encerrarse en aquellas suaves curvas y que la sociedad parecía querer ignorar de cara a la vida pública. Disfrutaba cuando mostraba una de sus últimas creaciones y todo el mundo parecía hipnotizado por las imágenes, como si fuera la primera vez que vieran la imagen de una mujer. Sin embargo, cuando las mujeres eran reconocidas, había miembros de la sociedad que se apartaban de ellas, a pesar de que a la mayoría eso no les importaba.

—Sé cómo son sus... modelos. Pero, aún así, quiero posar. No soy tan conocida como para que un cuadro mío destrozase mi reputación y no tengo deseos de casarme, así que...

Bueno... era tranquilizador pensar que esta no tenía intención de casarse. Quería seguir siendo libre y, a pesar de que había visto a Clea en fiestas, rodeada de hombres, riendo, no parecía querer atarse a nadie. Era como una pequeña copia de sí mismo.

—Bien. Si está decidida, no seré yo quien le lleve la contraria. Pero, ¿cómo pretende que la pinte, si hay que mantenerlo en secreto?

—No tiene que preocuparse por eso. Yo me encargaré de que mi hermana no sepa nada de esto —le aseguró Clea.

—Pero no podré empezar a hacer ese retrato suyo hasta terminar este cuadro. Y después de eso... tengo que ir a Francia.

—¿Francia?! —Exclamaron las gemelas y Clea al mismo tiempo.

En ningún momento habían imaginado que Jack tendría que salir del país, aunque era cierto que su fama se estaba expandiendo rápidamente hacía cualquier lugar donde el arte tuviera cierta importancia.

—Exacto. Si quiere realmente que la pinte, tendrá que esperar meses o...

—¿O? —Preguntaron las tres jóvenes, de nuevo al mismo tiempo.

—O viajar conmigo. Si podía inventar una excusa para pasar horas fuera de casa, también podrá inventar algo para un viaje.

Clea se volvió hacía las gemelas, que no parecían muy convencidas de aquello. Pero ellas no conocían a Linzy como ella y estaba segura de que la muchacha la ayudaría. Si podía convencerla, hasta podrían viajar juntas y la muchacha no tendría que mentir por ella.

—No le he dicho a nadie que tengo que irme, así que, si dice que quiere ir a Francia, nadie lo relacionará conmigo —afirmó Jack.

—Pero nunca he salido de Inglaterra. No puedo llegar un buen día y decir que quiero irme.

—Nosotras podríamos pedírselo a Adrien. Le diremos que queremos ver mundo y hacer compras allí. Seguro que daría su permiso —comentó Kaila, con una sonrisa victoriosa.

—¿No te das cuenta que, si nos vamos todas, y se dan cuenta que el señor Mardling tampoco está en la ciudad, sospecharán de dónde nos encontramos? Lisa es demasiado astuta —le dijo su hermana, negando con la cabeza.

—Entonces... la única solución es confiar en esa amiga tuya —

murmuró la mayor de las gemelas, mirando a Clea.

Había conocido a Linzy Hale en un baile que celebraba un amigo del señor Craven. Aunque él e Irene no pudieron asistir, le pidieron a Lisa y a ella que hicieran acto de presencia en su nombre y, tras unos cuantos bailes, sin recordar por cuantos brazos había pasado, consiguió encontrar una silla junto a una de las mesas del lugar, reparando en que la mesa no estaba tan vacía como había creído.

Casi encogida en la silla, encontró a una chica más o menos de su misma estatura, con el cabello marrón oscuro recogido en un elaborado moño, la cual no levantaba la vista de la copa vacía con la que jugaba entre sus manos, como si intentara que nadie en aquella sala reparara en su presencia y pudiera salir de allí lo antes posible.

Empezó a hablar con ella, preguntándole de dónde era y si se estaba aburriendo. Y la joven, tímidamente, comenzó a responder a sus preguntas. Incluso le ofreció que bailaran juntas, lo que hizo que la, hasta entonces, desconocida muchacha riera, percatándose que era bastante hermosa cuando no mostraba una expresión asustada en el rostro.

Desde entonces, cada vez que coincidían en algún lugar, se sentaba junto a ella a hablar, percatándose de que algo ocurría en su casa que la había hecho tener aquel tipo de carácter tan retraído, ya que habían quedando en casa de una o de otra cada vez cuando su amistad se afianzó. Con las gemelas fuera durante tres años, no habían podido conocerla como ella.

Se dijo que, si Linzy se había ofrecido a ser su escudo durante la creación de ese cuadro mientras estuvieran en Inglaterra, si viajaban fuera, donde sería más fácil mantener la mentira, pondría aún menos objeciones.

O, al menos, eso era lo que esperaba. De ello dependía aquella oportunidad. Podría viajar con Jack, pasar mucho tiempo juntos y a solas. Nunca había imaginado una ocasión tan perfecta como aquella mientras trataba de hacer sus planes.

—No tenéis de qué preocuparos. Linzy es de fiar.

CAPÍTULO 3

—¡No! ¡No, no y no! ¡Eso es imposible para mí! —Exclamó Linzy, cuando le contó de su situación al día siguiente.

Esta vivía en una amplia casa cerca de la fábrica de cuero de su padre, pero lo suficientemente alejada para que los olores de los productos que utilizaban no llegaran hasta allí, completamente sola en la casa, teniendo en cuenta que su padre y sus tres hermanos mayores se encontraban trabajando en la fábrica.

Por el contrario que de los tres chicos, que apenas aparecían por allí cuando caía la noche, Linzy rara vez solía salir de casa, a no ser que fuera para acudir a las fiestas en nombre de su padre. Antes de que ella pudiera hacerlo, de esas apariciones se encargaba su hermano más joven, pero pronto quedó demostrado que los muchachos eran demasiado bruscos para tener una buena vida en sociedad y delegaron aquella tarea en Linzy en cuanto pudieron, pensando que enviar a una dama a ese tipo de reuniones sociales sería lo mejor para la familia.

Desde luego, dejaron de dar esa impresión de ser bruscos o, incluso, maleducados. El problema era que técnicamente no daban impresión, ya que Linzy pasaba desapercibida para todo el mundo.

—¡Oh, vamos, Linz! ¡Sabes que te necesito para esto! —le rogó Clea, tratando de dirigirle una miradita irresistible.

Ambas jóvenes se encontraban sentadas en el salón que Linzy utilizaba para tomar el té, el único lugar de la casa que parecía tener una presencia femenina. Había flores colocadas en hermosos jarrones por todas partes, con cuadros de vivos colores decorando las paredes, con muebles delicados y la porcelana más fina que Clea hubiera visto alguna vez.

—No me pongas esos ojos. Sabes que me es imposible ir a Francia —le dijo la muchacha, pareciendo desesperada porque su amiga

entrara en razón.

—¿Por qué es imposible? ¿Con quién mejor para viajar que con tu amiga? Tu padre no pondrá inconvenientes.

Linzy no se mostró muy convencida. Pedir aquel viaje podría ser una molestia para el señor Hale. Además, no había nada en Francia que le llamara tanto la atención como para realizar semejante viaje. Su amiga tenía un propósito y alguien con el que pasaría todo el tiempo, pero, ¿qué haría ella mientras tanto?

—No puedo acompañarte a Francia. Una cosa era decir que estabas en mi casa todas esas horas y otra muy distinta es realizar un viaje de semejantes dimensiones —comentó Linzy, viendo como el semblante de Clea se apagaba—. Pero... ¿qué te parece esto? Quiero visitar Hampshire y viajar por todo el territorio me llevará mucho tiempo. Diremos que tú vienes conmigo y eso debería concederte el tiempo suficiente como para que el señor Mardling termine tu cuadro, ¿no crees?

Clea alzó la cabeza en el acto, sonriendo, y, rompiendo a reír, se abrazó a su amiga, mientras Linzy reía también.

—¡Eres la mejor! ¡Realmente eres la mejor!

Así que así arreglaron la coartada.

Linzy visitó la casa de los Bells, le habló a Lisa de su viaje y le preguntó a la señora Bells si permitiría que su hermana viajara con ella. Conocía a la joven desde hacía casi más de dos años, así que accedió a dar su permiso. Del mismo modo que las gemelas aprovecharon la ocasión para conocer a aquella tímida muchacha que, a pesar de ello, ayudaba a Clea.

—¿Y si tus padres o tus hermanos dicen que Clea no viaja contigo? —le preguntó Kaila, cuando fueron todas a la habitación de esta para hablar con algo más de intimidad.

—Mi madre murió cuando... yo nací y.. mi padre y mis hermanos no... me prestarán atención. Nunca lo... han hecho —confesó esta, casi sin mirarlas.

Le había costado mucho tiempo hablar con normalidad con Clea. Le llevaría algo más poder coger la suficiente confianza con las gemelas como para hablar con ellas naturalmente.

Las hermanas Bells se miraron al oír aquella información, sintiendo algo de lástima por esta, pero eso no significaba que confiaran ciegamente en ella, así que continuaron con sus preguntas.

—¿Y por qué estás ayudando a Clea, sabiendo el lío en el que podrías meterte? Podrías quedar como la alcahueta de Londres y, desde luego, no hablarían muy bien de ti —le dijo Kailyn.

—Bueno... no creo que a mi... padre le importe lo que... haga. Además, ella ha sido... la primera amiga que he tenido... nunca —confesó.

Aquello terminó de desarmar a las gemelas, ya que Clea también había sido la primera amiga de verdad que ellas habían tenido, con lo que Kaila colocó una mano sobre su hombro, haciendo que se sobresaltara, mientras Kailyn la cogía de la mano, sintiendo empatía hacía ella.

—Puedes estar tranquila. Ahora cuentas con nosotras también.

Aquello emocionó tanto a Linzy que, antes de que alguna de ellas pudiera hacer algo para evitarlo, esta se echó a llorar, dando las gracias mientras ellas no podían evitar reírse por aquella reacción, intentando que se calmara lo suficiente como para que las lágrimas cesaran.

De extraña forma, Jack se mostró ansioso esperando noticias de Clea.

Quería saber si había conseguido encontrar un modo de viajar con

él sin que su hermana mayor los matara a ambos, diciéndose que aquella ansiedad se debía a que se encontraba tan cerca de poder retratarla, de poder plasmar sobre el lienzo la imagen que tenía de ella.

Era cierto que, antes o después, acababa acostándose con sus modelos, sobre todo porque ellas estaban bien dispuestas para ello, pero sus ganas de pintar a la joven Freeman habían apartado a un lado su visión como hombre. Siempre que pudiera tener aquel retrato, se contendría de todo lo demás, si así lo quería ella, y atesoraría este el resto de su vida. Lo exhibiría, ¿cómo no?, ya que algo como ella tenía que ser compartido con el mundo entero, que fuera admirado y apreciado, pero, al final, ese cuadro se quedaría solo para él.

Incluso mientras había hecho unos primeros bocetos de la familia, sus manos volvían una y otra vez a Clea, teniendo que esforzarse para tomar bocetos de los demás, encontrar sus puntos buenos y tener un buen material para empezar con su trabajo.

—Jack, cielo, ¿qué es lo que te ocurre? —le preguntó su compañera de cama, reptando desnuda por la superficie hasta colgarse a él por la espalda, ya que Jack había ido a levantarse para lavarse, quedando sentado en el borde mientras se perdía en sus pensamientos.

Echando un leve vistazo a su espalda, contempló la sonrisa cansadamente satisfecha de la vizcondesa de Taaffe.

La mujer, que aún no había cumplido sus tres0, buscaba diversión allí donde pudiera encontrarla y teniendo en cuenta que su último trabajo había sido un retrato suyo, a esta le había parecido divertido tener una aventura con su retratista, a pesar de que podría tener a cuanto hombre deseara. De larga cabellera rubia y de ojos verdes, tenía una sonrisa sensual en sus llenos labios cuando alguien era de su agrado. De cuerpo perfectamente lleno, con un pecho abundante, hacía que los ojos de los hombres presentes en una sala donde ella entrara corrieran a observarla.

Aún así, Jack solo había aceptado aquella aventura porque no tenía motivos para negarse, ya que con su trabajo, había observado a tantas mujeres de su tipo que ni siquiera se sorprendía cuando las encontraba. Eran mujeres que sabían de su atractivo, pero que, equivocadamente, pensaban que no había nadie más hermosa que ellas.

—¿Está algo atascado en esa hermosa cabecita tuya? —le preguntó, apretando más los pechos en su desnuda espalda, acariciando los cabellos de Jack.

—No es nada. Solo le estaba dando vueltas a un futuro trabajo —le aseguró él, tratando de dirigirle una sonrisa relajada, echándose la sábana sobre las piernas para ocultar que su cuerpo no iba a reaccionar por sus juegos.

Había necesitado desahogarse cuando había llegado allí, pero, ahora, después de que el momento pasara, ya no iba a servir.

—¿Un trabajo futuro? ¿De quién se trata? ¿Es alguien que conozco?

—Lo dudo —fue todo lo que Jack le dijo al respecto.

Nunca imaginaría a Clea en los mismos círculos que la vizcondesa, ya que la primera no había hecho conocidos tan importantes y la segunda se relacionaba todo lo que podía con las esferas más altas a las que era capaz de llegar. No conocía a nadie sin un título que no estuviera bajo su control. Si no fuera por su trabajo, ni siquiera Jack la hubiera conocido nunca.

—Bueno... me he dado cuenta que ni siquiera has pronunciado mi nombre antes. Eso me ha hecho sentir muy solitaria —le indicó la vizcondesa, acariciando su cuello con los labios y la nariz.

—Perdona, Anna. No me habré dado cuenta.

—No me gusta que hagas eso. Si no gritas mi nombre, creo que estás haciendo el amor con otra mujer.

—¿Qué tonterías dices? Nadie podría hacer el amor contigo pensando en otra persona —le aseguró, sonriendo, animado, mientras daba un apretón cariñoso a uno de los brazos que le

estaban rodeando.

—Eso espero. No me gustaría enterarme de lo contrario.

—El problema es que voy a pasar un tiempo fuera —le contó, ya que su relación era algo complicada.

Aunque fueran amantes, y eso significaba que Jack podía buscarla cuando quisiera, tenía que informarle siempre de dónde estaba, ya que si ella lo buscaba y no le encontraba, podía sufrir una rabieta lo bastante grande como para que su marido corriera el riesgo de enterarse de su aventura. En una de esas ocasiones, Jack tuvo que volver antes de tiempo de un viaje que hizo a Kingston e informarle del porqué se había marchado para que ella se tranquilizara.

—¿Cuánto tiempo vas a estar fuera? —le preguntó, haciendo círculos en su pecho con un dedo.

Para ser solo amantes, la vizcondesa había resultado ser demasiado celosa. Menos mal que aquel tipo de mujer se cansaba rápido y cambiaba de amantes bastante a menudo. Jack seguía soltero para no tener que dar explicaciones a nadie.

—Unos meses, no sabría decir cuántos con exactitud. Pero los podrías aprovechar para estar con tu esposo. Estoy seguro que te echa de menos muy a menudo.

—Yo no lo creo. En cuento comprobó que no podía hacerme un hijo, me llamó yerma y dejó de visitar mi habitación. ¿No te parece un insulto realmente feo cuando la culpa podría no ser mía? Es un viejo que ha tenido tres esposas y no ha tenido un hijo con ninguna. Su segunda esposa le dio un hijo, pero solo hace falta verlo una vez para saber que no es suyo.

—¿Y no vas a seguir su ejemplo? A lo mejor, eso te daría una mejor posición con él —le sugirió.

Al menos, estaría entretenida con algo, aparte de con él mismo.

—No me interesa. Ya tengo todo lo que quiero y mi posición en la sociedad no puede ser mejor. Que mi marido se busque sus propias diversiones fuera de esta casa también es un alivio para mí.

—Pues tendrás que buscarte otro entretenimiento mientras estoy fuera —fue en lo que Jack pudo resumir los hechos.

—Veré qué es lo que puedo hacer mientras tanto. Pero, en cuanto vuelvas, quiero que vengas a casa. Tengo la seguridad que no encontraré a nadie decente que cubra tu puesto, cielo —aseguró la mujer, acariciando sus labios mientras Jack se dejaba hacer, sabiendo que, si apartaba sus manos, esta se pondría de mal humor.

—El tiempo pasará muy rápido —trató de asegurarle este, sin demasiada alegría.

CAPÍTULO 4

Clea casi no podía creerse que todo le estuviera saliendo tan bien, acercándose, días después, a escondidas, a ver al señor Mardling mientras el pintor preparaba sus cosas en el jardín, queriéndole informar de las buenas nuevas.

—Podré viajar con usted a Francia —le dijo, asomada a la puerta que daba al exterior, sabiendo que las gemelas estaban entreteniendo a su hermana mientras ella le daba la noticia.

Jack, que había estado sacando sus frascos de pintura, preparando los colores, levantó la cabeza hacía ella de golpe, concentrado en otra cosa como había estado.

—¿En serio?

Clea asintió, sonriendo ampliamente.

—Lo único que hace falta es que me avise de cuándo vamos a irnos y me vaya a buscar a casa de los Hale. Mi hermana cree que me iré de viaje con ella a Hampshire. Usted tendrá que ultimar los detalles

—Bien. ¡Eso es bueno! —Exclamó Jack, tomando una de las manos de Clea, que tenía apoyada en la puerta, haciendo que la muchacha contuviera un instante el aliento por el contacto.—Tenía pensado marchar poco después de que termine con este retrato. Mi amigo en Francia lleva tiempo pidiéndome que lleve una exposición allí con mi presencia, de ser posible. Se alegrará de que no vaya a ir solo.

Clea asintió, aún con la vista clavada en aquella mano del hombre envolviendo la suya, pero, aunque le encantaría permanecer horas y horas hablando con Jack, charlando sobre temas banales simplemente para escucharle, oía las voces de las gemelas dirigiéndose hacía allí, avisándola de que no podían retener por más tiempo a su hermana. Así que, despidiéndose de Jack con la cabeza, solo salió corriendo para alejarse de allí, teniendo que soltar su mano de la de él, tratando de que sus pasos no resonaran por el suelo.

Sin embargo, aunque las gemelas le estuvieran echando una mano con Lisa, no contaron con el otro habitante de la casa, chocando con el pecho de Adrien antes de darse cuenta de que el hombre caminaba por el pasillo en dirección contraria.

Maldiciendo su mala suerte, alzó la vista hacia él, pensando si su cuñado habría supuesto de dónde habría salido, corriendo desde aquella dirección. Y, aunque se llevaba bien con su cuñado, no conseguía averiguar en lo que se encontraba pensando en cada momento cuando lo miraba. Era como si pudiera esconder sus pensamientos detrás de un muro.

Tocándose el lugar del pecho donde la cabeza de Clea le había golpeado, le revolvió el cabello, como si, en vez de una chica de 19 años se hubiera dado de bruces con él, se hubiera cruzado con un chiquillo travieso.

—¿Vienes de hablar con el señor Mardling? —le preguntó, dando en el clavo con increíble precisión.

—¿Por qué piensas eso? —le preguntó ella a su vez, tratando de no parecer culpable, sintiendo como sus mejillas amenazaban con colorearse.

—Porque es lo único que hay en esa dirección que te podría hacer salir corriendo hacia aquí. No querías que tu hermana te viera hablando con él, ¿no?

¡¿Por qué tenía que ser siempre tan perfectamente observador?! Ciertamente era que venía corriendo del jardín, pero en aquella dirección también estaba cerca de las dependencias del servicio o la biblioteca. Y podría estar corriendo por mil y un motivos. Tal vez, se le había olvidado algo en su cuarto o estaba buscando a alguien con urgencia.

—Por favor, no se lo digas a mi hermana —le rogó, sabiendo que ya la había atrapado.

—Tranquila. No coincido con Lisa en esa absurda idea que tiene de mantenerte lejos del señor Mardling. Eres adulta ahora y ya deberías saber a quién acercarte y a quién no y por qué motivos. Hablar nunca

le hizo daño a nadie. A no ser que discutáis.

Menos mal que él era más sensato. Aunque lamentaba no poder decirle que no tenía de lo que preocuparse. Le gustaría decirle que solo quería mantener una buena amistad con el señor Mardling o hablar confortablemente con él, ya que le estaría mintiendo con descaro a la cara. Pero, como bien había dicho, ya era adulta y, para bien o para mal, aunque se equivocara en sus decisiones, las tomaría por sí misma y no se arrepentiría de ellas.

—Tengo que ir a mi cuarto para prepararme —fue lo que le respondió, despidiéndole con un gesto de cabeza, caminando hacia las escaleras, dejando que su cuñado siguiera andando hacia el jardín.

Tenían que vestirse y peinarse lo más parecido posible a la primera vez cada vez que posaban, así que tenían que cambiarse cada vez que Jack llegaba a la casa mientras él preparaba sus utensilios de trabajo. Si Adrien había dicho la verdad, y era lo que hacía a menudo, no le diría nada a su hermana y Lisa pensaría que había estado en su cuarto cambiándose mientras el señor Mardling llegaba a la casa, sin haberse encontrado con él en ningún momento.

No le agradaba engañar a su hermana, pero si esta tuviera en cuenta su opinión y no creyera todavía que podía tomar todas sus decisiones por ella, sin que Clea se rebelara contra esta, le dejaría claro que Jack Mardling le atraía demasiado como para ignorarlo, incluso aunque ella se lo propusiera fielmente, como había tratado de hacer durante aquellos tres últimos años.

Comprendería que, de hacer algo con él, sería por su propia decisión, no porque este la hubiera engañado o ella fuera demasiado ingenua. Que, aunque solo fuera por una vez, cumpliría su deseo y, aunque no encontrara otro hombre que la hiciera sentir lo mismo que Jack había despertado en ella en más, contaría en su memoria con un tiempo que habría pasado a su lado, aunque él solo estuviera centrado en retratarla.

Pero sería inútil decirle todo aquello a Lisa. Aunque tratara de explicárselo de la manera más clara del mundo, jamás la entendería, la llamaría loca e incluso sería capaz de encerrarla en su cuarto cuando supiera que Jack estuviera en la ciudad.

Lisa quería para ella la misma felicidad que ahora tenía. Quería que encontrara un buen hombre que pudiera cuidar de ella, que la amara con locura, que disfrutara con su modo de ser y con el que podría formar su propia familia.

Y, desde luego, Jack Mardling no entraba en ese prototipo de hombre perfecto para ella que su hermana había creado.

Molesta, en parte, por ello, terminaba de arreglarse cuando una criada la avisó de que la estaban esperando abajo, pensando que las gemelas serían las que habrían informado que estaba en su habitación.

Mientras bajaba, no pudo evitar pensar que ya no habría nada que hacer una vez que su retrato estuviera terminado. Lisa no podría evitar que se expusiera y, de una vez por todas, se daría cuenta que ya no podía seguir tomando decisiones por ella, que, quisiera o no, ese derecho le correspondía a ella misma y solo a ella, dándose cuenta que ya estaba lejos de su control. No quería que dicho cuadro creara problemas en la reputación de la familia, pero era el único modo que había encontrado para tener la libertad que siempre había ansiado tener.

Lisa la miró con atención mientras salía al jardín, colocándose en el banco entre ambas gemelas, consiguiendo mirar hacia Jack de reojo, viendo la ligera sonrisa que este le dirigió, escapando de la mirada de su hermana, haciendo que Clea no pudiera evitar sentir como su corazón saltaba, incluso ante un gesto tan pequeño por su parte.

Ellas iban de rojo y ella de azul claro, del mismo modo que su hermana usaba un vestido verde claro, cada una de ellas con los colores que parecía que les iba mejor. Adrien, como siempre, iba de negro, pero el señor Craven eligió lucir negro, blanco y gris en ese

momento, combinando colores. Sin embargo, por mucho que las muchachas se empeñaron en lo contrario, Irene eligió un vestido marrón que no le hacía justicia, así que había bastante contraste de colores en aquel lienzo, algo que al señor Mardling pareció haberle encantado.

—Los retratos que me encargan no suelen ser tan coloridos. Es un placer poder pintar figuras que parecen vivas y no simples personas que parecen figuras inertes —había comentado Jack después de que Adrien le preguntara por su extraña emoción al verlos.

En realidad, solo Adrien e Irene lucían rígidos y serios, como se observaba normalmente en los retratos. El señor Craven prácticamente había abrazado a Lisa, la cual sonreía, y las gemelas tenían ambas manos de Clea entrelazadas con una de las suyas, las tres dirigiendo una sonrisa al retratista. El cuadro estaba pensado para colocarse en el salón principal, donde normalmente recibían a las visitas, así que, en cierta forma, la familia al completo les daría la bienvenida desde el cuadro.

Las dos hermanas Freeman nunca habían sido pintadas antes, así que permanecer tanto tiempo quietas en la misma postura les resultaba algo agotador. El señor Mardling pintaba por zonas, así unos u otros podían ir descansando por turnos, lo cuál era de agradecer. Jack dejaba el cuadro en una habitación, donde permanecía secándose, y le había pedido a Adrien que cerrara esta con llave, ya que no quería que nadie viera su trabajo sin terminar.

Las chicas intentaron entrar varias veces, sin éxito.

En el fondo, con las largas sesiones, Clea se dijo que aquello era bueno, que tenía que acostumbrarse a pasar mucho tiempo en una misma posición si quería que él la pintara. Y, pensar que cada vez estaba más cerca de su objetivo, era lo único que le daba fuerzas para seguir sonriendo durante aquellas jornadas, compartiendo ciertas miradas con Jack siempre que era posible.

También le hubiera gustado acercarse a él, pero lo máximo que

había conseguido había sido rozar su mano con la de el señor Mardling antes de que Lisa le indicara que se alejara o llamara la atención por haberse aproximado demasiado.

Como Linzy había hablado con su hermana del viaje antes de que el retrato estuviera acabado, nunca sospecharía de que realmente su viaje sería a otro lugar y por otras razones, a pesar de que, al final, acabaría enterándose de su engaño.

El señor Mardling parecía dispuesto a cargar con las consecuencias, así que ella también, pues, si había algo de lo que creía que jamás se arrepentiría sería de ir a cualquier parte con él, y podría volver a la casa sin remordimientos, aunque su hermana la encerrara en el cuarto más profundo y oscuro de la casa durante años.

A las malas, si Lisa no llegaba a perdonarla por aquel acto, siempre podía volver a casa del señor Craven. Estaba segura de que él no le pondría ninguna pega a su deseo de ser pintada, aunque Irene ya sería otro cantar, y permanecería lejos de la imagen pública, para que la sociedad pudiera olvidarse de ella.

Lo único que tenía que hacer ahora era tener las maletas listas cuando Jack lo indicara.

Y él no habría podido imaginar que el cuadro pudiera avanzar a semejante ritmo.

A pesar de todas las figuras, el hecho de que le transmitieran algo le ayudaba en su trabajo, ya que era más sencillo pintar sus sonrisas que tratar de dar vida a un rostro inexpresivo.

No veía el momento en el que el cuadro estuviera terminado, pudiera recoger sus cosas (y a Clea) y viajar hacia Francia, pudiendo hacer su retrato con total calma.

El único inconveniente que encontraba era que, debido a su próxima marcha, la vizcondesa Anna buscaba con más insistencia sus atenciones, justo cuando estas se encontraban enfocadas en cualquier lugar menos en ella.

Creía haberle dejado claro que no podía seguir buscándolo y confiaba en que, en el tiempo que estuviera fuera, esta encontrara otro amante que fuera más de su agrado, que llenara el vacío insaciable que tenía de afecto y lo dejara en paz, ya que estaba acostumbrado a que sus aventuras fueran cortas, dejaran a ambas partes satisfechas y pasara a la siguiente cuando tocara.

—A lo mejor, debería acompañarte a Francia —había insinuado ésta en su última visita, cuando al cuadro ya solo le quedaban los últimos detalles, tumbada como estaba en la cama, desnuda, boca arriba, contemplando el techo, junto a él.

Con cierta irritación, Jack la miró, ya que lo que menos necesitaba era que esta quisiera seguirlo.

—Este viaje es solo por trabajo. No me concentraré en otra cosa que no sea eso —le advirtió.

—¿Eso quiere decir que, si fuera, sería una distracción para ti? —le preguntó esta, mirándole con una sonrisilla juguetona en los labios.

Que se lo tomara como quisiera, con tal de que no le molestara.

—Pero, de verdad, te echaré de menos —siguió diciendo Anna, volviéndose hacia él hasta que estuvo recostada sobre su pecho, acariciándolo lentamente con una mano— ¿Tú me echarás de menos?

¿No entendía en qué consistía su relación?! No tenía que haber amor entre ellos. Ni siquiera cariño. Cuando uno de ellos sentía deseos de tener un cuerpo caliente entre las piernas, se llamaban hasta que encontraran otra persona de su interés. No podía, ni quería, que hubiera otro tipo de relación que esa.

La mujer ni siquiera parecía percibir que Jack no contestaba a la pregunta mientras se apretaba más contra su cuerpo, haciendo un sonido parecido a un ronroneo mientras alzaba una pierna sobre las de él, acomodándose a su costado.

—Me gustaría disfrutarte todo lo posible antes de que tengas que irte. Pero, un artista siempre piensa en su trabajo por encima de cualquier otra cosa, ¿verdad? —le preguntó, pasando las uñas por los

músculos de su pecho, como si intentara aprenderse toda su anatomía antes de que abandonara su cama o dejar alguna señal en él que no se borrara.

—Así es. Después de todo, de eso vivimos —le aseguró este, con los brazos detrás de la cabeza, sin perder de vista el techo. No sentía deseos de mirarla.

En verdad, a aquellas alturas, ni siquiera deseaba estar en la misma cama. Su interés por ella ya había muerto.

—Tú podrías vivir de otras cosas, si quisieras —le insinuó Anna, con una sonrisita que le molestó.

Sí, ya le habían hecho ofertas de ese tipo y todas habían sido rechazadas.

—Me gusta lo que hago.

—Y estoy segura que a más de una mujer también le gusta lo que haces.

—Nunca cojo lo que no me ofrecen.

—Pues espero que, en Francia, no te ofrezcan nada. Quiero que estés deseando volver a verme, que cuando llegues a Londres, lo primero que hagas sea venir corriendo a verme porque te mueras de ansias de tener mi cuerpo otra vez.

—Si me muero, no podré llegar —comentó, tratando de quitarle seriedad al momento.

Pero lo único que consiguió fue que esta chasqueara la lengua, molesta.

—Ya sabes a lo que me refiero. He oído muchas cosas de los franceses. Lo último que quiero es que me quiten a mi juguete favorito.

¡Qué bien! Ya ni siquiera podía considerarse humano. Para ella era un simple “juguete” del que podría deshacerse una vez que se cansara de él o guardar en un cajón hasta que quisiera usarlo de nuevo.

Pero, incluso molesto con la comparación, prefirió no comentar

nada, ya que sabía que no saldrían palabras amables ni divertidas de su boca si seguían hablando de aquel modo.

CAPÍTULO 5

Pocos días después, el cuadro estuvo terminado, la familia encantada y Jack satisfecho, sabiendo que por fin podría irse, alejarse de la vizcondesa y llevarse a Clea con él, lo cual solo hacía que una sonrisa acudiera a sus labios cada vez que pensaba en ello.

Por su parte, a regañadientes, Lisa tuvo que mostrarse impresionada por el retrato.

—Ya había visto su trabajo antes, pero no deja de impresionarme. Entiendo porqué Adrien le eligió— fueron las palabras que esta le dedicó, no sin cierto trabajo por su parte, mientras el cuadro se colgaba en el salón principal.

—En verdad, hemos vuelto a salir idénticas. Si nos hicieras un retrato a tamaño natural, seguro que nadie podría decir quién es la original sin mirar al marco —comentó Kaila, a un costado de este.

—Como sigáis halagándome así, voy a tener que cobraros el doble —comentó este, haciendo que las personas en el salón rieran.

Él ya había recibido su paga, así que todo lo que tenía que hacer era marcharse.

—Dentro de tres días, por la tarde, en casa de los Hale —le susurró a Clea al pasar por su lado.

La joven parpadeó, pensando si le habría oído bien, pero, al mirar a su espalda y ver la sonrisa que este le dirigía, no pudo hacer otra cosa que contener su emoción y empezar a hacer nota mental de todo lo que tendría que empezar a empacar.

CAPÍTULO 6

—¿Eso te ha dicho? —le preguntó Kaila, mientras las gemelas estaban sentadas en la cama y contemplaban como Clea iba de arriba abajo por el cuarto, seleccionando lo que tenía que llevar para el viaje, no pareciendo para nada segura de lo que hacía.

—Tus nociones de francés son bastante pobres, así que será mejor que le dejes hablar a él, de hacer falta —le indicó Kailyn.

—Bueno... siempre pensé que sus amistades también hablarían inglés, ¿no? Si no, ¿cómo se conocieron?

—No tiene nada que ver. El señor Mardling viaja mucho por su trabajo y ni siquiera sabes los idiomas que puede hablar —le indicó Kaila—. Han podido conocerse en cualquier lugar y en cualquier idioma.

Clea se detuvo un momento, reflexionando sobre ello. Pero, enseguida, negó con la cabeza, sacando esa idea de su mente. Se iba para poder estar con él, para que Jack pudiera pintarla. El idioma que se hablara no era algo que debiera preocuparla.

—De todos modos, estaré bien y podré ver un lugar nuevo. Lo único que lamento es que no pueda mandaros cartas contándoos todo lo que veo. Seguro que mi hermana también querría leerlas.

—Al menos, sabemos que estás donde quieres. Pero, si pasa algo malo con el señor Mardling o te hace algo que no quieras, avísanos y nosotras nos encargaremos de él —afirmó Kaila, luciendo una sonrisa feroz en el rostro.

Su hermana no pudo evitar reírse al verla, del mismo modo que Clea, así que así terminaron de hacer las maletas de la muchacha.

Kailyn le mandó una nota a Linzy para avisarla de cuándo sería la partida y esta se encargó de mandar una nota formal a la casa diciendo que ellas saldrían dentro de tres días.

—¿No os sentiréis vosotras solas? —les preguntó Lisa, cuando

estaban en el despacho de Adrien, donde la nueva señora Bells pasaba su tiempo cuando su esposo se encontraba en casa.

Después de todo, aún recordaba como su hermana Clea había llegado llorando a casa tiempo atrás, diciendo que los Bells se habían manchado.

Parecía que separarlas era una auténtica tortura para las jóvenes.

—Siempre encontráramos un modo de entretenernos. Ella esperó tres años a que volviéramos. Encontraremos algo que hacer durante un tiempo —le aseguró Kaila, mientras Kailyn asentía a su espalda.

—Podríamos hacer un viaje también —sugirió Adrien, que escuchaba a medias la conversación.

—¿A dónde? —Le preguntó Lisa.

Las gemelas temieron la respuesta. Si miraban hacia Europa, Francia era lo más cercano. Y si miraban hacía Hampshire, que era el lugar de vacaciones ideal en Inglaterra, Lisa seguro que querría ver a su hermana y coincidir con las jóvenes en algún punto.

—Podríamos ir a Bradford. Tengo que ir a la fabrica, pero, si venís conmigo, será más entretenido. Aunque sea una ciudad principalmente industrial, también habrá cosas que ver o lugares que visitar.

Las gemelas suspiraron con alivio y sabían que Lisa diría que sí porque, aunque ya estaban casados, Elizabeth Bolton seguía en aquel lugar, al acecho de que viera aparecer a Adrien solo para intentar volver a atacarlo. Ella no había olvidado lo que la mujer les había hecho a Adrien y a ella, así que...

—Claro. Me parece una buena idea —aseguró Lisa, sonriendo.

Mientras pasaba la última noche en su cuarto durante algún tiempo, Clea observó sus maletas hechas a los pies de su cama, preparadas para el día siguiente.

Había conseguido convencer a su hermana para que se despidieran en la puerta de la casa, ya que su hermana parecía empeñada en

despedirla en casa de los Hale, cuando salieran por la tarde.

Aunque pareciera muy dura, Lisa era una sentimental.

Pero, fue decirle que ella lloraría más si tuviera que despedirlos desde el carruaje, de camino al viaje que desde casa, donde les dijo que quería recordarlos, para convencerla de lo contrario. Después de todo, aunque estuviera emocionada con aquel viaje, la verdad era que nunca se había separado de su hermana, si no contaban los pocos días que esta había pasado fuera, cuidando a su padre cuando descubrieron su enfermedad.

Recostándose contra el cabecero, cruzó los brazos bajo los pequeños pechos y trató de imaginar cómo sería aquel viaje.

No le era muy difícil imaginarse a Jack y a ella en la cubierta de un barco, de camino a Francia, riendo mientras la luz del sol caía sobre ellos. O caminando por unas hermosas calles, que era como ella se imaginaba Francia, bromeando el uno con el otro mientras señalaban los lugares de los que Clea solo había oído hablar.

Sin embargo, no pudo negar que se sintió inquieta al pensar en el hecho de que tendría que posar desnuda para él, cuando prácticamente solo Irene y su hermana la habían visto sin ropa. Y solo cuando era muy pequeña, ocupándose sola de su cuerpo cuando creció.

Se imaginó en un cuarto, iluminado por la luz de las velas, el cabello suelto y con la respiración acelerada, ya que no llevaba ninguna prenda de ropa encima. E imaginar al señor Mardling en el otro extremo, observándola con atención, con aquellos ojos penetrantes suyos, solo la hicieron encogerse más en su cama.

Tuvo que dejar salir un pequeño jadeo, ya que una ola de calor la recorrió por entero al imaginarse a ese Jack de su mente observándola con atención, mientras estaba completamente desnuda.

Agitó las piernas bajo las sabanas, con las manos apretando su camisón, en su pecho, y supo que aquella sería la experiencia más

intensa que habría vivido en su vida, que él le enseñaría y le haría sentir cosas que ni siquiera podría imaginar.

Nerviosa, trató de meterse bajo las sábanas para poder dormir un poco.

Sabía que no lo conseguiría, ya que se encontraba demasiado nerviosa para ello, pero imaginarse plantándose ante Jack con una cara horrible, mostrándole que apenas había dormido, fue mucho peor y, en el silencio de su cuarto, y que envolvía a la casa a aquellas horas, comenzó a contar las ovejas que saltaban una valla imaginaria.

El problema fue que, a la veintidós, empezó a preguntarse por qué las ovejas tenían que estar saltando la valla, preguntándose qué cara pondría el pastor cuando viera que todas sus ovejas estaban en las tierras de su vecino.

El bostezo de Clea fue bien audible durante el desayuno, haciendo que los que estaban sentados a la mesa se volvieran a mirarla, observando cómo se rascaba un ojo lloroso mientras ella trataba de concentrarse en su desayuno.

—¿Nerviosa por el viaje? —le preguntó su hermana, sonriendo mientras se llevaba una tostada a los labios.

—¿Yo? ¿Nerviosa por el viaje? ¿Por qué iba a estar yo nerviosa?.

Teniendo en cuenta que ella siempre había bebido té por las mañanas, que su taza estuviera llena de café hacía pensar sobre ello.

—Solo quiero asegurarme de que me mantendré despierta. Quiero verlo todo durante el viaje y no lo haré si me duermo —comentó, cuando todos parecieron dirigir una mirada significativa a su taza.

—¿Vais a pasar por Bishopstoke? —le preguntó su cuñado, llevándose su propia taza de café a los labios.

Aquella pregunta la puso nerviosa. Ni siquiera le había preguntado su ruta a Linzy y, si esta pasaba por el pueblo, sin duda

se acordarían de ella. Su hermana y ella iban todos los años a limpiar las tumba de sus padres, así que, sin duda, le comentarían el paso de una bella jovencita por el pueblo, que viajaba sola. Tenía que decirle a Linzy que ignorara el pueblo.

—No lo sé, la verdad. La ruta la ha marcado ella. Yo prefiero que sea una sorpresa —le aseguró esta, sonriendo.

Adrien asintió, pero no pareció muy confiado de sus palabras.

Él siempre organizaba sus viajes al detalle, así que le extrañaba que alguien pudiera viajar sin saber a dónde iba.

—Tienes que comprarnos algo de recuerdo —le dijo Kaila, maliciosa.

—¡Eso, eso! Tráenos algo de allí —la secundó Kailyn, sonriendo hacía su hermana.

Las dos sabían dónde iba a estar realmente, así que ¿por qué le decían eso? ¿Querían que le encargara a Linzy que les comparara algo o le estaban pidiendo que les comprara algo de Francia y se lo diera en secreto?

Aún así, se obligó a sonreír hacía ellas, gritándoles en su fuero interno que eran unas malísimas amigas por estar torturándola de semejante manera.

—¡Claro! Veré que puedo traeros. Si recojo flores, se marchitarán antes de que vuelva, así que tendré que pensar en qué podré traeros.

—En Hampshire, lo más hermoso que tienen está en la tierra. ¿Por qué no vas cogiendo piedras de los lugares por los que paséis y vas llenando un bote? —le sugirió Lisa, que junto con Adrien, era la única que no sabía nada del verdadero viaje.

—No sería una mala idea. También podría encontrar algún cuadro de algún bonito paisaje de Hampshire —sugirió Clea.

Si las gemelas querían ser maliciosas con ella, ella tendría que ser maliciosa con ellas. No le costaría mucho a Linzy encontrar algún pequeño cuadro de vivos colores que podría comprar y dar a Clea para que ella pudiera dárselo al volver a casa.

—No me creo que mi hermanita vaya a pasar meses fuera de casa —comentó Lisa, cogiendo la mano de Clea entre la suya, poniéndose sentimental, mientras esta se obligaba a salir de sus pensamientos.

—Vamos. Solo estás así porque no estás acostumbrada. ¿Qué pasará cuando me case? —comentó, tratando de sonreír.

Después de todo, no tenía pensado que fuera a casarse pronto.

—Confío que, aunque te cases, permanezcas en la ciudad. Creo que tu marido será de aquí.

—¿De aquí? ¿No crees que lo habría encontrado ya?

—A lo mejor, es que no lo has estado buscando con demasiado ahínco.

Clea se mostró escéptica ante su hermana, pero Lisa parecía realmente creer en sus palabras.

—¿Por qué no mejor me recuerdas qué es todo lo que tendría que tener preparado para el viaje, para asegurarme de que no se me ha olvidado nada? —le preguntó, terminando con su desayuno.

—¿Ropa de abrigo? —Preguntó.

—Hecho.

—¿Dinero por lo que pueda pasar? —le sugirió Adrien.

—Sí, llevo una pequeña bolsa con dinero.

—¿Un buen perfume? —Comentó Kaila, dándole un sorbo a su té.

—¿Para qué quiero llevar perfume? —le preguntó, temiendo un poco su respuesta.

—Bueno.....nunca sabes a quién puedes conocer por ahí.

¿Las gemelas no se cansaban de casi dejar al aire sus intenciones todo el tiempo? Más que ayudarla, en momentos como esos, parecía que querían que la descubrieran.

Dando por terminado con el desayuno, Clea hizo que llevaran su equipaje al coche, dándole el tiempo para despedirse de su familia. Se había despedido del señor Craven e Irene la tarde anterior y, como estaba haciendo su hermana en ese momento, la abrazaron con fuerza y le rogaron una y mil veces que tuviera cuidado.

Tuvo la impresión de que en ningún momento conseguiría llegar al coche, pero, cuando se vio montada en este, despidiéndoles desde la ventanilla, tuvo que admitir que un pequeño nudo se le hizo en la garganta, notando como las lágrimas se acumularon en sus ojos.

Quisiera admitirlo o no, ella también era un poco sentimental.

CAPÍTULO 7

Jack no pudo evitar mostrarse emocionado.

Después del tiempo que había pasado detrás de Clea Freeman, por fin tenía a esta al alcance de sus manos.

Mientras ordenaba que recogieran sus cosas, los criados se dieron cuenta más que de sobra de cómo se encontraba su señor y la alegría que parecía embargarlo. Aunque lo achacaron al hecho del viaje y no a una persona en concreto.

Hizo preparar una comida fría y rápida, algo que le llenara el estómago, pero que no le llevara demasiado tiempo, sabiendo que Clea lo estaría esperando en casa de los Hale.

Todo lo que sabía de esa familia era que eran los mejores en cuanto a lo que el cuero se refería en el país, aunque tenía que admitir que, de querer el mejor cuero del mundo, lo encargaría a España.

Sin embargo, se imaginó sin problemas a la joven esperándolo, contemplando la calle por una ventana, deseando ver aparecer su carruaje o como se iluminarían sus rasgos al verle bajar del coche de manera impecable.

¡Ah! ¡No podía esperar!

De encontrarse más relajado, se preguntaría si había estado así de emocionado con sus anteriores modelos o si había deseado tanto encontrarse con ellas, pero, en esos instantes, lo que menos podía hacer era ponerse a analizar sus emociones.

Despidiéndose de los criados de su casa, una pequeña casa para la buena zona en la que vivía, pero confortable, montó en el vehículo y le indicó la dirección a su cochero, contemplando las calles de Londres a través de la ventanilla, despidiéndose de aquel paisaje.

Lyon, la ciudad de Francia a dónde iba, era menos lluviosa en invierno que en verano, así que se encontrarían algo más secos que en Londres.

—Se le echará de menos, señor —le comentó su cochero, sabiendo que el vehículo era lo suficientemente pequeño para que su señor le oyera desde dentro.

—Gracias, Henry. Pero pensad en este tiempo sin mí como unos meses de tranquilidad.

—Sin embargo, estaremos esperando su regreso.

—Eso será porque no estaréis relajándoos como debéis —comentó Jack, sonriendo.

Aquel día, se encontraba de increíble buen humor y parecía como si nada pudiera empañarlo.

Llegar a la casa de los Hale solo hizo que su sonrisa creciera aún más y, esperando a que el coche se detuviera, esperó ver el rostro de Clea en alguna de las ventanas, aguardando su llegada.

No la halló, pero eso no consiguió desanimarlo mientras bajaba del coche.

Había otro vehículo en la puerta que estaba siendo cargado, aunque no le prestó especial atención.

Él desconocía cómo Clea había conseguido viajar con él o lo que había planeado con sus amigas, pero, en aquellos instantes, ni siquiera le importó mucho. Solo deseaba ver a esta aparecer, despedirse de los Hale que la estuvieran ayudando y marcharse de allí.

Finalmente, como si hubiera querido desquiciarlo a propósito, Clea acabó saliendo de la casa acompañada de una joven, que no le llamó en absoluto la atención, minutos más tarde. Ambas jóvenes estaban hablando y, mientras unos criados ponían las maletas de Clea en su coche, Jack solo vio como las dos jóvenes se despedían con un afable abrazo.

Era recomendable permanecer allí el menor tiempo posible, pero no sería él el que metiera prisa a la muchacha. Aquello le haría lucir como un ansioso. Y él no lo era.

Un hombre extremadamente alto contemplaba a las dos mujeres

desde la puerta, al tiempo que se aseguraba que un par de criadas se subían al otro vehículo, seguramente las encargadas de acompañar a su señorita en su propio viaje, pero, por sus ropas, supo que se trataba de alguno de los trabajadores de la casa. No parecía haber padres o hermanos de la muchacha en casa que salieran a despedirla.

A lo mejor, por ello había elegido Clea aquel lugar. Cuanto menos gente supiera su secreto, mejor.

Finalmente, Clea y la muchacha se separaron y, mientras la joven Freeman caminaba hacia él, vio como la otra joven lo estudiaba.

No era de la forma en la que estaba acostumbrado; no estaba admirando su cuerpo o su rostro. Más bien era como si quisiera ver dentro de él, detectar algo de su expresión que le indicara que pudiera hacer que se fiara de él.

Le dedicó una encantadora sonrisa, pero, en vez de responder esta con otra, como era lo normal, la joven se sobresaltó y puso mala cara.

—¿Qué está mirando? —le preguntó Clea cuando finalmente se colocó junto a él.

—Oh, nada. Parece que a su amiga no le he caído bien —indicó, tomando su mano para ayudarla a subir al coche.

Se sorprendió de lo increíblemente suave que era aquella pequeña mano. Casi era la mitad que la de él mismo y, aún así, transmitía una calidez reconfortante, obligándose a soltarla cuando ella subió.

—No se sienta mal por eso —le comentó Clea cuando él también subió al coche—. Es solo que desconfía de los hombres.

—¿En general? ¿No tiene hermanos o un padre?

—De ellos desconfía más que de ningún otro —fue lo que le respondió, mirando por la ventanilla del vehículo a Linzy, que estaba montando en su propio coche.

Los criados mantendrían en secreto aquel arreglo. Se lo habían prometido a Linzy y Clea había visto con sus propios ojos el aprecio que le tenían a su joven señorita. Ella era siempre tratada con mucha delicadeza, como si pudiera romperse ante cualquier cosa, y la

cuidaban con el mismo mimo que le tendrían a un hijo propio.

—¿Qué clase de padres o hermanos tiene esa joven? ¿La maltratan de algún modo? —Preguntó Jack, horrorizado.

Él había crecido feliz, con un padre que solo le hablaba del honor de la familia y con una madre que lo colmaba de caprichos. Nunca ninguno de los dos había levantado la mano hacía él y solo pareció que tuvieran un ligero disgusto cuando les informó de que quería ser pintor, exceptuando otra ocasión a parte de esa.

Se fue a Italia sin esperar su permiso, mandándoles cartas donde explicaba cómo se encontraba, pero, a su vuelta y con su pronta fama de pintor, que empezó a obtener casi al instante, sus padres le indicaron que, de querer dedicarse a algo poco convencional, lo más obvio era que fuera el mejor.

Después de eso, se quedó en Londres mientras sus padres se trasladaban a una de sus residencias lejos de la ciudad para vivir una vejez tranquila, solo llegando a sus oídos la fama de sus cuadros y no sus muchos amoríos y malos rumores.

Pero sabía que no todas las familias eran así, que la vida no era tan fácil y que había padres que se desquitaban fácilmente con sus hijos por sus propias frustraciones, del mismo modo que los hijos mayores podía desquitarse con los pequeños.

—¡No! ¡Oh, Dios, no! —Exclamó Clea, sonriendo al darse cuenta del error que se había formado.—Nunca le han levantado la mano, pero, como ha visto, Linzy es pequeña y tímida. Ella puede asustarse rápidamente y su padre y hermanos se pelean a menudo. Yo misma me he quedado algún tiempo en su casa y me he llevado más de un susto.

—Entonces, creo que tienen una relación familiar un tanto complicada.

—Así parece. Pero ella es una muchacha encantadora.

—Desde luego, diciéndome lo tímida que es, nunca imaginaría que le ayudaría a hacer este viaje.

—Sí. Al principio, quería que me acompañara a Francia para que no tuviera que mentir por mí, pero ella se negó. Sin embargo, Linzy quería hacer un viaje por Hampshire y eso me permitiría pasar unos meses fuera, sin que ella tuviera que estar por aquí y mentir por mí. Incluso las gemelas me han pedido que les traiga algún recuerdo. ¿Lo puede creer? Sabiendo a dónde voy realmente y, aún así, quieren regalos.

Jack no comentó nada a eso. Solo permaneció en su asiento, en una postura cómoda, mientras sus ojos recorrían a esta de arriba abajo, admirando aquellos ojos dorados que brillaban mientras hablaba, aquella melena rubia que parecía difícil de controlar... Tenía las mejillas sonrojadas de la emoción y toda ella parecía brillar. Le iba a costar mucho plasmar todo eso en un cuadro.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Clea, cuando se dio cuenta de que la estaba mirando con tanta atención.

—No. Solo estaba haciendo nota mental de todo lo que tendré que reflejar en el cuadro que haga de ti —le indicó este.

Aquellas palabras hicieron que las mejillas de Clea se azoraran aún más y Jack tuvo que contener un impulso de inclinarse hacia ella y acariciar aquellas mejillas, viendo como esta había agachado la mirada.

—Te sonrojas con increíble facilidad. Sabes que vas a tener que posar desnuda, ¿verdad?

—¡Claro que lo sé! —Exclamó esta, sonrojándose por completo—
¡Es solo que no estoy acostumbrada a esto!

—¿A posar desnuda?

—A tener esta clase de intimidad con un hombre —confesó, aún sin mirarle.

Jack sintió como el aire se le atascaba en algún punto de su garganta y el impulso de inclinarse sobre ella se hizo aún más fuerte, aunque esta vez no fuera solo para acariciarle la mejilla.

—No puedes decir esas cosas de ese modo —le respondió,

removiéndose en su asiento para controlarse.

—¿Por qué no? —Preguntó Clea a su vez, alzando sus ojos hacia él de una tímida manera.

—Porque acabaras asaltada por alguien. Los hombres pueden tomarse de muchas formas diferentes esas palabras. Y más aún si salen de los labios de una joven dama.

Clea reflexionó sobre ello, pero no vio de qué modo se podía malinterpretar.

Hablaba con hombres en fiestas, reía con ellos, bailaba con ellos, pero nunca se había quedado a solas con ellos. Incluso en casa, con su cuñado Adrien, nunca se había quedado a solas con él, ya que las gemelas nunca la dejaban sola. Así que él era el primer hombre con el que se había encontrado en semejante situación.

Aún así, no comentó nada más al respecto, ya que veía cierta tensión en el cuerpo del señor Mardling.

—¿Cómo crees que se tomará tu hermana este cuadro que quiero hacer de ti? —le preguntó Jack, rompiendo el silencio.

—Desde luego, no muy bien. Lo más seguro es que me mate. Y luego vaya en su busca y le mate también —le comentó, con aire indiferente.

—Creo que podemos tutearnos ¿no crees? Vamos a pasar algún tiempo juntos, así que será mejor hablarnos con más familiaridad.

Clea parpadeó, contrariada, pero acabó asintiendo mientras una pequeña sonrisa se abría paso en su rostro.

—Y dudo que su hermana llegara a matarme —indicó Jack.

—¿Ah, sí? ¿Y eso por qué?

—Porque, en cuanto me enterara de que te ha matado, huiría de la ciudad.

Clea se echó a reír, haciendo que este la contemplara con más atención desde su asiento.

—Así que así es como piensa, ¿eh? ¿Soy algo así como su aviso de peligro?

—Así es —afirmó este, dedicándole una espléndida sonrisa.

Y la risa de Clea sonó aún más fuerte en el coche.

Era una risa clara, fresca y limpia. No se parecía en nada a las que estaba acostumbrado a escuchar. Por lo general, las damas de la sociedad tenían una risa más medida y discreta, algo totalmente calculado que dejaban salir cuando creían más conveniente. Ella era muy diferente. Incluso en las fiestas a la que asistía, la había oído reír de aquella forma, siempre rodeada de caballeros.

—Me gusta la forma en la que te ríes —le comentó, aún contemplándola con atención.

—Bueno... a lo mejor podría opinar lo mismo si te oyera reír — comentó esta, observándolo a su vez.

Se hizo un instante de silencio dentro del coche que ninguno de los dos pudo romper, contemplándose de aquel modo, ya que Clea se sintió atrapada por su ojos, sin entender porqué la miraba de esa manera. O, más bien, temiendo lo que creía ver.

Un ruido, como si algo cayera estrepitosamente al suelo, hizo que saltaran dentro del vehículo y Jack, alterado, se volvió hacia la ventanilla que comunicaba con Henry, notando como el cochero paraba a los caballos.

—¿Qué es lo que ha pasado?!

—¡Señor, me temo que uno de los baúles se ha soltado de su lugar y ha caído al camino!

Clea, que sabía de sobra que los suyos eran los últimos en ser cargados, se asomó por la ventanilla y contempló su ropa tirada en el suelo, dejando a la vista sus vestidos, así como camiones y lo más vergonzoso de todo, algunas prendas de ropa interior.

Avergonzada hasta el extremo, se bajó del coche antes de que el mismo cochero pudiera hacerlo por sus propios medios y, sin reparar en la gente de su alrededor, que se habían detenido en su camino para contemplar aquel espectáculo, preguntándose qué había pasado, trató de meter todo dentro del baúl de nuevo, sin ni siquiera

preocuparse de que se arrugara o no, tratando de que nadie viera sus prendas más íntimas. Pudiera ser que más adelante se arrepentiría de no haber llevado más cuidado, pero, en aquellos momentos, era imposible que le importara.

Jack, que había bajado para ayudarla en un primer momento, no pudo evitar romper a reír cuando la vio tan apurada, viendo como Clea metía todo a puñados dentro del baúl, mirando brevemente a la gente que había a su alrededor para asegurarse de que no hubieran visto nada que no debían, solo permaneciendo de pie junto a ella.

—¿Vas a ayudarme en algún momento o solo vas a permanecer ahí, riendo? —Le preguntó esta, con cierto malestar, cuando se percató al fin de la figura de Jack a su lado.

—¡Lo siento, lo siento! —reía este, sin poder controlarse— Quería ayudarte, pero...

La risa impidió que siguiera hablando y Clea, molesta, solo recogió sus cosas mientras ayudaba al cochero para que lo llevara hasta el vehículo, asegurándose esta vez de que no podía soltarse.

—Eres una mala persona —le indicó la joven, subiendo al vehículo con malestar.

—Mira el lado positivo. Al menos, has podido oír mi risa. Era lo que querías, ¿no? —Comentó Jack a su vez, antes de internarse en el coche tras ella.

CAPÍTULO 8

No. No había imaginado que el viaje en barco fuera a ser de aquella manera. Ni mucho menos.

Lo que Clea había imaginado con precisión en su mente para aquel viaje había sido estar ambos conversando en la cubierta del barco, con la luz del sol dando sobre ellos, hablando sobre cualquier tema banal, como había ocurrido en el coche, con la brisa del mar dando contra ellos, con su característico olor rodeándoles.

Pero, en vez de eso, estuvo lloviendo durante toda su travesía en barco y descubrió, del peor modo posible, que se mareaba con el balanceo de la nave.

Jack y ella compartían camarote, ya que era mucho más fácil decir que eran pareja que intentar explicar cualquier otro tipo de relación entre ellos. Así que, cuando Clea empezó a vomitar, sintió que moriría allí mismo, ya que este estaba en el camarote con ella.

—No tienes que preocuparte. He visto a mucha gente pasar por lo mismo. Ya verás que, cuando te acostumbres, ya no será tan duro — trató de tranquilizarla, al ver en el estado en el que la joven había entrado.

Pero la sensación de humillación no se alejó de ella. Tuvo que permanecer en cama, casi sin poder comer nada, mientras Jack tenía que estar allí con ella o, como mucho, caminar un poco por los pasillos interiores del barco, como hacían el resto de la tripulación.

—Tal vez, te sentirías mejor si pensaras en otra cosa —le sugirió, sentado en su cama junto a ella, mientras Clea estaba tapada hasta la cabeza para impedirle que la viera en tan mal estado.

—¿Cómo en qué? —le preguntó ella, sonando amortiguada por la ropa.

—No lo sé. Hablemos sobre nuestro destino. ¿Qué te gustaría ver de Francia?

—No sé. Nunca he estado antes.

—Bueno... Lyon es una de las tres ciudades más pobladas del país. Están París, Marsella y Lyon, pero mi favorita es esta última.

—¿Por qué? —le preguntó Clea, asomando los ojos por encima de las sábanas, volviendo un poco la cabeza para poder mirarle.

—Pues porque es una ciudad bonita, agradable de ver. O, al menos, eso me pareció la última vez que la vi. Tenía muchas zonas diferentes, rincones que te harían creer que estás en otro mundo. Y la casa de mi amigo Louis está decorada con un gusto increíble. Vamos a quedarnos allí, así que tendrás tiempo de verlo todo.

—No me has hablado de ese amigo tuyo.

—Eso es porque quería que te formaras tu propia opinión cuando le conozcas. Pero puedes estar tranquila. Es algo excéntrico, pero es un buen hombre.

—Estoy acostumbrada a personas excéntricas —comentó esta, recordando al señor Craven.

—¿Sí? Eso está bien. Louis y su familia están relacionados con el comercio de la seda, entre otras cosas, así que nunca ha pasado por apuros de ningún tipo. Verás que es muy abierto y coge confianza en seguida con cualquiera.

—Eso no creo que sea un problema —comentó Clea de nuevo, sacando finalmente la cabeza de debajo de las sábanas.

—¡Ahí estás! —Exclamó Jack, sonriendo cuando por fin emergió—. Pensaba que no saldrías nunca de ahí abajo.

—Es que... me daba vergüenza que me vieras en este estado. Nunca había viajado en barco, así que no sabía que iba a pasar esto.

—Créeme. He visto a gente con peor pinta. No te preocupes por eso.

Con cierto trabajo, se obligó a levantarse de la cama, a tratar de comer alimentos sólidos y acostumbrarse al balanceo del barco, así como a sus bruscas sacudidas cuando la marea se embravecía. Jack estuvo con ella, así que se esforzó en ello.

—Piensa que vamos a tener que volver en barco, así que tu esfuerzo no será en vano.

En el puerto, cuando llegaron a su destino, Jack alquiló un vehículo, donde unos hombres, por unas monedas, cargaron sus cosas y con aquel vehículo, viajarían hasta Lyon. Les llevaría unos días, ya que Jack quería parar para hacer noche en el camino y para que Clea pudiera disfrutar del paisaje, así como de la gente.

Ella apenas podía mantener una conversación en francés, pero, desde luego, parecía disfrutar de sus pequeñas charlas con la gente. Él le hacía las veces de traductor, de hacer falta, y la gente del lugar parecía divertirse con la rara y vivaz muchacha que apenas podía hablar su idioma.

—No imaginé que la gente de Francia pudiera ser tan simpática — le comentó Clea mientras continuaban viaje en coche, tras parar en una pequeña posada de un pequeño pueblo para comer.

—Yo creo que son tan simpáticos por la forma que tienes de hablar con ellos —le dijo Jack, dedicándole una sonrisa.

—Pero es raro. Cuando hablo con los niños, siempre acabo peleando con ellos. Con los adultos no pasa eso.

“Será porque los adultos te ven como una niña”, pensó este para sí. Su vivacidad, desde luego, recordaba a un niño. Y sonreía a todo el mundo, con lo que la gente no parecía poder evitar responder a sus sonrisas.

—¿Qué es lo que tienes que hacer en Lyon para ese amigo tuyo? — le preguntó esta, sacándolo de sus pensamientos, cambiando de tema mientras el coche se balanceaba a un lado y otro en el camino.

—Me pidió que hiciera una pequeña exposición en su casa con algunos de mis cuadros para unos amigos suyos. Nos conocemos desde hace años, así que no podía negarme a venir. Nos llevamos

bien y nos mantenemos en contacto, así que, aquí estamos.

Clea asintió, pero se sintió algo inquieta al saber que habrían más invitados. Ella apenas podía hablar francés y Jack estaría ocupando presentándose a gente importante. ¿Cómo iba a poder hablar con los que la rodearan?

—Tranquila. La exposición será después de que llevemos un tiempo allí. Estoy seguro que, practicando, mejoras con el idioma considerablemente y en bastante poco tiempo.

—¿Lo crees? —le preguntó Clea, alzando sus ojos hacia él.

Y, de nuevo, a Jack le embargó una sensación en la boca del estómago cuando esta le miraba. Esa sensación tibia pero nerviosa que parecía mandar alguna especie de señal a todo su cuerpo, aunque no sabía interpretar cuál. Le recordaba a los nervios que había sentido la primera vez que había expuesto un cuadro. Y la segunda. Y la tercera.....

—Sí, claro que lo creo. Eres una chica lista. Enseguida no tendrás problemas para moverte entre ellos. Ni siquiera me necesitarás.

Esta asintió, aunque no pareció convencida.

De llevar tanto tiempo junto con otra mujer, Jack ya hubiera tonteado con ella de haberse sentido atraído hacia ella de algún modo. Pero, con Clea, no sentía esa necesidad de perder el tiempo con juegos tontos. El mero hecho de estar hablando con ella con comodidad, como si entre ellos ya existiera algún tipo de vínculo, ya era lo bastante agradable y, en parte, temía como una joven como ella podía reaccionar ante ese “flirteo”. Estaba acostumbrado a tratar con mujeres más... liberales y, aunque ella siempre había demostrado que no era ninguna joven ingenua, sentía que sería faltarle el respeto si la trataba como a las demás.

—¿Qué te parece si practicas conmigo? —le prepuso, necesitando concentrar su mente en cualquier otra cosa que no fuera ella.

—¿Te refieres a... hablar entre nosotros en francés?

—Sí. Hablaremos todo el tiempo así y las palabras que no sepas, te

las enseñaré. Será un modo cómodo para que domines el idioma.

Clea reflexionó sobre ello y le pareció una buena idea. Sería más cómodo practicar con él que arriesgarse a hacer el ridículo delante de alguien más, lo que solo la obligaría a mostrarse avergonzada ante un desconocido.

Sin embargo, cuando llegaron finalmente a su destino, Clea volvió a comprobar que había perdido otra buena oportunidad para acercarse a él. En aquel coche, podrían haberse hecho más cercanos, haber creado más intimidad para su relación, pero se había concentrado tanto en las lecciones que Jack le impuso que ni siquiera había reparado en ello.

Llamándose estúpida, dejó que él la ayudara a bajar del coche, contemplando con admiración la imponente casa que tenía ante sí.

Si la vivienda de los Bells o del señor Craven les había parecido grandes la primera vez que las había tenido frente a ella, era porque no había visto aquel lugar.

De un blanco puro en su gran parte, pues el paso del tiempo aún no había podido devorar el color, con tejados de tonos claros, el hogar de los Dulac contaba con cientos de ventanas que indicaban lo luminosa que debía de ser en el interior, elevada como estaba por encima del nivel del resto del terreno que pertenecía a la familia. Solo se podía subir hacia la puerta principal utilizando las dos rampas que había a ambos lados de la casa o subiendo por la amplia escalera central por donde, en aquellos momentos, descendía alegremente un joven moreno que se dirigía hacia ellos, sonriéndoles.

—¡Jack, *mon ami*, qué placer volver a verte! —Exclamó, plantando dos besos en las mejillas de este en cuanto se colocó a su altura, hablándoles en inglés.

O Jack le había informado del hecho de que su invitada no sabía defenderse demasiado bien con el idioma o era como ellos solían hablar, estuvieran en el país que estuvieran.

—También es un placer volver a verte, Louis. Me alegra ver que

estás tan animado como siempre —le dijo Jack, dedicándole una amplia sonrisa en respuesta a su desmedido recibimiento— Déjame presentarte a mi acompañante. Louis Dulac, ella es mi buena amiga, Clea Freeman.

El hombre la observó con atención durante unos momentos, volviendo la vista hacia su persona, poniéndola nerviosa, pero él acabó sonriendo e, inclinándose sobre ella, acabó besándola igualmente en ambas mejillas, dándole el mismo recibimiento que a su buen amigo.

—Es un placer veros a los dos. Jack nunca había traído amistades más allá de su propia presencia, así que vuestra aparición es toda una novedad.

—Va a ser mi modelo, Louis —le comentó este mientras seguían a su anfitrión hacia su hogar, subiendo las escaleras hacia la casa.

—Eso es excelente —comentó, derrochando buen ánimo— ¿Podré estar presente durante las sesiones?

El señor Mardling se volvió para mirar a Clea y el sonrojo de esta amenazó con hacerle explotar las mejillas ante esa posibilidad. ¿Alguien mirándola en el cuarto, mientras posaba para Jack?

—Creo que no va a ser posible, mi buen amigo. Tengo una modelo bastante tímida.

—¡Oh! ¿Y, aún así, va a posar para ti? Eso es que tienes que ser un muy buen pintor.

—Al menos, eso es lo que me suelen decir.

Clea no comentó nada mientras los hombres conversaban, viendo como reían ante aquella mala broma. Hablaban en una mezcla de inglés y francés, suponiendo que ambos se sentían cómodos con ambos idiomas, poniéndose al día de sus vidas, pero ella estaba contemplando el interior amplio de la casa una vez que se encontraron dentro.

Los criados iban y venían, pareciendo atareados, llevando y trayendo cosas por unos amplios pasillos, con unos techos altos.

Nadie parecía tener las manos vacías o que no tuviera una tarea asignada, incluso cuando en la casa principal no parecía haber mucha actividad, pues el lugar parecía estar dividido por zonas.

—Vuestras habitaciones han sido ya asignadas. No hay problemas con que estén una enfrente de la otra, ¿verdad? —les preguntó Louis.

No hacía falta ser un genio para ver que el francés pensaba que eran amantes, aunque ninguno de los dos dijo nada para desmentirlo. ¿Qué clase de mujer posaba desnuda para un hombre, poniendo en duda su buena imagen ante la sociedad, arriesgando el hecho de encontrar un marido respetable, si no era porque tenía algún tipo de relación con el artista?

—Necesitaré también otro cuarto donde pueda pintar y donde no pongas el grito en el cielo si mancho el suelo de pintura —le comentó Jack.

—¿Y no puedes pintar sin manchar? —le preguntó Louis, arrugando el gesto.

Desde luego, no parecía gustarle cualquier cosa que pudiera estropear su bonito suelo o cualquier otra cosa que supusiera estropear la perfección que parecía transmitir aquel lugar.

Mirando hacia abajo, Clea contempló aquellos suelos tan brillantes, así como el resto de objetos y cuadros que había a su alrededor. El lugar parecía tan recargado de cosas que era como sentir que le quitaran el aliento. Era como si cada rincón no pudiera verse vacío, como si necesitaran demostrar que podían gastar el dinero en objetos solo pensados para ocupar un hueco concreto. Pero no comentó nada al respecto.

—También necesitaré cojines, algunas cortinas y luces. Necesito que la estancia esté iluminada —siguió pidiendo Jack, enumerando sus necesidades.

—A veces, pienso que te tomas demasiadas confianzas —comentó Louis, observando a su amigo.

—Piensa que, si me da tiempo, podré exponer este cuadro en tu

casa antes que en ningún otro lugar. Será el primer lugar donde se pudo ver y estoy convencido de que será una obra de arte.

Clea no podía asegurarlo, pero pareció que los ojos marrones de su anfitrión chispearon cuando Jack le dijo eso.

—¿Tan seguro estás?

—Sí. No me cabe la menor duda —le aseguró él.

Aunque, si le hubieran preguntado a Clea, la respuesta hubiera sido bien diferente.

Ella quería posar para Jack, eso estaba claro, y él era un gran pintor, pero tanto para decir que un cuadro con su imagen sería una obra de arte... Le parecía demasiado presuntuoso por su parte.

—le diré a los criados que lo preparen todo. Mientras tanto, estas son vuestras habitaciones — dijo deteniéndose en un pasillo de las plantas superiores, tras guiarlos por la casa.

Como había dicho su anfitrión, estaban una frente a la otra, pero estas en sí eran excesivamente grandes solo para que una persona las usara.

La cama en la habitación de Clea era lo suficientemente amplia como para albergar tres o cuatro personas de su medida. La amplia ventana daba a la entrada de la casa, así que podía ver toda la actividad desde allí, así como las flores que eran cuidadas por los jardineros frente a la casa y los carros que llegaban con suministros. Había una chimenea a los pies de la cama y unos sillones en torno a esta, haciendo que el cuarto luciera bastante cálido y confortable.

—¿Tus padres no se encuentran en casa? Me gustaría saludarlos antes de empezar a preparar mis cosas. Hace tiempo que no hablo con el señor Dulac —comentó Jack, en el pasillo como se encontraba, hablando con Louis.

—Sí, desde que le robaste a su última amante —comentó el señor Dulac mientras Clea salía de su habitación, deteniéndose al oír esa conversación.

—Ya te he dicho que yo no robé nada. La chica se encaprichó al

verme, pero tu padre sabe que no la toqué en ningún momento —le respondió este, mirándolo con malestar mientras sentía la presencia de Clea tras él.

No quería hablar de esas cosas delante de ella porque podía hacerse ideas equivocadas sobre su persona.

—Pero la chica no volvió. Quedó tan destrozada por tu rechazo que no pudo permanecer más tiempo aquí. Mi padre tuvo que buscarse otra —siguió comentando Louis, como si nada.

—¿Cómo podéis hablar con esa facilidad sobre amantes? ¿No se molestaría vuestra madre si os oyera? —Preguntó Clea, haciendo que los hombres se volvieran para mirarla.

—Mi madre también tiene sus amantes. Es algo que sabemos, solo que no podemos sacar el tema en la mesa —le dijo el francés.

Clea se mostró sorprendida. Aunque en casa hablaran sin problemas de casi cualquier tema, hablar con semejante facilidad de los amantes de sus propios padres le parecía el máximo de lo atrevido.

—Parece ser que tu última modelo es más inocente de lo que creí nada más verla —le comentó Louis a Jack, con una ligera sonrisa en los labios, pareciendo que se burlaba de ella.

Ese gesto hizo que a Clea ya no le cayera tan bien aquel amigo suyo.

—Ha vivido en Hampshire casi toda su vida y solo lleva en Londres 4 años. No ha pisado otros lugares, así que no podemos esperar que acepte, sin más, las cosas que, para nosotros, parecen normales. Mis padres, desde luego, nunca me han hecho saber quiénes eran sus amantes —la defendió Jack.

Estaban siguiendo a Louis, de nuevo, por los pasillos después de que el francés le preguntara algo en su idioma a una criada que había pasado cerca de ellos.

—Es posible. A veces, se me olvida que el resto del mundo no funciona como nosotros.

Clea miró a Jack, preguntándole silenciosamente si ese hombre era siempre así, pero él le restó importancia al asunto con un movimiento de hombros. Después de todo, era su amigo y ya estaba acostumbrado.

—Quería presentaros a alguien —les dijo el francés, haciendo que volvieran su atención hacia él.—Ha llegado sin avisar, pero ha sido un amigo de la familia desde hace mucho.

—¿Lo conozco? —Le preguntó Jack.

—Es posible que lo hayas visto en alguna fiesta que hayamos celebrado aquí, pero no recuerdo habértelo presentado. Se llama Jean Paul Donnart, el conde de Montesquieu.

—No, no recuerdo que me lo hayas presentado —comentó Jack a su vez, haciendo memoria.

—Sí, eso creía, pero no sé donde está —comentó Louis, palmeándose los costados mientras miraba con cierta frustración a su alrededor— El problema de tener una casa tan grande es que hasta los invitados se te pueden perder.

—A lo mejor, se encuentra en su habitación —sugirió Clea, atreviéndose a meterse en la conversación.

—No. Su habitación estaba al lado de las vuestras. Si nos hubiera oído hablar, habría salido. Tiene que estar en otra parte. Pero no importa. Acabará apareciendo. Jack —dijo, volviéndose hacia este, haciendo que sus dos invitados se detuvieran en el acto—. Tengo unos asuntos que me gustaría hablar contigo. Mis padres no están, así que recae en mis manos. ¿Crees que puedas ayudarme?

—Sí, claro. Desde luego —le aseguró él, pensando por un momento que Louis quería hablarle de otra cosa más importante que las cuentas de negocios de su familia.

Se equivocaba.

—¡Fantástico! *Mademoiselle* —dijo, mirando a Clea—. Eres bienvenida a explorar todo lo que quieras de la casa y, si encuentras a mi otro invitado, infórmele de que nos encontramos en el despacho

de la segunda planta.

¿Le parecía solo a ella o la estaba tratando como a una niña que no supiera como entretener, dándole otra tarea que hacer?

Miró con malestar a aquella espalda que se alejaba, sabiendo que no llegaría a llevarse bien con aquel hombre de seguir de aquella manera.

—¿Crees que estarás bien sola? —le preguntó Jack, antes de caminar tras Louis.

—¡Sí, sí! —afirmó ella, dándose cuenta de que estaba lanzando maldiciones al amigo de Jack con él presente—. No habrá problema. Si me pierdo, preguntaré a algún criado —le aseguró, cambiando su gesto de enfado por una sonrisa.

Jack asintió, pero permaneció contemplándola hasta que ella hizo desaparecer la sonrisa, mostrándose más natural.

—En serio. Puedes irte tranquilo. Estaré bien y la casa parece estar llena de actividad. No desapareceré.

—De acuerdo. Pero, si te cansas de andar por ahí, dile a algún criado que te lleve al despacho. Allí no serás ninguna molestia.

Quién lo diría, después del modo en el que el tal Louis se había deshecho de ella, pero, en vez de comentar algo a eso, solo se dedicó a dirigirle una pequeña sonrisa y asentir, indicándole de que fuera tras él.

Cuando ambos hombres desaparecieron por el largo pasillo, Clea miró a su alrededor, a aquellos cuadros con figuras de cazadores, de ninfas en los bosques o gente a la que no conocía comiendo, con algunos retratos antiguos de familiares que parecían observarla desde cualquier lugar donde se colocara, haciendo que empezara a explorar las habitaciones cercanas.

CAPÍTULO 9

Por suerte, Jean Paul se sentaba en el otro lado de la mesa, a la derecha de Louis. En ausencia de sus padres, él presidía la mesa y tenía a sus otros invitados a su izquierda, con Jack cerca y Clea al lado de su pintor.

La joven se recordó a sí misma los modales en la mesa que Kaila y Kailyn se habían empeñado en enseñarle, a pesar de que ella solo los reservaba para eventos públicos.

Se obligó a no agradecer su servicio a los criados, pues no era algo que ningún señor soliera hacer con sus trabajadores, recordar para qué cubierto era cada cosa, la pose erguida, sin tocar el asiento con su espalda, cómo coger los vasos y demás. Lo único más relajado fue el vino, ya que, cuando ella vació su copa, un sirviente no tardó en rellenarla.

Por lo general, para las mujeres, solo había una copa que el anfitrión ofrecía, pero, en casa de los Dulac, no parecía ser así.

Tras permanecer en la mesa con ellos, mientras los hombres tomaban una copa después de la comida, lo cual tampoco era lo normal, Jack se levantó, disculpándoles, pero les informó de que ellos debían ir a trabajar.

—Si en algún momento podemos entrar para verlos trabajar, hacédmelo saber— le pidió Louis.

No parecía acostumbrado a que le negaran nada, así que la negativa de su amigo para verlo trabajar no le había sentado bien.

—Está bien. Hoy es el primer día, así que solo haremos unos bocetos.

Sin más, ambos abandonaron el opulento comedor, lo suficientemente grande como para hacer una gran cena, mientras los otros dos miembros siguieron sentados en la mesa, conversando.

—¿Tendré que desnudarme?— preguntó Clea, algo azorada, de

camino al estudio.

—Sí, más o menos. Tengo que ver algunas cosas de tí que necesito conocer. Pero no te preocupes.

Jack había dicho esas palabras sin mirarla o sin ni siquiera dirigirle una pequeña sonrisa, lo cual no ayudó a tranquilizar sus nervios. Era como si se hubiera vuelto serio de repente, como cada vez que se hablaba de trabajo.

No sabía qué había querido decir con “más o menos”. ¿Cómo se podía estar más o menos desnuda? Pero, a regañadientes, tuvo que hacer caso a Jack, ya que no le quedaba de otra.

La sala estaba llena de candelabros que trasmitían una suave luz, dándose cuenta de que los criados habían corrido a encenderlas cuando Jack había informado de que irían al estudio. Habían tenido la amabilidad de colocar un biombo, con dibujos de dragones volando por un cielo lleno de nubes, y había una especie de bata colgando sobre este.

—Por favor, ve detrás del biombo y ponte eso— le pidió Jack, cogiendo un taburete y su cuaderno, colocándolo junto a su caballete.

Solo asintiendo, Clea pasó a hacer lo que le pedía, asomándose un momento por el biombo antes de empezar a desvestirse.

Jack miraba, concentrado, su cuaderno, sin duda mirando otros bocetos anteriores que hubiera hecho. Desde luego, no parecía demasiado interesado en el hecho de que una mujer se estaba desnudando allí detrás, delante de él. Lo más seguro era que estuviera tan acostumbrado a ver mujeres desnudas que su menudo cuerpo le traería sin cuidado.

—¡Y suéltate el pelo, por favor!— exclamó Jack, haciendo que ella se sobresaltara y se escondiera de nuevo tras el biombo, viendo que lo había dicho sin levantar la vista del cuaderno.

No estaba muy acostumbrada a desvestirse sola. En casa, siempre había tenido ayuda de Irene o de Lisa. O, después de mudarse a las distintas casas por las que había pasado, de las criadas. Pero, en

aquellos instantes, a solas, no se atrevía a pedirle a Jack que la ayudara, tardando bastante en deshacer los nudos de aquel vestido.

Incluso mientras viajaban en el barco o en las posadas, siempre había alguna trabajadora en el lugar a la que pudiera pedir ayuda. Pero no había caído en pedir que viniera una criada para que le echara una mano tanto antes como después de la sesión para volver a vestirse.

—¿Necesitas ayuda?— le preguntó Jack, levantando la vista de su cuaderno cuando se dio cuenta que ella tardaba demasiado.

Había permanecido contemplando los bocetos que había hecho anteriormente de ella, tanto mientras se preparaba para hacer el cuadro a su familia como en la pocas ocasiones que habían salido a la cubierta del barco. Detalles de su rostro, de su cabello o de sus manos que había podido captar. Pero, ahora sería a un nivel mucho más íntimo, casi sin piezas de ropa de por medio, y podía comprender que la joven se encontrara algo temerosa.

—¡No, no! ¡Estoy bien!— le aseguró Clea, consiguiendo emerger de entre los pliegues de su vestido, colocando la prenda sobre el biombo, así como las demás piezas de ropa que llevaba encima.

Pero, cuando cogió aquella bata, se dio cuenta de lo que se refería Jack con desnuda más o menos.

A pesar de llevar la bata, esta era casi transparente, con lo que revelaba todo a pesar de llevarla puesta. Cruzándose de brazos sobre sus pechos, se preguntó con qué valor se iba a atrever a salir allí fuera luciendo de semejante manera.

Incluso sabiendo que iba a tener que posar desnuda para él, ahora que tenía que salir, la embargaba la vergüenza. Ningún hombre había visto su cuerpo, tanto completo como parcialmente, excepto su padre el día que nació. Aquello era algo nuevo para ella.

—¿Hay algún problema?— le preguntó Jack, sabiendo que ya debería haberse cambiado.

—No. Es solo que...

La voz amortiguada de Clea se fue apagando detrás del biombo.

—Necesito tomar bocetos de todo tu cuerpo y saber en qué posición debes posar. Prometo no lanzarme sobre tí.

Clea asomó la cabeza tras el biombo, asegurándose de que Jack seguía sentado en su sitio y parecía calmado mientras la esperaba, con una pequeña sonrisa divertida en los labios.

Tomando aire, se recordó que muchas otras mujeres habrían posado así para él y, sintiéndose algo molesta por haber tenido que pensar en ellas para tomar algo de valor, se atrevió a salir, tratando de contener la tentación que sentía de cubrirse con los brazos, dejando estos a los costados.

Jack pareció erguirse un poco al verla salir y tuvo la impresión de que abría un poco la boca, pero su reacción quedó ahí. ¿Qué clase de reacción, por su parte, había esperado? ¿Qué se quedara sin aliento al mirarla? Absurdo.

Por otro lado, la sensación que tuvo Jack de estar contemplando un rayo de sol se intensificó, haciendo que se quedara por completo inmóvil sobre el taburete mientras la observaba.

Con aquella bata casi transparente y las suaves luces de las velas, la piel de Clea parecía dorada. El cabello, suelto, liso y abundante, caía como una cascada de oro hasta poco más de media espalda. Sus mismos ojos eran dorados y se obligó a no mirar hacia la unión de sus piernas para asegurarse de que en aquel lugar encontraría un nuevo trozo de oro. Le parecía como si una diosa vergonzosa hubiera aparecido de repente en el cuarto especialmente para deslumbrarlo, ya que las mejillas de Clea se habían sonrojado ante su escrutinio.

Poniéndose en pie de golpe, Jack quiso alejar de ella aquella vergüenza, quería que la gente que viera su cuadro quisiera poseer a aquella diosa de oro que los miraría desde el otro lado del lienzo.

—Ven, tumbate aquí— le pidió, colocando una mano en su espalda mientras la animaba a que se tumbara boca abajo sobre la plataforma

Clea tembló ante su contacto, aquella gran mano tibia contra su

piel, bajo la fina tela, hizo que sintiera un rápido cosquilleo por toda su piel, pero hizo lo que le pedía, colocando sus brazos cruzados bajo la barbilla mientras se tumbaba boca abajo en la plataforma.

Jack se sentó en su sitio, cogió su cuaderno y comenzó a tomar pequeños bocetos de partes de su cuerpo. Dibujó el modo en el que inclinaba la cabeza para mirarlo, el detalle de su brazo doblado, la curva de sus nalgas en aquella postura.....

—Dobla una pierna— le pidió, sin dejar de hacer un boceto tras otro.

Ella volvió a obedecer, ya que, después de todo, aquella postura no era tan vergonzosa, ocultando la mayor parte de su cuerpo que le haría sentir vergüenza.

Pero Jack no parecía satisfecho. Tras hacerle alzar la otra pierna y hacer unos pocos bocetos más, se puso en pie y se dirigió hacia Clea, indicándole que se pusiera en pie.

Ella así lo hizo, preguntándose qué habría hecho mal.

Jack, en un escalón por debajo de la plataforma, la contempló con atención, llevando sus manos a ambos lados de los pechos de esta, como si lo contemplara todo con admiración, como si le preguntara a aquel cuerpo cómo debía colocarlo para obtener su máximo potencial. Pero ese mero contacto hizo que toda la piel de Clea se calentara en respuesta, sabiendo lo cerca que estaba, lo fácil que sería para él mover sus manos unos centímetros y.....

Apenas pudo respirar cuando notó como él llevaba sus manos lentamente por sus costados, acariciando sus costillas lentamente, como si pretendiera sentir cada hueso y cada músculo, hasta detenerse en su cintura.

—Perfecta— murmuró Jack, aún con aquel tono que la hacía creer que realmente no la estaba viendo solo a ella.—¿Cómo podré plasmar todo esto?

Clea no tuvo respuesta, así que se mantuvo en silencio mientras sentía aquellas manos sobre su piel. Incluso con la bata, lo sentía a la

perfección; el calor de aquellas manos esparciéndose sobre su cuerpo como una sábana de calidez... Y un sonrojo le había coloreado las mejillas sin remedio ante su comentario.

Muchos hombres, a lo largo de aquellos últimos tres años, le habían hecho comentarios parecidos, desviviéndose para que creyera en sus palabras y consiguieran enamorarla, pero, viendo la expresión de Jack, la forma en la que tenía de mirarla en ese momento, sintió que, para él, lo que había dicho era cierto.

—¿Estás cansada?— le preguntó de repente, alzando los ojos hacia ella, como si recordara por fin que también tenía emociones.— Llevamos aquí un buen tiempo y no estarás muy acostumbrada.

—Sabía que tenía que pasar horas sin moverse, así que no te preocupes— le aseguró ella, dirigiéndole una sonrisa. Una sonrisa que Jack se quedó contemplando.

—Bien. De todas formas, es el primer día y tengo que pedir más cojines para la idea que tengo en mente. Tú quédate aquí y descansa, ¿de acuerdo? Luego continuamos.

Clea asintió mientras este abandonaba el cuarto en busca de una criada.

Necesitaba los suficientes cojines como para que Clea pudiera recostarse. La nueva idea nadaba en su cabeza, pero necesitaba encontrar a una dichosa criada que le ayudara a llevarla a cabo, pensó Jack con frustración, recorriendo los pasillos cercanos.

—¿Ya habéis terminado?— le preguntó Jean Paul cuando se cruzó con él en medio de su búsqueda.

El alto rubio le sacaba media cabeza y tenía una sonrisa de medio lado que no le gustaba nada.

—No, solo buscaba a alguien del servicio— fue todo lo que le dijo, tratando de continuar su camino.

—Entonces... ¿Clea está sola en el estudio?

Ante aquella pregunta, formulada de la forma más inocente del mundo, hizo que Jack se volviera hacia él, viendo como el alto rubio

trataba de transmitir un aire relajado.

—Estamos trabajando. No te acerques por allí.

—De acuerdo. Aunque me parece una crueldad dejar a una dama sola— comentó este, desapareciendo por el pasillo en dirección contraria.

Jack se debatió entre creer que el francés le había hecho caso y de verdad no pensaba ir al estudio para seguir buscando a alguien del servicio o volver enseguida y asegurarse que este no se acercaba por allí. Pero, en el proceso, se llamó estúpido y se dijo que Clea sabría bien deshacerse de él de llegar a entrar al cuarto para molestarla. La había visto hacerlo con muchos jóvenes en las fiestas.

Fiándose de ella, siguió con su tarea, olvidando un detalle importante.

Que Clea estaba desnuda en el cuarto y de ver aparecer a otro hombre que no fuera él, la vergüenza de encontrarse en ese estado no le permitiría reaccionar.

CAPÍTULO 10

Jean Paul, desoyendo las órdenes de no molestar a Clea, se asomó a la habitación y la reacción de ella, al menos, fue lo bastante rápida. Cogiendo uno de los cojines que había en la plataforma, se cubrió el frente antes de que los ojos del francés la encontraran en aquel lugar.

—¿Qué está haciendo aquí?! —le gritó, molesta.

Jack había dejado claro que no quería que nadie se acercara por allí, que ella no quería público y que él no quería que nadie lo viera trabajar. Pero, como parecía ser habitual en él, el alto rubio ignoraba lo que los demás le decían.

—Solo quería ver cómo iban las cosas por aquí. Lleváis un buen rato haciendo solo bocetos.

—Incluso los bocetos necesitan su tiempo —se defendió ella.

Tenía la impresión de que Jean Paul había insinuado que estaban haciendo algo más que pintar allí dentro y eso no le hacía ni la menor gracia. Jack era muy profesional en su trabajo y no iba a permitir que un pendenciero como él insinuara otra cosa. Y, de todas formas, si llegara a pasar, ¿a él qué más le daba?

—Pero, incluso aunque llevásemos aquí mucho tiempo, usted seguiría sin tener derecho a entrar aquí —terminó de decirle.

—¿Tanto te molesta que intentara ver a la guapa modelo posando? —le preguntó el rubio, dirigiéndole una sonrisa de medio lado mientras se acercaba lentamente a la plataforma.

—Claro que me ha molestado. No tiene nada que hacer aquí. Si quiere ver lo que hacemos, espere a que el cuadro esté terminado.

—Eres tan mala conmigo, *chérie* —se lamentó Jean Paul, tratando de lucir entristecido. Pero la sonrisa que le teñía todo el tiempo los labios hacía imposible de creer que realmente se lamentara.

Antes de que Clea pudiera responder a esas palabras, la puerta del estudio volvió a abrirse y Jack, frunciendo el ceño al verle, entró.

—¿No te había dejado claro que no entraras aquí?

—Y yo seguía pensando que era una crueldad dejar a una dama aquí sola.

—Pues ya no estoy sola, así que puede marcharse.

Jean Paul miró tanto a uno como a la otra, pero pareció comprender que era inútil luchar contra los dos a la vez.

—Está bien. Ya me voy. No entiendo a qué viene tanto secretismo. Después de todo, el mundo entero podrá contemplar ese cuadro.

Clea pareció sonrojarse ante aquella perspectiva, pero Jack solo miró a al hombre hasta que salió del cuarto, encontrándose con los sirvientes al otro lado, cargados de cojines, los cuáles esperaban su permiso para entrar. A una señal suya, las mujeres dejaron los cojines al lado de Clea, sobre la plataforma, saliendo sin hacer el menor comentario.

—¿Para qué tantos cojines? —le preguntó esta cuando se vio rodeada.

—En realidad, solo necesitaba unos pocos, pero están acostumbrados en esta casa a pedir todo a lo grande. Son para que te recuestes sobre ellos. Necesito que estés sentada y mirando hacia mí.

Clea asintió, pero no hizo nada mientras él colocaba el escenario como quería. Jack ni siquiera le dirigía miradas furtivas a su cuerpo, como se esperaría de un hombre ante una mujer desnuda. Era como si, al trabajar, se olvidara que había otro ser humano en el cuarto.

—¿Alguna vez has pensando en que... podría haber venido aquí para tener algo contigo? —Se atrevió a preguntarle mientras él volvía a su asiento.

Jack se quedó paralizado donde estaba, de espaldas a ella. Ni siquiera entendió sus palabras durante los primeros instantes, pero la idea destelló en su mente.

Tenerla desnuda en su cama, ver toda aquella piel dorada y tocarla a placer... Claro que lo había pensando. Pero sabía qué podía suceder si alguna vez ocurría algo como eso con una chica como ella. Aunque

creyera que solo sería una noche, acabaría enamorándose y él tendría que romper ese amor, como ya había tenido que hacer antes. No se arriesgaría así a hacerle daño solo por una noche bajo las sábanas.

—No, eres mi modelo. Eso es en todo lo que pienso —le aseguró este, cogiendo su cuaderno y sentándose en el taburete.

Ya había colocado a Clea como quería, sentada sobre los cojines, recostada un poco sobre estos, mirando hacia él y con una pierna ligeramente encogida para casi ocultar el secreto entre sus piernas.

Decidió no mirarla a la cara, sabía que su expresión no sería buena en aquellos momentos, pero prefería que estuviera unos días enfurruñada por su negativa a que acabara llorando por su causa.

Realizó más bocetos, admirándose aún más de sus formas. A pesar de ser pequeña, tenía las curvas suficientes para ser admirada y, mientras la dibujaba, fue como si pudiera pasearse con libertad por ellas, el único privilegio que se concedería.

Era un mujeriego, pero era uno honrado. No destrozaba corazones sin compasión.

Después de asegurarse que aquella postura era buena, que desde allí, Clea desafiaría al público que la contemplara, desde la comodidad de los cojines, haciéndola parecer como una diosa desde su templo, Jack informó que ya habían terminado por ese día.

—¿Puede llamar a una criada para que me ayude? —le pidió la joven, mientras iba tras el biombo.

Jack no pudo evitar fruncir el ceño al oír que volvía a tratarlo de usted, pero esperaba que aquello pasara pronto mientras se asomaba a la puerta y llamaba a alguien.

Casi era la hora de la cena, así que Louis tampoco habría tardado mucho más en llamarlos, con lo que, despidiéndose de Clea, la cuál no respondió, se marchó a su cuarto para lavarse y prepararse.

Incluso aunque no le gustara que ella lo tratara fríamente, no era tan ingenuo como para caer en el juego infantil de esta y se dijo que aquella era una señal más de lo inocente que era y de su falta de

experiencia con los hombres.

Por otro lado, Clea sentía que no podía haberse comportado de otro modo.

En el momento en el que Jack le había dejado claro que solo la veía como una modelo a la que deseaba pintar, algo dentro de su pecho se había encogido con algo de amargura, preguntándose si se veía tan niña para solo atraer a hombres que solo querían jugar con ella.

Le oyó despedirse de ella mientras la criada la ayudaba a vestirse detrás del biombo, pero no se sintió de ánimos ni para contestarle. Después de todo, desde el primer momento en el que se conocieron, ella sintió como si hubiera habido una conexión especial entre ambos, como si una chispa hubiera saltado y ya fuera incapaz de apagarse.

No parecía haber sido así para Jack.

Cuando terminó de vestirse, le pidió a la criada, en su chapucero francés, que la acompañara a su cuarto para arreglarse el pelo y prepararse para la cena. Además, no quería estar cerca de Jack, solo a una puerta de distancia, ella sola.

Ella la ayudó, pero, incluso cuando se vio lista en el espejo, no se sintió de ánimos para enfrentarlo, así que se le ocurrió la peor idea que podría haber pasado por su mente.

—¿Podría buscar a Jean Paul y decirle que venga? —le pidió a la criada, que no tardó en ir a hacer el encargo.

Sabía que ese hombre era un mujeriego, pero su charla podría alejar su disgusto y su compañía la mantendría alejada de Jack. Intentaría flirtear con ella, pero estaba claro que no iba a caer en sus juegos, así que no había nada que temer.

—Me sorprende que me haya llamado, *mademoiselle*. ¿Ha ocurrido algo? —le preguntó el alto rubio, apoyado en su puerta, apareciendo de repente, sobresaltándola.

Había permanecido sentada frente a su tocador mientras lo esperaba, así que se puso en pie en el acto y se acercó a él.

—No. Es solo que había pensando que no le importaría conducirme hacia el comedor.

—¿Y eso no debería ser la tarea de su pintor? —le preguntó él, alzando una ceja en señal de interrogación.

Estaba claro que quería saber qué había pasado entre ellos para que ahora pareciera como si se hubieran peleado cuando, hacía unas horas, le habían echado ambos del cuarto con bastante coordinación.

—No pasa nada. No somos uña y carne, así que no tenemos que ir justos a todas partes —fue lo que le respondió, intentando no tener que hablar de lo sucedido.

—Bueno. Si no quieres decírmelo, eres libre de ello, *chérie*. Pero quiero que sepas que, de necesitar hablarlo con alguien, aquí me tienes a mí, ¿comprendes? —le dijo, ofreciendo su brazo para que Clea se colgara de él.

Claro que lo comprendía. Cuando no estaba tratando, patéticamente, de coquetear con ella, tuvo que admitir que parecía encantador, así que, en aquella ocasión, no tuvo problema para acercarse a él y aferrarse de su brazo.

—Y, dígame, ¿de dónde es? —le preguntó Jean Paul, mirándola.

—Crecí en un pueblo de Hampshire llamado Bishopstoke, aunque ahora vivo en Londres.

—Hampshire. He oído que tiene unos hermosos paisajes —comentó este.

—¡Así es! —Exclamó Clea, encantada de recordar su tierra—. Mi pueblo es uno de esos lugares que se deben visitar. Pero, dígame, ¿no ha estado nunca en Inglaterra?

—Oh, claro que he estado. He visitado Londres varias veces y he estado una vez en Oxford, pero admitiré que nunca he permanecido allí tanto tiempo como para visitar el país.

—Pues, la próxima vez, debería sacar tiempo. Estoy segura de que no se arrepentirá.

—¿Me acompañaría usted, *mademoiselle*, de hacer ese viaje? —le

preguntó el francés, alzando nuevamente una ceja y dedicándole una sonrisa de medio lado.

Sin embargo, en aquella ocasión, el coqueteo de este no le resultó tan molesto, si no que le arrancó una pequeña sonrisa.

—Todo es posible. Depende de dónde esté usted, de dónde esté yo y que no tengamos terceras personas entre nosotros.

Contestar de aquel modo podía alimentar el flirteo de aquel hombre, pero, tras las palabras de Jack, no le molestaba que algún otro hombre se fijara en ella y le prestara algo de atención. Incluso aunque fuera por despecho.

—Bueno, bueno. Voy a tener que preparar ese viaje cuanto antes, *chérie* —aseguró Jean Paul.

Y Clea no pudo evitar echarse a reír.

De ese buen ánimo fue como los vieron los dos hombres que ya estaban en el comedor, conversando entre ellos.

—¿Cuándo os habéis hecho amigos? —Preguntó Louis, un tanto desconcertado.

Estaba seguro de que la joven le había desairado y, aunque él hubiera cambiado su actitud para acercarse a ella, esa estrategia no podría haber surtido efecto tan rápido. Sería casi imposible.

—No creo que nunca nos hayamos llevado tan mal, ¿verdad? —le preguntó Jean Paul, mirando hacia él en busca de su respuesta.

—Desde luego que no. Es solo que hay momentos en los que debo pararle los pies.

Jack contempló aquella ridícula escena con el ceño fruncido, acabaría con una arruga permanente de seguir así, viendo como el alto rubio le ofrecía a Clea el asiento que tenía al lado, que la joven no tardó en aceptar.

¿De verdad se pensaba que él no sabía lo que estaba haciendo? Estaba intentando darle celos al pasearse del brazo de otro hombre. Era la estrategia más vieja del mundo. Pero, para sentir celos, primero había que sentir algo y ese no era su caso. Si quería tontear

con el francés, que lo hiciera. Sabía a lo que se arriesgaba al estar con él, pero no lo vería entrometerse entre ellos.

Dejó su copa con demasiada fuerza sobre la mesa, ya que la parte de abajo se quebró, haciendo que las personas presentes lo miraran con sorpresa.

—¡Vaya, Louis! Creo que tienes que comprar copas de mejor calidad —comentó, intentando restar importancia a lo sucedido.

—O no deberías emplear tanta fuerza sobre las pobres, *mon petit fils* —le comentó su amigo a su vez, observándole, apoyado como estaba, con la cabeza sobre su mano, recostado en su asiento.

No sabía que estaría viendo a través de él, pero no le gustaba que lo mirara de esa forma. Y mucho menos que lo hubiera llamado su niño pequeño.

—¿Sabéis que hemos estado comentando Clea y yo? —Preguntó Jean Paul de golpe, atrayendo la atención de los presentes mientras un criado cambiaba la copa de Jack por otra.—Hemos hablado sobre viajar a Hampshire.

—¿Para qué querrías hacer un viaje como ese? Son solo campos —comentó Louis con aire despectivo.

—¿Acaso no es una idea deliciosa recorrer un hermoso paisaje en brazos de una mujer hermosa?—sugirió Jean Paul, volviendo su mirada hacia Clea, la cual no ocultó una sonrisa ante aquellas floridas palabras.

—Considero que, de hacer un viaje semejante, más vale que sea para algo productivo, en vez de para dar un paseo. Pero, ¿no era por allí donde tus padres tenían alguna de sus casas? —le preguntó Louis a Jack, volviéndose hacia este.

—Así es. Pero Hampshire es grande y es el lugar preferido de descanso de la gente que puede permitírselo.

—También hay gente que vive en los pueblos. Si no fuera por los trabajadores del campo, las ciudades no tendrían qué comer —comentó Clea, mirando a Jack con atención.

—De necesitar comida, siempre podríamos comprarla fuera. Campos hay en todas partes —le respondió este.

—¿Insinúa que es mejor comprar los alimentos más caros fuera de nuestro país que darle más importancia a los trabajadores del campo? —Preguntó Clea, sintiéndose indignada, pareciendo que crecía en su asiento debido al malhumor.

Ella había crecido viéndoles trabajar, levantándose cada madrugada y deslomarse día tras día para que londinenses como Jack no tuvieran que preocuparse por la comida. Había visto como muchos de ellos se pasaban toda su vida sobre aquellas tierras, como se hacían daños irreparables, viéndose postrados o algo peor. Familias enteras, desde los ancianos hasta los niños más pequeños, trabajando juntos en una porción de tierra para poder salir adelante. No podía creerse que estuviera hablando en serio.

—Yo no he dicho eso en ningún momento ni está en mi mano que se le dé el crédito que merecen —le respondió Jack, alzando una mano para evitar que siguiera yendo por ahí, manteniendo su mirada, que estaba clavada en él.

El ambiente en el cuarto había decaído peligrosamente y los otros dos hombres en la habitación no tenían idea del por qué, mirándose un momento entre ellos para, después, volver los ojos hacia las otras dos personas que había en la mesa.

—¿Por qué os estáis comportando de esa manera? Parecéis niños peleando— bromeó Jean Paul, tratando de relajarlos de algún modo.

—Ni siquiera entiendo de dónde ha salido esta conversación —comentó Louis, incluso cuando él había sido el primero en despreciar tierras que ni siquiera conocía.

Clea y Jack permanecieron mirándose durante unos instantes más, pero, desde luego, era inútil estar enfadados, así que cada uno se centró en su propio plato.

Jean Paul sacó un tema sobre lo grande que podía ser aquella casa, preguntando si no era posible que hubiera pasadizos secretos o cosas

por el estilo, como solían ocurrir en las leyendas, pareciendo animado con la idea de que fuera posible, con lo que Louis empezó a hablarles de la historia de aquella casa.

Sin embargo, al menos para Clea, no le interesaba en lo más mínimo y solo se centró en comer para poder terminar cuanto antes y marcharse del cuarto.

CAPÍTULO 11

—¿No ha llegado ninguna carta de Clea durante nuestra ausencia?
—Preguntó Lisa, tras volver a casa desde Bradford.

No había sido una estancia muy larga y habían tenido suerte de no encontrarse con Elizabeth Bolton, pero Lisa detestaba no tener noticias de aquellos a los que apreciaba y no saber nada de su hermana, la cual se había separado de su lado, la hacía sentir inquieta.

—Eso es bueno. Significa que las chicas están entretenidas y que se lo están pasando bien. De haber malas noticias, ya habrían llegado — le comentó Adrien.

Mientras habían estado en la ciudad, Lisa y Kailyn se habían dedicado a comprar y pasear por las calles, pero su hermana Kaila se había mostrado interesada en el funcionamiento de la fábrica y había permanecido con él, intentando entender cómo funcionaba todo. Había hecho lo mismo en América, por lo que Adrien entendió que no era solo un caprichoso para ver qué hacía.

En aquellos momentos, mientras se encontraban en el salón, ella estaba en su despacho, leyendo unos informes que había traído para revisar.

—Pero es mi hermana. ¿Y si le ha pasado algo y no nos hemos enterado?

—¿Por qué habría de ocurrirles algo? —Preguntó Kailyn, en la habitación con ellos—. Su viaje es seguro.

—Ya lo sé, pero... ¿Sin ni siquiera una carta? ¿Es que se ha olvidado de nosotros?

—Dudo que lo haya hecho. Lisa, no le ha dado tiempo. Apenas lleva fuera unas semanas. Déjala respirar —le dijo Adrien, tomando su mano desde el sillón de al lado, tratando de tranquilizarla.

—Pero...

—No hay peros que valgan. Vas a ser una madre temible. No los vas a dejar respirar —le comentó su marido, luciendo una pequeña sonrisa en su cara que iluminó sus facciones.

—¡Oh, vamos! No soy la única que se preocupa y hace o dice locuras. ¿O ya no se acuerda, señor Killer?

Este se avergonzó brevemente ante el recuerdo de aquella precipitada fiesta de máscaras que había hecho para poder hablar con Lisa sin que supiera que se trataba de él, tratando de averiguar si aún sentía algo por él y lo que había ocurrido de sus propios labios.

Kaila se había ido de la lengua y le había dicho a Lisa que ese era el mote que le habían dado en América, ya que las mujeres solían caer a sus pies, a pesar de que él las ignoraba.

—Yo creo que pronto mandará alguna carta informándonos de cómo va su viaje. Hay que recordar que Linzy tampoco ha viajado mucho, así que es posible que las dos estén tan emocionadas que no se hayan acordado todavía de enviar noticias —sugirió Kailyn.

Con Linzy, aquello era bastante probable. Por lo que sabían, nunca había salido de Londres ni, prácticamente, de su casa.

—Aún así, no me sentiré tranquila hasta que llegue algún tipo de noticia de ella. Y espero que sea pronto —afirmó Lisa, cruzándose de brazos con molestia.

El malestar de las hermanas Freeman parecía brillar al unísono, ya que la menor, al otro lado del mar del norte, se encontraba en un estado similar al de Lisa.

Enfurrugada en su cuarto, se pasó la primera noche en aquella casa mirando el techo, preguntándose si Jack siempre había sido así de molesto y lo había ignorado por sus sentimientos o era algo que Francia conseguía sacar de él, pareciéndose malamente a su amigo Louis, no siendo la mejor forma de iniciar un viaje.

En comparación, Jean Paul había mejorado bastante a sus ojos, ya que él parecía haber comprendido que aquellos flirteos suyos no iban a tener efecto en ella y trataba de mostrarse más tranquilo y encantador, haciendo que prefiriera mucho más aquel cambio.

Aún así, tenía que seguir asistiendo a las sesiones con Jack, a pesar de encontrarse molesta con él. Sabía que su comportamiento era un tanto infantil, pero no podía evitarlo, ya que, cuando habían estado juntos, había notado una complicidad entre ellos que no recordaba haber sentido con nadie.

Jack no comentó nada de su actitud en los días sucesivos y actuaba con ella como de costumbre, seguramente para intentar volver a su relación de siempre. Aunque Louis parecía el único encantado con aquella situación. Como Clea se mantenía alejada de él el mayor tiempo posible, el francés podía contar con su amigo más tiempo.

—¿Y dices que no estáis enfadados, *mademoiselle*? Lo disimulas muy mal —le comentó Jean Paul un día, ya que, al parecer, se convirtió en su confidente dentro de aquella casa.

—Tal vez no me esperaba una negativa tan directa —confesó Clea, sentada una tarde en uno de los bancos del jardín de la casa de Louis, junto al joven rubio.

—Tengo entendido que Jack es un amigo de tu familia.

—Sí. Al menos, de mi familia política. Creo que los conoce desde que volvió de sus estudios en Italia.

—Mira, *chérie*. Incluso los mujeriegos tenemos unos códigos que no rompemos. Sería un problema para él tener algo contigo si es amigo de tu familia. Le ocurre algo similar con la hermana de Louis. Si no quiere algo serio con ella, sabe que no debe tocarla, del mismo modo que hago yo.

—Tenéis unos códigos muy extraños. Yo le dejé bien claro lo que quería.

—¡*Mon Dieu!* ¡¿Se lo dijiste claramente?!

—¿Por qué reaccionas de ese modo? ¿Tan mal lo hice?

—A un mujeriego le gusta conquistar, jugar con la dama hasta que esta ceda. Si le has hablado tan claramente, *chérie*, creo que no conseguirás nada de él. Pero, de mí, puedes tener lo que quieras— afirmó, dirigiéndole una sonrisa.

Clea le dirigió una mirada, pero se había acostumbrado tanto a que le dirigiera palabras como esas que ya ni le afectaban. Era como si Jean Paul, cuando empezaba a hablar demasiado en serio, necesitara soltar frases como esa para volver a ser el de siempre.

—He sido una tonta al comportarme de ese modo, ¿verdad?

—No sabría decirlo, pero considero que deberías volver a tu relación de antes con él. Aunque no puedas tener la relación que quieres con *monsieur* Jack, al menos, podréis ser amigos.

—Muchas gracias, Jean Paul. Me has ayudado mucho —le agradeció Clea, dándole un cariñoso apretón en la mano.

—No ha sido nada, *jolie fille*. Si necesitas algo más que un amigo, sabes dónde estoy, ¿verdad?

Clea no pudo evitar sonreír cuando le oyó llamarla hermosa chica y comprobar que no parecía cansarse de sus flirteos, pero, poniéndose en pie, se dirigió hacia el estudio.

Louis le había pedido a su amigo que le ayudara con unos asuntos después de comer, con lo que Jack le pidió que acudiera al estudio unas horas más tarde. Trabajaban con luz artificial, así que daba igual qué hora fuera.

Decidida a abandonar su actitud infantil, le saludó como siempre cuando entró en el cuarto, encontrándolo ya allí.

Se dirigió directamente tras el biombo antes de que él pudiera decir nada. Pero tampoco era que este fuera a hacerlo. Había estado creando sus colores y pareció quedarse paralizado ante el nuevo cambio de actitud de Clea.

—Tienes que salir sin la bata —fue lo único que se le ocurrió decir tras ver como ella colgada su vestido sobre el biombo.

—¡De acuerdo! —Aceptó ella desde el otro lado.

Incluso con la bata, Jack ya había visto todo de ella y había pintado cada rincón, así que sentir vergüenza a aquellas alturas estaría un poco de más. El señor Mardling ya le había dejado claro que, para él, solo era una modelo, con lo que, ante sus ojos, no sería más que un trozo de carne que tenía que pintar. Aunque no supo si pensar eso mejoró o empeoró su carácter.

Recordando su pedido anterior, se soltó el pelo y, tomando aire, salió tras el biombo y caminó decidida hacia la plataforma, colocándose como él ya le había indicado.

Jack se había deshecho de su chaqueta y se había subido las mangas de su camisa hasta el codo, la cual parecía vieja y tenía rastros de pintura por todas partes, con sábanas en los pies del caballete para no manchar el suelo.

Incluso teniendo aquel tipo de trabajo, quería ser lo más limpio posible.

La contempló con atención, seguramente para asegurarse de que se colocaba como él quería, pero, aún así, se sintió un tanto nerviosa mientras notaba aquellos ojos azules recorrieron su cuerpo de aquel modo.

—¿Dónde estabas? Hice que las criadas te buscaran cuando terminé con Louis y no te encontraron —Le preguntó Jack, tratando de concentrarse en el lienzo en blanco que tenía ante sí y que tenía que llenar.

—Estaba en el jardín con Jean Paul —le contestó Clea, tratando de no moverse.

Siempre que conservara la misma posición, le había indicado que podía hablar.

—¿Con...Jean Paul? —Repitió Jack, comenzando a tomar las primeras líneas de su cuerpo sobre el lienzo con un carboncillo.

—Sí. Cuando no trata de ser un mujeriego, es bastante agradable. Y sabe escuchar. Aunque eso puede deberse a lo primero.

—No se puede ser un buen mujeriego si no sabes escuchar a una

mujer —comentó él a su vez, sin percatarse que estaba apretando la mandíbula con fuerza.

¿Qué hacía ella hablando con aquel hombre?! Recordaba lo que había ocurrido anteriormente, donde ella le había insinuado tener algo entre ellos. Y, sin embargo, tras su negativa, iba y ¿se lanzaba a los brazos de aquel tipo? ¿Qué se le pasaba por la cabeza a aquella muchacha?

—¿Eso lo dices por experiencia? —le preguntó Clea, intentando sonar bromista.

Pero ni una pequeña sonrisa se formó en el rostro de su interlocutor.

—Puede ser. Y, como uno, solo te advierto una cosa: ten cuidado con ese tipo.

—No me creas tan ingenua como para caer ante sus juegos. Es solo que él es amable y no tengo a nadie más con quién hablar.

—Me tienes a mí —comentó Jack, aún concentrado en el lienzo.

“¿A ti?”, se preguntó Clea. ¿Cómo iba a poder hablar con él de lo que sentía? Sería ridículo y bastante incómodo.

Sin embargo, ella no añadió nada más y Jack no trató de seguir con la conversación, por lo que ambos permanecieron en silencio el resto de la tarde, cada uno concentrado en su parte del trabajo.

La postura de Clea no era incómoda. El único inconveniente que podía encontrar era que, después de llevar horas sentada, acababa con el trasero dolorido, pero tampoco era algo insoportable.

Además, permanecer de aquel modo le permitía contemplar a Jack con atención sin que él se percatara de ello.

Desde luego, concentrado en su trabajo, parecía aún más atractivo, con el semblante serio y frunciendo el ceño cuando algo parecía no salir como él quería. El cabello, ya no tan en su sitio como al principio, le daba un aire rebelde que parecía encajar con su imagen y Clea se dijo que, inevitablemente, seguiría sintiendo algo por aquel hombre incluso cuando él la rechazara mil veces.

—¿Ocurre algo? —le preguntó Jack, percatándose de que la expresión de ella se había entristecido.

—No, es solo que estaba pensando en algo.

—Bueno... Pues intenta pensar en cosas alegres o que te animen. No querrás que todo aquel que vea tu cuadro diga que estás triste, ¿verdad?

—¡No, claro que no! —Exclamó ella, removiéndose un poco en el lugar.

—Bien. Pues hablemos de cosas que te animen.

Clea permaneció pensando mientras Jack seguía pintando.

—La naturaleza —comentó de pronto.

—La naturaleza. ¿Por qué? —le preguntó, viendo como la expresión de esta se suavizaba.

—Porque he crecido rodeada de ella. El jardín de casa era enorme y me gustaba ir a pasear por los campos y los alrededores.

—Suenan fantástico.

—Sí, lo era. Desde que vivo en Londres, no he podido hacerlo.

—¿Y qué más cosas te gustan?

—No sabría... Supongo que pasar tiempo con mis amigas. Kaila y Kailyn fueron las primeras que hice nada más llegar a la ciudad. Las conocí de casualidad, antes de saber que habían nacido en Bishopstoke o que nuestros hermanos se conocían. Y ahora está también Linzy. Sin ella, no podría haber podido hacer este viaje.

—Tienes buenas amigas —comentó Jack.

—Desde luego. Pero tienes que saber que las gemelas son un poco malas cuando quieren.

—Sí, bueno... No creo que lo hagan con mala intención —le indicó él, riendo.

Clea observó aquella sonrisa y sintió que algo dentro de ella se derretía sin remedio, contemplándole.

Ojala no sintiera aquello por él, ojala pudiera hacer como su hermana quería y enamorarse de un hombre convencional que le

diera una estabilidad familiar. Pero ella nunca había sido como las otras jóvenes de Londres. Entonces, ¿cómo había esperado que se enamorara del mismo prototipo que ellas codiciaban?

Sin embargo, si hubiera podido entrar en la mente del sereno señor Mardling, se habría dado cuenta que esa actitud calmada que estaba mostrando con ella mientras hablaban no era más que una máscara. A pesar de haberse encontrado en situaciones parecidas con otras cientos de modelos, por motivos que él mismo no sabía especificar, le costaba ver a Clea como un cuerpo más que plasmar en el lienzo y, cuando menos se daba cuenta, se encontraba admirándola con discreción, recorriendo aquel cuerpo que tenía frente a él con una mirada lenta, como si quisiera aprenderse su imagen. No habría modo de pintar si seguía ese camino.

—Creo que hemos terminado por hoy —soltó Jack, sacándola de sus pensamientos de golpe—. ¿Pasas frío? Si es así, puedo decir a las criadas que enciendan la chimenea del cuarto —le dijo, señalando la gran chimenea que había a un lado.

—No. No paso frío —indicó ella.

Con todas las velas encendidas en el cuarto y, teniendo en cuenta que este no era muy grande, era imposible pasar frío.

—Bien. Llamaré a una criada para que te ayude a vestirte —indicó Jack, colocando una sábana sobre el cuadro, tratando de que su mirada no se dirigiera de nuevo hacía el cuerpo que apenas tenía a un par de metros de distancia, obligándose a concentrarse en cubrir el cuadro para que, de momento, no se apreciara nada.

Jack era tan celoso de sus pinturas que no había dejado a Clea observar ni los bocetos.

“Cuando esté terminado, te lo enseñaré todo”, le había dicho.

Así que, incluso muerta de la curiosidad, se obligó a salir del cuarto tras vestirse sin echar una ojeada a aquel lienzo tapado.

—¿Cómo van las cosas? ¿Avanza el cuadro a buen ritmo? —le preguntó Louis a su amigo cuando todos estuvieron sentados a la

mesa.

Incluso aunque Clea hablara naturalmente con Jack de nuevo, prefería sentarse junto a Jean Paul, ya que Louis sumía a su amigo en largas conversaciones y los dejaba a ellos dos algo más de lado.

—Sí, marcha a buen ritmo. Es posible que, de seguir a este paso, lo termine antes de lo que creía.

—¡Eso es *parfait!* —Exclamó Louis, encantado. Al parecer, le parecía perfecto tener el cuadro antes de lo que habían comentado—. Dentro de unos días, mi hermana llegará a casa y quiero hacer una fiesta en su honor. Tiene 17 años, así que ya va siendo hora de que encuentre a algún hombre adecuado. Además, así te podremos anunciar y hablar de tu nuevo cuadro. Cuando vean tus obras, estoy seguro de que te saldrá mucho trabajo por aquí.

A Clea no le hacía la menor gracia que el señor Dulac tratara de mantenerlo en Francia el mayor tiempo posible, pero no comentó nada mientras trataba de imaginarse a la hermana menor de Louis.

Sin duda, tendría que ser morena como él y con su mismo color oscuro de ojos. Sin embargo, su actitud era algo que no conseguía adivinar. Louis decía que estaba en un colegio para señoritas, así que, o bien podía ser una joven calmada, o una joven rebelde que no toleraría la presencia de desconocidos en su casa.

—¿En qué estas pensando? —le susurró Jean Paul, inclinándose sobre su oído.

—¡Oh! En nada importante —le aseguró a su vez, dirigiéndole una pequeña sonrisa.

—Sabes que conmigo puedes hablar, ¿verdad, *chérie*? —le indicó el hombre, tomando su mano entre una de las suyas.

—Desde luego, pero te aseguro que no es nada —le indicó, tratando de liberar su mano con delicadeza.

Jack los estaba observando desde el otro lado, mientras Louis le decía algo, así que no se sentía demasiado cómoda, pero no conseguía que Jean Paul soltara su mano.

—¿Has mejorado en tu relación con él? —volvió a preguntarle por lo bajo, junto al oído.

—Sí, claro. Solo tengo que hablar con él como siempre.

—Pero te molestaba su rechazo.

—He tenido a los hombres de Londres detrás de mí, así que es posible que no esté acostumbrada al rechazo.

Los ojos de Jack se entrecerraron mientras los observaba y Clea solo pudo intentar con más ahínco que el francés la soltara.

—¿Te incomoda que él nos vea cogidos de la mano, *mademoiselle*? —le volvió a susurrar este, sonando divertido.

—¿Lo estás haciendo a propósito? —Preguntó Clea a su vez, volviéndose hacia él.

Pero lo único que recibió por respuesta fue la sonrisa de Jean Paul.

—Los hombres somos tan simples... Cuando creemos que tenemos algo seguro, no lo queremos. Pero cuando vemos como alguien más lo quiere, se convierte en nuestra pieza más querida.

—No creo que esto funcione. Y sí que me hace sentir incomoda.

—Tienes que luchar por lo que quieres. Si no, ¿cómo piensas obtenerlo?

—No considero que esta sea una buena forma de luchar por lo que quiero. Solo consigue que nos mire con mala cara.

—No sabes nada de los hombres, *chérie*.

Pero, a regañadientes, Jean Paul soltó su mano y Clea la puso a una distancia segura de él, observando como Jack volvía su atención hacia Louis, el cuál había seguido hablando con su amigo sin haberse percatado de nada.

—Por cierto —comentó, subiendo de golpe el tono de voz— ¿Tu modelo tiene ropa apropiada para una fiesta o hace falta que se le proporcione alguna? —Preguntó Louis, mirándola sin demasiado aprecio.

—No sabría decir, pero, con los baúles que ha traído, algo debería llevar —comentó Jack, riendo.

—Sí, llevo algún que otro vestido de fiesta. Solo por si acaso — afirmó Clea, mirando a su anfitrión del mismo modo molesto en el que él la miraba a su vez.

Desde luego, nunca iban a ser amigos.

—¿Qué tipo de fiesta va a ser? ¿Será temática, de máscaras...? — Preguntó Jean Paul, visiblemente emocionado.

Al parecer, al alto rubio le gustaban las fiestas.

—¿Cómo voy a celebrar una fiesta en honor de mi hermana con máscaras? ¿Cómo la iban a reconocer con ellas puestas? Además, no quiero que gente indeseable intente colarse en mi casa ni que los amantes se reúnan en mis terrenos aprovechando el anonimato.

—Recuerdo un tiempo en que disfrutabas ampliamente de ese tipo de fiestas —le comentó Jack con una pequeña sonrisa.

—Eso era antes y ahora es ahora. No puedo hacer que el honor de mi hermana caiga en entredicho por culpa de algún tipo enmascarado. Mientras no esté casada, estará bajo nuestra responsabilidad.

Clea no comentó nada de esa conversación, pero odió esa actitud que tenía la gente con las hermanas menores, esa sobreprotección como la que Lisa había ejercido sobre ella. ¿Acaso, solo por celebrar una fiesta de máscaras, la muchacha iba a ser tan tonta como para dejarse engatusar por cualquiera de los invitados a los que no pudiera ver la cara?

—No parece que a tu modelo le hayan gustado mucho mis palabras —comentó Louis, observándola, haciendo que los otros dos hombres de la mesa volvieran su atención sobre ella.

Incluso cuando ella no había querido hablar...

—Soy la hermana menor de mi familia y no considero que se le deba sobreproteger de ese modo.

—¿Y eso me lo dice la mujer que está posando desnuda para mi amigo?

Aquellas palabras hicieron que las mejillas de Clea se colorearan

rápidamente de rojo, en una mezcla entre la vergüenza de saber que tenía razón y la indignación de que siempre la tratara como si fuera estúpida.

—De todas formas, yo también estoy con Clea. Tu hermana no es tan ingenua para caer en manos de cualquiera que llegue hasta ella —afirmó Jack.

—Pero es una ingenua. Se ha criado en escuelas para señoritas y los únicos hombres con los que ha tratado son amigos de la familia.

—¿Y no has pensado que ha llegado la hora de que eso cambie? —le preguntó Jean Paul.

—¿Acaso estáis todos contra mí? Mis padres quieren casarla bien y eso significa que, mientras este bajo mi cuidado, tiene que evitar los escándalos a como dé lugar.

—Entonces... ¿tus padres no han abandonado aquella ridícula idea de elegir por vosotros vuestros futuros matrimonios? —le preguntó Jack, pareciendo sorprendido por aquella noticia.

—No. Aunque, en mi caso, ha sido algo fácil desembarazarme de esos compromisos. Con un buen susto a las damas, me odian lo suficiente como para que no quieran volver a verme y deshagan los compromisos.

—Eso tampoco es algo bueno para ti. Si lo haces demasiadas veces, te crearás una mala fama —le dijo Jack.

—El dinero de mi familia hace que los rumores no se esparzan. Eso ya deberías saberlo.

—Yo no creo en el compromiso. Me parece un desperdicio estar solo con una mujer cuando hay tantas hermosas mujeres esperando por atenciones —comentó Jean Paul, pareciendo seguro de lo que decía.

Clea no tenía nada que decir sobre ese tema, así que solo comía en silencio, disfrutando de los buenos cocineros con los que la familia Dulac parecían poder contar en aquella casa, dejando que los hombres dieran sus opiniones sobre el compromiso mientras ella

pensaba en ir a hacer una visita a la cocina y pedir algunas recetas.

Algunos de aquellos platos encantarían a las gemelas y a su hermana, aunque esperaba que el cocinero de la casa de Adrien no se tomara a mal que llegara hasta él con unas cuantas recetas bajo el brazo.

—¿No opinas nada sobre el asunto? —le preguntó Louis, obligándola a salir de su ensimismamiento.

—¿Me preguntáis a mí? —Preguntó Clea a su vez, cuando se dio cuenta que todos los ojos estaban sobre ella.

—Claro. A lo mejor, la opinión de una mujer nos descubre una nueva perspectiva de este asunto, *mademoiselle* —le dijo Jean Paul mientras le dirigía una sonrisa y volvía a sujetar una de sus manos.

Pero, en aquella ocasión, ni siquiera hizo la intención de apartar la mano.

—Siempre quise ver a mi hermana casada con alguien a quien quisiera y lo ha hecho. No recuerdo haberla visto nunca tan feliz como cuando está con Adrien, así que diría que casarse no está tan mal como vosotros lo pintáis. Pero, por otro lado, yo no deseo casarme, así que tampoco pienso que estéis equivocados del todo.

Los hombres se miraron entre ellos, algo desconcertados.

—Creo que no nos has ayudado mucho, *chérie* —le comentó Jean Paul.

—Lo lamento, pero es lo que pienso. Mis padres también se quisieron mucho, pero cuando ella murió, mi padre quedó destrozado. Creo que el amor es bueno. Pero perderlo es una de las cosas más dolorosas que se pueden experimentar. No quiero pasar por eso.

Jack dejó el cubierto que había estado usando dentro del plato, como si hubiera perdido el apetito de golpe ante aquellas palabras.

Le había traído un mal recuerdo al escucharla hablar.

—Lo bueno de esto es que el ambiente no puede caer más bajo, ¿verdad, *mademoiselle*? —le comentó Jean Paul, dirigiéndole una

sonrisa.

Clea solo pudo encogerse de hombros, pero Jack pareció concentrarse en los detalles que Louis estaba comentando para la fiesta. Al parecer, el momento de malos recuerdos había pasado y prefería concentrarse en otra cosa.

—¿Y tus padres toleraran que busques pretendientes para tu hermana mientras están fuera? —le preguntó Jack, haciendo que Clea volviera a concentrarse en la conversación.

Odiaba tanto que los demás decidieran el destino de las jóvenes...

—Mis padres me han hecho conocedor de aquellos pretendientes que son aceptables. Por cierto, Jean Paul, tú estás en la lista por ser el conde de Montesquieu.

—¡Oh, no, *mon ami!* Te agradezco muchísimos que tus padres piensen que soy un pretendiente adecuado, pero me niego.

—No dicen que seas adecuado, saben demasiado bien todo lo que dicen de tí, pero tienes un buen título y eso te hacer ser codiciado, hagas lo que hagas en tu vida privada.

—Aún con título o sin él, seguiré denegando cualquier intento que nadie haga de llevarme a un altar. Creo que su mera visión conseguiría que me diera un ataque de cualquier tipo.

Clea no pudo evitar sonreír ante las palabras del hombre, ya que se llevó la mano al cuello, como si la mera idea pudiera asfixiarlo.

—De todos modos, quédate tranquilo. Hay muchos otros que están por encima de ti en la lista de mis padres —comentó Louis, totalmente serio ante aquel asunto, tomando un sorbo de su copa de vino.

—¿De verdad le importa tan poco con quién case a su hermana? ¿Y si es una mala persona? —le dijo Clea, irritada con su anfitrión.

—Para eso nació. Su deber con la familia es conseguir un buen matrimonio para mejorar nuestra posición. Además, Paget ha sido criada para ello. Se la ha mentalizado para que cumpla con su deber y cómo tiene que comportarse ante un marido difícil, cuál es el mejor

modo para evitar tener problemas durante el matrimonio....

Clea dio un golpe en la mesa, poniéndose en pie.

Los hombres la miraron con sorpresa. Desde luego, no estaban acostumbrados a que una mujer actuara de ese modo frente a ellos.

—¿Sabes qué pasó con el último hombre al que oí hablar de ese modo, de cómo casaría a sus hermanas?! ¡Que se casó con mi hermana y, sin embargo, ahora es uno de los hombres más felices que conozco! ¡Tiene dos hermanas y le puedo asegurar que se cortaría los brazos antes de venderlas tan impunemente como quiere hacer usted, *monsieur*!

Lllamarlo señor en aquellos momentos estaría de más, pero esperaba que hubiera captado la ironía en su tono.

Jean Paul soltó una risilla nerviosa al ver la expresión furiosa de su anfitrión, cogiéndola de la mano e intentando que volviera a sentarse, dando pequeños tirones hacía su asiento.

—Desde luego, esta pequeña *mademoiselle* ha salido con mucho carácter.

—Así es. ¿Cómo, si no, se iba a atrever a cruzar un mar para ir conmigo y ser mi modelo? —secundó Jack a su vez.

Pero Clea y Louis seguías lanzándose cuchillos con la mirada el uno al otro, seguramente deseando despedazarse a lo menor oportunidad que consiguieran encontrar sin nadie de por medio.

—Será mejor que me retire a mi habitación. No me encuentro de ánimos como para poder seguir comiendo.

Y, haciendo una pequeña reverencia hacía los presentes, haciendo que tanto Jack como el alto francés se pusieran en pie, Clea empezó a abandonar el cuarto con paso rápido y enfadado.

—¿De dónde has sacado a esa salvaje? ¿Acaso se la puede llamar *mademoiselle* con esa actitud? —comentó Louis a su espalda, sin duda esperando a que ella saltara de nuevo.

Pero no fue así. Echando mano de todo el autocontrol del que pudo encontrar, salió del comedor con la cabeza alta.

CAPÍTULO 12

Después de aquello, Clea se negó a comer con todos en el comedor. Tomaba su desayuno en su cuarto y, por lo general, hacía llevar su comida y su cena al estudio después de haber terminado sus sesiones.

—No seas cabezota. Louis ya no se acuerda de lo que le dijiste —le aseguró Jack una de las veces que terminaron su sesión para comer.

Para no tener que estar llamando a una criada continuamente, él mismo se había ofrecido a ayudarle a abrochar y desabrochar su vestido, por lo que, en aquellos instantes, mientras mantenía su cabello sujeto sobre un hombro, notaba la presencia de Jack contra su espalda, notando como aquellas amplias manos parecían saber muy bien como abrir y cerrar los vestidos de las damas.

—No me importa lo que él piense de mí. Soy yo la que no tolero su mera presencia. No nos llevábamos bien desde el mismo principio, pero aquella conversación durante la cena fue la gota que colmó mi vaso.

—Sabes que, en la sociedad en la que estamos, hacen las cosas de ese modo —trató de razonar con ella.

—Sé que es así. No es eso lo que me ha molestado. Lo que me hace estar de tan mal humor es que parece no importarle la integridad de su hermana, a no ser que esta ponga en entredicho su honor.

—Ya has oído su historia. Nunca han estado juntos mucho tiempo, pero puedo asegurarte que Louis la aprecia.

—Pareces más tú su hermano mayor que él —comentó Clea, molesta, aún dándole la espalda.

Jack suspiró y, tras terminar de abrochar su vestido, en vez de alejarse, se abrazó a aquel pequeño cuerpo y apoyó la cabeza en su hombro, notando el respingo de Clea ante aquel gesto tan íntimo y tan poco esperado.

—Eso se debe a que nunca he tenido hermanos. Siempre he envidiado a aquellos que los tienen. Incluso cuando los padres no están, tenían a alguien en quién apoyarse. Por eso me llevaba tan bien con Paget y aprecio a las hermanas del señor Bells.

—¿Y a mí? ¿También me ves como... una hermana pequeña? —le preguntó la joven, mirándolo por encima de su hombro, formulando aquella pregunta con cierto temor.

Aquellos ojos dorados se clavaron en él y le hicieron darse cuenta que había sido un error acercarse tanto a ella, permitir aquel abrazo, incluso cuando le hubiera resultado lo más natural del mundo.

Aquellos ojos parecían profundos, tanto que tuvo la impresión de que podría perderse en ellos, aún sin soltarla, notando como Clea trataba de volverse hacia él, mordisqueándose el labio inferior, humedeciéndolo sin querer.

El cuerpo de Jack pareció saltar ante la visión de aquel labio y apretó aún más aquel cuerpo que tenía entre los brazos, notando lo pequeña que era, su delicada piel, el olor de su cabello mientras se inclinaba hacia ella.....

La llamada a la puerta le hizo volver a la realidad y la soltó rápidamente, yendo hacia la puerta y saliendo del cuarto mientras los criados que traían la comida de Clea entraban para hacer su trabajo, habiendo traído una silla y una pequeña mesa que habían colocado cerca del caballete de Jack, donde el cuadro volvía a estar tapado.

¡Peligroso!, se dijo mientras caminaba hacia su cuarto para cambiarse. Ese momento había sido muy peligroso. Al estar tan cerca, al verse reflejado en aquellos ojos dorados, al verla ante él, su impulso de besarla había sido tan fuerte como si alguien hubiera tirado de él para que lo hiciera. Ella era hermosa. De no ser así, sus ansias de pintarla jamás hubieran existido, pero temía que eso hubiera cambiado, que dejara de verla solo como su modelo.

Mientras estaban en el estudio, se había encontrado más de una vez admirando su cuerpo como si le hubiera hipnotizado,

desconcentrándose de su trabajo, y Clea había tenido que preguntarle si se encontraba bien para sacarle de ese estado.

Seguramente, aquello se debía a que, por lo general, mantenía relaciones con sus modelos. Si quería pintarlas era porque admiraba algo de ellas y, al autoimponerse no tocar a Clea más allá del límite entre un pintor y su modelo, solo hacía que sus propias ansias de ella crecieran, incluso cuando la joven no hiciera nada.

Tenía que tener cuidado.

Incluso con las palabras que ella había dicho durante la última cena que había tenido en el comedor, dudaba mucho que fuera de esas mujeres que pudieran estar con un hombre sin mezclar el amor en los asuntos de cama.

Lo mejor sería mantener una distancia adecuado entre ambos.

Aunque, desde luego, para Clea, no era lo mismo. Ella estaba encantada con lo sucedido en el estudio.

Aunque, después de comer, Jack había regresado tan calmado como siempre y había sido todo un profesional mientras pintaba, Clea no podía olvidar ese instante en el que sus labios habían estado a punto de encontrarse, notando su aliento contra ella.

Por mucho que Jack dijera que solo era su modelo, había demostrado que no era del todo cierto.

Sentada en la cama, esperando el desayuno, casi sintió ganas de gritar de alegría, rememorando por undécima vez el momento.

—¿Qué será eso que tiene tan contenta a esta *petite fille*? — comentó Jean Paul, apareciendo en su puerta de repente.

—No soy una niña —le recriminó Clea— ¿Y no sabes llamar a la puerta? Podría haber estado desnuda.

—¡Oh, *mademoiselle*! Eso solo consigue que quiera entrar en tu cuarto a todas horas.

Era un sinvergüenza, pero era uno encantador y no pudo evitar sonreír mientras veía como Jean Paul entraba en el cuarto y se sentaba a los pies de su cama.

Semanas antes, se habría escandalizado si un hombre hubiera entrado de ese modo en la habitación y la hubiera visto en camisón, pero, tras las sesiones con Jack, se estaba sintiendo diferente con respecto a su cuerpo o la forma en la que la sociedad trataba de ocultarlo. Los animales iban desnudos y nadie los criticaba por ello. ¿Por qué tenían ellos que avergonzarse si alguien los veía sin arreglar y sin haber pasado por las manos de las criadas?

—Dime, *chérie*. ¿Qué era eso que te estaba haciendo sonreír de ese modo?

—¿Por qué debería decírtelo?— fue como ella le respondió, dirigiéndole una sonrisa traviesa.

Quería disfrutar un poco más del secreto de lo que había estado a punto de suceder en el estudio.

—¿Acaso nuestro *monsieur* Jack no ha podido contenerse más mientras te observaba y ha saltado sobre ti en aquella plataforma donde posas? —le preguntó el hombre, alzando una ceja.

—¿Cómo crees?! Jack es muy profesional con su trabajo.

—Entonces... ¿ha ocurrido algo entre vosotros cuando habéis terminado vuestra sesión?

—¿Y por qué te importa tanto? —le preguntó Clea a su vez, recostándose en el cabecero de la cama.

—Porque siempre hay que saber los movimientos de tu enemigo para ir siempre por delante de ellos —comentó Jean Paul, inclinándose hacia ella con total calma, con intención de besarla.

Sin embargo, Clea se levantó al instante.

—No me gustan esta clase de juegos. Me caes muy bien, de verdad que sí. Pero... ¿enemigos? No está ocurriendo nada entre Jack y yo y a ti te veo como un buen amigo. ¿Dónde están los enemigos aquí?

—Me dañas con tus palabras, *mademoiselle*. De verdad que sí —comentó el rubio francés, cerrando los ojos y sujetándose el pecho como si alguien le hubiera herido—. Con lo que yo te aprecio.

—Y yo también te aprecio a ti. Pero como amigos.

—¿No has notado como él nos mira cuando estamos juntos? ¿Por qué no utilizar eso?

—Porque sería mentir y no tengo la menor necesidad de ello. Jack no es estúpido. ¿Crees que no se ha dado cuenta de lo que hacemos?

—*Chérie, chérie...* Eres tan inocente y dulce que me invitas a comerte. —Clea torció el gesto ante esas palabras.—Da igual lo que él crea saber. Aún así, sus celos aumentan. Incluso aunque solo te vea como su modelo, no le gustará verte con otro hombre.

Clea se cruzó de brazos mientras lo contemplaba, pero, en aquellos momentos, Jean Paul tenía su expresión de niño bueno pintada en la cara.

—¿Y qué es, según tú, lo que tenemos que hacer?

—No gran cosa, la verdad. Solo que nos vea a menudo juntos. Incluso aunque solo vayamos cogidos del brazo, se pondrá celoso.

—¿Y cómo lo sabes? ¿Es algo que los mujeriegos aprenden con el tiempo?

—Digamos que cualquiera con un poco de vista podría verlo.

En aquel momento, aún con Jean Paul sentado en su cama, la criada llamó a la puerta y entró, llevando una bandeja con su desayuno, sorprendiéndose cuando vio al hombre allí.

Demasiado tarde se dio cuenta Clea que aquello podría malinterpretarse, haciendo que la mujer pudiera pensar que el hombre había pasado la noche con ella. Pero, incluso mientras buscaba algo que pudiera decirle para sacarla de su error, Jean Paul la interrumpió.

—Ayude a vestirse a la señorita en el cuarto. Yo esperaré aquí —le dijo en francés.

La criada asintió y, mientras cogía uno de los vestidos de Clea, la llevó al pequeño cuarto que daba a su habitación, el cuál empleaba para asearse y bañarse, sabiendo que Jean Paul estaba al otro lado de la puerta, notando que la mujer no podía mirarla a la cara.

—Quería decirle que... él ha llegado esta mañana. No estaba

conmigo... esta noche —le dijo a la criada en su chapucero francés.

—No tiene que darme explicaciones, señorita —fue lo que la mujer le respondió.

Pero Clea sabía que la mujer aún pensaba que había ocurrido algo entre ellos, sin atreverse a mirarla en ningún momento. Seguramente, temía que leyera su opinión al respecto en el rostro.

Aún afectada al ver que su credibilidad se tambaleaba con la misma facilidad que un castillo de naipes, se dejó preparar, sin saber qué más decirle, y, al salir del pequeño cuarto, sintió que perdió por completo el color del rostro.

Jean Paul, igual de calmado que cuando ella había salido para cambiarse, seguía sentado en su cama, pero había cogido unas pocas uvas de su desayuno y se las estaba comiendo con toda la tranquilidad del mundo. En la puerta, frente a él, estaba Jack, mirando al francés con los puños crispados, y, por la expresión de su cara, exigía una explicación.

—Ha venido esta mañana a hablar conmigo —fue lo primero que dijo Clea antes de que los dos hombres repararan en su presencia.

Jack la fulminó en el acto mientras el alto rubio seguía comiendo.

—¿Esto es lo que se te ocurre hacer cuando tienes algo más de libertad que en casa? ¿Hacer cosas como estas es por lo que has decidido viajar conmigo? —le preguntó Jack, aún pareciendo enfadado.

—No creo que la dama esté bajo tu responsabilidad. Ha venido aquí por su propia voluntad —comentó el francés.

—¡Jean Paul! —Exclamó Clea, viendo como la expresión de Jack se oscurecía más.

Jack clavó su mirada en ella, como si hubiera sido ella la que hubiera dicho aquellas palabras.

—Haz lo que quieras. Como ha dicho tu amigo, no me corresponde a mí esa responsabilidad. Solo venía a decirte que hoy nos tomaríamos un día de descanso. Pero parece que tú ya te lo estabas

tomando.

Antes de que a ella se le ocurriera algo que decir, cualquier cosa que arreglara aquel malentendido, Jack ya había abandonado el cuarto, haciendo que ella se volviera hacía el hombre que había en su cama con una expresión entre sorprendida y horrorizada.

—¿Por qué no has intentado decirle que no era lo que estaba pensando? —le preguntó.

—Porque eso no te convenía —le dijo Jean Paul sin más, volviéndose hacía ella—. Si está enfadado, es que le importas. Y eso debería ser algo bueno para tí, ¿no crees?

—Pero se piensa que ha ocurrido algo entre nosotros en este cuarto y no quiero que crea eso.

—*Mon amour* —murmuró el francés, poniéndose en pie y colocándose frente a Clea, colocando sus manos sobre los hombros de esta.—¿Quién de los dos tiene experiencia en este tipo de cosas?

—Tú, pero tú mismo has dicho que quieres estar un paso por delante de él y no creo que...

Uno de los dedos del hombre se posó sobre sus labios, silenciándola, haciendo que Clea se sintiera irritada con él por interrumpirla.

—Del mismo modo que te he dicho eso, ¿no crees que él querrá hacer algo para adelantarme?

—No soy una pista de carreras ni quiero que haga algo para que quiera adelantarte. Como tampoco quiero que esté enfadado conmigo —se quejó la joven, apartando su mano a un lado.

—*Petite fille*, no sabes nada de los hombres. Tú déjame obrar mi magia y lo tendrás donde tú quieras.

—¿Y qué ganas tú con eso? —le preguntó ella, cruzándose de brazos.

—Tener algo con lo que entretenerme en esta enorme casa y una oportunidad si él sigue negándose a aceptar lo que siente.

Clea no consideraba que Jean Paul pudiera tener una oportunidad

con ella incluso aunque Jack la rechazara cien veces, pero no se molestó en decirle nada y solo permaneció cruzada de brazos mientras él insistía en que desayunara.

—Además, con vuestras sesiones, apenas has salido de la casa. Hoy daremos una vuelta por los jardines. Seguro que te vendrá bien.

CAPÍTULO 13

—¿Dónde has dejado a tu modelo? —le preguntó Louis a Jack mientras ambos hombres bajaban las escaleras de la entrada para dirigirse al coche que acababa de llegar a la mansión—. Pensaba que estabais siempre juntos.

—Creo que encuentra más agradable la compañía de tu otro invitado.

Dijo aquellas palabras con tal irritación que Louis se volvió a mirarlo. Pero, notando que su amigo no se había percatado de ello, solo se mantuvo en silencio y siguieron caminando hacia el vehículo de donde estaba descendiendo una joven.

De larga cabellera marrón oscura, casi negra, y de ojos marrones, tenía la piel clara y sonrió débilmente al cochero que la ayudó a bajar, agradeciendo esa ayuda. Le llegaría por el pecho a Jack y él mismo se sorprendió al ver que había crecido tanto.

La joven se volvió hacia ellos en cuanto notó su presencia y, cuando vio a Jack, la sonrisa en su rostro se ensanchó y corrió hacia ellos, como si hubiera olvidado de golpe los supuestos modales que se había pasado años aprendiendo.

A Jack solo le dió tiempo a abrir los brazos antes de que la joven se lanzara entre ellos, aferrándose a él.

—¡Hacia tanto tiempo que no te veía! ¡No sabes lo que te he echado de menos! —Exclamó la joven.

—Yo también te he echado de menos, Paget. Pero tu hermano también está presente —le recordó Jack.

—Tranquilos. Me esperaba esa reacción por su parte —comentó Louis, contemplando aquella escena calmadamente a un lado.

—Lo lamento mucho, querido hermano. No quería parecer tan insensible contigo —corrió a decir la joven, cogiendo una de las manos de Louis entre una de las suyas, la cual el hombre palmeó.

—Ya he dicho que no pasa nada. Sabía que reaccionarías así cuando vieras a Jack. Da igual que pases años en esos colegios para señoritas. Eso no cambiará —comentó, dirigiéndole una pequeña sonrisa mientras hacía que lo soltara— ¿Por qué no damos un pequeño paseo por los alrededores mientras los criados se encargan de llevar tus cosas a tu cuarto?.

La joven asintió al instante, aferrándose al brazo de Jack ante la perspectiva de poder caminar junto a él. Por otro lado, Louis se colocó a su otro costado, comenzando a caminar hacia el jardín.

—¿Y cómo te va todo en la escuela? —le preguntó Jack a la joven, viendo como Louis no hacía intención alguna de sacar un tema de conversación.

—Muy bien. Las maestras son muy amables y he hecho muy buenas amistades. A algunas muchachas no les gusta ese lugar, pero a mí me encanta. El ambiente es relajado y, al ser solo mujeres, estamos muy cómodas.

—¿No hay ningún hombre?

Paget negó con la cabeza.

—Las criadas se encargan de tener todo limpio y solo hay cocineras. El único hombre que vemos es al padre George, que viene a confesarnos todos los domingos —le contó la joven, feliz al estar junto a él.

Sorprendente que pudiera sentirse tan cómoda en un lugar que a Jack le sonaba a prisión.

—¿Quién es esa mujer que está paseando con Jean Paul? —le preguntó Paget de pronto, señalando algo delante de ellos.

Jack solo pudo alzar la vista mientras veía como Clea paseaba al lado del alto rubio, hablando de algo que la hacía sonreír, llevando unas flores del jardín entre las manos.

Algo dentro de él se tensó al contemplar aquella escena y Paget, cogida de su brazo como estaba, lo notó.

—Ella es la modelo de nuestro amigo. La ha traído con él desde

Inglaterra, aunque la joven parece disfrutar bastante más de la compañía de nuestro amigo —comentó Louis, observando a la pareja.

Paget era la única que observaba la expresión que ensombrecía el rostro de Jack.

—Seguramente, solo estarán hablando de cosas sin importancia —sugirió la joven, tratando de que aquella sombra desapareciera.

—Bueno... es posible. Pero Jean Paul ya ha dejado claro que tiene un cierto interés en esa joven.

Su hermano no estaba ayudando, pero no pudo decir nada más mientras veía que la mirada de Jack estaba clavada en ellos.

—Creo que... estoy empezando a sentir un poco de frío. ¿Me acompañas dentro? —se le ocurrió decir de pronto, tratando de tirar de aquel brazo, que parecía inamovible.

—Será mejor que sí. De todas formas, aquí fuera no hay nada que ver —comentó Louis.

Y, a regañadientes, Jack se vio forzado a dar media vuelta y dirigirse hacia la casa, aún sin haber abierto la boca.

Un escalofrío recorrió la espalda de Clea y, extrañada, miró a su alrededor, asegurándose de que estaban solos en el jardín.

—¿Qué ocurre, *chérie*? ¿Tienes frío? —le preguntó Jean Paul, pasándole un brazo sobre los hombros.

—No, no es eso. Es que... juraría que alguien nos estaba observando.

—Puede que haya algún criado por aquí. Pero nada más. Tranquila, estás conmigo. Pero, me estabas hablando de la primera vez que viste a Jack.

—No hay mucho más que contar. Mi hermana nunca se fió de él, así que no me permitió acercarme.

—No sabe el error que cometió al hacer eso.

—¿Por qué lo dices? —le preguntó Clea, extrañada.

—Porque cuanto más te impedía acercarte a él, más irresistible te parecía. Lo más seguro hubiera sido que dejara que lo conocieras desde el principio y, a estas alturas, ya estarías interesada en otro hombre.

—Bueno... mira el lado bueno. Si hubiera ocurrido eso, no estaría ahora aquí y no te hubiera conocido.

—¡Eso es muy cierto! —Exclamó Jean Paul tras darse cuenta—. Tendré que felicitar a vuestra hermana por ello.

Clea sonrió, aunque imaginó que a Lisa no le haría la más mínima gracia conocer a un hombre con la fama que Jean Paul poseía. Sería como presentarle a un nuevo tipo de Jack.

—Creo que la relación con mi hermana sería demasiado... accidentada si la conocieras.

—¿Crees que no le caería bien, *chérie*?

—Yo diría que no llegarías ni a conocerla. Es más, solo con verte, Lisa seguro que me apartaría de ti y me prohibiría siquiera hablar contigo.

—¡Que injusticia! Hasta los mujeriegos podemos tener buen fondo. Hay algunos que hasta llegan a casarse —le comentó, como si fuera un secreto inconfesable.

—¡No me diga!

—Sí. La vida en soledad es muy triste y, como todo, con el tiempo, hasta el hombre más guapo de Francia acaba envejeciendo y perdiendo su encanto.

—Eso es muy triste —comentó Clea, hablando en serio.

—Pero son cosas de la vida. Nos gustaría encontrar el secreto de la inmortalidad para poder amar a todas las mujeres para siempre, pero nos es una tarea imposible.

—¿En serio nunca has pensando en quedarte con una sola mujer? Ya sabes. Con una con la que formar una familia, a la que quieras tanto que no quieras estar con ninguna más.

—No negaré que lo he pensando e incluso he creído haber pensado eso cuando era joven con alguna de las mujeres a las que he conocido. Pero siempre aparecía una nueva mujer que me hacía darme cuenta de mi error, de ver que mi amor no podía centrarse solo en una de ellas. ¿Por qué? ¿Estarías interesada en ser esa mujer, *chérie*? —Comentó el hombre, sonriendo hacia ella.

—Creo que ya quedó claro que la idea de matrimonio no iba conmigo. Aunque, no me gusta decirlo mucho. Mi hermana dijo eso y acabó casada.

—Por amor, dijiste.

—Sí, así es. Adrien y ella se aman. Se podía ver incluso cuando discutían. Al principio, lo hacían mucho. Ahora, hay ocasiones que es mejor no entrar en un cuarto si están ellos dentro, porque, de una pelea, puede acabar pasando algo más y.. —El sonrojo en su rostro lo dijo todo.

—Amores apasionados —comentó Jean Paul, pensativo— Por lo general, suelen durar poco.

—Yo no lo creo. Con el tiempo, se han ido calmando el uno al otro.

—Envidias esa relación de tu hermana, ¿verdad? —le preguntó Jean Paul, sorprendiéndola y haciendo que fuera inevitable que se sonrojara más.

—¿Por qué dices eso?

—Por la forma que tienes de hablar de esa relación. Cuidado, *chérie*. *Monsieur* Jack no creo que sea de esos hombres que se casen.

—Tiene gracia. Él también me advirtió sobre ti.

—¿Sí? ¿Y qué te dijo?

—Que tuviera cuidado contigo. Supongo que los que son de la misma condición hacen advertencias parecidas —comentó, dirigiéndole una sonrisa.

Llegaron ante las puertas de la casa, viendo como unos criados metían unos últimos baúles en la mansión, sacados de un coche en la puerta de la propiedad.

—¿Quién habrá llegado? —Preguntó Clea, observándolos.

—Lo más seguro es que se trate de Paget. Por eso *monsieur* Jack te ha dicho que hoy os tomabais un descanso. Querría recibirla.

Clea lo miró, pero no parecía que él hubiera hablado para incomodarla. Simplemente le recordaba que Jack le tenía un cariño especial a aquella joven, a la cuál consideraba como a su propia hermana. Sería ridículo que se sintiera incómoda con aquello.

Y, aún sabiéndolo, le molestó que el mismo Jack no le hubiera hablado de ello directamente, explicándole porqué se tomaban aquel descanso u ofreciéndole presentársela de manera adecuada cuando la joven llegara.

—¿Te ha molestado el comportamiento de *monsieur* Jack, *mademoiselle*? —le preguntó Jean Paul, contemplando la expresión de su rostro, inclinándose sobre ella.

—Bueno... a lo mejor un poco. No entiendo porqué no me ha llevado con él para presentármela.

—Hace mucho tiempo que no veía a Paget y dudo que a ella le hiciera ninguna gracia verle con una mujer del brazo —le recordó.

¡Cierto! Por lo que habían comentado, la joven tenía algún especie de enamoramiento con él. Si aún no había terminado esa fase, ¿qué cara hubiera puesto al verla? ¿O qué horrible actitud hubiera desplegado con ella mientras permanecieran ambas bajo el mismo techo? Con un hermano Dulac que detestar tenía más que suficiente, gracias.

—Más tarde, cuando todos se preparen para comer, seguro que hará las presentaciones pertinentes. Y deberás estar presente en esa comida, *chérie* —le dijo aseguró Jean Paul, contemplándola con atención—. No puedes encerrarte en tu cuarto como si fueras una *petite fille* a la que hubieran castigado sin comer.

Ahí estaba de nuevo. Prefería que la llamara mil veces *chérie*, que al menos era algo cariñoso, que la llamara niña pequeña.

—¿Por qué insistes en llamarme *petite fille*? No sabes lo que me

molesta.

—¡Oh, *chérie!* —Exclamó el francés, riendo, mientras la veía enfurruñada, inclinándose sobre ella y dándole un beso en la mejilla que la hizo saltar en el lugar—. *Tu sens si douce* —Eres tan dulce afirmó.

Como toda respuesta, Clea lo persiguió por el jardín, amenazando con golpearlo por tomarse semejantes libertades, pero no fue demasiado difícil para Jean Paul huir de ella mientras seguía riendo.

CAPÍTULO 14

Como el francés bien le había sugerido, acudió a la hora de la comida, tratando de dar una imagen impecable ante la nueva incorporación mientras se presentaba en el comedor, observando como la recién llegada se había apropiado de su lugar al lado de Jack.

Eso no debía molestarla, ya que ella misma había renunciado a aquel lugar, e intentó sonreír mientras se acercaba a ellos y los caballeros se ponían en pie, dejándola bajo la mirada escrutadora de la muchacha, que no perdió tiempo para poder examinarla.

Serían casi del mismo tamaño, la muchacha algo más alta, pero tenía aquel aire regio que había visto lucir falsamente en mujeres como Elizabeth Bolton. Su piel parecía delicada y, a pesar de lucir un simple vestido color beige, con un escote redondeado, daba la impresión de que lucía lo suficientemente presentable para acudir a una fiesta en cualquier ocasión de hacer falta. En comparación, Clea se sentía como si fuera un animal de circo suelto por el comedor.

Se regañó a sí misma por pensar injustamente de su propia persona y se colocó ante la joven con una sonrisa, observando como esta se ponía en pie, para que cualquiera de los tres caballeros de la sala hicieran las presentaciones.

—Paget, me gustaría presentarte a *mademoiselle* Clea. Ella es mi modelo y me ha acompañado hasta aquí para poder hacer un cuadro que llevaba tiempo esperando. Clea, ella es *mademoiselle* Paget, la hermana menor de Louis, a la que considero mi propia hermana —le indicó Jack, pasando un brazo sobre los hombros de la joven, como solo se trataría a alguien con el que tuviera la bastante familiaridad.

La muchacha sonrió tímidamente al notar como este la acercaba a su cuerpo, pero Clea solo se pudo esforzar en continuar sonriendo, ignorando aquel gesto.

—Es un placer conocerla. Normalmente, no conozco a las modelos

de Jack. Y es más pequeña de lo que imaginaba al oír hablar sobre la modelo de un artista —le dijo la joven, dirigiéndole una mirada.

A pesar del comentario, no vio maldad en su expresión. Realmente, no parecía poder imaginar que alguien tan bajita como ella podría llegar a ser una modelo. Paget Dulac, con dos años menos que ella, era más alta de lo que llegaría a ser la propia Clea, por muy poca distancia que las separara en realidad.

—Todos entenderéis porqué la elegí cuando veáis el cuadro —le dijo Jack contemplando a su modelo con atención, luciendo ante los presentes una sonrisa un tanto misteriosa, como si escondiera un secreto que solo revelaría en el momento preciso.

Incluso con los demás alrededor, la mirada que Jack le dirigió hizo que sintiera un extraño y sofocante cosquillo por todas partes, haciendo que, por un momento, se olvidara que no estaban solos en el cuarto. Era como si pudiera ver algo en ella que todos los demás pasaban por alto, incluso para la misma Clea, solo sintiendo que era incapaz de moverse del lugar mientras Jack permanecía mirándola de semejante manera.

—¿Qué tal si nos sentamos y empezamos a comer? —sugirió Jean Paul, rompiendo aquel extraño momento que se había formado entre ambos, colocando una de sus manos sobre el hombro de Clea, la cual la hizo saltar, tan perdida en ese instante, y guiándola hasta la silla junto a la suya en la mesa.

—Parece que tú también le tienes aprecio, Jean Paul —le comentó Paget, dejando que Jack tomara su silla para ayudarla a sentarse.

—¿Cómo no voy a tener aprecio a esta *ma belle, si douce*? —comentó el rubio francés, haciendo que Clea pusiera los ojos en blanco.

—¿“Dulce y hermosa mujer”? ¡*Mon Dieu*, Jean Paul! Vas a tener que salir más por la ciudad y ver más mujeres que las que hay en esta casa —comentó Louis con desagrado, tomando su copa y dando un rápido sorbo.

—Estoy completamente de acuerdo con eso —comentó Clea por

una vez.

Jean Paul se desvivía por completo cuando quería que una mujer se sintiera hermosa. Pero, por eso mismo, por los halagos que regalaba tan fácilmente, era por lo que acababa no creyéndose nada que emergiera de sus labios.

Pero el francés no perdió tiempo en coger una de sus manos entre las suyas y se la llevó a los labios, besándosela delante de todos los presentes.

—Ni tú misma eres consciente de tu encanto, *chérie*.

—Y yo creo que tú ves más del que poseo, *monsieur* —le respondió, retirando su mano del agarre de Jean Paul tan rápido como pudo.

No pudo evitar mirar a Jack en ese momento, notando sin problemas que no le había hecho ni la más mínima gracia el exceso de galantería del que el hombre parecía hacer siempre gala con ella, aunque no pudo negar que una parte de ella se sintió satisfecha al ver el malestar que Jack dejó ver durante unos instantes.

—Podéis aprovechar esta tarde, que Clea y yo estaremos trabajando, para hacerlo. Seguro que Paget también estaría encantada de visitar de nuevo su ciudad natal —comentó Jack, apartando la mirada de la de Clea—. Hace demasiado tiempo que no ha estado por aquí.

A Clea no le gustó el modo en el que Jack apartó la mirada de ella, como si hubiera decidido ignorarla sin más. Por mucho que Jean Paul afirmara que el mejor camino a tomar fuera darle celos, ella realmente no creía eso. Conseguía enfadarlo, eso era verdad, pero no respondía de ningún modo con ella excepto apartándose de su compañía, como si no soportara mirarla al ver que actuaba de aquel modo con Jean Paul.

—¿Cómo que mientras vosotros trabajáis? ¿No nos acompañarías? —le preguntó Paget a este, mirándole con un pequeño puchero que hizo reír a Jack.

—Tenemos que trabajar. ¿No sabes que llevo tres años detrás del

retrato de esta señorita? —le comentó, dirigiendo de nuevo su mirada hacia Clea, casi como si lo hiciera de manera obligada para que viera de quién hablara.

Pero Clea miraba a Paget, dirigiéndole una pequeña sonrisa.

—No es que me hubiera negado yo personalmente. Mi hermana insistía en que no posara para él.

—¿Y por qué su hermana tenía algo que decir al respecto? ¿Y sus padres? —Preguntó Louis.

—Porque estaba a su cargo. Mi hermana cuidaba de mí desde que tenía seis años, cuando nuestra madre falleció. Nuestro padre también se fue hace algo más de tres años, así que imaginaos nuestra situación.

No. Desde luego que no parecían poder imaginárselo. El único en aquella mesa al que le faltaba alguno de sus progenitores era a Jean Paul, al cual le faltaba su padre, al haber fallecido en un accidente de caza cuando ya era mayor. Ninguno de ellos había tenido que depender de su propia fuerza desde pequeños o asumir responsabilidades hasta que no alcanzaron la edad adecuada.

—Debió de ser muy duro para ti, *chérie* —comentó el alto rubio, tomando su mano, hablando realmente en serio.

Así como notó las miradas de compasión del resto de integrantes de la mesa dirigidas hacia ella.

—¡¿Qué?! ¡No! Dentro de lo que cabe, es imposible que pueda quejarme. Mi hermana mayor se hizo cargo de todo y nos fue bien. No hay nada que lamentar.

—Seguramente, por eso ha salido con semejante carácter —comentó Louis.

Pero Clea no se tomó la molestia de contestarle. Ya había sido suficientemente malo tener que sentir la lastima de todas las personas que tenía a su alrededor. Lo que menos necesitaba era volver a pelearse con su anfitrión.

—Y, *mademoiselle* Clea —la llamó Paget, inclinándose un poco en la

mesa hacía ella— ¿Me permitiría asistir a sus sesiones?

¿Qué decir a aquello? Era cierto que ambas eran mujeres, pero no le gustaba en absoluto la idea de que esta la contemplara desnuda, al lado de Jack, hablando con él mientras se forzaba en colarse en el único momento al día en el que los dos estaban a solas.

—Lo siento mucho, Paget, pero, como ya he dicho a los otros miembros presentes en esta mesa, me resulta imposible trabajar con alguien más en la habitación. Y estoy seguro de que estarías quieta y callada —le dijo Jack, alzando la mano cuando la vio abrir la boca—. Pero, ni aún así, podría tolerar tu presencia.

La joven pareció enfurruñarse un poco ante aquella clara negativa, pero acabó asistiendo mientras Jack le acariciaba el cabello con cariño fraternal.

Menos mal que él había resuelto el problema porque, de haberse negado ella, hubiera dado a entender que tenía algún problema con la muchacha, cuando, en realidad, no era así.

—Al parecer, esta tarde nos tocará pasear. ¿Qué le parece, *mademoiselle* Paget? ¿Se conformará conmigo, al no poder contar con la presencia de *monsieur* Jack? —le preguntó Jean Paul, sonriendo hacía la joven, tratando de devolver a la mesa algo de buen ánimo.

—No se menosprecie tanto. Usted también es una compañía encantadora —afirmó la muchacha, dirigiéndole una rápida y brillante sonrisa hacía el hombre.

Y el buen ánimo continuo durante el resto de la comida, conversando sobre las experiencias que Paget había vivido en su escuela, dejando a Clea en un segundo plano mientras ella podía contemplar sin ninguna interrupción a su pintor, el cuál parecía estar sosteniéndole la mirada desde el otro lado de la mesa.

No sabía qué se le había pasado por la mente a Jack, pero aquellos dos claros ojos azules la miraban de una forma diferente a la que se había acostumbrado. Y no saber lo que significaba no la permitía estar del todo tranquila.

CAPÍTULO 15

—Parece que te llevas muy bien con Jean Paul —le comentó Jack, apoyado como estaba en el biombo cuando ella salió de detrás sin su ropa, sorprendiéndose con su presencia al aparecer de un modo tan repentino, haciéndola dar un pequeño salto en el lugar.

Jack la observaba con atención, como solía hacer, pero también como si buscara algo en ella, algún cambio que pudiera ser visible o alguna señal, haciendo que se sintiera nerviosa mientras tomaba la mano que este le ofrecía, dejándose colocar bajo su escrutinio en la plataforma, sabiendo que aquellos ojos veían cada rincón de ella, viendo lo que nadie más había visto.

—Es algo insistente a lo que el cortejo de una mujer se refiere, pero, por todo lo demás, es bastante amable. Creo que ya te lo había dicho —le respondió ella, dejándose conducir sobre la plataforma por la mano de él, viendo como, en vez de alejarse, Jack se acuclillaba mientras ella tomaba su postura habitual.

—Sí, sí que me lo habías dicho. Pero no sabía que fuera lo bastante amable para que le dejaras entrar a tu habitación con semejante facilidad —comentó, de rodillas sobre sus piernas, colocando su cabello como él quería, inclinado sobre ella.

En otros momentos, aquello no había parecido tan íntimo, si no algo que Jack necesitaba hacer para seguir pintando, que tuviera siempre la misma apariencia cada vez que posaba. Pero, en aquellos momentos, con el cuarto solo iluminado con la luz de las velas, ambos solos y notando los dedos de él sobre sus mechones, tomándose su tiempo, con el rostro a unos escasos centímetros del suyo, pareciendo celoso de Jean Paul, hizo que algo volviera a removerse dentro de ella, a embeberse de aquella imagen tan cercana, de notar su calor al alcance de la mano...

—¿Tanto te gusta mi cabello? —se atrevió a preguntarle, tras estar

un tiempo excesivamente largo colocándole este como siempre.

Jack la miró con cierta sorpresa, como si hubiera sido algo de lo que ella no debía percatarse.

—Es bastante suave. Y liso y sin enredos, a pesar de ser tan abundante. Un color hermoso —admitió con franqueza.

De haberse encontrado en otra posición, a lo mejor, la conversación hubiera sido más inocente, más distendida, pero, con Jack aún arrodillado sobre las piernas de Clea, con ella desnuda y reclinada sobre los cojines de la plataforma, hacían pensar que el cabello de esta lo había enloquecido y le hacía imposible alejarse de su cuerpo.

Jack bajó la mirada hacía ella y Clea se sintió enrojecer cuando aquellos ojos recorrieron su piel sin ningún impedimento, notando como se tomaba su tiempo para observar cada parte como si aquello correspondiera a una caricia, como si no tuviera nada que ver con la pintura, haciendo que le costara trabajo tomar aire cuando vio a Jack entrecerrar los ojos, deteniéndose en sus labios. Aquella mirada no era la de un artista contemplando a su modelo. Era la de un hombre observando un cuerpo que le gustaba.

—Jean Paul te toca con demasiada facilidad —le dijo de pronto, en apenas un susurro que escapó de sus propios labios.

—Un toque como los suyos no significan nada —murmuró ella a su vez, notando como Jack se inclinaba sobre su cuerpo, como si no pudiera escucharla bien o necesitara estar más cerca— Es... está acostumbrado a ser abierto con todas las mujeres.

—¿Y por qué lo perdonas con esa facilidad? ¿Dejarías que cualquiera te besara? —susurró él, apenas una unión de palabras en voz baja que parecieron rodearla y aprisionarla a él.

El aire de sus pulmones desapareció mientras Clea sentía deseos de corcovear sobre los cojines al sentirlo tan cerca.

—No, desde luego que no. Es solo que... él es... Es así y...

¡Dios! ¡Estaba empezando a sentirse como Linzy cuando no podía

hablar delante de la gente, viendo como este tomaba uno de sus mechones entre los dedos y se lo llevaba a los labios, sin perderla de vista con esos orbes azul claro que la mantenían inmóvil en el lugar!

¿Cómo un gesto como ese pudo hacer que su cuerpo se estremeciera de esa manera? Había dado un simple beso a un mechón de su cabello. Nada más.

Su cuerpo reaccionaba incluso antes que ella misma, notando como su pecho se calentaba al verle hacer aquello, notando como sus latidos se redoblaban, y notaba como sus pezones se endurecían ante él, como pidiendo que su atención también se dirigiera hacia ellos, que les regalaran alguno de esos besos que ofrecía abiertamente. Y, lamentablemente, Jack se percató de ello.

—¿Qué pasa? ¿Tu cuerpo está pidiendo algo? —le susurró, dirigiendo su mano justo debajo de su pecho, haciendo que Clea dejara escapar un pequeño jadeo, notando como sus costillas se contraían contra sus pulmones cuando aquella mano se encontró sobre su piel, haciendo que su calor la entibiara por todas partes.

Era como si su mero contacto pudiera robarle el aliento. E, incluso sabiendo que le causaba ese efecto, deseaba sentirle, tenerlo cerca, que le prestara atención de algún modo y sí, verlo celoso, pensar que, de algún modo, le importaba tanto que no quería que otro hombre se acercara a ella con intenciones ocultas o indebidas.

—Si vas a besarme, bésame ya, porque creo que voy a quedarme sin aire —le susurró ella, con toda su franqueza a flor de piel, notando aquella mano incinerar su piel allí donde la tocaba, con sus labios tan cerca y, a la vez, tan condenadamente lejos.

Nunca hubiera imaginado que los labios masculinos pudieran resultar tan atrayentes, tan sensuales o deseables, pero, desde luego, en aquellos momentos, sentía que se moriría si Jack no acababa de inclinarse hacia ella y la besaba.

Jack pareció quedarse congelado un momento ante su forma de hablar, pero enseguida soltó una suave risa, una risa

encantadoramente masculina, haciendo que Clea agitara sus piernas sin que ella pudiera controlarlo, sintiendo que un delicioso calor se extendía por cada una de sus extremidades, necesitando que rompiera la maldita distancia que aún los separaba. Y esa sensación solo corrió más deprisa cuando vio que este se inclinaba más hacia ella, soltando su mechón de pelo, haciendo que ella se tumbara más sobre los cojines.

— ¿Primero te toca él y ahora quieres que te bese yo?

— ¿Quién ha dicho que yo quisiera su toque? Sabes perfectamente que, desde que tenía dieciséis años, he tenido ojos solo para tí, así que no me vengas ahora con esas — afirmó Clea, sin ninguna timidez, dejándolo salir todo.

Aquella franqueza, en cualquier otra mujer, le hubiera hecho correr en dirección contraria, sabiendo que esa atracción que decía sentir podría acabar fácilmente en un sentimiento de amor que tendría que acabar por destruir antes o después. ¿Qué lo hiciera Clea? Le daban ganas de reír y acabar de inclinarse sobre ella, besarla y que pasara lo que tuviera que pasar, que ardiera aquella plataforma con ellos tumbados sobre ella.

Haciendo caso a ese mismo deseo, rompió la poca distancia que los separaba y besó la comisura de sus labios, notando como esta trataba de volver la cabeza y llegar a él, conteniendo su aliento. Sin embargo, sujetó su cabeza mientras solo se permitía un breve beso sobre aquellos labios, notando como alguna clase de emoción explotaba por él.

Se había imaginado muchas veces besándola, y más cosas, pero, desde luego, incluso cuando fue tan breve, aquel contacto corrió más rápido por todo su cuerpo, alterando todos sus sentidos, que cualquiera de las últimas experiencias que pudiera recordar con otras mujeres.

— Eres encantadora — afirmó, terminando de colocar sus mechones y obligándose a alejarse de la plataforma, dejando a Clea

desconcertada sobre esta, ya que no había esperado su retirada ni que todo acabara tan rápido.

Tenía que refrenarse. Refrenarse con mano de hierro si no quería arrepentirse más tarde. E, incluso así, sabía que aquel breve beso había sido un error. Caer en aquella pequeña tentación había sido un error garrafal que no podía volver a permitirse. Si dejaba de sujetarse a sí mismo, todo acabaría siendo un gran desastre. Lo sabía.

Sin embargo, aunque Clea había soñado cientos de veces con aquel beso, le molestó que terminara tan rápido, cuando apenas le había permitido saborear el momento.

Más parecía que le hubiera dado un beso cariñoso a alguien que apreciara que hubiera sido un beso que no había podido contener por la pasión. Se sentía como una niña que hubiera pedido ser tratada como una adulta y los adultos solo jugaran con ella.

Pero no comentó nada de ello mientras Jack se colocaba junto al caballete, tomando sus herramientas para empezar a trabajar.

Si había conseguido arrancar esa respuesta de él, significaba que podía sacar más reacciones. No tenía porqué apresurar las cosas.

Por otro lado, él trataba de centrarse en el trabajo, alejar de su mente el hecho de que, si quisiera, Clea estaría totalmente disponible para él. Si miraba por uno de los costados del cuadro, aún podía verla sonrojada, con aquellos pechos hinchados, como si pidieran sus caricias, y los dorados ojos brillando.

No sabía si correr hacía la plataforma y terminar lo que él mismo había empezado o romper el cuadro y empezar otro para mostrarla como lucía en aquellos momentos, cogiendo su paleta para hacer los cambios pertinentes y no perderse nada, tratando de plasmarla en ese instante.

Cuando la gente mirara aquel cuadro, no solo la admirarían, si no que sentirían sus mismos deseos de querer poseerla, sintiéndose igual de frustrados al no poder tenerla.

CAPÍTULO 16

Horas después, cuando ambos habían salido del estudio, Jean Paul fue a buscarla a su cuarto, preguntando si había pasado algo entre ellos, aprovechando que habían estado prácticamente solos en la casa.

Pero todo lo que recibió fue una mala mirada de ella.

—No sé si quiero seguir con esto —se lamentó Clea, tratando de serenarse.

Odió que, al obtener parte de lo que por fin deseaba, Jack la hubiera hecho sentir tan encendida para, luego, tratarla como a una más de esas mujeres que él consideraba sus hermanas pequeñas adoptivas. Había sido como si le hubiera arrojado por encima una cubeta de agua helada. ¿Había querido decirle con eso que sería todo lo que obtendría de él? ¿Todo lo que él se permitiría darle? Quería luchar para obtener más, pero...

Dejándose caer sobre la cama, al lado de Jean Paul, vio como él parecía estar pensando en algo.

—Nadie dijo que esto fuera a ser fácil, *chérie*. Además, ahora está Paget en la casa, así que *monsieur* Jack tiene que dividir su tiempo entre ambas. No sé qué habrá pasado mientras nos encontrábamos fuera, pero, sea lo que sea, creo que es un paso hacia adelante.

—¿Un paso adelante? Me trata como si fuera una niña —se lamentó ella.

—Créeme. Por lo que he visto, te trata de muchas formas, pero nunca como a una niña.

Clea lo miró con pesar, pero no le serviría de nada discutir con él. Después de todo, él no estaba en aquel cuarto con ellos.

—Puede que avances algo más en la fiesta —comentó Jean Paul, poniéndose en pie y revisando su armario.—Solo tenemos que colocar frente a él el cebo adecuado.

—¿Por qué está tan empeñado el señor Dulac en hacer esa fiesta para su hermana? Ella apenas ha llegado y, aunque no la conozco muy bien, diría que no disfruta mucho de esas reuniones.

—No es solo por su hermana. Con los problemas de la batalla de Inkerman, los ánimos no son buenos. La gente necesita otras distracciones y esta fiesta es tan buena ocasión como cualquier otra —comentó él, metido de cabeza en su armario.

Había oído algo de los conflictos que habían comenzado en octubre de 1853, pero, aparte del hecho de que los hombres iban a la guerra y a veces volvían y otras no, con una victoria o una derrota, no había querido pensar mucho en el conflicto que tenía lugar en Rusia.

Debería molestarle que un hombre estuviera tocando de aquel modo sus cosas, pero, conociéndole, sería más fácil dejar que hiciera lo que quisiera antes que intentar discutir con él.

—¿Se ha invitado a mucha gente? Aunque... déjalo. No hace falta que contestes. De todas formas, no conoceré a nadie.

—Habrá empresarios franceses y miembros de la baja nobleza. Pero no digas que no conocerás a nadie. Yo quiero reservar los primeros bailes contigo. Y, una vez que te vean, no te dejen descansar en toda la noche.

—De verdad que no sé qué veis tú y Jack cuando me miráis —comentó Clea, frunciendo el ceño.

Pero el alto rubio solo le dirigió una sonrisa.

—No estoy preparada para esta fiesta. Apenas he vuelto a casa. No quiero que me presenten a un montón de personas a las que no voy a reconocer después. Ni tampoco quiero que me presenten a alguien con el que me obliguen a casarme —se lamentó Paget, casi llorando, cuando Jack se encontró con ella por los pasillos, dejándose abrazar por esta.

Al parecer, Louis había tenido una seria charla con su hermana después de volver de su paseo y la había hecho concedora de los deseos de sus padres de que se casara con alguno de los hombres de la lista que habían creado.

“No ha sido nada inteligente exponérselo de esa forma”, pensó Jack, molesto con su amigo por su falta de tacto.

Lo único que tendrían que haber hecho habría sido presentarle a los adecuados en la fiesta y hacer que bailara con ellos. Con suerte, algunos de ellos le agradaría y ya solo tendrían que favorecer esa relación para que se afianzara. Pero, de aquel modo, Paget se negaría en rotundo a conocer a alguien y no querría oír hablar de ninguno de los hombres de la lista.

—Mira, Paget. Tus padres no hacen esto con mala intención. Solo quieren que tengas un buen matrimonio.

—Pero... tú ni siquiera estás en esa lista —se lamentó la muchacha, llorando en su pecho.

Claro que no estaba en esa lista. Económicamente, estaban un poco por debajo del nivel de los Dulac, al menos, antes de que Jack empezara a pintar, y los señores Dulac querían ascender. No permitirían que alguno de sus hijos se casara con alguien por debajo de su escala social, así que ni siquiera habían pensado en él para casar a su hija.

—Seguro que hay muy buenos hombres en esa fiesta y alguno de ellos te caerá bien. No creo que te obliguen a casarte con alguno de ellos sin conocerlos, así que, ¿por qué no lo intentas? Dales, al menos, una oportunidad.

—No quiero darles ni siquiera eso. Siempre les dije que me casaría contigo y solo contigo.

Jack contuvo un suspiro, pero, viendo la actitud de la joven, tampoco había esperado otra cosa. Paget aún parecía estar encaprichada con él y, aunque le doliera, iba a tener que acabar con ello.

—Sabes perfectamente que nunca me hubiera casado contigo, que te veo como mi hermana pequeña y nada más.

—Eso no es verdad. Soy la única mujer a la que le prestas tanta atención.

Estuvo a punto de dejar escapar otro suspiro de frustración al oírla hablar así. Estaba seguro que ni ella misma se había creído las palabras que había dicho y, cuando trató de alejarla de su cuerpo, esta se aferró más a él.

Como caída del cielo, Clea apareció de repente, caminando hacia ellos y, al verlos en semejante situación, se detuvo, pareciendo no saber si seguir andando o volver por dónde había venido. Pero era la ayuda que Jack necesitaba.

—Sabes que no es verdad, que mi atención se reparte entre todas las mujeres que conozco —le dijo, sin perder a la joven del pasillo de vista.

Clea no pareció entender qué pasaba, pero, al menos, estuvo quieta, como él quería, en mitad del pasillo, sabiendo que estaban hablando de ella o que Jack necesitaba su presencia para algo.

—No es verdad, no es verdad —se lamentó Paget.

Pero, en aquella ocasión, consiguió soltarse de ella y comenzó a caminar hacia su modelo bajo la atenta mirada de la muchacha.

—Dile, Clea. ¿Qué ha pasado hoy entre nosotros cuando estábamos en el estudio? —le preguntó Jack, abrazándose por la espalda a aquel pequeño cuerpo, dejando la cabeza en su hombro mientras la forzaba a mirar a Paget.

Aquella postura se sentía cada vez más cómoda. Lo había pensado la primera vez que se había aferrado a ella, pero no había dado lugar para que ocurriera una segunda vez.

Ante la mención de lo ocurrido, ella no pudo evitar sonrojarse de pies a cabeza y apartó la mirada de la joven que tenía ante sí, viendo como la expresión de Paget se llenaba de incertidumbre, como si no supiera si debía salir corriendo de aquel lugar o gritar a Jack que

soltara a aquella mujer.

Pero, al parecer, eligió la primera opción, ya que dio media vuelta y desapareció por el pasillo a paso rápido, mientras él se incorporaba y la soltaba.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó Clea con molestia— ¿No se suponía que la considerabas como tu hermana pequeña? Entonces... ¿por qué la haces sufrir de ese modo?

—Tenía que aprender que ya es mayor y que no puede vivir de sus ilusiones. Sus padres no se lo permitirán.

—Si no te conociera, diría que lo has hecho solo para lucirte y hacer que me avergonzara, pero, es cierto que parece que el señor Dulac está empeñado en que su hermana salga comprometida de esa fiesta.

—Hablando de la fiesta... —Comentó Jack, colocándose delante de Clea para atraer su atención hacia él.—Quiero que permanezcas a mi lado todo el tiempo. Habrá mucha gente y no quiero tener que estar pendiente de ti.

—¡No soy una niña! —se quejó Clea—. Sé muy bien cuidarme sola. Además... le prometí a Jean Paul que mis primeros bailes serían para él, así que no tendrás que preocuparte por mí durante todo el tiempo.

Con gusto, contempló como la expresión de Jack pareció ensombrecerse.

—¿Y cuándo habéis hablando de eso? —le preguntó.

—Vino a mi cuarto cuando terminamos nuestra sesión.

—Creo que lo dejas entrar en tu cuarto con demasiada facilidad.

—Todavía no ha hecho nada para que le quite ese privilegio. En cuanto deje de comportarse como se debe, no abriré mi puerta.

Jack la contempló con atención, como si buscara algo más en sus palabras, algo que le indicara que entre el francés y su modelo había ocurrido algo más de los que ellos mismos decían, pero no encontró nada de eso en la expresión de Clea.

—Bien. Pero no quiero que te alejes con él a los jardines o algo similar porque Jean Paul se vuelve muy.. activo cuando hay fiestas de

este tipo —le advirtió.

—¿Qué quieres decir?

—Que, en fiestas como estas, los hombres suelen... Tener su propia diversión.

—¿Eso también lo dices por ti? —le preguntó ella, alzando una ceja hacía él.

Pero Jack no se molestó en contestar. Sentía que, cada vez que estaba con ella, se volvía un viejo cascarrabias si no podía tocarla o acercarse a ella, como si tuviera algún derecho a reprocharle algo de lo que hiciera.

—Será mejor que vayamos a comer. Paget seguramente no aparecerá, así que nosotros no podemos faltar.

Y, como ya había vaticinado, Paget no apareció durante la comida, ni pidió que le llevaran nada a su cuarto.

—Es una caprichosa. Sabía que este día llegaría, así que no sé a qué viene esta actitud ahora —se quejó Louis, molesto con su hermana por un comportamiento que él consideraba infantil.

—Aún es joven. Seguro que aún creía que se casaría con alguien a quién amara —comentó Jean Paul.

—¿Y quién ha dicho que no puede hacerlo? —le preguntó Jack—. Es posible que se enamore de alguno de esos hombres si se permitiera conocerlos. Ni siquiera sabe cómo son.

—Tampoco es que esto vaya a detener a mis padres. Si en esta fiesta no se relaciona con alguno de ellos, ellos elegirán y ya no le quedará más que aceptar lo que hayan escogido —comentó su anfitrión como si nada.

Si supiera lo detestable que Louis parecía cuando hacía aquello, hablando de su hermana como si fuera alguien que no podía tomar buenas decisiones por sus propios medios, a lo mejor se esforzaría en hablar de otro modo. Pero no sería Clea quién se lo haría saber. De eso podía estar completamente seguro.

—No puedes hacerle eso a tu hermana —se quejó Jack—. Intenta

hablar con ella, que entre en razón. Si la obligáis a casarse con el que mejor os parezca, sin tener en cuenta su opinión, la matareis en vida, será infeliz y puede que ocurra una desgracia.

No sería la primera ni la última que trataría de escapar de un matrimonio concertado a través de la muerte, el único lugar donde sus padres no podrían buscarlas y de donde no podrían traerlas de vuelta.

—Yo creo que lo mejor sería que otra mujer hablara con ella, que le hiciera entender que este baile es una buena oportunidad para ella y que podría ser a su favor si supiera cómo manejarlo —comentó Jean Paul, mirando hacia Clea, a su lado.

Los demás hombres en la mesa también la observaron y, cuando notó sus miradas sobre ella, dejó de comer y alzó la vista, comenzando a negar con la cabeza después de analizar lo que habían estado diciendo.

—Soy la menos indicada para decirle a alguien que se case. Y menos que elija entre la lista de hombres que han hecho sus padres. Lo que yo le recomendaría sería que huyera de aquí lo más pronto posible y que no volviera la vista atrás.

—Por favor, Clea. Sabes que esta es la única oportunidad que tiene para elegir por ella misma —le rogó Jack.

Desde luego, él parecía más preocupado por ella que su propio hermano, pero, mirando también hacia Jean Paul, que también parecía algo preocupado por el tema, acabó suspirando y asintiendo.

—Está bien. Lo haré. Pero solo por ella.

CAPÍTULO 17

El camino hasta el dormitorio de Paget Dulac se le hizo más largo de lo que realmente debía de ser ese pasillo.

Después de todo, Clea se había visto envuelta en un asunto que no le concernía en absoluto y que la incomodaba.

Cierto era que sentía cierta lastima por la situación de la muchacha, pero ella no era ni un familiar ni una amiga de la misma. Que se presentara ante ella para convencerla de acudir al baile no le hacía la más mínima gracia. Y, desde luego, Clea aún no sabía muy bien qué decirle.

Le habían dejado más que claro que aquel baile era su única oportunidad de tener un poco de su propia opinión respecto a su futuro. Pero Jack pareció olvidar que la había utilizado para apartar a la joven de él, con lo que no la miraría con demasiados buenos ojos. De tener alguien que acudir a aquel cuarto, debería haber sido Jean Paul, ya que él no había hecho nada por desagradarla y la muchacha confiaría en él, al ser amigo de su familia. Sin embargo, el joven rubio se había negado a participar activamente con ello.

Aún insegura, se colocó ante la puerta de la joven y llamó sonoramente, esperando respuesta.

Al no obtenerla, volvió a llamar y, en un vago intento, movió el tirador de la puerta, descubriendo que esta se abría y, asomándose al interior, descubrió un cuerpo en la cama.

No temió que esta hubiera hecho una tontería, pues no la había visto de esas jóvenes que se atrevieran a hacer semejante acto. Sin embargo, se encontraba boca abajo, abrazada a su almohada, con lo que habría estado llorando o se habría quedado durmiendo.

—¿Señorita Dulac? —murmuró, colocándose junto a la cama.

No tenía la suficiente confianza con ella para llamarla por su nombre, pero vio como el cuerpo de la joven saltaba, así que estaba

despierta, incluso cuando la ignoraba tan abiertamente.

Mirando a su alrededor, Clea trató de pensar una buena forma de iniciar esa conversación, pero ninguna buena acudió a su mente. Simplemente, se dejó caer sentada en la cama, viendo como Paget se sobresaltaba de nuevo, tratando de mirarla sin que ella se diera cuenta, fingiendo que no lo notaba para darle el gusto.

—Lo que le están haciendo es algo horrible. Nadie debería pasar por ello, pero parece que las hermanas pequeñas de las familias solo podemos protestar mientras hacen con nosotras lo que quieren. No es justo —le dijo, tratando de mirarla.

Paget asintió contra su almohada, pero no dijo nada.

—Supongo que pensabas que podrías casarte con un hombre al que amaras. Pero tu hermano me ha mandado para que te dijera que ese hombre podría encontrarse en la fiesta. Aunque ambas sabemos que eso es mentira.

—¿Qué quieres decir? —le preguntó ella, alzando un poco el rostro para poder mirarla.

Por el aspecto que aquella cara le ofreció, habría estado llorando desde que se había encerrado en su habitación.

—Las dos sabemos que amas al señor Mardling, por mucho que él solo te considere una hermana pequeña. Y, encima, tus padres ni lo habían considerado aspirante a ser uno de tus pretendientes. ¿Qué clase de aprecio le tenían cuando lo descartan de semejante manera? —comentó Clea con disgusto, casi como si pensara escupirles de tenerlos delante.

Pero Paget agradecía aquellas palabras. Eran justo lo que ella pensaba.

—Quiero a Jack desde que era niña. Sé cómo es y no me importa.

—¡Con más razón! —Exclamó Clea, indignada— Saben el aprecio que le tienes y ni siquiera cuentan con él. ¿Qué clase de padres son esos? Si yo estuviera en tu lugar, huiría muy lejos antes que darles semejante gusto. Pero no podrás huir de aquí. Louis lo habrá

pensando.

—Yo no quiero casarme con ninguno de esos hombres y Louis no me entiende —asintió la muchacha, sentándose para colocarse de cara a Clea, sintiendo que por fin alguien entendía por lo que estaba pasando.

—Nadie te va a librar de ese baile. Sin él, solo te verás expuesta a los que tus padres elijan sin más.

—¡Pero yo no quiero saber nada de esos hombres! —Exclamó esta, horrorizada.

—Escúchame. No demos todo por perdido. Cierto es que es posible que en esa sala no vaya a encontrarse un hombre que pueda enamorarte. Pero, ya que tienes que someterte a esto, ¿por qué sufrir? —le comentó Clea, con un inicio de sonrisa en sus labios.

—Creo que no te entiendo —admitió Paget, frunciendo el ceño.

—Es posible que haya algún hombre guapo en la sala, eso no puedo saberlo. Pero, ¿de qué te servirá un marido guapo, si no tiene buen carácter? Mi consejo es que busques al más bonachón, al más... ¿por qué no decirlo?, al más tonto de esos hombres. Tienes que casarte con uno, pero ¿quién dice que tienes que sufrir con ese matrimonio? Sé que sueno malvada al decirte esto, pero mejor que tú puedas aprovecharte de tu marido, de hacer falta, que no que él se aproveche de ti. Además, si es bonachón, no te supondrá un problema para cogerle cariño. Y del cariño al amor hay un paso.

Paget pareció reflexionar sus palabras, asintiendo con la cabeza.

—De ese modo, no me veré casada con alguien que puede desquitarse conmigo en cualquier momento ni estar sometida a él.

—Y podrías llevártelo a donde quisieras, alejarlo de aquí, para que tu familia no saque nada de él. Una pequeña venganza por tener que hacerte esto —le señaló Clea, sonriendo cuando vio que ella seguía su curso de pensamiento.

—Pero... ¿cómo sabré cuál es?

—Pregunta a Jean Paul qué sabe de esos hombres. Estoy segura de

que conoce a la mayoría. Si no, solo tendrás que hablar un poco con ellos para darte cuenta de quién no finge con su conducta inocente. Por lo general, será también el más nervioso.

Paget volvió a asentir, pero, ante una idea que se le pasó por la mente, volvió a hundirse en la tristeza.

—Pero... de ese modo, nunca podré casarme con Jack —Se lamentó.

—¿En verdad pensabas que Jack se casaría contigo o con alguien? Es tan mujeriego como Jean Paul. Hasta que no empiecen a perder su atractivo, se negarán a atarse a alguien, temiendo al pensar en todas las mujeres hermosas a las que tendrían que renunciar.

La joven la miró con los ojos bien abiertos, pero no pudo evitar acabar riendo.

—Eso es cierto. Siempre me dije que Jack no se casaba porque me estaba esperando, pero me engañaba a mí misma. No quiere casarse con nadie. Le gusta poder ir de una flor a otra cuando quiere — comentó la muchacha.

—A parte de que es terco como una mula. Cuando se le mete una idea en la cabeza, nadie logrará sacársela. Además, cuando está molesto, no es muy comprensivo y tiene la habilidad de sacar a una de quicio.

—Has llegado a conocerlo bien, ¿eh? —Comentó Paget, riendo, devolviendo algo de luz a sus facciones.

—Bueno... digamos que he pasado un tiempo con él y no dejo de descubrir cosas nuevas. Lo bueno de todo esto es que podrás seguir contando con su amistad y, de necesitarle, solo tendrás que llamarle para que acuda.

La joven asintió, sabiendo que tenía razón. Y, desde luego, era un alivio ver algo de luz en medio de la oscuridad que la había envuelto en apenas unos instantes. No habría podido ver el lado bueno de aquello aunque hubiera permanecido encerrada en aquel cuarto cien años.

—Debo agradecer tu ayuda —le dijo, inclinando la cabeza.
Pero Clea negó al instante.

—No hace falta en absoluto. Todo lo que sea ayudar a muchachas en esta situación es un placer para mí. sobre todo si las familias no obtienen lo que iban buscando. Los Dulac tienen dinero. No necesitaban hacerte esto —le dijo Clea, apretando su mano con cariño—. Lo único que tienes que hacer es ocultar tus intenciones hasta después de la boda. Después, ellos no podrán hacer nada.

—A ti también te gusta Jack, ¿verdad? —le preguntó Paget de pronto, haciendo que se sobresaltara ella en aquella ocasión.

—Si lo dices por lo ocurrido en el pasillo antes, ha sido una maldad suya. Y no imagines nada raro. Solo ha sido un beso y..

—Pero te gusta, aunque él sea todo eso que has dicho.

—Sí, me gusta —admitió. Después de todo, no ganaba nada negándolo—. Pero no espero una boda con él. Lo único que quiero es tener un recuerdo que poder guardar para el futuro. Sé que no es un hombre que me llevará al altar.

—Yo nunca había conocido a una modelo de Jack, así que creo que eres especial para él. Si no, no te habría traído a la casa de uno de sus mejores amigos —afirmó la joven.

—Ya te dijo que llevaba tres años detrás de mi retrato. Supongo que ya estaba ansioso por pintarme. No hay nada más.

—Si logras tenerlo, hazlo feliz. Al menos, haz eso por mí —le pidió, tomando su mano.

Clea se sintió inquieta por el gesto. No era una madre entregando a su hijo a una futura nuera.

—Ya he dicho que no hay nada especial entre nosotros. Jack terminará mi cuadro, volveremos a Inglaterra y ahí acabara toda nuestra relación. No creo que sea de esos hombres que vuelvan a la vida de las mujeres que dejan atrás para ver cómo les van las cosas —comentó Clea, tratando de sonreír.

Pero Paget solo afianzó su apretón con aquella expresión sería,

como si le estuviera pasando un testigo importante, haciendo que fuera imposible que comentara algo más.

Terminado aquel asunto, salió del cuarto dando las buenas noticias a los hombres que esperaban al otro lado del pasillo, queriendo saber qué había ocurrido y porqué le había llevado tanto tiempo.

—Paget ha prometido intentarlo con ese baile, pero quiere que Jean Paul le hable un poco de esos hombres para conocer algo de ellos antes de encontrárselos en la fiesta. También dice que lamenta el espectáculo que ha organizado por esto —les comentó con calma.

—¡Pero, bueno, muchacha! ¡¿Se puede saber lo que le has dicho?! —le preguntó Louis, pareciendo impresionado.

—Solo hemos hablando de cosas de mujeres. Lo único que le hacía falta era que alguien la ayudara a aclarar sus ideas y yo he sido a la que ha tenido a mano. ¿Podrías ir ya a su cuarto, Jean Paul? No sé de cuántos hombres se tratan, pero, desde luego, te llevara un buen tiempo hablarle de todos ellos.

—¡Claro, *chérie!* ¡Voy ya mismo! —Exclamó el francés, encaminándose hacia la habitación.

—Me ha sorprendido. No esperaba que tu modelo sirviera para algo más —le comentó Louis a su amigo, hablándole al oído antes de empezar a alejarse tranquilamente por el pasillo.

Sin embargo, Jack no se creía con tanta facilidad que Clea hubiera podido convencerla con semejante rapidez. Era casi como si hubieran tenido aquello preparado. Quería saber exactamente qué era lo que le había dicho a esta para que ahora Paget se mostrara tan colaborativa con el asunto del baile.

—¿Qué le has dicho con exactitud? —le preguntó, cruzándose de brazos.

Pero Clea le dirigió una sonrisa traviesa que estuvo a punto de deshacer su determinación.

—Eso es un secreto entre nosotras que me negaré a revelar —le dijo Clea, colocándose un dedo ante los labios—. Conténtate con el

hecho de que ella ha aceptado ir.

—Me inquieta más pensar que Paget esté pensando organizar un escándalo delante de todo el mundo.

—¡Oh, no! Eso no ocurrirá. Paget ha entendido que está en su última oportunidad de elección antes de que sus padres elijan por ella, así que quiere conocer bien a esos hombres.

—¿Por qué sigo teniendo la impresión que hay algo más en este asunto?

—Porque eres más listo de lo que te conviene —le comentó Clea, pasando a su lado y dándole unos golpecitos en el pecho con una mano, encaminándose al estudio.

A Jack no le quedó de otra que seguirla, pero se llevó una mano al pecho, allí donde la mano de Clea se había posado.

CAPÍTULO 18

—Aún quiero saber lo que ha pasado —le comentó este cuando ya estaban en el cuarto, con Clea colocada en su lugar en la plataforma.

—No sigas con eso. Es mejor dejar las cosas como están.

—Pero me preocupa. Quiero saber qué es exactamente lo que le has dicho para que cambie de opinión.

—No te servirá de nada saber lo que le he dicho. Lo único que importa es que ha aceptado y ya no tendréis que preocuparos más. ¿O acaso no te parece eso suficiente?

—Pero...

—¿No deberías concentrarte más en el cuadro? —Preguntó ella, tratando de cambiar de tema.

—Algo has debido decirle para causar ese cambio. Y quiero saber qué fue.

Clea suspiró, exasperada.

Con la facilidad con la que Louis había enterrado el asunto... A veces, desearía que dejara de parecer más su hermano mayor que él.

—Mira, haremos un juego muy simple. Si tú ganas, te contaré todo lo que quieras saber. Pero, si no, me dejarás tranquila y terminaremos esta sesión sin más impedimentos. ¿De acuerdo?

—¿Qué clase de juego? Tengo que saber de qué se trata antes de aceptar.

—Algo que a ti debería parecerle muy fácil. Yo me pondré en pie y tú tendrás que acariciar mi cuerpo desde los hombros hasta mis tobillos. Si no muestras ninguna reacción ante ese toque, ganas y me demuestras al mismo tiempo que no sientes nada por mí, lo cuál es doblemente bueno para ti. De ganar yo, dejaremos el tema y ya veremos dónde ponemos el límite.

—No me gusta mucho ese juego —dijo Jack, con el ceño fruncido.

No confiaba demasiado en que su cuerpo no reaccionara de algún

modo al poder tocarla con semejante libertad. En aquellos mismos momentos, ya se encontraba algo animado solo por la mera idea de lo que podrían hacer.

—¿Quieres saber lo que le dije a Paget o no? —le dijo Clea, inclinándose hacia adelante, abandonando su pose, sonriendo con suficiencia hacía él.

Ella creía que era imposible que Jack pudiera ganar. ¡Ja! Se sorprendería cuando le mostrara lo contrario. Podía controlar su cuerpo a ese nivel. No era ningún adolescente que no pudiera manejar sus impulsos. Y dejaría de recibir las tentaciones que ella le lanzaba continuamente. Aquello era altamente conveniente para él.

—Está bien. Acepto.

Y Clea se puso en pie, bajando de la plataforma para colocarse ante él.

Lo hizo despacio, moviendo las caderas, seguramente en un intento de incitarlo aún más, pero Jack no iba a caer en su juego.

Saliendo de detrás del lienzo, se aseguró de que no llevara las manos manchadas y que sus mangas aún permanecían por encima de sus codos. No había nada que se interpusiera delante de sus pantalones, así que, ante el menor cambio, ella se daría cuenta. Tenía que tener mucho cuidado, imaginar que se trataba de cualquier otra cosa que aquel cuerpo femenino que tanto parecía atraerlo.

—¿Estás preparado? —le preguntó Clea, aún con una sonrisa de medio lado en su rostro, creyendo que iba a ganar.

—¿Y tú estás preparada? —le preguntó Jack a su vez, tratando de parecer desafiante.

—Sí, yo creo que ya estoy bastante preparada —admitió, agitando las piernas con cierta coquetería.

Sus pezones se endurecieron y se oscurecieron como si alguien los hubiera besado bajo la vista de Jack y él sintió que sus pulmones se encogían, deseando gruñir. Sabía a qué se refería ella al decir que ya estaba preparada. Mientras él sufriría todo el tiempo, tratando no

tener una erección, ella disfrutaría de cada toque.

Pequeña granuja adorable.

Intentando serenarse, este colocó las manos sobre los hombros de Clea, haciendo que ella saltara en el lugar, alzando los ojos hasta clavarlos en su rostro. Que lo mirara de aquel modo, haciendo que sus ojos parecieran aún más grandes, no le ayudaba, pero tampoco pudo reprochárselo mientras pasaba lentamente sus manos por los brazos de Clea, disfrutando de la suavidad de su piel, su calor...

Podía acostumbrarse rápidamente a sentir aquel cuerpo contra el suyo, pero alejó de su mente lo agradable que sería mientras volvía a ascender sus manos hasta los hombros, sabiendo que ahora le tocaría descender por sus pechos. Hizo intención de pasar rápido por estos, pero, cuando rozó sus tensos botones, Clea gimió, un pequeño gemido que corrió por él como si fuera una brasa ardiendo, y se vio casi en la obligación de seguir acariciándole los pechos, viendo y disfrutando al verla gemir ante su toque.

Ella había cerrado los ojos y había dejado caer la cabeza hacia abajo, abriendo y cerrando los puños, respirando con cierto esfuerzo. Pero se veía adorable, con el cuerpo sonrojado por la excitación que creaba en ella, notando como su cuerpo empezaba a temblar contra sus manos, sintiendo sus reacciones directamente contra él.

Aunque parecía muy valiente y aguerrida, lo que hacía que a veces olvidara su tamaño, también era inexperta en el arte que poseía un hombre para excitar el cuerpo de una mujer, en lo que podría hacerle, en lo que podría enseñarle...

Acarició y pellizcó aquellos pechos a placer, notando como ella se inclinaba hacia él, buscándolo. Por eso también disfrutó al ver la frustración que brilló en sus ojos cuando le sintió descender y lo miró, sabiendo que la había sacado de algún lugar donde se había sentido confortablemente transportada.

Ignoró la mala cara de ella mientras descendía con sus manos, pero, al llegar a sus muslos, tuvo que arrodillarse ante ella, como si

hubiera perdido las fuerzas que lo habrían mantenido en pie, con el rostro a la altura de su estómago, observándola mientras la acariciaba hasta los tobillos y volvía a ascender, llevando las manos a su espalda, acariciándolo todo como ella le había dicho, y aferró aquel pequeño trasero suyo en el que tanto había pensado tener entre sus manos, haciendo que Clea se inclinara hacia él, gimiendo de nuevo.

No pudo controlar su impulso de besar aquel vientre mientras masajeaba sus nalgas, encantado con sus gemidos, mientras sentía los finos dedos de ella en su cabello. Le hubiera sido imposible no besar aquella piel cuando se inclinó hacia él y, recordando que aún había una parte de su cuerpo que no había tocado, al mismo tiempo que parecía olvidar que tendría que estar refrenándose a sí mismo, alzó la vista para ver como ella tenía la cabeza inclinada hacia él, con los ojos cerrados y la boca entreabierta, dejando salir un gemido tras otro mientras las caricias persistían.

Cuando le había ofrecido jugar a ese juego, Clea nunca imaginó que se sentiría tan bien. Todo su cuerpo estaba deliciosamente caliente y recordaba cada uno de los roces que aquellas manos le habían proporcionado, casi como si siguieran en cada parte que habían acariciado, sin abandonarla del todo.

Ahora, con él de rodillas ante sus pies, besando su vientre, sentía una sensación melosa entre sus piernas, como un fuego encendido que no sabía cómo apagar, notando las manos de Jack aferrar su trasero y acariciándolo a su antojo, no dejándole ni la menor opinión respecto a lo que le estaba haciendo.

—Solo queda un sitio más donde tocar —murmuró él, más para sí mismo que para ella, tan perdido en el momento como se encontraba, descendiendo con sus besos hacia su monte de Venus, haciéndola jadear.

No. No podía besarla allí. No se atrevería.

Pero se atrevió. Besó aquel lugar y la hizo separar las piernas con

toques de su lengua, haciendo que ella solo pudiera obedecer mientras se aferraba con más fuerza a sus cabellos, gimiendo y jadeando, incapaz de encontrar el aire suficiente para poder respirar.

Cuando aquella boca acabó entre sus piernas, aquel calor meloso, que antes solo parecía haberse intuido, corrió por ella, notando como aquella húmeda lengua había encontrado un lugar que la hacía sentir como si fuera a derretirse en cualquier momento. Las manos en su trasero ya no lo masajaban, si no que la mantenían quieta en el lugar mientras él trabajaba sobre ella, tomando lo que quería sin que nadie se lo impidiera.

Gruñía contra su piel, incapaz de parar de devorarla. En el momento en el que había sentido su esencia, no hubiera habido fuerza humana capaz de detenerlo y, mientras sentía su calor, su humedad, lo único que podía pensar era en el momento de tumbarla en el suelo y hundirse definitivamente en su cuerpo, gozar de ella del mismo modo en el que Clea ya lo estaba haciendo.

Sentir su clímax contra los labios, oyéndola gemir sin control mientras se aferraba firmemente a sus mechones, no ayudó a alejar esa idea y, cuando se puso en pie sorprendentemente rápido, desconcertando a ella, que aún no se había recuperado del todo, su rostro se mostraba oscurecido por su propia excitación cuando bajó la cabeza y tomó aquellos labios femeninos enrojecidos entre los suyos.

Escuchó su jadeo ahogado cuando la asaltó de aquel modo, apretando aquel pequeño cuerpo contra el suyo, pero no le dió cuartel hasta que ella separó aquellos deliciosos labios y pudo hundirse definitivamente en ella.

Tomarla con su lengua hacía que una ligera sensación cosquilleante descendiera por su columna, alrededor de su miembro, como si ambas partes estuvieran conectadas, impidiéndole parar.

Solo la falta de aire permitió que se alejara de Clea en esos instantes y sus pupilas se dilataron cuando vieron la tímida sonrisa

que se abrió paso por aquellos labios hinchados por sus besos.

—Te has puesto duro. Yo gano —canturreó Clea por lo bajo, meciéndose contra él para que Jack pudiera sentir su propia erección pulsante.

—Yo te enseñaré a ganar— gruñó él, volviéndose a inclinar sobre ella, tomando de nuevo sus labios mientras aferraba su trasero, queriendo colocarla tan cerca de él como las pieles se lo permitieran, enterrando su otra mano en su cabello y apretando los suaves mechones en un puño.

No le costó nada alzarla del suelo, olvidando porqué se había refrenado tanto a él mismo. ¿Por qué, si la deseaba, había tenido que esperar tanto para poner sus manos sobre ella en cada instante en el que se cruzaba con él? Lo había olvidado.

Llevándola hasta la plataforma, tumbándola sobre los cojines, se permitió un momento para poder admirarla.

Ahora que iba a poseerla, lo sabían los dos, esta brillaba con una nueva luz, como si ese rayo de sol que veía en ella brillara aún con más intensidad.

Era tan encantadora que no pudo evitar acariciar aquella piel con delicadeza, como si pudiera romperse si no fuera lo suficientemente precavido. Aquella tersa piel lo hipnotizó, no recordando haber tocado nunca antes algo tan suave. Era mejor que la seda caliente, que el terciopelo o cualquier otra cosa que pudiera recordar, viendo como ella sonreía, corcoveando bajo él.

—¿Tan increíble soy para que me mires de ese modo? —le preguntó Clea, sonando divertida.

—Sí, lo eres. Eres la mujer más increíble que he conocido —admitió Jack con franqueza, asombrándola.

Ella abrió la boca, buscando algo qué decir, algo ingenioso para continuar con su juego, pero no fue capaz, solo sonrojándose deliciosamente para él.

Besó sus labios muy despacio, disfrutando de su sabor, del calor de

su boca, de sus suspiros, disfrutando de aquel simple contacto, notando como las manos de Clea se posaban en sus hombros, haciendo que odiara las prendas de ropa que aún le cubrían, sacándose éstas a tirones.

Quería que lo tocara, que acariciara cada parte de su cuerpo con sus pequeñas y deliciosas manos, que lo enloqueciera del mismo modo que había hecho con ella. Deseaba su cuerpo, pero también su mente, esa astucia que poseía... Pero también su gracia, aquel encanto que la envolvía y que la hacía ganarse el aprecio de cualquiera.

Cuando consiguió hacer la ropa a un lado, oyéndola reír al ver su prisa, cogió una de sus manos y la colocó sobre su pecho.

—Tócame. Acaríciame como quieras, pero, por Dios, hazlo —le rogó.

Ella pareció sorprendida por su urgencia, pero, mientras la observaba con tanta intensidad que pensaba que haría que se derritiera, paseó su mano por aquel pecho, con un pequeño rastro de vello, viendo como este se hinchaba cada vez que Jack tomaba aire.

Si le iba a permitir tocarle a placer, no iba a ser ella la que se opusiera a ese deseo, viendo como Jack permanecía sobre ella, tenso. Era como si el paso de su mano por aquella piel le quemara, pero fuera incapaz de apartarse. Y Clea adoró la sensación de poder que la embargó sabiendo que era ella la que le estaba arrancando aquella reacción.

—¿Así está bien? —le susurró Clea, llevando sus manos por aquel pecho hacía su cadera, notando como los músculos de su abdomen se encogían ante su contacto, dejándole sin aire y haciéndola sonreír.

—Te estás divirtiendo, ¿verdad? —murmuró Jack, entre los dientes apretados.

Quería que ella se sintiera cómoda con su cuerpo, que no temiera el momento en el que se colocara entre sus piernas y entrara en ella. Sin embargo, ella no había parecido intimidada en ningún momento.

Ni siquiera cuando había tenido su rostro entre las piernas. Y menos aún cuando tomó su miembro en una de sus pequeñas manos.

—Sí, se podría decir que me estoy divirtiendo mucho. ¿Tú no?

No pudo evitar mecerse contra aquella delicada mano, perdiéndose un instante en el momento. A ella no pareció importarle, ya que corcoveó bajo él de igual forma, soltando un jadeo cuando lo vio moverse contra ella.

—Párame. Párame o... —susurró Jack, incapaz de detener sus propias caderas.

—Detente tú mismo. Yo estoy disfrutando de las vistas.

Jack abrió los ojos ante aquel comentario, clavándolos en ella y sujetando su mano por la muñeca, la colocó por encima de su cabeza, contra la superficie de la plataforma, dejándola sin aire al verle inclinarse de nuevo sobre ella.

¿Cómo diantres aquella pequeña damita sin experiencia era tan atrevida? ¿De dónde sacaba todo aquel valor que emanaba continuamente de ella?

Clea entreabrió los labios cuando lo vio inclinarse, esperando un beso, pero este no llegó y, cuando abrió los ojos, vio que Jack se estaba riendo.

—¿Quién es el que se divierte ahora? —le murmuró, aún sin perder la sonrisa.

Palabras que hicieron que Clea se molestara, sintiendo como un sonrojo corría por ella debido a lo avergonzada que se sentía por haber esperado algo.

En realidad, había parecido más ansiosa que él llegados a ese punto y trató de quitárselo de encima solo por el mero hecho de mostrarse enfadada.

Jack se rió de su intento de apartarlo y bajó las caderas para inmovilizarla, colocándose entre sus piernas abiertas, haciendo que su risa se transformara en un siseo cuando sintió el calor de su centro directamente contra su miembro, oyendo como ella también jadeaba

y se quedaba inmóvil ante el contacto.

—¿Ahora no bromeas? —susurró él, viendo como el pecho de Clea subía y bajaba con rapidez, como si no hubiera aire suficiente en el mundo para llenar sus pulmones.

Ella abrió la boca para decir algo, pero, al ver aquella cavidad, jadeando, le fue imposible no inclinarse sobre ella y besarla, robándole el poco aliento que aún conservaba, devorándola de nuevo, perdiéndose en su sabor, en su interior, queriendo sentirse arropado por ella, comenzando un pequeño vaivén entre sus piernas, creando la impresión en ella de que algo más acabaría por pasar si llegaba a permitírselo, abandonándose en aquellos labios.

Fue lo más natural introducir la lengua en su boca, pensó Clea, cuando fue él el que se retiró, y alzar una pierna hasta su cadera cuando Jack y aquel vaivén empezó a enloquecerla de una manera, hasta entonces, desconocida.

Quería aquella dureza dentro de ella, llenando el hueco que había en su interior que clamaba por él, aquel hueco que no sabía que esperaba con tanta ansiedad.

Jack debió de notar ese deseo, ya que rompió el beso y alzó la cabeza para contemplarla, posicionándose contra ella, no perdiéndose ningún detalle de su expresión.

Clea se mordió el labio inferior cuando sintió la punta de aquel miembro en su entrada, conteniendo el gemido de ruego que deseaba liberar, rogando porque entrara en ella, que parara aquel toque que solo la hacía anhelar algo más y le diera aquello de lo que solo había oído hablar entre conversaciones emocionadas de otras damas.

Jack descendió la cabeza y mordió su labio, tirando de él, mientras la mano que estaba libre se dirigió a su pecho, haciendo que se arqueara en el mismo momento que él se introdujo en su interior.

La sensación fue extraña, pero no desagradable. Estaba lista para él, con el cuerpo tan excitado por su toque que romper su barrera

natural fue apenas un instante de tensión, antes de sentirse plenamente colmada.

El gemido lastimero que liberó en ese pequeño instante, escapando de sus labios, murió en la boca de Jack, que permaneció unos instantes perdido en la sensación de su cuerpo, de cómo el interior de ella lo rodeaba y enloquecida, de cómo le hacía sentir como si pudiera tocar el techo sin necesidad de volar. Ella se aferró instintivamente a él y el sonido de sus gemidos, junto con aquel toque íntimo, amenazaban con romper su autocontrol. Quería hundirse en ella sin perder tiempo, una y otra vez, asaltarla, y cuando las cortas uñas de Clea se clavaron en sus hombros, tratando de acercarlo más, eso fue exactamente lo que hizo.

Obligándola a alzar la cabeza, pasó al total pillaje de su cuerpo y su boca mientras se hundía una y otra vez entre sus piernas, tomando todo aquello que podía sacar de ella, sintiendo como si la sangre le resonara en los oídos.

Soltando la mano de ella, que aún había mantenido por encima de su cabeza, bajó la suya hasta la otra pierna de Clea, alzándola también hasta su cadera para poder entrar aún más en su interior. Los jadeos ahogados que salían de su boca se confundían con los suyos y, cuando esta comenzó a sacar las caderas, para recibir sus embates, Jack gruñó e hizo desaparecer todo su control, colocando ambos brazos en torno a su rostro, sujetando aquellos cabellos de oro, mientras se dejaba ir contra su cuerpo, perdiéndose en su interior, en la forma en la que se sujetaba a él, en el modo íntimo en el que le pedía que se alejara de la realidad con ella.

Ni siquiera pensó en retirarse cuando ella jadeó, abrió los ojos con sorpresa un instante y se quedó sin aire, dejándose llevar por el clímax, clavándole aún más las uñas en la carne, tirando de él hacia su interior.

La columna de Jack se convirtió en gelatina cuando la sintió aún más intensamente, la parte interna de sus muslos tembló y, entre

jadeos y sonidos de desahogo, se dejó ir en ella.

Clea lo aferró contra ella durante ese momento, como si fuera lo correcto, para lo que los dos estaban hechos.

Solo después, mientras trataba de recuperar el aliento, con el rostro hundido en su fragante cabello, se dijo la locura que había cometido. No solo por el hecho de haber cedido a su deseo y poseerla cuando no tendría ni el menor derecho a tocarla, si no que se había dejado ir en su interior.

Ahora mismo, podría haber marcado el destino de la muchacha al ponerle un bastardo en el vientre.

Alarmado, alzó el rostro, pero, cuando la contempló, con una sonrisa plácida en aquellos labios rosados, solo pensó que se ocuparía de todo de suceder tal cosa, descendiendo la cabeza y acabando por besar de nuevo esos labios que parecían pedir por él, en un nuevo arranque de deseo.

Esta vez, el beso fue más calmado, más tierno. La sedujo con cada caricia, con cada pasada sobre estos, dejándola esperando por más, notando como ella, en la desesperación por tener algo más que unas simples caricias, que la hacían estremecer, rodeaba su cuello con los brazos y lo apretaba contra su cuerpo, disfrutando del encanto de aquel simple gesto.

Saboreó cada porción de aquellos labios, le hizo el amor con su boca al ritmo lento y seductor que no se había permitido antes, perdido en la pasión del momento. Y, cuando ella gimió contra él, su miembro ya estaba listo para volver a hundirse en su interior.

No pensó que ella no podría estar lista, que alguien recién iniciada en aquel acto como Clea no podía estar preparada. Se colocó de nuevo en su entrada y se introdujo lentamente en ella, haciéndola jadear de nuevo, alzando el rostro para contemplarla.

—¿Sientes dolor? Si quieres que pare, yo... —le indicó en un susurro, haciendo un mero intento de hacerse a un lado.

Pero esta se aferró a sus hombros y negó con la cabeza.

—No te apartes —susurró ella de vuelta.

De haber hecho aquello cualquier otra mujer, sabiendo con la facilidad que estas podían aferrarse a su primer amante en más de un sentido, se habría apartado de manera inmediata, indicándoles que él no trataba con corazones.

Sin embargo, tratándose de ella, volvió a hacerle el amor de aquella manera lenta que tendría que haber empleado antes, contemplando cada una de sus expresiones, absorbiendo cada gemido en sus labios, probando cada porción de su cuerpo, moviéndola bajo él para que estuviera lo más cómoda posible, admirando todo cuanto esta poseía y que solo le estaba entregando a él.

Hundirse de nuevo en su cuerpo fue un auténtico placer, jadeando contra sus labios del mismo modo en el que esta lo hacía y, cuando volvió a derramarse en ella, temió que el hecho de no querer apartarse de Clea fuera por un motivo más profundo del que querría admitir, besando sus ojos cerrados cuando ella volvía a tratar de tomar aliento tras su nuevo clímax, ignorando los pensamientos que flotaban en la mente de Jack.

CAPÍTULO 19

Después de que ambos se hubieron recuperado, Jack dejó que Clea se abrazara a él mientras volvían poco a poco a la realidad, algo que no dejaba hacer a todo el mundo, disfrutando del contacto de ella mientras acariciaba su largo pelo a su vez.

—Nunca me lo había imaginado así —admitió la joven, con cierta vergüenza, después de llevar ambos muchos minutos en silencio.

—¿Y cómo te lo habías imaginado? —Le preguntó Jack, continuando con sus caricias de manera distraída.

Aquellos mechones de oro se sentían como seda entre sus dedos y debería sentirse algo preocupado al ver que su deseo por ella no parecía haber desaparecido aún, a pesar de haberla tomado ya en dos ocasiones.

—No lo sé. Por lo que oía en otras mujeres, pensé que sería más doloroso al principio y ninguna de ellas me habló de esa sensación que me ha hecho... —No pudo terminar la frase, avergonzada.

—¿Ninguna de ellas te hablaron del orgasmo? —le preguntó, bajando la vista hacia ella.

Clea negó con la cabeza.

—Pobrecillas. Seguramente, ninguna de ellas haya tenido un buen alivio a manos de un hombre—comentó—. ¿Ni siquiera tu hermana te habló de ello? Pensé que Adrien sería capaz de hacer feliz a una mujer.

—Mi hermana solo es capaz de sonrojarse cada vez que he intentado hablar de ese tema. Y Adrien solo se ríe y dice que lo hable con mi hermana cuando me ha oído hablar de ello, así que creo que ella sabe que es esto. No me extraña que se sonrojara. Yo también lo haría si alguien me preguntara por ello —confesó Clea, oculta en su costado.

Jack rió, pero, por mucho que disfrutara de aquel momento entre

ellos, tenían que prepararse para salir del cuarto y acudir al comedor para la cena. Aunque ellos hubieran olvidado la hora, el resto del mundo no lo habría hecho.

Disfrutó de aquella nueva intimidad que había entre ellos, ayudando a Clea a vestirse, pudiendo tocar su cuerpo a placer, sin temor a lo que ella interpretara en su toque, oyendo como esta reía con aquella risa clara y pura que él adoraba, comprobando que parecía más deseoso de desvestirla que ayudarla a vestirse cuando no pudo resistirse a besar su espalda y su cuello cuando ella apartó su cabello para él.

Se despidieron en la puerta del estudio, mientras Clea se dirigiera a su cuarto para que acabara de prepararse, dirigiéndose unas sonrisas que esta mantuvo en su rostro hasta que llegó a su habitación. Sin embargo, al entrar en el cuarto, se esfumó al ver que no estaba sola en el lugar.

—¿Qué haces aquí, Jean Paul?

—Esperando a que volvieras.

Pero, aunque pareció que el francés iba a añadir algo más, al contemplar fijamente a Clea, detectó algo en ella, algo que le hizo fruncir el entrecejo e hizo que ella se pusiera nerviosa.

—¿De dónde vienes? —le preguntó el hombre, observándola con más atención.

—Del estudio. ¿De dónde, si no? —Comentó ella en respuesta, dirigiéndose rápidamente hacia su tocador, impidiendo que Jean Paul pudiera estudiar aún más su expresión.

—Cuidado, *chérie*. No soy una doncella tonta a la que puedas engañar. Ha pasado algo en ese estudio, ¿verdad?

Se quedó callado unos instantes, haciendo que Clea se pusiera un tanto nerviosa, incapaz de volver la cabeza y mirarle.

—¡*Merde, mademoiselle!* ¡¿Ha ocurrido algo entre *monsieur* Jack y tú?!

Clea se vio incapaz de contestar, pero un intenso sonrojo se

extendió por su rostro con demasiada rapidez.

—*Malédiction!* —maldijo—. No esperaba que hiciera un movimiento tan repentino.

—Me alegra que me hayas ayudado a tener este momento. Estoy segura de que vuestras acciones me ayudaron —le agradeció, tomando una de las manos de Jean Paul entre las suyas cuando se volvió hacia él, sorprendiéndole.

—Habláis como si ya hubierais obtenido todo lo que podíais de él —comentó el hombre a su vez, frunciendo nuevamente el ceño, aunque, en esos momentos, fuera por un motivo diferente.

—Y así es. No esperaba una petición de matrimonio ni nada similar, ¿sabéis? Sé con seguridad que el señor Jack no es de los hombres que se casan y ya he tenido un hermoso momento con él. No podría desear más.

—¡Claro que podríais desear más! Pensaba que erais una joven con más valor. ¿Por qué lo dejáis ir cuando ya tenéis al pez en vuestro anzuelo? —le preguntó Jean Paul, arrodillándose ante ella para quedar más a su altura, sin soltar su mano.

—No hay pez que pescar. Se comió el anzuelo y ahora irá en busca de más, como siempre hace.

—¿Esto es debido a algún temor vuestro? ¿Teméis darle vuestro corazón antes de conseguir obtener el suyo?.

—¿Qué? —Exclamó Clea, dejando salir un bufido, soltándolo y poniéndose en pie con rapidez.—¿Qué tontería es esa de entregarle mi corazón? Siempre me ha parecido un hombre muy atractivo y quería saber qué se sentiría al estar en sus brazos. Pero no quería nada más de él. Si no fuera así, sería igual de tonta que todas esas jóvenes de Londres que esperan casarse con él.

—Oh, *mademoiselle*. Os engañáis vos misma, *chérie*.

—Y tú eres demasiado encantador para ser un calavera. Al menos, cuando no tratáis de ser un seductor.

—¿Insinúas que no soy encantador todo el tiempo? —Preguntó

Jean Paul, pareciendo sorprendido por sus palabras, incorporándose del suelo.

—Es que... cuando intentas tan intensamente que las damas caigan ante tí, llegas a ser demasiado agobiante, más que otra cosa, para resultar encantador.

—Entonces... ¿dices que solo soy encantador la mitad del tiempo? Creo que me estoy mareando —comentó el francés, haciendo como que se caía.

Pero Clea no pudo evitar reírse mientras se sentaba sobre su cama. Era imposible que sus palabras le afectaran tanto.

Aún así, le dio unos golpes tranquilizadores en el hombro cuando este se sentó junto a ella en la cama.

—Me habéis matado, *mademoiselle*. Me habéis matado sin duda alguna —se lamentó, rodeándola entre sus brazos, aferrándola contra él como si realmente le hubiera herido con sus palabras.

A veces, olvidaba que los calavera como él podían herirse muy fácilmente en su orgullo como casanovas. Pero, incluso encontrándose entre sus brazos, no sintió ningún temor ni su corazón tembló como le pasaba cada vez que veía como Jack se acercaba a ella. Le tenía en alta estima, a pesar de su raro comportamiento, pero solo como un buen amigo.

—Deberíais tratar de poner vuestra atención sobre alguna otra dama en la fiesta de la joven Dulac. ¿Ni siquiera habéis pensado que os lleváis bastante bien y que cada uno podría continuar con su vida de llegar a casaros?

En el acto, Jean Paul se alejó de ella, mirándola como si estuviera loca.

—¿Para qué querría casarme con alguien a quién considero casi un miembro de mi familia? Además, ¿para qué querría *mademoiselle* Paget casarse conmigo, si no me ama? Me ha preguntado sobre la vida de todos sus pretendientes, pero...

Se silenció cuando pareció caer en la cuenta de algo, pero, antes de

que la mirara, Clea ya le estaba dirigiendo una sonrisa inocente.

—¿Por eso ha aceptado el baile? ¿Por qué le has recomendado que vaya a por alguien a quién pueda manejar o con quién pueda seguir con su vida como si nada?

—¿Hay alguien así? —le preguntó ella a su vez, interesada.

—Por supuesto. Hay unos cuantos que le vendrían muy bien y.. — No pudo evitar echarse a reír.—Sois terrible, *chérie*. ¿De verdad le distéis semejante consejo?

—¿Me lo estás recriminando?

—¡Por supuesto que no! ¡Ha sido la mejor idea que se os podía ocurrir! Paget es inocente, podría ser fácilmente lastimada por cualquiera, así que, sugerirle que busque un marido que pueda manejar entre unos hombres de los que nunca podría enamorarse ha sido un excelente consejo. De haberlo sabido, le habría dado muchos más detalles, pero creo que ya está bien informada. Sabrá a quién debe acercarse en la fiesta. ¡Oh! Louis enfurecía de saber esto.

—No le diréis lo que hemos planeado, ¿verdad?

—¿Bromeáis? Si se enteraran de esto, la casarían con aquel al que podrían sacar más dinero. No. Paget merece buscar un poco de felicidad en medio de esta farsa que han organizado.

—Gracias por entenderlo. Temía que nos detuvieran si alguien llegaba a descubrirlo.

—Y vuelvo a admirarme ante la forma en la que has logrado apartar la conversación de ti. Estábamos hablando de lo que *monsieur* Jack y tú habíais hecho —le recordó Jean Paul, haciendo que se sonrojara.

—Yo no he hecho nada. Has sido tú el que pasabas de una conversación a otra.

—¡¿Cómo dices, *mademoiselle*?! —Exclamó el alto francés, fingiendo estar ofendido.

Pero antes de que Clea pudiera dirigirle una mordaz y divertida respuesta, alguien llamó a su puerta y Jack se asomó al interior. Su

expresión, que había parecido bastante dulce, se endureció en el acto cuando vio al alto rubio sentado en la cama y abrió la puerta todo lo que esta daba de sí.

—¿Qué estás haciendo tú aquí otra vez?

—Solo conversaba con esta bella jovencita y dejaba que los puñales que son sus palabras se clavaran en mi corazón —le respondió él, poniéndose en pie con un teatral gesto—. Pero, tranquilo, *mon ami*. Esta *mademoiselle* es toda tuya.

—¡¿Disculpa?! —Exclamó Jack, exigiendo una explicación a sus palabras.

Pero el francés ya había desaparecido rápidamente por la puerta, perdiéndose por el pasillo.

—Creo que se me nota en la cara —confesó Clea, llevándose las manos al rostro.

—¿Qué se te nota el qué? —le preguntó Jack, volviéndose hacia ella, relajándose un poco solo al verla.

Los ojos de esta resplandecían como oro líquido y su tez clara estaba ligeramente coloreada en las mejillas, dándole un aspecto tanto encantador como tentador.

Aún no se había peinado el cabello, así que aquella magnífica maraña de hilos de seda clara seguía suelta y lista para jugar entre sus dedos. No podría lucir mejor a sus ojos, si no incluían el hecho de cómo lucía desnuda.

—Ya sabes el qué —le reprochó Clea, sonrojándose aún más, inclinándose hacia él, pues Jack aún mantenía su puerta abierta.

Percatándose de que se refería a lo ocurrido en el estudio, cerró la puerta y, colocándola ante el tocador, intentó peinar sus cabellos lo mejor posible.

Solo había hecho aquello con su madre cuando apenas era un niño, divirtiéndose mientras le hacía los peinados más imposibles que alguna vez se pudieran ver, haciendo que la señora Mardling dijera que le encantaba, dándole las gracias a su hijo con una sonrisa en los

labios.

Como en aquellas ocasiones, cogió el peine y comenzó a peinar aquellos cabellos de lino, sin percatarse de la cara de sorpresa de Clea, que lo miraba desde el espejo.

—¿Has... has hecho esto... muy a menudo? —le preguntó.

—Pocas veces. Y solo a mi madre. Espero haber mejorado algo, pero creo que para hacer un recogido sencillo te sirvo yo. No nos da tiempo a llamar a su criada. No deberías haber perdido tanto tiempo hablando con Jean Paul.

—No es que lo buscara. Ya estaba en mi cuarto cuando he llegado.

—Te ha cogido mucha confianza, ¿no crees? —Comentó Jack, tratando de no parecer molesto.

No entendía qué hacía el rubio siempre tras Clea cuando ella le había dejado muy claro que no le interesaba.

Como otro calavera, le parecía lamentable que el hombre no se diera por vencido con ella y siguiera tras sus pasos como un perrito faldero. Una cosa era notar un desafío y actuar en consecuencia y otra muy diferente no saber aceptar una derrota cuando estaba frente a él.

—Me cae bien, no lo voy a negar. Es bastante divertido y..

—¿Te gusta? —le interrumpió Jack, frunciendo el ceño. Después de todo, su acoso podía haber surtido algún efecto.

—Si te refieres como amigos, por supuesto. Si preguntas de otra forma, no tengo porqué contestarte —le respondió ella, apartando sus manos para tratar de arreglarse el cabello por ella misma.

A Jack no le hizo la menor gracia aquellas palabras. ¿Cómo que no tenía por qué contestarle? ¿Acaso no habían pasado unas horas juntos donde desmentían con rapidez esa negativa? Desde luego, a él le gustaría saber, muy y mucho, si solo había sido uno más de los que pensaba pasar por sus piernas llegados a ese punto.

Pero, luego se llamó estúpido. Clea había estado tras él tres años enteros, sabiendo su fama y cómo trataba a las mujeres, sin fijarse en nadie más y despachando chicos uno tras otro en las pocas reuniones

sociales en las que habían coincidido.

¿Cómo podía pensar que también quería tener algo más íntimo con Jean Paul que una simple amistad?

Y, aún así, aún estando convencido de ello, no pudo evitar seguir poniendo mala cara, dejando el cepillo sobre el tocador mientras la contemplaba.

—¿Querías decirme algo más? —le preguntó Clea, notando que Jack seguía tras ella, en silencio.

—No. Solo te estaba esperando para acompañarte hasta el comedor.

—No hace falta, gracias. Conozco ya el camino. Y deberías pasar todo el tiempo posible con Paget, sabiendo que ahora está prácticamente obligada a casarse. Aunque tenga que hacerlo, no dejas de ser alguien importante para ella y agradecerá que le des cierto apoyo.

—¿Te dijo ella algo de eso? —le preguntó él a su vez, aún permaneciendo a su espalda, con los brazos cruzados sobre el pecho, sin perderla de vista.

¿Qué seguía haciendo en aquel cuarto? ¿Por qué le parecía tan malditamente fascinante ver a una mujer arreglarse el cabello? ¿Desde cuándo se fijaba en estupideces como esas? Estaba claro que estaba empezando a perder la razón en aquel momento. Aquella niña —mujer iba a acabar con él antes de que pudiera tener listo su cuadro y regresar a casa.

—¿Si me dijo que eres alguien importante para ella? Desde luego. Pero no hubiera hecho falta que me lo dijera para que yo tuviera que saberlo. Solo con mirar su rostro cuando te mira me habría dicho todo lo que necesitara saber.

—¿Y eso os causa celos? —comentó Jack, con una pequeña sonrisa en los labios.

Clea se volvió hacia él sobre el tocador, frunciendo el ceño.

—¿Por qué iba a tener motivos para estar celosa? No hay nada que

nos una entre tú y yo, ¿no?

Aquella afirmación lo dejó deshecho.

Era cierto que, a parte de un simple momento de pasión, Jack no podía permitirse nada más con ella y, desde luego, no pensaba llevar a nadie al altar. Pero ver como ella hacía como si lo ocurrido entre ellos hubiera significado tan poco, como si aquel momento no hubiera sido algo importante en su vida, le hizo sentir un ligero pinchazo en algún lugar del pecho, haciendo que pusiera mala cara, incluso sin querer.

—Cierto. No tendrías que tener motivos para estar celosa, ya que no hay nada entre nosotros.

—Exacto. Tú eres el pintor y yo soy tu modelo. Ahí se acaba toda nuestra relación. Como mucho, eres amigo de mi familia política. Adrien te tiene aprecio y las gemelas aún más. Pero, supongo que nosotros nunca pudimos tener una relación más cercana.

—Eso se debió a tu hermana.

Clea lo miró al detectar cierta irritación en su tono. Pero era cierto. Por causa de Lisa, ellos nunca habían podido ser más cercanos. Incluso en los raros momentos en los que se habían visto, cuando parecía que podían pasar horas hablando y contarse toda su vida, su hermana se había encargado hábilmente de alejarla de, según ella, aquel mujeriego que solo buscaba deshonorarla.

—Bueno... se deba a quién se deba, la cuestión es que nosotros nunca hemos podido tener semejante relación, así que no hay nada de lo que yo pueda estar celosa. Sin embargo, como siempre me preguntas por Jean Paul, me hace pensar que tú no piensas lo mismo.

Jack se irguió en toda su estatura, sintiendo como si ella le hubiera lanzado un dardo.

—¿Yo?! ¿Celoso?! ¿Por qué habría de estar yo celoso de Jean Paul o de cualquiera?!

—No lo sé. Dímelo tú —le comentó Clea, dirigiéndole una sonrisa de medio lado que la hizo lucir como una pequeña diablesa.

Lanzando un bufido despectivo, Jack solo salió del cuarto, sin molestarse en contestar. Después de todo, no se le ocurría qué decir.

CAPÍTULO 20

En aquella ocasión, Paget estaba en el comedor con ellos. Pero, tras lo hablado entre las muchachas, era lo más lógico. Tras la solución de su problema, no tenía motivos para seguir encerrada en su cuarto, pues lo que menos necesitaba en esos momentos era enfadar a su hermano.

Volvía a encontrarse sentada al lado de Jack. Pero, en aquellos momentos, Clea no habría podido molestarse con ella aunque lo hubiera intentado.

Mientras pudiera estar junto a la persona que creía amar, mejor que aprovechara el tiempo del que disponía, ya que sería corto.

—Me alegra ver que has abandonado esa actitud tan infantil —le dijo su hermano, sin ningún tono particular en la voz, observando su copa de vino como si fuera lo más fascinante que nunca hubiera visto, dirigiendo unas palabras hacia ella.

Clea y Paget se dedicaron una mirada, pero, aunque la primera se mostrara molesta por la actitud odiosa de este, la segunda sonrió con tranquilidad, derrochando esa calma que parecía poseer y usar a placer.

—Claro que sí. Lo siento mucho, hermano. No sé por qué reaccioné así.

—Mientras que no lo vuelvas a hacer, estará bien.

—¿Cuántas veces piensa vender a su hermana? —Comentó Clea, llevándose su copa a los labios.

Pero, aunque Louis la miró con los ojos entrecerrados, Jean Paul rió de manera nerviosa e hizo que bebiera más rápido de su copa, casi atragantándola.

—*Chérie*, creo que no va a notar tu gracia.

—¿Qué gracia? —Preguntó Clea, molesta.

Pero el francés corrió a taponarle la boca con su pañuelo.

—Te has manchado la boca con el vino, *mademoiselle* —le informó cuando ella lo miró como si fuera un lunático.

—Mi hermano nunca me haría esto de nuevo. No nos ha quedado de otra. Ambos estamos en una situación similar —le comentó Paget, inclinándose sobre ella en la mesa, mientras Jack los contemplaba a ambos de mala manera.

—Pero tu hermano tuvo la suerte de librarse —comentó él, aún sin perderlos de vista.

—¿Qué quieres decir? —Preguntó la joven, volviéndose hacia él.

—Jack —le advirtió Louis, mirando a uno y a otro con nerviosismo.

Cuando se dio cuenta de lo que había dicho, miró a su amigo y luego a Paget, dándose cuenta de que la joven no había sido para nada informada de todas las ocasiones en las que su hermano se había librado de las mujeres que sus padres le habían buscado.

Pero, ahora que había dicho aquello, ¿qué podía decir para remediarlo? Toda la ciudad conocía aquellos incidentes, en como el joven señor Dulac se había librado de una muchacha tras otra cuando estas llegaban con la idea de casarse con él. ¿Cómo iba a suponer que Paget no había escuchado nada de aquello?

—Hermano, ¿es eso cierto? ¿Tú tienes derecho a negarte a cumplir con las órdenes de nuestros padres, pero yo tengo que verme forzada a ello? ¡¿Por qué?! —Gritó la joven, poniéndose en pie, eliminada toda calma que hubiera podido sentir hasta eso momento.

Los demás miembros de la mesa enmudecieron. Después de todo, no tenían nada que decir después de lo que ya había sido dicho y Clea estaba de acuerdo con ella en que se mostrara así de indignada. No era justo que solo uno de ellos pasara por todo aquel infierno.

Louis solo pareció molesto por tener que hablar del tema cuando ya lo encontraba aburrido.

—Yo heredaré todo. La mujer que se case conmigo tiene que estar al nivel de nuestra familia y darle más prestigio que con el que ya contamos. Sin embargo, tú solo podrás ayudarnos financieramente,

tus hijos llevaran el apellido de tu esposo. Lo único que tenemos que hacer es procurar que te cases con un hombre rico, pero mantener nuestro apellido vivo depende solo de mí.

El rostro de Paget parecía rojo a la luz de las velas, tan indignada como se sentía.

—¿Cómo has podido hacerme esto tú también?! ¿Y “adecuada”?! ¿Esperas que una princesa se coloque ante tu puerta y diga que desea casarse contigo?! ¡Eso sería imposible, porque nadie podría aguantar a un tipo tan detestable como tú! —le gritó.

—¡Paget! —Exclamó Louis, poniéndose también en pie—. ¡No pienso tolerar que me insultes en mi propia casa! ¡Y menos delante de nuestros invitados! ¡Márchate ahora mismo a tu cuarto y contrólate antes de pensar siquiera en salir de nuevo!

—¡Oh! ¡Por supuesto que me marché! ¡Pero no porque tema quién pueda escucharnos, si no porque no soporto ni un instante más tu mera imagen! ¡Te detesto, Louis Dulac! ¡Y odio que seas mi hermano! —le espetó, saliendo del cuarto a la carrera.

Clea contuvo el aliento ante aquellas últimas palabras.

Se había peleado muchas veces con su hermana, pero no recordaba haberle dicho a Lisa nunca nada como aquello. Después de todo, nunca podría haber tenido una hermana mejor ni más fuerte. Aunque hubiera hecho cosas que había odiado, su familia no hubiera seguido unida sin ella.

Nunca se le hubiera pasado por la cabeza decirle a Lisa que la odiaba. Podría decirle que detestaba la manera de ser que tenía a veces, el modo agobiante en la que la trataba, como si fuera a ser una niña para siempre ante sus ojos. Pero, a pesar de lo que hiciera o cómo se comportara, nunca se le pasaría por la cabeza decirle unas palabras tan duras, unas que, de decirse a alguien querido, debían de destrozarlo.

Sin embargo, aunque los invitados parecían conmocionados tras las palabras de Paget, dichas, por supuesto, sin pensar, Louis parecía

bastante tranquilo cuando volvió a sentarse en la mesa, tras la salida de la joven, cogiendo su copa de vino.

—¿Estás bien? —le preguntó Jack por lo bajo, como si temiera, a aquellas alturas, que el servicio les oyera.

Los criados habían estado pululando a su alrededor sin cesar, como hacían siempre durante las comidas, como un pequeño enjambre trabajador e invisible. Pero, del mismo modo que los invitados que se habían encontrado a la mesa, se habían vuelto hacia su señorita cuando la habían oído gritar de aquel modo, deteniéndose en medio de lo que se encontraran haciendo, volviendo sus ojos hacia el señor de la casa, que solo volvió la vista hacia su amigo.

—¿Por qué no iba a estar bien? —Preguntó el moreno con extrañeza, llevando su copa a los labios como si nada de lo ocurrido hubiera pasado.

—Después de lo que te ha dicho Paget... —Comentó Jean Paul por lo bajo, como si temiera decir algo que Louis estaba prefiriendo obviar.

—Solo está enfadada. Pero hará lo que se le ordena y ayudará a la familia Dulac con el dinero de su esposo. Sabe que eso es lo que tiene que hacer y es lo que hará —aseguró el hombre, totalmente calmado, como si aquello fuera lo único que todos tendrían que haber entendido.

Clea escondió una sonrisa detrás de la servilleta que colocó contra sus labios, tratando de evitar reírse ante su rostro.

Louis no tenía la menor idea de lo que habían planeado.

CAPÍTULO 21

Paget se empeñó en que Clea hiciera su aparición en la fiesta a su lado.

Teniendo en cuenta la última discusión que había tenido con su hermano, lo que menos quería era que Louis la llevara del brazo cuando se tuviera que presentar ante todos los invitados, así que la pequeña rubia no pudo por menos que aceptar su petición.

Estaba claro que no podía presentarse del brazo de Jack o el de Jean Paul si quería buscar un marido, ya que ellos no representaban a ningún miembro de la familia y solo serían vistos como si estuvieran interesados en la joven si hacían su aparición con ella.

Y la entrada no había podido resultar ser tan sublime de otro modo, desde luego.

Clea iba ataviada con un vestido dorado y un elaborado recogido con decoraciones en oro y ámbar, con lo que toda ella parecía refulgir.

Cuando Jack la vio en lo alto de la escalera, mientras él permanecía con todos los invitados abajo, charlando, tomando pequeños sorbos de sus copas, esperando a la invitada de honor, y miró hacia arriba, pensó que se quedaba sin aliento.

Nunca estaría más hermosa que cuando no llevaba nada, pero, sin duda, ese traje había sido hecho para ella. En comparación, Paget parecía una pequeña hada a su lado, que giraba alrededor de aquel pequeño sol, ataviada con vestido tul azul que dejaba ver el nacimiento de sus pechos y sus hombros, con el oscuro cabello parcialmente recogido. Sonreía hacía su ayudante de aquella noche, que respondió con otra sonrisa, y ambas, juntas, comenzaron a descender mientras la gente aplaudía su aparición.

Jack se obligó a girarse, sabiendo que debía de estar mirándola como un imbécil, y trató de retomar las conversaciones con los otros invitados, notando como estos aún estaban pendientes a las señoritas

que descendían.

Y no podía reprocharles su reacción.

Aunque Clea dejaba claro en todo momento que no quería un hombre a su lado, parecía disfrutar torturándolos con su mejor apariencia, sin dejar que se acercaran a ella lo suficiente, obligándoles a ver algo deseable mientras debían de mantener las manos alejadas.

Oyó a Jean Paul hablar, diciendo la hermosamente que se veía, así que dedujo que una de las dos muchachas se estaba acercando a donde se encontraba.

A pesar de cómo había reaccionado el rubio francés, pensó que se trataría de Paget, hasta que notó una pequeña mano que ascendía por su espalda, haciendo que una fragancia que conocía demasiado bien inundara sus pulmones.

Solo esa pequeña mano que subía hacía su hombro hubiera sido suficiente para devastarlo, pero, cuando Clea entró en su campo de visión, con una pequeña sonrisa en aquellos encantadores labios, sintió deseos de gruñir desde el fondo de su pecho y volver a tomarla hasta hacer desaparecer el embrujo que tenía sobre su persona.

¡¿Qué quería aquella joven de él?! ¡¿Acaso pretendía destrozarlo hasta que no quedara nada más que escombros?! ¡¿Era algún tipo de venganza cósmica por su modo de haber jugado con las mujeres hasta ese momento?! ¡Está bien, se lo merecía, pero que dejara de mirarlo de aquella manera, que solo le hacía sentir deseos de enterrar las manos en su cabello y besarla delante de aquella multitud hasta que uno de los dos quedara sin aliento!

—¿Has visto como ha descendido Paget? —le preguntó Clea, aún con aquella sonrisa en los labios—. Parecía una reina. Creo que todos los hombres del lugar desearán tener un momento para hablar con ella —afirmó.

“¡No la miraban a ella, si no a tí!”, le hubiera gustado gritarle. Estaba claro que todos los ojos tenían que haber estado sobre ella,

deslumbrando a todo el mundo como había hecho. ¿Qué otra explicación habría para que él no pudiera apartar sus ojos de Clea, para que hubiera quedado tan hipnotizado por su aparición?

—Tal vez debería acercarme para tener un baile con ella —comentó Jack, deseando poner algo de distancia entre ellos antes de que cometiera una locura.

Pero el brazo firme de la muchacha sobre el suyo se lo impidió.

—¡Ni se te ocurra! Bastante le costará hablar con la gente para que tú la aisles más. Esta noche es para que encuentre un marido, así que déjala actuar con libertad, a su ritmo —le pidió, dirigiendo los ojos hacia donde la joven se encontraba.

Mirando también, se percató que ya habían unos cuantos hombres interesados en ella, que la habían rodeado, viendo como Paget les dirigía sonrisas tímidas y calmadas mientras les escuchaba hablar. Y alguno de esos hombres aparecían en la lista de sus padres, así que había tenido bastante suerte, dándose cuenta que había dicho aquello último cuando Clea le respondió.

—No creo que sea cuestión de suerte. Paget es muy hermosa y podría tener al hombre que quisiera si la dejaran. Estoy segura que saldrá esta noche del brazo de su futuro esposo —comentó, pareciendo bastante orgullosa de sí misma.

—¿Qué te hace pensar eso? —Le preguntó Jack, tratando de mantener el tema de conversaciones bien alejados de ellos dos.

—Llámalo intuición femenina —le respondió ella con otra de sus enormes y coquetas sonrisas.

Pero antes de que pudiera añadir algo más, Jean Paul apareció en escena, inclinándose ante ella, haciendo una graciosa reverencia que a Jack no le hizo la más mínima gracia.

El francés se había vestido con un traje negro, pero lucía un pañuelo dorado asomando del bolsillo de la chaqueta, así como sus gemelos. Entre eso y el cabello rubio del hombre, era como si se hubiera puesto de acuerdo para lucir como una pareja con Clea.

—*Mademoiselle*, creo recordar que me prometisteis vuestros primeros bailes —le dijo el francés, con una deslumbrante sonrisa.

—Oh, por supuesto, *monsieur* —le respondió ella, dándole su mano con una sonrisa en sus labios, respondiendo a su reverencia con otra pequeña por su parte.

A Jack solo le quedó ver como ambos se alejaban, sintiendo como hasta su propia piel empezaba a arder al contemplarlos juntos.

Jean Paul no dudó en conducirla al centro del salón de baile y, aunque desconocía lo que le estuviera diciendo a Clea, ella no dejaba de reír mientras danzaba entre sus brazos.

“¡Serénate, maldita sea! ¡No hay nada que te una con esa mujer! ¡Tuvimos un momento, como ella quería, y ya está!”, se dijo, sabiendo que estaba apretando los puños de nuevo.

El problema era que, a pesar de que Clea parecía haberse conformado con solo ese encuentro entre ellos, para él no había sido suficiente. Parecía que nunca era suficiente. Le costaba concentrarse cuando estaban los dos en la sala de pintura, pues ver de nuevo aquel cuerpo, expuesto frente a él, hacía que le sudaran las manos y no supiera lo que estaba haciendo.

Había querido que, cuando todos contemplaran su cuadro, la desearan, la admiraran, que quisieran poseerla. Pero nunca imaginó que ese deseo se volviera tan fuerte en él mismo.

Louis se empeñó en presentarle a algunos de los invitados, algunas personas importantes que serían invitadas para su exposición, que podían acabar de lanzarle a la fama, pero, inevitablemente, sus ojos volvían una y otra vez a la pareja en la pista, los cuáles parecían incapaces de dejar de bromear el uno con el otro.

—Si me disculpáis... —le dijo a Louis y a los invitados con los que habían estado tratando de hablar, dándole su copa a su amigo.

Louis pareció contrariado por un momento, al dejarlos tan repentinamente, sin entender a qué venía aquella actitud por su parte. Pero, cuando vio hacia donde se dirigía, él mismo condujo a los

invitados en dirección contraria, diciendo que Jack tenía mucha gente a la que conocía en aquel lugar y a la que debía saludar, excusándolo.

No fue demasiado difícil pasar entre los invitados que bailaban hasta la pareja, pero tanto Clea como Jean Paul parecieron extrañarse cuando lo vieron colocarse a su lado.

—¿Me permite un momento con esta encantadora *mademoiselle*? —le preguntó al rubio.

Jean Paul miró a Clea, que se encogió de hombros, sin entender demasiado bien lo que estaba pasando, y dirigió la mano de ella en su dirección.

—Cuídemela bien. Aún me queda un baile con ella —les dijo Jean Paul, con una de sus radiantes sonrisas en los labios.

Jack no le prestó demasiada atención mientras tomaba la pequeña mano de Clea entre una de las suyas.

Ni siquiera hubiera podido decir quiénes los rodeaban cuando tomó la pequeña cintura de la muchacha en su mano para comenzar a bailar, clavando los ojos en aquellos orbes dorados, que brillaban, refulgiendo, gracias a la luz de la sala.

—¿Quién te aconsejó que te vistieras así? —le preguntó, necesitando hablar de algo.

De no hacerlo, creía que se inclinaría hacia ella y la besaría allí mismo, tomando y devorando aquellos labios, delante de todo el mundo, sin importarle lo que dijeran de ellos.

—Oh. ¿El vestido? Jean Paul estuvo mirando entre mis cosas. Por eso creo que se ha decidido usar cosas doradas. Creo que quería que fuéramos a juego —comentó ella, con una pequeña sonrisa nerviosa en el rostro, mirando un momento a su alrededor.

Notaba algo en Jack, algo diferente en él que no había notado antes, dirigido completamente hacia su persona, poniéndola nerviosa. Y sentir su mano en la cintura, quemando a través del tejido, no ayudaba a controlar sus nervios.

—Me molesta oír que ese tipo ha hurgado entre tus cosas, pero hay

que admitir que ha hecho una buena lección —afirmó él, acercando más el cuerpo de Clea hacia el suyo con un simple movimiento de su mano, más de lo que el baile requería.

Sentir aquella mano acercándola aún más a aquel cuerpo, que tan bien había conocido, contra el suyo, hizo que hasta el mismo aire se le escapara del pecho, notando como aquellas dos ventanas azules estaban clavadas en su rostro, impidiéndole que apartara sus ojos de él solo por su pura fuerza de voluntad.

—Creo que estoy mareada —murmuró Clea, deseando que dejara de mirarla así, que dejara de confundirla, que le hiciera ver cosas en él que luego descubriría que no estaban.

—Será por el champán —dijo Jack a su vez, como si deseara que nadie les oyera hablar.

—No he tomado champán.

Jack siguió mirándola de aquella fija manera, como si le impidiera escapar de él solo con sus ojos, apresándola sin remedio.

Y, cuando sintió como Jack la sacaba de la pista y la conducía a uno de los pasillos desiertos, que llevaban a las habitaciones, solo se dejó conducir sin omitir queja alguna, aún sin soltarla, notando la otra mano de él en su cintura, pegándola a su cuerpo.

—¿A dónde vamos? La fiesta acaba de empezar —murmuró Clea, alzando los ojos hacia Jack.

Pero cuando estos se encontraron, él solo cogió su nuca en una mano y la arrastró hacia su boca. No había calma ni seducción, solo urgente necesidad, reclamándola, dejándole claro que aceptara o se alejara de él.

Pero Clea no hubiera podido alejarlo aunque su vida dependiera de ello. Notar de nuevo esos labios firmes sobre los suyos le hizo sentir como unas chispas comenzaban a encenderse bajo su piel y se extendían por su cuerpo, al igual que sus rodillas se sintieron repentinamente débiles.

Tuvo que aferrarse a él para no caer, envolviendo su cuello con los

brazos. Y Jack solo la estrechó contra él cuando la sintió ceder, deseando sentir su pequeño cuerpo entre las manos, aún más cerca. La besó tan profundamente que apenas fue consciente de que le faltaba aire. Solo quería estar dentro de ella, alrededor de ella, sentirla por todas partes, consumirla mientras se consumía a sí mismo. Deseó deshacerse de aquel vestido que aún se interponía entre ellos, pero se recordó que estaban en el pasillo. Y no iba a permitir que nadie más la viera de esa forma, totalmente desatada y deseosa.

—¿Aún quieres volver a la fiesta? —le preguntó, acariciando su mejilla con el pulgar, cuando se separó brevemente para tomar aire.

Los ojos de Clea tenían aquel tinte soñador, como si el beso la hubiera adormilado. Y, en el fondo, brillaba una pequeña llama. Estaba claro que no pensaba volver. Y la negativa de ella con la cabeza se lo confirmó.

Cogidos de las manos, ambos trataron de moverse por los pasillos sin ser vistos, dirigiéndose a la habitación de Jack.

Si algún criado los veía y Louis preguntaba por él, podría interrumpirlos y, desde luego, aquello era algo que no deseaba.

Sería capaz de cortar la mano de quién llamara a su puerta aquella noche.

Clea se rió contra sus labios cuando entraron en el cuarto de este, uno envuelto en los brazos del otro, notando como Jack trataba de cerrar la puerta con el pie, sin mucho éxito.

Pero se encontraba lo suficientemente excitado como para siquiera importarle estar haciendo el ridículo.

Se sacó la chaqueta a tirones cuando consiguió cerrar la maldita puerta, sin dejar de besar a Clea, inclinado sobre ella como estaba. Las pequeñas manos de ella le ayudaron a deshacerse de la ropa, oyéndola suspirar con placer cuando él hizo la camisa que cubría su pecho a un lado, por fin llegando a su piel.

Se sentía tan cálido contra sus dedos... Firme y musculado, parecía

el cuerpo de un atleta más que el de un artista.

Subió con sus manos por el pecho de Jack, oyéndole sisear, y disfrutó de la sensación de poder que ese sonido le proporcionó. Solo para sentirse un poco traviesa, continuó ascendiendo sus manos hasta sus hombros y a partir de ahí, descendió por su espalda, viendo como él tenía aquellos claros ojos clavados en su persona, sin perderla de vista.

—¿Te diviertes? —le preguntó, con una voz más ronca de lo habitual.

—Tengo la impresión de que siempre podría divertirme contigo — admitió, alzando una sonrisa hacia él.

Pero Jack volvió a gruñir y, tomando de nuevo su nuca en la cuna de su mano, arrasó a través de ella, reclamándola con sus labios mientras la hacía retroceder hasta la cama. Tomó sus labios una y otra vez, introdujo su lengua dentro de ella, enviándole la promesa de algo más placentero, y toda ella se volvió líquida, gimiendo contra su boca mientras él le sujetaba las nalgas y la alzaba hasta la cama.

Cuando sintió que estaba tumbada, Clea soltó una pequeña exclamación de sorpresa, ya que ni siquiera había notado el movimiento. Pero, entonces, Jack colocó su peso entre sus piernas, buscándola para volver a entrar en ella, y el fuego interno que se había ido encendiendo dentro de Clea explotó a lo largo de ella con fuerza, haciéndola tomar la iniciativa.

Fue ella la que tomó la nuca de él entre sus manos en aquella ocasión, manteniéndole cerca.

No le costó mucho colocarse sobre Jack, ya que este no puso inconvenientes para rodar hasta quedar boca arriba, con Clea encima, cuando ella le empujó a un lado.

—¿Te gusta esta posición? —le preguntó, colocando las manos en su pecho, tratando de mantenerse estable sobre él.

Jack rotó las caderas bajo su cuerpo, haciéndola gemir cuando la encontró sin impedimentos.

—Sí, creo que esta se va a convertir en mi postura favorita — admitió, con una traviesa sonrisa de medio lado iluminando su rostro.

Parecía bastante cómodo allí tumbado, con las manos sobre las caderas femeninas, contemplándola. Un fuego parecido al suyo propio ardía en esos claros ojos azules, desmintiendo un poco esa calma que parecía transmitir.

Se inclinó sobre él para volver a besarlo, notando como este aún sonreía contra sus labios. Pero cuando ella misma empezó a deshacerse de su ropa, ya bastante suelta, la sonrisa desapareció para dejar paso a la más atenta de las atenciones, contemplándola en silencio, mientras Clea conseguía deshacerse de los restos de su vestido, ya que Jack había sido bastante experto en abrir las prendas e ir quitándoselas sin que ella apenas notara nada, no sin cierto trabajo, a pesar de que la mayor parte del trabajo ya estaba hecho.

Cuando consiguió estar desnuda de nuevo ante él, sintió aquellas manos apretar más fuerte sus caderas, como si tratara de refrenarse a sí mismo, dándole de nuevo esa sensación de poder que tanto le gustaba.

—¿Por qué eres tan bella? —le preguntó, alzándose hasta quedar sentado en la cama, envolviéndola entre sus brazos, con Clea aún sobre él, rodeando su cuello.

Desde luego, sabía que la pregunta era sincera, pero no pudo evitar reír cuando él la formuló con semejante seriedad.

—No lo sé. No creo que eso haya sido cosa mía, ¿no crees? — Comentó, animada, notando como él había comenzado a besar su cuello, haciendo la cabeza a un lado para dejarle libre acceso.

No supo decir si la oyó o no. Y, cuando Jack alcanzó su pecho con aquellos besos, ni siquiera le importó. Se abrazó a él mientras los gemidos escapaban de sus labios uno tras otro, sin poder dejar las caderas quietas sobre él.

En consecuencia, Jack la tumbó de nuevo en la cama,

deshaciéndose de sus pantalones, las únicas prendas de ropa que se interponían entre ellos.

Clea lo observó con absoluta atención, deseando que acabara de una vez con la distancia. Quería que entrara en ella de nuevo, que llenara aquel rincón de su alma que parecía vacío sin él, incluso aunque jamás lo admitiera ante nadie. Quería poder abrazarlo durante toda la noche, durmiendo junto a él, y poder disfrutar de su mero calor.

Como para reflejar sus deseos, una serie de gemidos emergieron de sus labios entreabiertos. Y Jack, apartando el pelo de su rostro, fue depositando una serie de besos sobre sus mejillas y su boca, acabando de hundirse en ella, notando como los dedos de Clea se clavaban en su espalda.

Pronto se dio cuenta que no hacía aquello por dolor, si no por necesidad. Estaba tan ansiosa como él para fundirse en uno.

Tomó una de sus piernas y la alzó hasta su cadera, apretando esta cuando la sintió envolverlo.

Su calor era tan atrayente que, mientras aún se hundía en ella, oyéndola jadear, escondió la cara en su cuello, necesitando envolverse en su piel. Entró y salió de ella una y otra vez, mordisqueando su piel sensible, respirando su fragancia...

No recordaba haberse sentido nunca de aquel modo. Quería abandonarse completamente en sus brazos, abrazarse a ella hasta que el mismo tiempo se acabara. Le fue inevitable besarla de nuevo, hundirse en ella de cualquier forma en la que pudiera. Y Clea, con igual renuncia, se aferró a él, perdiéndose en el paraíso de sus brazos, en el calor de su cuerpo...

Casi ni se percataron de cuando llegaron a su cumbre, tan perdidos como estaban en los brazos y besos del otro. Pero, cuando ella echó la cabeza hacia atrás, jadeando, buscando aire, él se abandonó en ella también, aferrándose.

Ni siquiera tenía deseos de moverse de allí, mientras sentía las

manos de Clea aún sobre su piel. Quería que siguiera tocándole todo el tiempo que deseara, que ella no tuviera la necesidad de apartarse de su lado. Hasta deseó que el día nunca llegara, permitiéndoles permanecer eternamente en aquel cuarto, aprendiendo cada rincón de su cuerpo, explorándola hasta que conociera a la perfección hasta el último centímetro de ella.

Ese deseo tan intenso fue el que también le impidió moverse de donde estaba, notando que, a pesar de estar apoyando su peso sobre ella, Clea no parecía incapaz de respirar y seguía aferrada a su vez.

No quería regresar, no quería pensar que tendrían que volver a Inglaterra y hacer como si nada de aquello hubiera pasado. Era siempre él el que acababa con sus relaciones. Cuando el fuego que despertaba una mujer en él se apagaba, buscaba los medios para que ella quisiera apartarse de su lado, ya fuera mostrándose desinteresado o aburrido con ella, o, como con el caso de la vizcondesa, dándole tiempo para que buscara otro amante.

Sin embargo, con Clea, en vez de sentir que ese fuego interno se apagaba con cada nuevo encuentro, conforme más encuentros tenían le hacía sentir todo lo contrario. Cuanto más tiempo pasaba con ella, más la deseaba. Cuanto más la tocaba, más deseaba seguir haciéndolo. Era como si fuera imposible tener bastante de ella.

Confundido con sus propias emociones, se tumbó a su lado para poder contemplarla, con el ceño fruncido. Pero ella volvió la cabeza hacía él con una sonrisa satisfecha en esos pequeños y encantadores labios, con lo que le fue imposible no estirar la mano hacía ella hasta poder acariciar su mejilla con lentitud.

La mera idea de tenerla en un lugar donde no alcanzaran sus manos se hacía demasiado horrible para él.

—¿Qué ocurre? ¿Por qué me miras de ese modo? —le preguntó, notando su ceño fruncido.

Y antes de que Jack pudiera abrir la boca para contestar a su pregunta, ella estiró el dedo y masajeó aquella pequeña arruga que se

había formado, tratando de hacerla desaparecer, sorprendiéndole por el gesto.

—Estás más guapo cuando no tienes esa arruga ahí. Te hace parecer más viejo —comentó Clea, apartando la mano y acurrucándose junto a él, aún sonriéndole.

Jack no pudo contener el impulso de rodearla con sus brazos hasta tenerla contra su pecho, deseando retenerla contra él para siempre, notando la risa de ella contra la piel de su clavícula, haciéndole cosquillas.

—¿Qué ocurre, *monsieur*? ¿Ahora me va a decir que has caído rendido ante mí y que es incapaz de soltarme? —comentó Clea, aún riendo.

—Así es —admitió Jack en el acto, sin ni siquiera pensar—. Creo que te escaparás si no te mantengo contra mí.

Aún envuelta en sus brazos, Clea no pudo evitar mostrarse sorprendida, alzando los ojos hacía él, solo pudiendo ver su mandíbula apretada. Del modo que la mantenía sujeta, apenas era capaz de mirarle más allá del pecho. Sin embargo, su corazón no había podido evitar saltar ante aquellas palabras, que tanto se habían parecido a una declaración.

Tratando de serenarse, quiso traer algo de sentido a aquella conversación.

—Cuidado, señor artista. Una muchacha más ingenua que yo creería que se está confesando.

En el acto, Jack se hizo hacia atrás, haciendo que Clea se tranquilizara cuando creyó que había horrorizado a Jack con sus palabras. Sin embargo, para hacer desaparecer de nuevo su calma, los claros ojos azules de él se clavaron en su rostro, dejándola sin palabras.

Estaba viendo algo en aquellos ojos, algo que temía malinterpretar, ya que, de hacerlo, podría hacerla acabar desecha entre sus manos.

—Amor —murmuró, como si esa palabra trajera recuerdos lejanos

—. La única vez que me creí enamorado fue a los 14 años —confesó.

—¿Quién era ella? —murmuró Clea, acurrucándose en la cama, deseando escuchar una parte de su vida que no parecía haber compartido con nadie.

—Una criada. Una criada nueva que llegó a casa. Era preciosa. No recordaba haber visto nunca una mujer como ella. Apenas tenía 19 años, pero, cuando la veía reír, yo no podía evitar estar feliz todo el día. Tiraba cosas al suelo o desordenaba mi cuarto solo para verla aparecer. Tenía el cabello oscuro y los ojos marrones, con unas largas pestañas. Cuando me miraba, no parecía una simple criada. Era como... si fuera una reina, una reina que podría sacar de mí lo que quisiera si me lo pidiera.

—¿Y qué ocurrió? —le susurró Clea cuando él se silenció, perdido en el recuerdo.

Algo malo había tenido que ocurrir para ver como Jack rechazaba abiertamente al amor con tanta fuerza.

—Una noche, cuando mis padres estaban fuera, la invité a ir a mi cuarto. Recuerdo que estaba muy nervioso porque era mi primera vez con una mujer, pero ella me indicó lo que tenía que hacer, dónde tocar y besar, qué ritmo seguir... Me sentí pletórico aquel día, pensaba que jamás volvería a sentir algo como aquello. Y, entonces, fue cuando ella insinuó que nos escapáramos juntos.

—¿Escapar?! —Exclamó Clea, sorprendida.

Huir de casa siendo el único hijo de la familia hubiera sido un duro golpe para sus padres. Por no hablar del escándalo que se habría formado al huir con una mera criada.

—Sí, me dijo que podríamos ser felices juntos, pero que tenía que coger todas las joyas que yo sabía dónde estaban en la casa. No podíamos huir con lo puesto. Necesitábamos dinero. Así que, en eso quedamos. Yo pasaría todo el día recogiendo las joyas sin que nadie me viera y, entrada la madrugada, escaparía de la casa y me reuniría con ella en Hyde Park.

—¿Por qué allí? —Preguntó esta, extrañada.

El parque sí estaría desierto de sus transeúntes habituales para entonces, pero a aquellas horas, podría haber maleantes esperando en la oscuridad.

—Nunca se lo pregunté. Ni tampoco fui tan invisible como creí, robando las joyas de mi familia, y mi padre me descubrió. Fue horrible. Cuando ya estaba dirigiéndome a la puerta, sentí su mano en el hombro y, cuando me volví, me abofeteó varias veces hasta que solté la bolsa con las joyas y me tapé la cara.

Clea se llevó la mano al pecho, pudiendo imaginarse perfectamente la escena. ¿Cómo habría lucido el rostro de su padre de haber hecho algo así? No quería ni imaginárselo.

—Me llamó estúpido y me estuvo golpeando hasta que llegamos a su despacho. Y allí me contó quién era realmente aquella criada.

—No —murmuró Clea, imaginando por dónde iban las cosas.

—Sí, mi padre la había contratado para que perdiera mi virginidad de un buen modo y para que aprendiera a desenvolverse con una mujer. Pero, tras una noche, el trato había sido que ella cogiera su pago y desapareciera. Sin embargo, ella no pareció conformarse con eso. Había planeado robarme las joyas cuando hubiera llegado junto a ella. Mi padre mandó a la guardia cuando le dije dónde me esperaba y la detuvieron a ella y otros dos hombres que la acompañaban, esperando a que yo apareciera.

—Oh, Jack —murmuró Clea, acariciando su mejilla sin poder evitarlo.

El primer amor podía ser doloroso, pero que jugaran con uno de semejante manera tenía que ser horrible. La sensación de traición, en alguien tan joven, le había pasado factura.

—No hagas eso —le pidió, colocando su mano sobre la de Clea, que aún permanecía sobre su rostro, cerrando los ojos cuando notó aquella pequeña calidez contra él.

—¿El qué? —murmuró ella, sin retirar la mano.

—Tenerme lástima —le respondió, abriendo los ojos y clavándolos en su rostro—. No te he contado esto para que me tengas lástima, si no para que comprendas porqué hablaba de ese modo sobre el amor.

—¿Por qué hablabas...? ¿Por qué hablas en pasado? —le preguntó.

Pero Jack no respondió mientras seguía mirándola fijamente, haciendo que se removiera, nerviosa, sobre la cama.

Era como si le preguntara a través de aquellos atentos ojos si de verdad quería escuchar la respuesta. Y, a decir verdad, no se sentía muy preparada para ello. Dudaba seriamente de lo que estaba pasando en aquellos momentos. Temía que lo que él dijera la atara para siempre, incluso cuando Jack siguiera viajando y conociendo mujeres.

—Será mejor que volvamos a la fiesta. Alguien habrá notado nuestra ausencia —comentó Clea, tratando de incorporarse y levantarse.

Pero el brazo de Jack la devolvió a la cama, junto a él, obligándola a caer de nuevo a su lado.

—¿Por qué intentas huir? —le preguntó.

—Yo... yo no estaba huyendo de nada —se apresuró a asegurarle.

Tal vez, demasiado rápido, ya que ella misma notó sus nervios en sus palabras y odió la sonrisa de satisfacción que se abrió paso en los labios de él, aún contemplándola con atención.

—¿Acaso no me vas a dejar disfrutarte un poco más? —le preguntó Jack, acercándose a ella, bajando el tono de voz.

—¿No me has disfrutado ya bastante? —le preguntó ella a su vez, clavando la mirada en aquellos labios que se acercaban.

—No, desde luego que no. Aún no he obtenido lo suficiente de ti —le respondió, comenzando a besar su cuello.

A Clea le hubiera gustado poder decir algo más al respecto, pero aquellos labios seductores descendieron por su cuello hacia su clavícula y la silenciaron sin remedio. Y, de allí, no tardó en dirigirse a sus pechos, tomándolos con facilidad en su boca mientras ella solo

fue capaz de arquearse en su cama y aferrarse a sus cabellos.

Aquellos labios ya sabían demasiado bien dónde besarla y cómo hacerlo para enloquecerla. Y, cuando a aquellos labios se sumaron sus manos, solo pudo abandonarse a él, olvidando la fiesta, los invitados que podrían estar buscándolos... Olvidando el mundo.

CAPÍTULO 22

Cuando Clea se despertó, tenía el brazo rodeando el pecho de un hombre.

Aún demasiado dormida para recordar lo ocurrido en aquel cuarto, se sorprendió a sí misma, alzando la cabeza en el acto.

Fue entonces cuando vio el rostro relajado y dormido de Jack, volviendo a apoyar la cabeza en el hueco de su hombro. Jack la había colocado allí cuando ambos habían caído rendidos aquella noche, ya llegando la madrugada y, al parecer, ninguno de los dos se había movido.

El brazo de él envolvía sus hombros, como si no hubiera querido que tratara de alejarse de él incluso cuando estuviera durmiendo.

Pero Clea no hubiera deseado hacerlo. Se había abandonado tanto en sus brazos esa noche que si él le hubiera pedido que muriera, ella lo hubiera hecho, aunque sonara a locura.

Jack recorrió todas las partes de su cuerpo, besó su abdomen, haciéndole cosquillas en la piel, jugó con su ombligo cuando no dudó en lamerlo, sin perderla de vista. Descendió con sus besos por sus piernas hasta que la hizo sentirse caliente y excitada por todas partes. Masajeó los dedos de sus pies mientras la contemplaba, arrodillado ante ella, como si fuera su esclavo, como si todo lo que viera le gustara. Y, cuando finalmente la tomó, estaba tan entregada a él que, quisiera o no, sabía que le había dado su corazón también a lo largo de aquella noche.

Acurrucándose junto a él, viendo la intensa luz del día que entraba por las ventanas, se dijo que era inevitable que el tiempo siguiera avanzando y que tenían que levantarse, ya que todos en la casa habrían abandonado ya sus habitaciones y andarían preguntándose dónde estaban.

Pero, incluso sabiéndolo, no quería hacerlo. Quería permanecer un

poco más en aquel cuarto, disfrutando de aquellos momentos a solas, envueltos en aquella plácida fantasía, donde ellos dos eran algo más que amantes.

—Como sigas mirándome, harás que me sonroje —le advirtió Jack, haciendo que ella saltara en la cama, sorprendida, ya que él no había abierto los ojos en ningún momento, dándose cuenta de que había estado despierto.

—¿Y quién dice que te estaba mirando? —le preguntó Clea, clavando la vista en los pies de la cama, tratando de alejar sus ojos de él, intentando dejar de parecer una joven enamorada.

La habitación era prácticamente idéntica a la suya. Pero era preferible que se aprendiera el mobiliario a que la siguiera encontrando mirándolo como una muchachita que no podía apartar los ojos de él. Eso no podía permitírsele.

Notó la mano de Jack sobre su cabello, acariciando sus mechones, como tantas veces había hecho antes, si hacía memoria. Pero, aunque no le molestaba el gesto, odiaba que hiciera aquellas cosas, que la hacían sentirse como una cría.

Llegados a aquel punto, lo que tendría que hacer sería ponerse en pie y salir del cuarto, dirigirse hacia el suyo, buscando un cambio de ropa y una criada para que la ayudara, y prepararse para el desayuno. O la comida. No estaba muy segura de qué sería lo más acertado.

—¿A dónde vas? —Preguntó Jack en el acto, cuando Clea se decidió a levantarse de la cama, apoyándose en sus brazos para poder incorporarse hacia ella.

—Tengo que volver a mi habitación —le respondió, llevándose la sábana consigo. Algo absurdo, ya que él ya había visto cada rincón de ella, pero fue un gesto que no pudo evitar—. Todos se habrán dado cuenta que desaparecimos juntos de la fiesta anoche y no tardarán en buscarnos, pensando que nos ha debido de ocurrir algo.

—Lo dudo —comentó él, observando como Clea buscaba sus prendas de ropa por el suelo, al mismo tiempo que trataba de

mantener oculto la mayor parte de su cuerpo posible, haciéndole sonreír brevemente mientras la contemplaba—. Recuerda que dos de esas tres personas son unos mujeriegos. No nos buscarán hasta que nosotros queramos aparecer.

—Tampoco es que me haga la menor gracia que ellos sepan lo que hacemos como si estuvieran en el cuarto con nosotros —se quejó ella, dirigiendo su mirada a la cama, con el ceño fruncido, tratando de regañar a Jack por haberse callado eso.

No tendría que haberlo hecho. Este se había recostado de lado en la cama, con la cabeza apoyada sobre su mano, observándola, y no llevaba ni una prenda encima que lo cubriera. El pecho masculino quedaba a su completo escrutinio, como el resto de él, notando como Jack sonreía con picardía cuando un sonrojo comenzó a correr por ella.

Parecía un Adonis esperando a que volviera a la cama, junto a él. Y, si golpeaba el hueco que tenía a su lado, ahora vacío sin ella, dudaba de que no cumpliera su orden, dejando caer su ropa de nuevo al suelo y uniéndose a él.

—Eso es inevitable. Te saqué de la fiesta y no volvimos. Eso ya lo habrán notado —comentó.

—Incluso cuando te dije que teníamos que volver —le recriminó Clea, dándole la espalda, tratando de controlar el calor que había empezado a correr por ella al verle.

Era como si, de repente, todo el aire que había en el cuarto hubiera desaparecido de golpe, así como el que tuviera también en sus pulmones.

—Bueno... era algo inevitable —volvió a comentar Jack.

—Repites mucho esa palabra —se quejó esta—. Hablas como si fuera imposible evitar que nos acostásemos de nuevo.

—Y lo era. Tú lo sabes tan bien como yo. Tenías tantas ganas de que esto volviera a pasar como yo mismo.

A Clea le hubiera gustado replicar algo, lo que fuera, pero para eso

tenía que haber negado el hecho de que tenía razón y no podía hacerlo. Claro que había deseado estar de nuevo con él. Y aún lo deseaba. ¿Cómo no iba a hacerlo, cuando había sido el único hombre sobre el que sus ojos se habían posado a lo largo de toda su vida? Pero tampoco quería darle la razón.

—Me marcho ya. En cuanto esté lista, bajaré a desayunar y nos reuniremos en el estudio. Creo recordar que no quedaba mucho para que terminaras mi cuadro, ¿no es así? —Le preguntó, dirigiéndose a la puerta.

—Así es. Y después de eso, haremos la exposición y volveremos a casa, como se planeó.

—Bien —fue todo lo que le dijo antes de salir del cuarto, sin añadir nada más, asegurándose de que los pasillos estaban vacíos en esos instantes, y corriendo a su habitación, se encerró en el interior antes de que pasara alguien.

Había quedado con Linzy en una posada a las afueras de Londres. Desde allí, enviaría un mensaje a su familia, anunciando que volvían ya a casa y ambas chicas, juntas y en el mismo carruaje, llegarían ante las puertas de los Bells.

Incluso aunque ellos se retrasaran de su vuelta de Francia, Linzy había prometido esperar en aquel lugar hasta que Clea llegara para volver juntas a su casa. Algo que ella le agradeció.

¿Había acabado siendo un error aquel viaje? Tenía la impresión de que, aunque hubiera esperado dos meses hasta que este volviera de su visita, y se hubieran visto en su estudio de la ciudad, en su casa, habrían acabado igual. Jack habría obtenido su cuerpo y, lamentablemente, Clea no hubiera podido resistirse a entregarle su corazón en el proceso. Lo único de lo que podía sentirse satisfecha era que se había atrevido a posar desnuda y que miraría a todo Londres con la cabeza muy alta cuando estos vieran su cuadro.

Lisa pondría el grito en el cielo, no dudaba de ello, pero por fin le demostraría que su exceso de atención no servía de nada. Le

prohibiría volver a ver a Jack Mardling, lo cuál ya esperaba y sabía que le vendría bien para recomponer los trozos en los que habría convertido su corazón cuando se separaran definitivamente. Sin duda, su hermana la castigaría durante una temporada en su habitación sin que ni las gemelas se acercaran, pero, con el tiempo, iría a hablar con ella, queriendo saber porqué había hecho una locura como aquella, y ella le hablaría de cómo se había sentido ahogada de su exceso de atención. Resolverían sus problemas y, poco a poco, acabarían por olvidar el asunto.

Endureciendo la expresión del rostro, se dijo que aquello sería lo mejor. No podía permitirse alargar mucho más aquel tiempo juntos, ya que acabaría siendo mucho peor cuando se alejara de Jack. Por mucho que le dijera a su corazón que jamás habría nada más serio con él que unos cuantos encuentros apasionados, estaba segura que este no la escuchaba.

CAPÍTULO 23

—¿Dónde os habíais metido? —le preguntó Paget, la única que aún continuaba sentada en la mesa del comedor cuando ella bajó.

Como ella, parecía que se había levantado hacía poco, pero, si la fiesta había durado hasta tarde, era lógico. Apenas se había arreglado el cabello y lucía un simple vestido blanco que le cubría hasta el cuello, sin muchos adornos. Y, aún así, seguía teniendo aquel aire regio suyo que parecía caracterizarla, como si hubiera pasado por las manos de un ejercito de criadas y estuviera luciendo el vestido más espectacular que el mundo hubiera visto.

Sentándose frente a ella, sintiendo un poco de envidia por esa diferencia que existía entre ellas, dejó que los criados trajeran sus cubiertos para poder empezar a desayunar.

—Lo lamento. No sabía que íbamos a desaparecer así.

—No es que a mí me molestara —le dijo esta rápidamente—. Pero tuvisteis que ver la cara de mi hermano. Había invitado a mucha gente solo para que conocieran a Jack y, cuando Jean Paul le dijo que se había ido contigo, después de haber estado buscándolo entre los invitados, dice que se puso tan rojo como si hubiera estado a punto de explotar.

Mala idea haber ido al comedor. Si se había enfadado tanto, lo que menos le interesaba era encontrárselo en aquellos momentos, pensó Clea, mordisqueando un bollo con aire distraído.

Estaba claro que, si Louis quería culpar a alguien por la desaparición de Jack de la fiesta, todas las culpas recaerían sobre ella.

—Pero, gracias a eso, no me prestó mucha atención y pude hablar tranquilamente con los invitados —le contó Paget, pareciendo satisfecha.

—¿Y cómo te fue? —le preguntó Clea, contenta de poder cambiar de tema, dirigiendo su atención hacía la joven que tenía delante.

—¡Muy bien! La mayoría de esos hombres solo querían mostrarse agradables conmigo, como Jean Paul me dijo que harían, pero me fijé en Henry Voinchet, el duque de Saint—Simon. No parecía llamar mucho la atención de nadie. Aunque no estaba muy lejos de nosotros, apenas hablaba, sin meterse en la conversación, así que me acerqué a él para conocerlo un poco mejor. Aunque es algo tímido, es bastante gracioso —comentó, con los oscuros ojos brillantes, sin notar que una pequeña sonrisa se había abierto paso en su rostro.

—¿Cuándo vendrá? —le preguntó Clea, sabiendo por dónde irían las cosas.

—le invité a venir esta tarde para conversar y mi hermano no pondrá ninguna objeción porque viene de una familia prestigiosa. Tiene casi mi misma edad, pero parece más tranquilo que los hombres de su clase. Creo que podría ser el indicado.

—¿Tímido, gracioso y calmado? Sí, creo que podría ser. Y, si lo convences para alejarlo de tu familia cuando os caséis, ya será perfecto —le aseguró cuando los criados abandonaron el cuarto.

—Oh. Ya insinué que me gustaría alejarme de casa cuando me case y él me preguntó a dónde me gustaría ir. Le dije que Italia estaría bien, que siempre había deseado visitarla, y me dijo que tenía varias casas allí, que era su lugar favorito. Se puso todo rojo de la vergüenza cuando lo admitió —comentó Paget, sonriendo aún más ampliamente, como si recordar ese instante le sacara aquella respuesta de manera espontánea. O es que realmente era así.

Estaba contenta por ella. Si sacaba algo bueno de su situación, como alguien con el que realmente pudiera compartir su vida, bienvenido fuera. Tenía la impresión de que no le costaría mucho enamorarse de aquel hombre si seguían manteniéndose en contacto. Además, si él también deseaba vivir lejos, sería maravilloso para ambos.

—Sin embargo, Jean Paul pareció bastante abatido cuando desaparecisteis. Decía que le habías prometido dos bailes y que no le

habías dado ni uno —siguió diciendo la muchacha, cambiando de tema.

—Oh, Jean Paul —murmuró Clea, alzando la vista. Ni siquiera había pensado en él, a pesar de que había pensado que habría invitados que desearían hablar con Jack aún en la fiesta—. Ni siquiera me acordé de él.

—No sé si debería preguntarte porqué —comentó Paget, limpiándose la comisura de los labios con una servilleta, escondiendo una pequeña sonrisa tímida, con un ligero sonrojo acudiendo a sus mejillas.

Y Clea se puso roja en el acto a su vez, sin poder evitarlo. ¿Toda la casa lo sabía?

—¿Crees que lo tuyo con Jack va bien? —le preguntó la joven, inclinándose sobre la mesa para hablar con más intimidad, bajando el tono de su voz.

—No hay nada entre Jack y yo más allá de lo que ya hemos tenido —fue la respuesta que le dio.

Pero Paget pareció desconcertada ante aquellas palabras, como si no pudiera entenderlo.

—¿Qué es lo que tratas de decir? —Acabó preguntándole.

—Que no hay nada más entre Jack y yo. Él es el artista y yo soy su modelo. Si ha ocurrido algo más, acabaremos olvidándolo. Él, como mucho, es un amigo de mi familia. Nunca podríamos estar juntos de otro modo que en el que ya hemos estado. Es inútil pensar lo contrario.

Paget pareció abrir la boca para decir algo a esas palabras, pero volvió la cabeza hacia una de las dos entradas del comedor, del mismo modo que lo hizo Clea cuando la vio volver la cabeza, viendo a Jack de pie, paralizado, en la entrada del cuarto.

La miraba fijamente, pero ninguna expresión concreta se reflejó en su cara. Simplemente, dándose media vuelta, abandonó la habitación, creándole una mala sensación en su pecho.

—Creo que él no piensa lo mismo —comentó Paget.

—No seas ingenua. Es solo que su orgullo de libertino sale herido si todas las mujeres del mundo no acaban diciendo que están enamoradas de él —le respondió Clea, incluso cuando ella no apartó la vista de la puerta del cuarto.

—¿No crees que deberías ir a hablar con él? —le preguntó la joven, sintiéndose un poco incomoda con aquella situación.

Después de todo, había sido ella la que había hecho hablar a Clea.

—No. Si hablásemos ahora, empeoraría la situación —comentó, frunciendo el ceño—. ¿Por qué no le dices a tu hermano que puede ir a hablar con él, que estará en el estudio? Así se olvidará de su orgullo durante un rato.

—Como quieras —aceptó Paget—. Pero no creo que esto se solucione tan fácilmente.

¿Cómo se había atrevido a decir aquello?!, pensó Jack, encaminándose al estudio en grandes zancadas, resoplando como si fuera un tren en marcha.

¿No había sido ella la que había dormido toda la noche aferrada a él?! ¿No había sido ella la que había estado contemplándolo mientras lo creía dormido?! ¡¡¿Qué significaba eso de que acabarían olvidándolo?!!! ¡¡¿Acaso ella sería capaz de olvidar lo que había ocurrido entre ellos?!!!

Frustrado, entró en el estudio y lanzó contra la chimenea la pequeña silla que Clea había utilizado cuando se empeñó en comer dentro del cuarto, viendo como esta se hacía pedazos contra la chimenea apagada.

Le hubiera gustado romper todo lo que había a su alrededor en aquel momento, destrozarse todo el cuarto si aquello ayudara a eliminar la quemazón que sus palabras le habían hecho sentir. Pero sabía que aquello no era así, que nada eliminaría lo que Clea había dicho y, aún enfadado, observó la figura de esta, casi terminada, que

le observaba desde el lienzo, habiendo arrancado la manta que cubría el cuadro para lanzarla al suelo.

Allí estaba aquel rayo de sol, observándole con atención, desafiándolo. Era como si le dijera “¿Y ahora que vas a hacer?”, pero solo se mantuvo en silencio ante ella, contemplándola.

Unos golpes en la puerta del cuarto lo sacaron de su ensimismamiento y, cubriendo el lienzo, pensando que se trataría de Clea, dio permiso para que pasara.

Lo mínimo que podría hacer habría sido seguirle hasta allí y que le pidiera disculpas por sus palabras. Le había hablado de cosas que solo conocían sus más íntimos amigos y, a veces ni ellos, así que eso de que acabarían olvidando lo que había pasado entre ellos sería imposible.

Sin embargo, no fue su modelo la que entró en el cuarto, si no Louis, que parecía desear descuartizarlo con la mirada.

—¿Me puedes explicar qué ocurrió ayer? —le exigió saber su amigo, nada más cerrar la puerta.

—¿A qué te refieres? —le preguntó Jack a su vez, recogiendo del suelo lo que había quedado de la silla, dejándolo sobre la mesa, tratando de calmar aquel malhumor que aún sentía corriendo por sus venas.

Lo que menos deseaba era discutir con alguien más en esos momentos.

—¡Te traje a las personas más influyentes de Francia en ese campo, imbécil! —se quejó Louis, explotando— ¡Les hablé de ti, tratando de elevar tu fama! ¡¿Y cómo me lo pagas?! ¡Desapareciendo sin más! ¡Me dejaste en ridículo anoche, con todos esos invitados, que solo habían venido para conocerte! —le espetó.

—Tenía otras cosas que hacer —afirmó Jack, tratando de permanecer tranquilo ante los gritos de su amigo, obligándose a tomar y soltar el aire.

—¿Qué? ¿Qué cosas? ¡¿Acostarte con esa fulana que has traído

como modelo?! —le gritó Louis en francés.

En cierta forma, agradecía que utilizara su lengua natal, ya que Clea no entendería todo lo que estaban diciendo si se acercaba al cuarto. Sin embargo, cuando escuchó la palabra “fulana”, se volvió hacia su amigo con llamas en los ojos.

—Ten mucho cuidado con lo que dices, Louis. Te lo advierto.

—¿Qué? ¿Acaso no me he expresado bien? Creo que es la palabra que más define a una mujer que se acuesta con cualquiera —le siguió diciendo él, satisfecho de haberle molestado, devolviéndole la ofensa que había sentido ante su desaparición de la fiesta.

Lo que no se había esperado fue lo que vino a continuación.

Jack avanzó tan rápido hacia él que no supo qué estaba ocurriendo hasta que el inglés lo estampó contra la puerta del cuarto, con las manos en el cuello de su chaqueta.

—Mucho cuidado con lo que dices, Louis. No voy a permitir que hables de ese modo de ella —le volvió a advertir, haciéndole saber que estaba hablando en serio sobre el asunto.

—¿En serio? ¿No vas a permitírmelo? ¿Y desde cuando una mujer se ha interpuesto así en nuestra amistad? ¿Cómo puedes dejar que se interponga de ese modo en tu carrera?.

—Mi carrera es solo cosa mía y de nadie más —le dijo, empujándolo una última vez contra la puerta antes de soltarlo, dándole la espalda.

Louis se arregló la ropa, pareciendo desairado. Pero contempló a su amigo.

—Te recuerdo que, cuando te fuiste a Italia sin el permiso de tus padres, yo te ayudé económicamente.

—Y yo te devolví ese dinero en cuanto me fue posible —le recordó él, volviendo la cabeza hacia el francés

—Lo que quiero decir es que siempre te he apoyado, he creído que podrías llegar muy lejos y he actuado en consecuencia. Esas personas hubieran sido de gran ayuda para ti. ¿Tanto vale esa mujer para

arriesgar todo lo que siempre has querido de esa manera?

Jack se volvió hacía él, pero, a pesar de no responder, lo miró fijamente y este no necesitó más respuesta que esa, saliendo del cuarto sin una palabra más.

Todo lo que necesitaba ser dicho ya estaba hablado.

CAPÍTULO 24

Mientras aquella discusión tenía lugar en el estudio, Clea se había dirigido al jardín, notando el tiempo frío y colocándose un chal sobre los hombros, caminando entre las plantas del lugar, pensando con qué cara podría mirar a Jack cuando tuviera que ir al cuarto a posar después de saber que la había escuchado.

Lo había molestado, eso lo sabía, pero tampoco pensaba que tuviera que pedirle perdón. ¿Cuántas mujeres habrían pasado por su vida a lo largo de los años? ¿Las recordaba a todas, con sus descripciones y sus nombres? Lo dudaba y era mejor que ellos hicieran como que si no hubiera pasado nada. Había sido estúpido rendirse en sus brazos. Si no hubiera habido sentimientos por su parte, desde luego, hubiera sido una aventura divertida. Pero, ahora...

—*Mademoiselle*, vas a conseguir congelarte aquí fuera —comentó Jean Paul junto a su oído, tan perdida como había estado en sus pensamientos que ni siquiera había reparado en su presencia, haciendo que esta se sobresaltara.—¿O acaso es lo que quieres? ¿Permanecer eternamente bella en este jardín como una estatua? Te garantizo que haría lo que fuera para trasladarte a mi propia casa— aseguró, con una sonrisa.

Clea no pudo evitar sonreír hacia él por el comentario, pero no duró mucho, recordando la noche anterior.

—Lamento que nos marchásemos de ese modo. Te prometí dos bailes, pero.....

—Oh. No te preocupes. Cuando *monsieur* Jack tenía la posibilidad de secuestrarte de aquel modo, ¿quién no lo habría hecho?

—Aún así, te pido disculpas. El cuadro está casi terminado, así que tampoco nos quedaremos mucho más aquí.

—¿Regresareis a Inglaterra? preguntó el rubio, abriendo los ojos con sorpresa, como si no se hubiera esperado que tuvieran que

regresar tan pronto.

—Alguna vez tendremos que hacerlo. Vivimos allí.

—Oh, *mademoiselle* —se lamentó Jean Paul, cogiendo una de sus manos y llevándosela a los labios.—No quiero imaginar qué será de mi vida cuando ya no estéis aquí.

—Lo mismo que hacíais antes de que yo llegara; conquistar a cuanta mujer se os pusiera al alcance, ¿no es así? —Comentó Clea, sonriendo hacía el alto rubio, sabiendo que haría algo como eso.

—Lo dudo mucho, *chérie*. Habéis supuesto un antes y un después en mi vida —aseguró el rubio francés, pareciendo bastante convencido de lo que decía, hasta lograr que Clea se sonrojara.

Sin embargo, un sonoro golpe en la puerta principal, cerca de donde ellos se encontraban, les llamó la atención, viendo como Louis parecía salir precipitadamente de la casa, con un coche esperándole junto a la entrada de la finca.

—¿Qué le ocurrirá? —murmuró Jean Paul, viendo como la figura del moreno francés se alejaba.

—Creo que sale de hablar con Jack. ¿Crees que podrían haberse enfadado? —le preguntó Clea, mirando a este.

—¿Quién sabe? Louis tiene un carácter muy vivo y está acostumbrado a que todo salga siempre como él quiere. Si *monsieur* Jack no le ha dado la respuesta que quería escuchar, se habrá enfadado. Pero irá a la ciudad, tomará unos cuantos tragos, conquistará a unas mujeres y se sentirá mejor. Se recupera rápido de las decepciones —le comentó el hombre.

Eso esperaba, ya que, de lo contrario, significaría que tanto Jack como ella tendrían que abandonar la casa, con el cuadro aún sin terminar, y regresar a Inglaterra antes de tiempo.

—Creo que Paget tuvo éxito en encontrar un buen partido como marido, ¿no es así? —le preguntó Jean Paul, tratando de volver a llamar su atención, cambiando drásticamente de tema.

—Sí, eso parece. O eso me ha comentado

—Conozco poco a ese Henry Voinchet, pero parece un tipo tranquilo, algo tímido como para hablar delante de la gente, pero tranquilo. Paget no tendrá nada que temer con un hombre así.

—Y si no se toleran, solo tendrán que vivir en residencias separadas, ¿no? —Comentó Clea, recordando que en Londres había ese tipo de casos.

En la mayoría de ellos, los implicados no querían que el resto de la sociedad descubrieran que tenían problemas dentro de sus familias. Pero, antes o después, los rumores comenzaban a correr y, en poco tiempo, todo el mundo lo sabía y empezaban a especular sobre qué sucesos les habrían llevado a llegar a eso.

Pero, por supuesto, era algo que solo podía hacerse entre miembros de la nobleza o que tuvieran un buen nivel económico. Nadie que no estuviera dentro de ese círculo podría permitirse el lujo de tener dos residencias.

Aquellos que tenían problemas y no tenían dinero optaban por otras opciones, como coger todas sus cosas y desaparecer de un día para otro, aunque fuera para vivir como indigentes en algún otro lugar del mundo, sin dar explicaciones a nadie. Clea también había visto unos cuantos casos de ese tipo. sobre todo de mujeres que ya no aguantaban compartir su hogar con sus maridos por las fuertes palizas que recibían, prefiriendo probar suerte en otra parte, buscando otro lugar donde vivir, cambiándose de nombre e ignorando su pasado, que seguir sufriendo palizas terribles hasta morir o sus hijos corrieran la misma suerte.

—Espero que Paget nunca tenga que verse en una situación así, pero sí, se podría hacer —comentó Jean Paul, frunciendo el ceño.

Desde luego, el francés demostraba tener un alto aprecio hacía la joven Dulac, poniendo semejante expresión en su rostro solo al imaginarse la posibilidad.

Clea asintió, pero no quiso hablar nada más sobre el tema. No sentía deseos de conversar sobre nada en aquellos instantes. Solo

quería caminar en silencio, sintiendo el frío sobre su piel, refrescándole sus pensamientos y su ánimo.

Jean Paul debió de notarlo, ya que solo caminó a su lado en silencio después de eso, con las manos en la espalda, contemplando el jardín como si no lo hubiera hecho cientos de veces con anterioridad. Era como si supiera leer sus estados de ánimo, lo que necesitaba de él en cada momento, y actuara en consecuencia.

No sabía si aquello era algo propio de los mujeriegos, leer a través de las mujeres, pero no recordaba que con Jack pasara lo mismo. ¿Sería solo propio de algunos tipos de mujeriegos? Sin embargo, ninguno dijo o añadió nada más mientras continuaban con el paseo.

CAPÍTULO 25

Desde aquel día, donde el inglés había escuchado lo que su modelo le decía a Paget, Clea y Jack apenas hablaban.

Él le decía cómo debía colocarse en la plataforma y ella solo asentía, indicándole que lo había entendido. A parte de eso, no se veían solos en ningún lugar, del mismo modo que ella seguía sentándose junto a Jean Paul en el comedor, dejándole su anterior asiento a Paget.

Fue Jean Paul el que estuvo con ella cuando el tal Henry vino esa tarde a visitarla y, aunque el hombre parecía incomodo con el francés rubio y la joven inglesa en el cuarto, la muchacha consiguió hacerle hablar. Incluso sujetó su mano cuando pareció nervioso.

Tenía unos grandes ojos azules, lo que le hacía verse asustado casi todo el tiempo. El cabello, entre marrón y rojo, estaba perfectamente peinado y no lo llevaba muy largo. Apenas le sacaba a Paget media cabeza. Tampoco era muy musculoso, pero, cuando los vio a ambos sentados en los sillones de uno de los salones de la casa Dulac, con la mano de la joven sobre la suya, ayudándole a relajarse, supo que las cosas les acabarían yendo bien.

Aunque no hubiera amor por parte de Paget, había cariño y eso ya era un paso, sobre todo para una muchacha a la que sus padres parecían querer vender sí o sí. Otras antes que ella no habrían tenido tanta suerte de encontrar a alguien tan bueno. Y, teniendo en cuenta que Henry fue a hablar con Louis al final de aquella velada, pues el mayor de los Dulac había regresado al caer la tarde, para pedirle poder visitar más veces a su hermana, estaba claro que también había algún tipo de sentimiento por su parte.

—Deja de hablar y estate quieta —fue lo que le dijo Jack cuando le habló del tema, concentrado como estaba en el lienzo.

Según él, solo quedaban los últimos retoques y el cuadro estaría

listo.

—¿Se puede saber porqué estás enfadado? —le siguió preguntando Clea, a pesar de su orden.

—Yo no estoy enfadado.

—Si tú no estás enfadado, yo no soy una mujer —espetó ella, haciendo que él por fin la mirara.

—¿Qué más te dará que lo esté o no?

—Considero que nos llevábamos bastante bien, así que no me agrada que esa relación se estropee.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿Qué eramos amigos?

—¿Es que no lo somos? —Preguntó Clea, pareciendo sorprendida.

Llegados a aquellas alturas, después de haber viajado juntos a Francia y haber hecho lo que habían hecho juntos, lo mínimo que podían considerarse era amigos, no queriendo buscar una palabra más fuerte.

Jack no dijo nada en un primer momento, continuando con el cuadro, pero Clea odió aquel silencio.

—¿En serio no nos consideramos amigos?

—Creía que tú y yo ya eramos más que amigos. Pero, contigo, siempre descubro que las cosas nunca son como pienso.

Clea torció el gesto ante aquellas palabras, ya que no le parecía justo que le estuviera recriminando su actitud. ¿Tanto odiaba que fuera la mujer la que quisiera dar por concluida su relación? ¿Tan grande era su orgullo?

—Creo que no estás siendo justo —le reprochó, haciendo que él la mirara con sorpresa.

—¿Qué yo no estoy siendo justo?! —le espetó, indignado.

—No entiendo porqué estamos discutiendo —le soltó Clea a su vez.

—¿En serio no lo sabes? —volvió a espetarle— ¿Qué tal si fue porque no apareciste en el estudio después de haber quedado allí?

—Vi salir a Louis muy enfadado y no quise interrumpir nada. Dí

por supuesto que habríais discutido.

—¿Y no mandaste ni siquiera a una criada a decírmelo? Estuve esperando toda la tarde, esperando a que te dignaras a aparecer.

—Es que vino Henry Voinchet, que es, podemos decirlo, el prometido de Paget. Te lo acabo de contar. Y, sin su hermano en casa, no podíamos dejarlos solos, así que Jean Paul y yo los acompañamos.

—Ya. La cuestión es que siempre acabas haciendo lo que quieres.

—¡Eso no es verdad! —Exclamó ella— ¡Si hiciera lo que yo quiero, tú y yo...!

—¿Qué? ¿Tú y yo qué? —le espetó Jack, animándola a hablar, aún con una expresión molesta e indignada en el rostro, volviéndose hacia Clea, saliendo de detrás del lienzo, esperando que no se callara nada.

“Tú y yo ya estaríamos juntos”, le hubiera gustado decir. Pero se abstuvo de ello, pensando que esas palabras solo harían que Jack se echara a reír.

—Tú y yo no estaríamos discutiendo.

—¿Y por culpa de quién discutimos? ¿Por mi culpa? —Preguntó Jack, señalándose el pecho con un tono sarcástico que no le sentaba nada bien.

—Te pido disculpas por dejarte tirado en el estudio —se excusó Clea, sintiéndose incomoda con toda aquella situación.

No era nada agradable discutir con alguien cuando se estaba completamente desnudo, expuesta por completo ante él, tirada en el suelo, tratando de mantener una postura.

—¿Solo por eso? —Preguntó, observándola con atención.

—¿Por qué más cosas debería disculparme? Preguntó Clea a su vez. No recordaba otra ofensa hacía él de la que debería disculparse.

—¿En serio no lo sabes?

—¡Maldita sea, Jack! —gritó ella, incorporándose hasta quedar inclinada hacía él, extendiendo una mano hacía donde se encontraba, como si eso les ayudara a acercarse, dejando de lado la dichosa

postura y el cuadro— ¡Si hay algo más de lo que quieras que hablemos, habla claro de una buena vez! ¡Este es el momento para ello!

—Si tú no eres capaz de saber el por qué de mis palabras, es inútil que siga hablando —comentó Jack, clavando su mirada en el lienzo que tenía ante sí, apartando los ojos de ella, dando por concluida aquella conversación.

Al menos, por su parte, ya que para Clea no pareció ser así.

—Y yo creo que es absurdo que siga posando cuando estar contigo es imposible —le dijo ella a su vez, poniéndose en pie y dirigiéndose detrás del biombo, queriendo vestirse lo antes posible.

—¡Ah! ¿Estar conmigo es imposible? ¡¿Yo soy el imposible?! ¡Entonces, ¿tú qué eres?! —Preguntó Jack, soltando los pinceles y acercándose al biombo para hablar con ella, sin querer dejarla escapar con la última palabra en su boca.

—¿Qué quieres decir con eso? —le espetó Clea a su vez, asomando la cabeza por un lateral del biombo, dirigiéndole una mirada brillante. La ira había hecho que el dorado de sus ojos se convirtiera en oro líquido.

—No soy yo el que va por ahí diciendo que me olvido de mis amantes.

Los ojos de Clea se estrecharon y, aún desnuda, salió tras el biombo para colocarse ante él.

—¿Me estás diciendo que estás así por lo que dije en el comedor, cuando estaba hablando con Paget?

—¿Has dicho esas mismas palabras a otras personas? —Preguntó él a su vez, aún sarcástico, cuadrándose ante ella para mantener algo de orgullo— ¿A Jean Paul, por ejemplo?

Cuando Clea se había colocado ante él, había sentido como si todo un ejercito listo para el combate se avecinara sobre su persona, listo para liquidarlo a la menor señal, haciendo que sintiera la necesidad de escudarse de algún modo, aunque fuera con palabras.

—Por el amor de Dios, Jack. ¿Acaso eres un niño? —le espetó ella.

—¿Soy un niño por sentirme dolido al oír esas palabras? No sé. Lo normal es que quede un cariño entre los amantes, incluso cuando las relaciones se acaban. Sin embargo, tú has matado todo eso de un plumazo.

—¿Y eso te ha dolido?

—¡Sí! —Exclamó Jack, pensando en cómo no iba a hacerlo.

—¿Y por qué?

—¿Por qué? —Repitió, desconcertado.

—Sí. ¿Por qué te ha dolido? A lo largo de tu vida, habrás estado con cientos de mujeres y no soy tan ingenua como para creer que todas acabaron contigo en buenos términos. Siendo así, ¿por qué te duele que yo quiera terminar la relación sin más?

—Me caes bien —fue todo lo que este pudo decir tras unos instantes de titubeo.

¿Qué más podía decir cuando aquellos ojos de oro lo contemplaban con aquella fijeza? Apenas podía pensar con claridad en aquellos momentos.

—¿Y? —le animó a continuar Clea.

—Y... mi relación con tu familia es buena, así que nos veremos a menudo. Es absurdo que digas que olvidarás lo que ha pasado entre nosotros cuando vamos a estar viéndonos.

Los ojos de Clea se apagaron. ¡Puf! De pronto, le hizo sentirse como si hubiera perdido la oportunidad de decir lo que realmente sentía.

—Oh, Jack. ¿Pensarás cambiar en algún momento? —murmuró ella, negando débilmente con la cabeza, como si estuviera ante un niño que no comprendiera que había hecho una travesura.

Pero cuando ella hizo intención de volver tras el biombo, Jack la tomó del brazo, deteniéndola.

—¿Qué? ¿Qué es lo que querías que te dijera? Dímelo para que podamos terminar con esto —medió le suplicó.

No recordaba haber suplicado en su vida.

—Si tú mismo no sabes lo que tienes que decir, sería inútil que yo te dijera algo.

—Entonces, ¿qué demonios esperas de mí? —le espetó él, desesperado.

Los ojos de Clea volvieron a clavarse en los suyos, creando la sensación en él de que aquel momento era un instante crucial. Y, sin embargo, era incapaz de decir las palabras correctas.

—A estas alturas, ya no espero nada, Jack. Terminaremos el cuadro y seremos amigos si tú quieres. Pero eso es todo —le dijo ella, tratando de volver tras el biombo.

Desesperado, sintiéndose tan ignorante como un niño, Jack volvió a detenerla. Clea lo miró con semblante aburrido, como si ella ya hubiera dicho todo lo que tenía que decir, pero dejó que él la acercara a su cuerpo. Y tampoco impidió que los labios de Jack volvieran a posarse sobre los suyos.

Nunca podría rechazar su toque si quería dárselo.

Aún así, se hizo la dura mientras los labios de Jack trataban de amoldarse a los suyos, permaneciendo inmóvil los primeros instantes, solo para sacarle de quicio.

Se dejó inclinar hacia él, como si fuera alguna especie de arco, cuando él colocó una mano en su cintura para atraerla aún más cerca. Pero lo que no entendía era de dónde salía aquella especie de desesperación que parecía emerger de él, como si temiera que ella se evaporara al menor descuido entre sus manos.

Aunque Jak la besaba con pasión, haciéndola dudar ante la actitud que estaba mostrando hacia él, Jack rompió el beso y apoyó los labios contra su frente mientras aún la mantenía sujeta por la cintura, dejando a Clea un tanto desconcertada, sin entender del todo lo que estaba ocurriendo allí en aquellos instantes.

Era como si se hubiera quedado congelado, como si no se atreviera a moverse y esperara a que Clea permaneciera de aquella misma

manera que él durante toda la eternidad.

—Jack, suéltame. Esto es ridículo —le susurró, empujándole un poco, con las manos en su pecho.

Pero él no se movió ni habló durante los siguientes minutos, llegando a temer que le estuviera ocurriendo algo.

—Te amo —le soltó Jack de pronto, haciéndola abrir desmesuradamente los ojos.

No estaba convencida de haber oído lo que acababa de oír y, del modo en el que Jack la mantenía sujeta, tampoco podía mirarlo a la cara.

—¿Qué... qué acabas de decir? —murmuró.

—Que te amo. Así que acabemos con todas estas discusiones de una vez.

—¡No digas estupideces! —le exigió Clea, tratando de alejarse de él con más fuerza que antes, empujando su pecho con rabia.

Lo que menos necesitaba en aquellos instantes era que Jack le dirigiera aquel tipo de palabras, palabras que podían removerla en lo más hondo, palabras que dedicaría a todas sus amantes para tenerlas en sus manos.

—No son estupideces —aseguró Jack, haciéndose hacia atrás para poder contemplarla, ver la expresión de terror que se reflejaba en su rostro.

Más que una declaración, parecía haber confesado un crimen, por la expresión de ella. Era como si pudiera romperse ante las siguientes palabras que le dirigiera.

—Dijiste que tu atención ha estado sobre mí durante tres años. ¿Dónde crees que ha estado la mía?

—¿Ahora me vas a decir que has estado enamorado de mí tres años? —Se quejó Clea, tratando de desembarazarse de sus manos.

No estaba preparada para oír ese tipo de palabras de sus labios, nunca estaría preparada, y aún seguía desnuda, ya que él no le había dado la ocasión de vestirse tras el biombo.

—Sí, tal vez —confesó Jack—. Desde luego, eres la única mujer en el mundo a la que he esperado ese tiempo para poder pintarla. O la única a la que he traído aquí. Seguramente, si me hubieras dicho que podría pintarte si caminara de rodillas hasta el infierno, hubiera acudido allí de la manera en la que me lo hubieras dicho, con una sonrisa en los labios.

—¿Qué idioteces dices? —Se quejó ella, tratando de mirar a otro lugar, cualquier parte que no fuera a él.

No podía mirarlo a los ojos. No en aquel momento. Si lo miraba en aquellos instantes, caería definitivamente y no sería capaz de recuperarse después de sus palabras, de sus expresiones. Le creería a pies juntillas, sin el menor remedio, y luego no podría recomponer los trozos.

—¿Fue desde la primera vez que te vi? —Siguió divagando Jack, liberando una de las manos que había mantenido en su cintura para acariciar su rostro—. Siempre pensé que eras un rayo de sol que debería ser admirado, pero en aquel entonces pensé que solo te admiraba como a una modelo a la que quería pintar. ¿En qué momento cambio eso? ¿Cuando empezamos a hablar? ¿Cuando nos encontrábamos nuevamente en otra fiesta y veía que brillabas aún más que antes?

—Esto es incómodo —comentó Clea, refiriéndose al hecho de que aún no se había vestido, estando desnuda entre sus brazos, mientras tenía que oír esas palabras escapando de sus labios.

No era el mejor modo de recibir una declaración.

—¿Y por qué no me crees? —le preguntó Jack, tomándola de la barbilla y haciéndola alzar la cabeza hacía él.

—¿Cómo quieres que te crea, Jack? Eres un mujeriego, uno de los mejores de Londres para más señas, y nosotros llevamos días sin dirigirnos la palabra. ¿De verdad tengo que creer en esto? ¿Que, de repente, te has enamorado de mí?

—¿Y por qué no iba a ser posible? —le preguntó él a su vez,

frunciendo el ceño.

—Tú mismo me habías dicho que no creías en el amor y me explicaste el porqué. Y, ahora, de repente, me dices esto. ¿Qué quieres que piense?

—Que tú me has cambiado.

—Ya. La mujer que crea que puede cambiar a un mujeriego es una necia y...

Clea no pudo seguir hablando, ya que, antes de poder continuar, los labios de Jack estaban sobre los suyos. Y, lo que la dejó clavada en el lugar no fue el hecho de que la besara después de semejante declaración, si no la forma en la que la besó.

No era un beso seductor, pensado para que se rindiera a él, o un beso apasionado, capaz de hacer que le diera vueltas la cabeza. Era un beso calmado, dulce. Moldeó sus labios y se unió a ella con lentitud, como si quisiera reafirmarse sobre las palabras que le había dicho, como si con aquel beso le volviera a decir que la amaba cada vez que sus labios se unían.

Por un segundo, Clea no pudo evitar abandonarse a aquel beso, tratando de abrazarse a él cuando los brazos de Jack volvieron a envolverla dulcemente contra él, apretando sus pechos contra su pecho, acercándose del modo en que pudiera, poniéndose de puntillas para poder facilitar el beso.

Pero, entonces, se recordó las palabras que le había dedicado. Era un mujeriego y, aunque estos buscaran el amor de sus amantes, con el tiempo, como siempre, pasaban a otra mujer cuando la pasión se apagara.

—No, no. No podemos —murmuró Clea, rompiendo el contacto, tratando de alejarse de nuevo.

—¿Por qué? ¿Por qué no podemos? —le preguntó Jack, continuando un camino de suaves besos a los largo de sus mejillas, descendiendo, como si ella no acabara de rehuir sus labios.

—Te cansarás. Te cansarás de mí como te cansas de todas tus

amantes —murmuró Clea, sin notar que, poco a poco, cedía ante sus besos, se doblaba hacia él y titubea a la hora de hablar.

—No. No me cansaré. Creo que de eso puedo estar yo más seguro que tú. Podría tenerte cada día entre mis brazos y solo esperaría para que llegara una nueva noche y tenerte de nuevo.

Palabras demasiado bonitas, como se solían decir a las mujeres ingenuas para que creyeran en ellos. Y lo peor era que se las estaba creyendo.

—No voy a sufrir en manos de un mujeriego. No quiero sufrir en manos de un mujeriego —se quejó Cleaa, abriendo los ojos solo para encontrarse con los ojos de Jack frente a ella, besando su barbilla.

—Créeme. En mis manos puedes experimentar muchas cosas, pero nunca sufrimiento. No sufrirás nunca.

Y ella le creyó. Cuando dijo aquellas palabras mirándola a los ojos, solo pudo creerle y, soltando un gemido, que pareció surgir desde lo más hondo de ella, Clea estiró los brazos y rodeó con ellos el cuello de Jack, atrayendo el rostro de este hacia el suyo, besándolo como había estado deseando hacer.

Sabía lo que podía pasar si creía en sus palabras y él le fallaba. Saldría realmente herida, no se recuperaría y, sin duda, no volvería a confiar en un hombre. Pero no podía siquiera pensar en ello en esos momentos.

Mientras mantenía su rostro prisionero, Jack había utilizado sus manos libres para hacer sus propias ropas a un lado, desprendiéndose de su camisa y de los pantalones para poder quedar tan desnudo como Clea, deseando que sus pieles se encontraran.

—Te amo —le susurró cuando ella rompió el beso por falta de aire.

Y Clea, tomando aliento entre sus labios entreabiertos, dirigió sus ojos de oro hacia él, con cierto temor en ellos.

Si acababa confiando en él, si dejaba que esas palabras se colaran hasta su corazón, el daño que él podría hacerle sería catastrófico.

—Te amo —le aseguró de nuevo, tomando el pequeño rostro de

ella entre las manos, haciendo que no pudiera apartar la mirada de la suya, que lo leyera en sus ojos.

—Yo también te amo —le acabó confesando Clea, sonando algo temerosa.

Pero antes de que ella pudiera decirle alguna advertencia de lo que le haría si traicionaba su confianza, de lo que sería capaz, la abrazó contra él, disfrutando de la suavidad de su piel, de la calidez de su cuerpo, de los ligeros temblores que la embargaron cuando la emoción se apoderó de ella.

Pequeñas lágrimas se agolparon en sus ojos, diciéndose que aquello no era ninguna clase de sueño, pero Jack besó sus parpados cerrados, eliminando las pequeñas piedras de cristal.

—¿Se puede saber porqué estás llorando, tontita? —le susurró, dirigiendo sus manos hacia la pequeña cintura de ella, conduciéndola poco a poco hacia la plataforma.

Pensaba llevarla a su cama, a partir de aquel día no pensaba dejar que Clea se apartara de ella, pero no podía salir en aquellos momentos de esa habitación. No cuando todo su cuerpo estaba ardiendo por aquella joven.

—Me he puesto sentimental, como una idiota —fue todo lo que Clea comentó, limpiándose las lágrimas que se negaban a dejar de salir.

—Nunca imaginaste que te fuera a decir algo como esto, ¿verdad?

—Hubiera sido un desperdicio de sueño —admitió ella.

Sería absurdo negar que, anteriormente, no se podía pensar que una mujer conseguiría retener a Jack Mardling para ella sola sin reírse de ella a sus espaldas. Era una empresa imposible en ese tiempo.

—Creo que todas las mujeres de Londres te van a tener envidia —comentó Jack, con una pequeña sonrisa de triunfo personal mientras hacía que Clea se tumbara sobre la plataforma.

—¿Solo a mí? —Preguntó ella, moviéndose sobre la fría superficie

como una gata juguetona, mirando aquel rostro que se acercaba a ella por momentos, sabiendo que ahora era suyo, que podía reclamarlo, que podía mostrarse celosa porque tenía derecho a ello. Él le había concedido ese derecho— ¿Y qué pasa con todos los hombres de Londres que se pondrán celosos al saber que has atrapado a la última de *Las hermanas de hierro* que seguía soltera?

—¿Me estás diciendo que hay unos hombres en Londres a los que tendré que advertir que no se acerquen a ti? —Comentó Jack, colocándose entre sus piernas cuando Clea las separaba para él, creando el hueco donde él encajaba.

—Puede ser. Aunque también es posible que tengas que hacer esa advertencia por aquí.

El beso repentino que Jack le dio la dejó descolocada por un momento, solo para hacerla romper a reír poco después.

—¿A qué ha venido eso? —le preguntó, aún riendo, cruzando las manos en su cuello.

—Has tratado de ponerme celoso con Jean Paul —se quejó él.

—¿Y... ha funcionado? —Preguntó ella, con su mejor cara de niña buena.

—Ahora te enseñaré si ha funcionado o no —comentó Jack, descendiendo sobre ella mientras Clea volvía a romper a reír.

CAPÍTULO 26

Cuando Jack pidió que todas las pertenencias de Clea fueran trasladadas a su cuarto, las criadas parecieron mostrarse extrañadas por el repentino cambio que se produjo entre ellos.

Los trabajadores de la casa pensaban que, de cierta forma, la joven rubia trabajaba para el señor Mardling, pero que, en realidad, tenía alguna especie de relación con el señor Jean Paul.

Sin embargo, no dijeron nada mientras trasladaban las cosas, comprobando que Clea aún estaba durmiendo en su cama.

Jack apenas llevaba unos pantalones puestos y una bata color burdeos, sonriendo a las criadas mientras les indicaba que intentaran no hacer ruido, pareciendo disfrutar al ver que todos veían a Clea en su cama, como una clara señal de que era suya.

Debería decirse que estaba siendo un idiota e infantil teniendo semejante comportamiento, pero no podía evitarlo. Habían pasado por mucho para llegar a ese momento, así que pensaba disfrutarlo. Al menos, hasta que Clea se despertara y se viera con todo el servicio de la casa paseándose a su alrededor y quisiera matarlo.

Aquella mañana estaba de tan buen humor que hasta la dejaría intentarlo.

—¿Qué está pasando aquí? —Preguntó Jean Paul, asomando su cabeza a la habitación, viendo todo el alboroto que había en el pasillo.

Inmediatamente, la sonrisa de Jack desapareció y se colocó en la puerta para que el francés no pudiera ver la figura durmiente de Clea en la cama, no queriendo que los ojos del francés recorrieran su forma dormida, colocando la mano contra la puerta del cuarto, cortándole el paso.

—¿No queda claro? Clea se está mudando conmigo.

—Eso lo veo. Lo que no tengo claro es porqué lo hace.

—Estamos juntos —le contó Jack, sacando pecho con satisfacción. Lo hizo incluso antes de darse cuenta de que lo estaba haciendo, pero fue algo que no pudo evitar.

El rubio lo miró fijamente, pero no comentó nada. Echó un vistazo a Clea en la cama por encima de su cabeza y pareció pensativo.

—¿A qué viene esa mirada? —le preguntó Jack, irritado.

No le gustaba nada que lo mirara como si no se creyera lo que le estaba diciendo y quisiera escucharlo de los propios labios de Clea.

—¿Desde cuando estáis juntos? Hasta ayer, parecíais enfadados —comentó Jean Paul.

—No tendría por qué decirte nada porque no te incumbe, pero hablamos ayer y arreglamos nuestras diferencias.

Jean Paul asintió, pero no comentó nada más. Sin embargo, precisamente por eso, Jack se preocupó. Un mujeriego donde los hubiera se tomaría aquella escena como un reto o haría bromas al respecto. Pero él solo permanecía serio, mirando a la dormida Clea por encima del inglés. Aquella expresión seria no la haría cualquier mujeriego.

—Creo que tendrías que irte —le comentó Jack, tratando de mantener el tono más suave posible, queriendo a ese hombre lejos de allí, de alejar lo que estaba percibiendo en él.

Jean Paul asintió de nuevo y, con las mismas, dio media vuelta y se alejó por el pasillo, dejándole esa extraña sensación en el pecho. Era como si hubiera contemplado el final de algo y se recordó a sí mismo aquella noche en la que su padre le había encontrado a punto de escapar de casa.

Cuando se confirmó que la criada estaba en Hyde Park con dos hombres, admitiendo que lo habían estado esperando, se había echado a llorar como un crío, sin poder hacer nada para remediarlo, solo oyendo de manera lejana las palabras de su padre, recriminándole el haberse comportado como un niño ante esa situación. Y esa era la impresión que tenía ahora mientras veía a Jean

Paul alejarse. Como si llorara por dentro.

El francés siempre había dicho que nunca había sufrido por amor. Sin embargo, había pasado largo tiempo con Clea y le había dedicado casi toda su atención, solo bromeando con la idea de tener algo juntos, sabiendo que ella no cedería. ¿Era posible que la primera desilusión de su vida se la hubiera llevado en aquel instante?

Oyó a Clea removiéndose en la cama, a su espalda, así que cerró la puerta y se acercó a ella, prefiriendo dejar a cada cuál con sus propios problemas, dejando ese tema fuera de aquel cuarto.

—Buenos días, dormilona. No te has enterado de nada —le dijo Jack, depositando un beso en su frente cuando ella se volvió bocarriba.

—¿Por qué dices eso? —le preguntó Clea, aún con tono somnoliento, tratando de mirarle entre los ojos entrecerrados.

—Porque las criadas han traído ya todas tus cosas al cuarto y no te has enterado de nada.

—¿¿Cómo?! —Exclamó Clea, incorporándose en la cama, mirando a su alrededor, tal vez buscando aún a la gente que antes había llenado el cuarto.

Pero, a aquellas alturas, ya no quedaba nadie, para tranquilidad de Jack, ya que Clea no había sido consciente de que estaba desnuda cuando se incorporó en la cama, dejando una visión completa de su cuerpo cuando las sábanas resbalaron por su piel.

—¿Vamos a dar una vuelta por la ciudad? —le preguntó Jack, cambiando de tema y besándola en la mejilla, aprovechando que ella aún miraba a su alrededor.

Ella volvió los ojos hacia él, tranquilizándose al ver que estaban solos y pensando que él la había engañado, inclinando la cabeza cuando captó su sugerencia.

—¿No tendríamos que terminar el cuadro?

—El cuadro lleva terminado desde hace días —le comentó él con una sonrisa, restando importancia al asunto con un gesto de la mano.

—¿Cómo que terminado? ¿Por que no dijiste nada? —Preguntó Clea, con los ojos bien abiertos por la sorpresa.

—Porque estábamos enfadados y no quería que dejáramos de vernos. Si te decía que estaba terminado, no ibas a querer venir más al estudio y yo quería solucionarlo.

Clea asintió, entendiendo su punto. Tenía razón en el hecho de que ella no habría vuelto. Con lo molesta que estaba con él, si hubiera sabido que el cuadro estaba acabado, hubiera sido capaz de haber recogido sus cosas y haberse ido sin más.

—¿Y no se lo has dicho a Louis?

—Si se lo hubiera dicho, al día siguiente habría hecho la exposición y nosotros seguiríamos enfadados. ¿No ha sido mejor así?

Ante la amplia mirada azul de Jack dirigida a su persona, Clea solo pudo sonreír y asentir.

—Entonces... ¿nos vamos a escabullir de la casa sin más?

—¿No te parece una buena idea? Desayunaremos fuera y nos lo pasaremos bien. Y, a nuestra vuelta, informaré a Louis de que el cuadro está terminado y podremos dejar que lo organice todo mientras nosotros seguimos saliendo a la ciudad. ¿Qué te parece?

—Me parece un buen plan —respondió Clea, respondiendo a su sonrisa con otra, ya que apenas había salido de aquella casa desde que habían llegado allí.

No recordaba haber tenido nunca antes aquel tipo de felicidad, que le impedía dejar de sonreír solo al ver a alguien a su lado. Pero, con Jack junto a ella, era algo que no podía evitar.

Entre juegos y risillas cómplices, ambos se vistieron y salieron de la habitación, tratando de salir de la casa sin que nadie se percatara de su escapada. Pero, con criados que iban de arriba para abajo, fue hasta divertido, teniendo que esconderse en las esquinas para poder pasar sin ser vistos, riendo cada vez que alguien estaba a punto de descubrirles.

Louis podía llegar a molestarse un poco por salir de la casa de esa

manera, pero, si llegaba a verlos y se enteraba que el cuadro estaba ya terminado, no les habría dejado salir de la casa para poder hablar con Jack de los preparativos de la exposición.

—Tendrás que enseñarme los bocetos, como me prometiste —le recordó Clea en cuanto ambos consiguieron salir de la casa, los dos cogidos de la mano, mientras caminaban a paso tranquilo hacia la ciudad.

—Eso te dije, ¿verdad? —comentó Jack con una sonrisilla maliciosa.

—¿Qué pasa? ¿Por qué me sonríes así? ¿Qué ocultas?

—Será más bien lo que ya no podré ocultarte. En cuanto veas los bocetos, te darás cuenta de que mis ojos han estado casi siempre puestos en ti.

Un ligero sonrojo le coloreó las mejillas a Clea, pero cuando, encima, él se rió, no pudo evitar golpearlo con la mano libre mientras su otra mano estaba entrelazada con la suya.

—¿Por qué siempre tienes que decir cosas como esas? ¿Te gusta avergonzarme?

—No negaré que es divertido —afirmó Jack.

Lo que le hizo ganarse un nuevo golpe en el brazo y que se le escapara una sonrisa.

CAPÍTULO 27

Pasearon por la zona comercial de la ciudad, unas calles principales situadas entre dos ríos, además de la plaza Bellecour. Caminaron junto al río Saona y anduvieron por la Vieux Lyon, que formaba la parte medieval y renacentista de Lyon, que, a su vez, estaba dividida en tres partes: Saint George, Saint Jean y Saint Paul. Evitaron la zona este, ya que hacía allí se extendía el resto de la ciudad.

Clea disfrutó con aquel paseo, ya que había mejorado su francés y pudo entenderse mejor con los residentes. Comieron dentro de un pequeño local hogareño y cálido, contemplando a través de la ventana la gente que pasaba en torno a ellos. E incluso hablaron de cómo podrían reaccionar sus conocidos cuando se enteraran de su relación.

—Yo creo que mis padres se lo tomaran bien. A estas alturas, ni siquiera esperaban que me casara —comentó Jack, con una de las manos de Clea aún atrapada en una de las suyas, encima de la mesa, acariciándola con el pulgar, sonriéndole de manera traviesa cuando ella alzó la vista y se aseguró de que nadie les veía.

—Pues yo creo que es muy posible que a mi hermana le dé algo. Nunca le has gustado y seguro que cree que me has enredado con algún engaño y que luego me dejarás tirada.

—Pero le demostraremos lo contrario —aseguró Jack, llevándose su mano a los labios.

¿Podía Clea siquiera recordar un día más perfecto que aquel?

No podía ser posible. Después de tomar el desayuno, continuaron con su paseo, acabando sobre uno de los puentes de la ciudad, contemplando el paisaje que se les ofrecía.

Jack la rodeó con sus brazos desde atrás y Clea, encantada, no puso impedimento alguno. Sin embargo, se le hacía raro que siempre

pareciera abrazarla como si fuera una necesidad, como si necesitara envolverla constantemente.

—No puedes apartarte de mí, ¿eh? —comentó ella con una pequeña sonrisa, rodeando a su vez, con sus brazos, los brazos que la rodeaban.

—Exacto. No puedo. Con otras mujeres, solo las tocaba cuando no podía contener mis ansias. Pero contigo es diferente. Tú me das paz.

—¿Estás insinuando que soy una aburrida? —le preguntó ella, tratando de volver la cabeza hacia él.

Sin embargo, Jack había apoyado la suya en el hombro de Clea y le impedía moverse con libertad.

—No. Lo que estoy diciendo es que todas las mujeres podrán intentar que las desee, pero solo podré sentirme bien entre tus brazos. Solo entre ellos puedo sentirme así, como si nunca fuera a necesitar a nadie más, como si tú fueras la persona que hubiera estado esperando toda mi vida —le susurró junto a la piel del cuello, haciendo que su aliento la acariciara.

Clea solo pudo quedarse callada ante semejantes palabras. No se las esperaba y había sentido que habían sido dichas con sinceridad, así que se vio incapaz de soltar un comentario ingenioso al respecto. Lo único que pudo hacer fue envolverse más entre sus brazos y desear que no la mirara en ese momento, ya que sentía las mejillas ardiendo.

Después de ese momento, que la dejó avergonzada, Jack volvió a tomarla de la mano para continuar con su paseo, sonriendo cuando comprobó que las mejillas de Clea aún aparecían coloreadas de un suave color rosado.

—¿Eras tan fácil de avergonzar? —le preguntó él, disfrutando cuando vio que las mejillas de Clea se hinchaban de indignación, dándole un aire infantil y encantador.

Jack nunca había sido de esos tipos que disfrutaban de las pequeñas cosas. Pero, desde que tenía a Clea a su lado, era como si

pudiera disfrutar de cada instante.

Sin embargo, aunque fue una magnífica mañana, incluso aunque el cielo hubiera comenzado a lucir un pálido color plumizo, tuvieron que deshacer el camino hecho hacía la casa de los Dulac, teniendo que reunirse con Louis.

Cuando divisaron las puertas de la finca, las primeras gotas de fría lluvia habían comenzado a caer en torno a ellos y no perdieron más tiempo para hablar con su anfitrión.

Paget parecía encontrarse en su cuarto, ya que su prometido iba a acudir aquella tarde a visitarla de nuevo y, al parecer, a la muchacha le hacía ilusión que lo hiciera.

Se desconocía dónde se encontraba Jean Paul, pero el rubio francés siempre había ido a su aire por la casa, de modo que ni los propios criados se preocupaban cuando no sabían dónde andaba. Podía estar en cualquier parte y solo aparecería cuando él mismo quisiera.

Preguntando a los criados, supieron que Louis se encontraba en su despacho del segundo piso y Clea, aún con su brazo en torno al brazo que Jack le había ofrecido de camino a la casa, lo acompañó a hablar con él. Después de todo, ella era la modelo que iba a ser expuesta en el cuadro de Jack y le gustaría saber cómo Louis había pensado en organizarlo todo.

El moreno hombre estaba sentado en una de las grandes mesas que parecían hallarse en los despachos de la casa, contemplando con malos ojos lo que parecía un libro de cuentas, con la cabeza apoyada en su mano. Pero, cuando los oyó entrar, alzó la vista y su mal humor se dirigió directamente hacía ellos, poniéndose en pie de golpe.

—¿Se puede saber por qué todos mis invitados desaparecen sin avisarme?! —Clamó en francés.

La desaparición de Jean Paul tampoco había pasado desapercibida.

—¡Me informan esta mañana que habías trasladado todas las cosas a un solo cuarto y, cuando voy a ver qué pasa, no hay nadie! —Siguió diciendo el francés, saliendo tras la mesa.—¡Y, cuando pregunto a

mis criados dónde estabais, no saben decirme y no estáis en ninguna de las habitaciones de la casa! ¡¿En qué estabais pensando?!

—En que teníamos que celebrar que hubiéramos terminado el cuadro —comentó Jack con una sonrisa, acariciando el brazo de Clea, notando que ella se había sorprendido por la reprimenda de su anfitrión.

Y, al decir aquellas palabras, la actitud de Louis pareció relajarse al momento.

—¿Has terminado el cuadro? —Preguntó, mirando hacia Jack con los ojos bien abiertos, casi como si le rogara que no le estuviera mintiendo.

—¿No es eso lo que acabo de decir? —le preguntó él a Clea, aún sin haber hecho desaparecer la sonrisa de su cara.

Por estar mirándola, se sorprendió cuando su amigo se lanzó a sus brazos, riéndose.

—¡Por fin! ¡Pensaba que no ibas a terminarlo aquí! No he dejado de hablar de ti a todo el mundo y has estado a punto de dejarme quedar como un mentiroso.

—¡Ya te dije en que fecha terminaría, más o menos! —Se quejó Jack, teniendo que soltar a Clea para controlar a su amigo nuevamente recuperado.

—¿Puedo mandar ya las invitaciones para la exposición? Tengo que hablar con la cocina para que preparen menús adecuados. Y también organizar a los criados para que preparen la casa entera. Algunos de los invitados vendrán de fuera, así que tendremos que preparar algunas habitaciones para ellos.

Apartándose de su amigo, Louis siguió haciendo una lista de todo lo que tenía que preparar. Si el cuadro de Jack era tan bueno como él decía que era, todo el mundo recordaría que los Dulac fueron la primera familia en exponer el cuadro, mostrándoselo al mundo. Y, con suerte, harían nuevos amigos influyentes.

El mundo del arte, en la actualidad, estaba lleno de nuevos ricos

que querían obtener lo que más gustara en el momento.

—Creo que ya podemos irnos —le susurró Jack mientras el moreno volvía a su mesa y parecía hacer una lista de todo lo que se necesitaba para que las cosas quedaran a su gusto.

—Pero... ¿no tienes nada que decir a sus planes? ¿Lo vas a dejar todo en sus manos?

—¿Por qué no? Parece que le hace más ilusión a él que a mí —comentó Jack, saliendo del cuarto.

Después de todo, si a él le hacía ilusión, ¿por qué iba a intervenir? Louis acabaría preguntándole sobre algunos temas, pero sería estúpido de su parte ir a colocarse a su lado e inmiscuirse en ese enredo. Él solo quería mostrar su cuadro a cualquiera que quisiera verlo, sin artificios ni manipulaciones. No le interesaban los menús ni la lista de invitados.

En cambio, prefirió llevar a Clea al estudio para que fuera la primera persona, después de él mismo, en ver el cuadro terminado.

Ahora podía enseñárselo todo, cuando ella había insistido en ello un día tras otro después de haber empezado con aquel trabajo, queriendo ver sus obras, lo que había estado viendo en ella y que nadie más veía.

Entraron en el estudio cogidos de la mano, pero, en cuanto cruzaron el umbral, Jack la soltó y corrió a cerrar la puerta con una sonrisa iluminando sus rasgos. Clea no pudo evitar pensar que así sería como se habría visto de niño, sonriendo hacia él cuando Jack la miró a su vez, caminando lentamente hacia el cuadro, viendo como él trataba que todo estuviera perfecto.

—¿Estás preparada para ver mi última obra de arte? —Preguntó este, tratando de crear expectación, con la mano sobre la sábana.

—¿Qué si estoy preparada para ver un retrato que has hecho de mí? Yo creo que sí.

La sonrisa de Jack desapareció en el acto.

—¿Le tenias que quitar la gracia a esto?

—¡Oh, vamos! ¡Me tienes muriendo de la impaciencia! ¡¿Me vas a enseñar el cuadro o no?! ¡Por favor, por favor, por favor! —le rogó Clea, haciendo su mejor cara de niña buena e impaciente.

La sonrisa de Jack volvió poco después de eso.

—De acuerdo. No voy a hacerte sufrir más. ¡Aquí está! —Exclamó, tirando de la sábana.

Clea dio unos pasos hacía el cuadro, impactada. No sabía quién era aquella hermosa mujer del cuadro, que la miraba con desafío y una ligera sonrisa en los labios. Estaba tumbada sobre unos cojines, pero podría haber estado sentada en un trono, ya que su expresión hubiera sido la misma. Era como si le dijera al espectador: “Así soy yo. Será mejor que os acostumbréis”.

—¿Qué? ¿Te gusta? —le preguntó Jack, ampliando su sonrisa cuando vio que la expresión de admiración de ella era real, esperando a que le dijera algo, cualquier cosa.

—¿Quién... quién es? —le preguntó Clea a su vez, mirando a la mujer del cuadro, casi como si no pudiera apartar los ojos de este.

—¿Cómo que quién es? ¡Eres tú! —comentó Jack, lanzando una ligera risa al aire.

—¿Yo? No se parece nada a mí. Ella es... majestuosa.

—¿Y cómo eres tú? —le preguntó él a su vez, sonriendo con cierta confusión—. Así es como yo te veo. Y así será como te verá todo el mundo. Pero, no sé cómo me preguntas que quién es. Mira esos ojos, la nariz, los labios... Está claro que eres tú.

Observándola más de cerca, le hizo ver que tenía razón. La forma de los labios y el color eran los suyos. Esos eran sus ojos, mirándola directamente desde el cuadro. Incluso las orejas, que se percibían a través de el largo y suelto cabello dorado, eran las suyas. Pero, a pesar de ver que cada detalle era idéntico a ella, al mismo tiempo, no se veía en aquella imagen. Era una sensación extraña.

—Mira. Mira los bocetos —le dijo Jack, trayendo su cuaderno hasta las manos de ella—. Mira esos dibujos y dime que no eres tú.

Clea fue pasando las hojas y pudo ver bocetos que Jack había hecho de ella cuando les estaba haciendo el retrato familiar y en el barco, cuando pensaba que dibujaba el cuarto en su cuaderno, comprobando en la forma en la que se recreaba, al dibujar, en su rostro y en su sonrisa. Y había otro tanto de lo mismo en los bocetos que había realizado en aquel estudio. Podía ver la forma de su espalda y sus nalgas, la forma de sus piernas, cómo doblaba los brazos y otras partes de su cuerpo que él no había tenido ningún reparo en dibujar. Pero, una y otra vez, su propio rostro la observaba desde el papel, la miraba desde un lateral, como si la mirara de reojo o le dirigía una sonrisa.

—Estos bocetos son... preciosos —murmuró ella, admirada.

—Y eres tú en todos ellos —afirmó Jack, volviéndola a abrazar por la espalda, como había cogido por costumbre, apoyando la cabeza en su hombro, viendo como ella seguía pasando páginas, revisándolo todo una y otra vez.

—Diría que te encanta mi rostro.

—Bueno... eso deberías saberlo ya. Lo admiti en el primer momento en el que te conocí —afirmó Jack sin ningún tipo de reparo.

Era cierto. Era raro mirar tanto tiempo atrás y ver que ambos habían estado girando en torno al otro sin cesar. Jack se había fijado en ella desde que tenía dieciséis años y ella se había sentido atraída hacia él sin remedio. ¿Qué hubiera ocurrido si su hermana no se hubiera entrometido y se hubieran concedido la oportunidad de conocerse antes? ¿Estarían ya casados o, por el contrario, al no tener que haber esperado tres años por ella, Jack se habría cansado rápido de ella, como le pasaba con otras mujeres, y la habría dejado sin más?

—¿Has dibujado detalladamente mis orejas? —comentó Clea, viendo el dibujo cuando pasó una nueva hoja, donde solo eso aparecía.

—¿Cómo iba a resistirme? Son pequeñas y encantadoras —afirmó Jack a su vez, susurrándole contra su oído.

Clea iba a hacer un comentario al respecto, pero él mordisqueó su oído, como para secundar sus palabras, robándole el aliento. No sabía que tenía las orejas sensibles.

—¿Por qué no dejas ese cuaderno en el suelo, te vuelves hacia mi y te demuestro todo lo que me encanta de ti? —le siguió susurrando Jack al oído, haciéndola estremecer de arriba abajo.

La libreta acabó olvidada en el suelo y Clea, sonriendo con picardía, se volvió entre sus brazos, acariciando su pecho por encima de la ropa, alzando los ojos hacia él poco a poco.

—¿Y cómo piensas demostrármelo? —susurró a su vez, inclinando la cabeza hacia un lado, tratando de mostrarse un poco juguetona.

—Ya lo verás —le aseguró Jack, inclinándose para tomar sus labios.

Clea cerró los ojos, esperando el beso, sintiendo como todo su cuerpo palpitaba con nerviosa necesidad.

Daba igual cuántas veces hubiera estado entre sus brazos, nunca parecía ser suficiente. Tampoco importaba cuántas veces se hubieran besado. Cada vez que Jack lo hacía, el mundo entero desaparecía a su alrededor y se notaba flotando en el aire.

Pero, cuando sus labios estuvieron a punto de encontrarse, sintiendo el aliento de él contra ella, alguien llamó a la puerta.

—Si tú lo ignoras, yo lo ignoraré también —comentó Jack cuando Clea abrió los ojos, sobresaltada.

Y, sinceramente, le dieron ganas de asentir y seguir con su plan mientras sentía las manos de Jack acariciando su cuerpo, pero no habían cerrado la puerta con llave, así que esta se abrió y ellos se alejaron justo cuando la cabeza de Paget se asomaba al cuarto.

—¿Interrumpo algo? —Preguntó con timidez.

La relación de Clea y Jack cambiaba continuamente, así que el resto de habitantes de la casa no sabían cómo tratar con ellos cuando se encontraban juntos. Incluso aunque ya se supiera en toda la casa

que Clea ahora dormía en el dormitorio de Jack, aquello podía acabarse con uno de sus enfados.

—No, no interrumpes nada —afirmó él.

—¿Quieres ver mi retrato? —La invitó a pasar Clea, con una sonrisa en los labios—. Jack ya lo ha terminado.

Paget tenía la impresión de que había interrumpido algo entre ellos, pero acabó asintiendo y entrando en la habitación, viendo como ellos se hacían a un lado para dejar ante su vista el lienzo terminado.

—Madre mía —murmuró por lo bajo, llevándose una mano a los labios, acercándose al lienzo.— Eres tú —afirmó, mirando a Clea.

—¿De verdad lo crees? Yo apenas puedo reconocerme.

—¡Claro que es ella! —Exclamó Jack—. Se puede apreciar en cada detalle.

—Es verdad que es ella, pero, al mismo tiempo, parece una persona completamente distinta. A parte de que... está desnuda —comentó Paget, con cierta vergüenza.

Ella no estaba acostumbrada a esa libertad de expresión.

—Así es como yo la veo, como la vi desde la primera vez que nos encontramos —dijo Jack, cruzándose de brazos y admirando su propia obra.

—Y, de repente, sé que voy a pasar mucha vergüenza mientras expone el cuadro —comentó Clea.

Jack le dirigió una mirada que le indicaba que no se burlara de él, pero ella se centró en Paget.

—¿Por qué has venido a buscarnos? ¿Ocurre algo?

—Oh. En realidad, solo venía a buscarte a ti para que me ayudaras con una cosa —comentó la joven hacia Clea, mirando a Jack por el rabillo del ojo, el cuál alzó una ceja.

—De acuerdo. ¿De qué se trata?

—Tú solo ven a mi cuarto, ¿de acuerdo? —le pidió, tomándola de la mano.

—Está claro que son asuntos de mujeres —afirmó Jack—. Yo veré si Louis necesita ayuda con algo en medio de toda su organización.

Y, sin más, Clea se vio arrastrada por la joven hacia su habitación, contemplando la variedad de vestidos que había sacado de su armario y que se había encargado de esparcir sobre la superficie de su cama.

—Y... ¿necesitabas mi ayuda para...? —Dijo Clea, observando aquel despliegue.

—Henry es tradicional, por lo poco que he conseguido averiguar de él, pero la mayoría de mi vestuario es así —comentó Paget, señalando sus vestidos como si las ropas de excelente calidad que allí se exponían fueran los trajes de una fulana y no el vestuario que podría usar una monja joven—. No quiero que piense que soy una... mujer de moral ligera. ¿Me puedes ayudar a encontrar algo que pueda usar en su presencia? —le pidió, mirándola como si aquello fuera un asunto del que dependiera su vida.

Clea no pudo evitar echarse a reír al darse cuenta de que realmente Paget la había llevado con tanta urgencia a su habitación para eso, para encontrar un vestido adecuado que usar delante de Henry, pensando en hacer todo lo posible para poder agradar al hombre, observando como Paget torcía el gesto con disgusto al verla reír.

—¿Por qué te ríes? —le preguntó la muchacha, cruzándose de brazos con cierto desagrado, ya que la hacía sentir un poco más insegura de lo que ella ya se sentía en aquellos momentos, contemplando con disgusto sus vestidos.

—Es que... pensaba que habías dicho que nunca podrías enamorarte de ninguno de los hombres que conocieras en aquella fiesta y, de repente, te encuentro haciendo esto. No sé. Al menos, debería resultarte curioso, ¿no?

—Y no lo he hecho —afirmó Paget, aunque el sonrojo que la sobrevino al escuchar sus palabras desmintió lo que estaba diciendo—. Es que solo quiero causarle una buena impresión a Henry. Ya que

vamos a pasar toda nuestra vida juntos, es lo mínimo que puedo hacer. No me cuesta nada lucir del modo que a él le guste.

—Por supuesto —secundó Clea, aún con una ligera sonrisilla en los labios mientras se acercaba a la cama—. Entonces, tenemos trabajo que hacer.

CAPÍTULO 28

Mientras Louis estaba ocupado en organizar la casa y enviaba las invitaciones a aquellas personas que tenían que estar en la exposición, Jack y Clea aprovecharon para hacer un poco más de turismo con Paget y Henry para darles la oportunidad a ellos de que estuvieran juntos, sin tener la presión de la familia Dulac sobre el joven.

Paget había nacido en Lyon, en aquel lugar, así que era la persona perfecta para mostrarles cada rincón de la ciudad a los otros tres presentes.

Henry no añadía mucho a sus conversaciones, mientras caminaban de un lugar a otro, explorándolo todo, pero parecía solo satisfecho ante el hecho de poder salir a pasear del brazo de Paget, con lo que ganaba rápidamente puntos a los ojos de los demás.

En esos días de relativa tranquilidad, Clea también fue a hablar con Jean Paul.

Desde que se había mudado al dormitorio de Jack, apenas había visto al francés y se hacía una misión imposible encontrarlo cuando salía a pulular por la casa, donde ni los propios criados lo encontraban. Así que, incómoda con esa situación, sintiendo como si ella hubiera hecho algo malo para que Jean Paul se mantuviera alejado de ella, Clea se colocó una mañana ante la puerta de su dormitorio, esperando a que saliera.

Por lo que le habían dicho las criadas que le habían llevado el desayuno, debía de seguir allí dentro y no tardaría en salir para dar uno de esos paseos escapistas suyos.

En la comida y la cena, todos seguían encontrándose en el comedor, pero no era el lugar apropiado para preguntarle qué le ocurría, incluso aunque siguiera sentándose a su lado. Jean Paul no querría hablar de ello delante de todo el mundo.

Clea se cuadró en el lugar, saliendo de sus pensamientos, cuando oyó que la puerta se abría y Jean Paul, mostrando tan buen aspecto como siempre, la miró con sorpresa.

—¿Qué haces ahí de pie, *chérie*? —Le preguntó el rubio en inglés.

—Estaba esperando poder hablar contigo.

—¿Conmigo?— repitió Jean Paul, terminando de salir al pasillo y cerrando la puerta a su espalda.—¿Y de qué quieres hablar conmigo, *chérie*?

—De este comportamiento que tienes últimamente, por ejemplo. Sales todas las mañanas de tu habitación y desapareces sin decírselo a nadie. Solo apareces para comer y cenar y, mientras tanto, no abres la boca. Tú no eres así.

—Confesaré que estoy en un periodo depresivo, pero no tardaré en salir de él— afirmó, con una pequeña sonrisa luciendo en sus labios.

—¿Depresivo? —repitió ella— ¿Es que te ha ocurrido algo malo?

—¡Oh, *chérie*! Como me alegra que te preocupes por mí —comentó Jean Paul, rompiendo la poca distancia que los separaba, abrazándola.

En cualquier otra ocasión, Clea lo habría alejado, diciéndole que se dejara todas aquellas tonterías. Pero, ahora, después de haber visto su expresión, esa expresión que había lucido mientras salía de la habitación y aún no se había dado cuenta de que Clea le esperaba en el pasillo, solo se dejó abrazar, con ambas manos sobre su pecho, sin moverse.

Jean Paul dejó el rostro contra su cabello y tampoco se movió. No le estaba gastando una broma para poder tocarla a placer. Sus brazos le rodeaban los hombros y las espalda y no se movían de allí, sin jugar con el hecho de tocar algún lugar que no debía, como haría en cualquier otra ocasión. Por algún motivo que desconocía, él necesitaba aquel abrazo, así que ella solo procuró quedarse quieta mientras tanto.

—¡Está decidido! —Exclamó Jean Paul de golpe, soltándola,

sobresaltándola mientras la apartaba de su pecho—. No se puede obtener una victoria satisfactoria sin luchar y es mucho más divertido tratar de seducir a una mujer casada.

—¿De qué estás hablando? —Le preguntó Clea, descolocada.

Todo en aquel hombre era siempre demasiado confuso, incluso cuando decía encontrarse deprimido.

—¿Acaso no te vas a casar con *monsieur* Jack, *chérie*?

—Bueno... no lo sé. Aún tenemos que hablar con nuestras familias y..

—Pero os vais a casar. Estoy seguro de eso. He conquistado antes a mujeres casadas, pero eran mujeres que ya estaban aburridas de sus matrimonios. Será mucho más divertido tratar de seducir a una mujer que afirma estar enamorada de su marido.

—¿Estás diciendo que piensas seducirme cuando me case con Jack, si llegamos a casarnos? —Le preguntó ella, alzando una ceja.

—¡Así es! —afirmó él a su vez, sonriendo con total desparpajo.

—¿Es que no piensas cambiar nunca? —Le preguntó Clea, golpeándole en el brazo con un puño ante cada palabra que decía, admirada y horrorizada a la par de su desvergüenza.

Ya ni siquiera sabía si le había dicho la verdad cuando había mencionado el hecho de encontrarse deprimido. Se mostraba demasiado animado de pronto como para tomarse seriamente sus palabras.

—¿Para qué cambiar si ya soy perfecto tal y como soy? —comentó Jean Paul, abriendo los brazos, como si quisiera que el mundo entero pudiera admirarlo.

—De verdad que eres impresionante —comentó Clea con tono cansado, dejando las manos en las caderas, tratando de adivinar lo que realmente pasaba con él.

—¡Gracias! —Exclamó él, dirigiéndole una sonrisa aún más amplia.

—¿Vas a seguir paseando por ahí todo el día, sin que sepamos dónde estás?

—¿Qué otra cosa iba a poder hacer? *Monsieur Jack* y tú salís a pasear a la ciudad casi todos los días, *mademoiselle* Paget está demasiado ocupada pensando en su prometido y Louis no es muy divertido en estos momentos.

—Ni siquiera has ido a ver el cuadro. ¿Ahora que está terminado y te dejan verlo, no quieres?

—No. Prefiero esperar a la exposición y decir lo que pienso delante de todo el mundo.

—Yo no creo que eso sea tan buena idea como tú te crees —afirmó Clea, imaginándose sin ningún problema a Jean Paul en medio de los invitados, haciendo comentarios de cualquier tipo.

No sabía lo qué saldría de sus labios, pero sí el escándalo que despertaría entre el resto de los demás invitados a la exposición.

—Oh, *chérie*. No tienes que ponerte nerviosa por eso. Te halagaré en su justa medida— dijo, colocando sus manos sobre los hombros de Clea y haciendo que se diera la vuelta.—Y, ahora, deberías irte. *Monsieur Jack* debería estar esperándote.

—¿Por qué no vienes con nosotros a pasear por la ciudad?

—¿Y ver en primera fila vuestro amor? No, lo siento. Eso sería demasiado para mi maltrecho corazón.

Clea no pudo evitar apenarse ante esas últimas palabras porque no sabía si las había dicho en serio o no. Con él nunca podría saberlo con seguridad.

—¿Estás seguro? En la ciudad, hay muchas mujeres.

—Sí, pero ninguna que yo no conozca.

—¿Cómo vas a poder haber conocido a todas las mujeres de Lyon? Eso es demasiado —comentó Clea, dejándose empujar por Jean Paul hacía las escaleras.

—*Chérie*, no sabes las veces que he estado en Lyon —le susurró este al oído, sonando bastante pícaro, haciendo que ella no pudiera evitar estremecerse cuando notó el aliento de este acariciarle de aquel modo, haciendo que le dirigiera un pequeño puchero por el

gesto.

Clea se llevó la mano al oído, molesta por reaccionar ante los susurros, pero él solo siguió conduciéndola hasta que llegaron a las escaleras, donde Jack los esperaba en uno de los recodos de la misma, deteniéndose cuando los vio llegar.

—Pensaba que no acabaríais de hablar nunca —comentó el inglés.

—Bueno... es que tu mujercita tiene la habilidad de preocuparse por los demás —afirmó el francés.

—Y eso es bueno. Pero, ahora, me gustaría que soltaras a mi “mujercita”.

Las manos de Jean Paul aún estaban posadas sobre sus hombros.

—¡Oh, vamos! —Exclamó Clea, comenzando a bajar las escaleras, alejándose del francés.—No os comportéis como dos niños.

Jack estuvo a punto de seguirla, pero el alto rubio lo detuvo.

—Jack— lo llamó, haciendo que se detuviera y alzara la mirada hacía él.

Jean Paul esperó a que Clea estuviera a una buena distancia de ellos para poder decirle lo que había estado pensando.

—Cuidala bien, ¿vale? Es una mujer excepcional.

Se hizo un instante de silencio mientras ambos se mantenían la mirada, pero el moreno lo rompió cuando continuó su camino.

—¿Por quién me tomas? Eso ya pensaba hacerlo— afirmó, apresurándose a bajar las escaleras para poder atrapar a Clea.

Jean Paul solo pudo tomar y soltar aire, con las manos apoyadas en la barandilla, tratando de recuperarse de un momento tan incómodo.

Nunca había pensando que ceder de aquella manera a alguien que realmente le importara pudiera ser tan duro. Pero, cuando ellos desaparecieron escaleras abajo, se dijo que allí ya no hacía nada y miró a su alrededor.

Necesitaba concentrarse en otra cosa, ocupar su mente en algo, así que se dirigió a una de las pequeñas bibliotecas que había por la casa. Hasta el libro de cuentas de los Dulac le serviría en aquellos

momentos para despejar su mente y poder concentrarse en otra cosa que no fuera en el hecho de que había sido rechazado incluso antes de poder intentar algo.

CAPÍTULO 29

Cuando Jack consiguió atrapar a Clea, ella prácticamente ya había llegado a la puerta principal, queriendo salir de la casa para que aquellos dos machos dejaran de pelearse.

—¡No corras tanto!— se quejó, poco antes de llegar a su altura.

—¿Ya habéis dejado de molestaros como si fuerais dos bebés? —Le preguntó ella a su vez, asintiendo hacía un criado que tuvo la amabilidad de abrirle la puerta cuando vio que se dirigía hacía la salida.

—No nos estamos peleando. Solo estábamos dejando claro algunos puntos. Los dos hemos sido unos mujeriegos y por eso sabemos que una mujer comprometida no significa nada si está dispuesta a dejarse seducir o si no tiene a un hombre decente a su lado.

—Oh. Estupendo. Ahora resulta que mi opinión no cuenta y es solo cuestión de una pelea estúpida entre vosotros.

—¡No! No había ninguna pelea. Sé que a él le gustas, así que es normal que tengamos tiranteces, pero dudo que nos volvamos a comportar así.

—Eso espero— convino Clea.

Para ella era una completa locura oír a Jack decir que Jean Paul estaba enamorado de ella. A pesar de lo que había visto, estaba segura de que era más un encaprichamiento que cualquier otra cosa y que, pronto, el francés se le pasaría y seguiría siendo el de siempre.

—Claro. Después de todo, dentro de poco volvemos a casa y no volveremos a verle —comentó Jack, sonriendo.

Ella giró el rostro hacía él y, como minutos antes había hecho con Jean Paul, lo golpeó en el brazo, tratando de que se comportara como un adulto de una vez, mientras él se reía y se dirigía hacía la entrada de la finca.

Les esperaba una buena caminata hasta la ciudad, así que no podían perder tiempo.

En los días sucesivos, en eso consistían sus vidas. Disfrutaban de los paseos hacia la ciudad mientras caminaban del brazo o cogidos de la mano, hablado con la buena gente de Lyon sobre su ciudad y los hechos que allí habían ocurrido. Aunque, si la conversación resultaba ser demasiado larga, Clea dejaba hablar a Jack y solo se mantenía sonriendo a su lado, escuchando y tratando de aprender.

A su vuelta, Clea y Paget pasaban tiempo juntas, hablando sobre el prometido de la joven, de los planes de futuro que conseguía hablar con Henry, de sus ganas de salir de aquella casa y alejarse de todos aquellos que querían controlar su vida.

Al parecer, antes de la fiesta, cuando Louis le había hecho conocedora de los planes de sus padres, Paget había enviado una carta urgente donde les pedía a estos que no la obligaran a hacerlo. Y hacía poco que había llegado una respuesta clara donde se le decía que ya no era una niña y se le exigía que se sacrificara por la familia.

Si la situación económica hubiera sido mala, se hubiera entendido que la obligaran y hasta ella habría aceptado de buen modo lo que hubieran decidido arreglar para ella, pero Jack había ayudado a Louis con los libros de cuentas y sabía perfectamente que la familia no tenía ningún problema de esa índole.

Mientras las chicas estaban juntas, con la presencia de Jean Paul de vez en cuando con ellas, Jack se dedicó a preparar los cuadros para la exposición y, en uno de sus paseos con Clea, compró el marco que más le gustó a ella para su cuadro, al tiempo que Louis les dijo que tenían que dejar pasar unos días más para que los invitados que venían de fuera pudieran llegar.

A pesar de que su anfitrión vio el cuadro y felicitó a su amigo por su nueva obra, no le dirigió ni una palabra a Clea sobre el hecho de que se trataba de ella en el cuadro ni dio muestras de haber notado

que ella estaba en la misma sala que ellos. Estaba claro que ellos dos no se despedirían siendo los grandes amigos cuando les tocara volver a casa.

—La verdad, tampoco entiendo porqué os lleváis mal —comentó Jack cuando el hombre francés salió del cuarto.

—Yo tampoco lo sé, pero ha sido así conmigo desde el primer momento que pisé su casa. ¿De verdad que no te has dado cuenta de eso hasta ahora? —Le preguntó ella, observando el cuadro ya enmarcado.

Lo único que debían esperar era que los criados terminaran de preparar la amplia sala donde se pensaba exponer los cuadros. Una vez hecho eso, solo habría que colgarlos y esperar a que llegaran los invitados a los que Louis había llamado.

—¿Ni siquiera sabes a quién ha avisado para esta exposición? —Le preguntó Clea cuando surgió esa conversación.

—No, en absoluto. Ni siquiera me interesa. Hablaré con aquellos que quieran ver mis obras. No me interesa oír sus nombres antes. Además, tengo que dejar muy claro que tu cuadro no se vende.

—Bueno... la verdad es que me inquieta la idea de imaginar que cualquiera podría llevarse ese cuadro mío a casa y contemplarlo cuando quisiera, sin que yo supiera que hace con él, pero, si no lo vendes, ¿qué vas a hacer con él?

—Colgarlo en mi casa, claramente —afirmó Jack.—No hay otro lugar mejor para él que ese.

—¿Piensas tenerme en una de las paredes de tu casa? —Preguntó Clea con una sonrisa burlona en los labios.

Se imaginaba a la gente visitando la casa de Jack, que él tuviera que explicar a todo el mundo porqué tenía el retrato de una mujer desnuda en su casa.

—¿Por qué no? —Le preguntó él a su vez.—Desde que supe que ibas a posar para mí, decidí que me quedaría con el cuadro resultante para mí después de exponerlo.

Jack estaba hablando tan en serio de eso que Clea ni siquiera pudo responder algo al respecto, dejándolo con su trabajo, tratando de organizar con Louis cómo lucirían los cuadros en el cuarto donde se colocarían para la exposición.

—¡Por favor! ¡¿Tiene que estar demostrándole a todo el mundo lo mucho que te quiere?!— se quejó Jean Paul cuando les contó a él y a Paget la conversación sobre el cuadro. —Llega a resultar irritante.

—Pues a mí me parece un detalle precioso. Quiere demostrar lo mucho que te quiere conservando ese cuadro tuyo y exponiéndolo ante todos sus conocidos. ¿No es bonito? —comentó Paget.

A pesar de lo que había sentido por Jack todos aquellos años atrás, en verdad parecía alegrarse de que las cosas les estuvieran yendo bien a Clea y a él, tranquilizando a Jean Paul cuando se hablaban de esos temas y el rubio francés se alteraba demasiado.

—¡Vamos! Sabemos que quiere el cuadro en casa para poder decirle a todo el mundo: “Mirad. Esa mujer es mía”.

—¿Y no es maravilloso que quiera mostrar a Clea a todo el mundo? Es como Jack muestra su amor. Teniendo en cuenta que yo nunca le he visto ir con nadie en serio, es un gran paso para él. Nunca le he visto negarse en redondo a vender una de sus obras de ese modo.

—¿Tú qué opinas? —Le preguntó Jean Paul.

Los tres estaban sentados en torno a una pequeña mesa circular, en una salón que parecía haber sido diseñado para las reuniones femeninas. Pero, aún así, cuando Jean Paul se cansaba de rondar por la casa, iba allí a buscarlas.

—A mí... no me desagrada que se quiera quedar el cuadro. Lo que me avergüenza es que quiera colgarlo en su casa y que cualquiera que le visite lo vea en la pared.

—Bueno... cuando os caséis, podrás decirle que lo cuelgue en su estudio o en cualquier otro lugar donde sea menos visible —le sugirió Paget, tomando un sorbo del chocolate que le había ordenado a los criados llevar.

Matrimonio. Aunque dormían juntos y parecían querer permanecer unidos, ni Clea ni Jack habían hablado claramente de la idea de matrimonio. Como mucho, comentaron cómo se tomarían sus familiares su relación, pero nada más. Clea temía hablar de eso demasiado pronto y asustar a Jack. Después de todo, Jack había sido un mujeriego empedernido hasta hacía poco.

—¿No habéis hablado de matrimonio? —Le preguntó Jean Paul, pareciendo sorprendido.

Paget también volvió los ojos hacia ella, sin poder creerse lo que estaba oyendo.

—¿Todavía no? —murmuró la joven, como si temiera que alguien pudiera oírlos en aquel lugar.

—No hemos hablado claramente de ello —murmuró Clea a su vez.

Paget y Jean Paul se dirigieron una mirada significativa mientras la vista de su amiga caía ante la mesa que tenía ante sí. Pero, ¿qué podían decirle ellos? Esos asuntos eran cosa suya y de Jack. Ellos no tenían porqué opinar en absoluto.

—Mi hermano está engalanando la casa como si fuéramos a tener que celebrar una boda. Parece muy ilusionado con la exposición — comentó la joven Dulac, cambiando de tema.

—Sí, al parecer está más emocionado que el propio Jack— convino el francés, haciendo una mueca que hizo soltar una ligera risa a las damas.

Clea sonrió ante eso, pero no añadió nada más a ese tema mientras aquella conversación seguía. Después de todo, se sabía cómo era Jack y a él solo le interesaban sus obras. No pensaba en la comida o la bebida que debía servirse a la gente que iba a observar sus obras. Solo quería exponer sus cuadros.

CAPÍTULO 30

Caminando, días después, con Jack del brazo, por los jardines de la casa, por si Louis lo necesitaba, Clea seguía dándole vueltas al tema del matrimonio, mirando de reojo al hombre que tenía a su lado.

No quería sacar el tema, pero, después de que Paget y Jean Paul hablaron de ello, era algo que no podía evitar. Ambos habían admitido que estaban en una relación. ¿No era aquello necesario? Después de todo, una relación, antes o después, acababa en matrimonio. Al menos, en el mundo donde Clea vivía.

Sin embargo, cuando trataba de imaginarse a Jack ante un altar, su mente se cerraba, como si fuera algo que ni siquiera pudiera imaginar.

—¿Qué te ocurre? —Le preguntó él cuando la miró y vio su expresión.

Clea alzó el rostro hacia él, pillada por sorpresa mientras andaba en sus pensamientos.

—Oh. Yo... He estado hablando con Paget y Jean Paul y me han hecho pensar en algo.

—¿En qué?— siguió preguntándole.

Ella lo observó, percatándose de que estaba esperando una respuesta.

—Sobre matrimonio.

Jack se quedó paralizado en el lugar, pestañeando cuando oyó esa palabra, como si no hubiera esperado escuchar eso.

—¿Por qué está Jean Paul hablando contigo de matrimonio? —Le preguntó él, frunciendo el ceño con algo de disgusto.

No parecía molesto con el tema, si no con el hecho de que fuera Jean Paul el que le hubiera hecho hablar de ello.

—Porque estaba delante cuando Paget me hablaba del tema.

—¿Estabais organizando nuestra boda sin mí?

Clea lo observó con atención, parpadeando a su vez, sin haber esperado esa contestación. Desde luego, le sorprendía que Jack no pareciera sorprendido por el hecho de que hablaran de matrimonio.

— ¿Quieres estar delante cuando hablemos de eso?

— ¿Acaso esperabas que no? Yo solo espero casarme una vez.

Clea volvió a quedarse impresionada ante aquello, sin saber si Jack estaba tomándole el pelo de alguna manera o si estaba hablando en serio sobre el tema. Por la expresión de su cara, parecía lo segundo, pero, aún así, no dejaba de ser sorprendente.

— ¿Por qué tienes esa cara de susto? — Le preguntó él, riéndose.

— Yo... lo siento. Es solo que no me esperaba esa respuesta por tu parte.

— ¿Pensabas que era de esos hombres que dejaban todos los aspectos de la boda a sus mujeres?

— No. Pensaba que eras de esos hombres que no se casaban.

Jack se volvió hacia ella, alzando una ceja, tras una breve risa. Era inevitable que se riera al oír una contestación tan sincera por su parte sobre el tema, como si realmente todo el mundo creyera que era imposible que Jack Mardling pudiera colocarse ante un altar.

— ¿Crees que tu hermana nos dejaría vivir juntos sin estar casados? No llegaría a salir vivo de la casa de los Bells si se nos ocurriera decirle algo parecido. Si no fuera porque sería demasiado precipitado, me casaría contigo aquí mismo para que ella no tuviera nada que decir a nuestro regreso.

A Clea se le escapó una risilla nerviosa al oír aquello, pensando si no se encontraría soñando o algo por el estilo, escuchando solo lo que quería oír de sus labios. Después de todo, todo cuanto estaba pasando en aquellos últimos días era como si se encontrara en el más deseado de sus sueños, teniendo todo aquello que había esperado y querido tener. Pero sentía la cálida mano de Jack envolviendo la suya con firmeza. Podía sentir su calor, su presencia, podía oler aquella fragancia suya tan característica y que no podría confundir con

ningún otro. Lo veía con total claridad a su lado, dirigiéndole una sonrisa divertida, viéndola en aquel estado, y tenían el cielo sobre sus cabezas, con cada cosa en su lugar y todo con sentido. Aquello no era ningún sueño. Estaba total y absolutamente despierta.

—¿Qué? ¿Qué pasa? ¿Por qué no dices nada? —Le preguntó Jack, aún sonriendo, cuando vio como ella se había quedado paralizada, observándolo con aquella expresión, entre emocionada y horrorizada a partes iguales.

Y lo único que pudo hacer Clea fue lanzarse a sus brazos, dejando que una pequeña risa escapara de ella sin remedio, abrazándolo con fuerza mientras buscaba sus labios, deseando sentirle una vez más.

Jack también pareció divertido con su reacción, pero no perdió el tiempo con risas mientras podía perderse nuevamente en ella.

CAPÍTULO 31

Algunos de los invitados de Louis llegaron tres días antes de que tuviera lugar la exposición, rodeando a Jack como si de ese modo él les fuera a mostrar el cuadro antes que a nadie. Se lo había enseñado a los habitantes de la casa, pues habían estado con ellos todo el tiempo, soportando el hecho de que ellos dos desaparecieran cada vez que tenían que trabajar. Pero los invitados tendrían que esperar, con todos los demás, hasta el día señalado.

El único problema que hubo con esa situación fue que Clea y él no podían pasar tanto tiempo juntos como antes. Los invitados apenas le prestaron atención cuando el señor Mardling les dijo que era la modelo, no tomándola por alguien importante, pues era una completa desconocida para todos ellos.

Coincidían en el comedor, donde no podía sentarse a su lado por culpa de todos aquellos que ahora llenaban el salón, y en el dormitorio, pero, el resto del tiempo, Jack estaba sepultado por todos aquellos que le preguntaban por sus obras, queriendo saber de dónde había salido sus inspiraciones y sobre cuáles serían sus próximos proyectos que tendría ya en mente.

Clea no podía negar que aquello le molestaba sobremanera. Después de todo, Jack y ella se encontraban en su mejor etapa y le molestaba no poder estar juntos todo el tiempo. Pero no le quedaba más opción que resignarse. Al menos, mientras que permanecieran en aquel lugar y tuvieran que hacer la exposición.

—Piensa que esto no durará mucho tiempo y, después, los dos volveréis a Inglaterra juntos y comenzareis una vida en común —le decía Paget cuando se mostraba molesta por los invitados que pululaban en torno a Jack sin cesar, con Louis siempre rondando en torno a ellos, presentándole una persona tras otra.

—Es el chico de moda —comentó Jean Paul.—¿Nunca has visto

cómo lo han tratado en los círculos de arte, *chérie*?

Ella solo pudo negar con la cabeza.

Había oído hablar de la fama que Jack estaba formando en torno a él, sobre todo por lo que le contaban las gemelas, que eran las que parecían capaces de enterarse de cualquier cosa que ocurriera en el mundo, pero nunca había visto con sus propios ojos lo que despertaba en el mundo del arte.

Otro de los inconveniente de que su hermana la hubiera obligado a permanecer apartada de él. Era totalmente ignorante a lo que suponía su nombre en el mundo del arte. Y, a decir verdad, siempre viendo a Jack tan despreocupado sobre el tema, ni siquiera se había molestado en preguntarle, pensando que tenía lo justo y necesario para vivir de una manera desahogada.

—La mayoría de sus primeras mecenas eran sus propias amantes, pero, pronto, pudo destacar por sus propios medios— siguió contándole Jean Paul, que parecía bien enterado de todos los pasados oscuros de todo el mundo.

Clea alzó los ojos hacía él en el acto y Paget no tardó en darle un golpe en el costado al ver su expresión al saber esa información. Pero el rubio protestó por el golpe y Clea se echó a reír al darse cuenta de lo que Paget había hecho, relajando el ambiente.

—Puedes estar tranquila —le dijo.—No soy tan ingenua como para ignorar el hecho de que Jack habrá llevado a su cama a todas las mujeres que haya querido. Lo importante, si es que llega a pasar, es que no lo haga después de nuestro matrimonio.

—¿Si llega a pasar? —murmuró Paget.

—¿Te ha hablado de matrimonio, *chérie*? —Le preguntó Jean Paul, inclinándose hacía delante en la pequeña mesa donde estaban sentados, ambos casi en frente del otro.

El resto de la casa estaba invadida por los invitados. Jean Paul no podía perderse en sus paseos sin encontrarse con alguien, lo cuál lo había frustrado bastante al principio, y si querían algo de

tranquilidad y sin oídos cerca, no les quedaba más remedio que refugiarse en el pequeño salón privado de Paget.

—Sí. Hemos comentado algo sobre el tema— admitió, sintiendo como una sonrisa quería abrirse paso en su rostro.

—Pensareis casaros en Inglaterra, ¿verdad? —Le preguntó Paget, pareciendo también un poco emocionada al saber de ello.

—Eso parece que hemos acordado. Nunca podría casarme en un lugar donde mi hermana no estuviera presente. Pero, tranquila —le dijo, cogiendo su mano por encima de la mesa.— Estés donde estés cuando eso pase, te mandaré una invitación y haré que vengas a mi boda. No podría permitir que no estuvieras allí.

Ella le dirigió una pequeña sonrisa, pero Jean Paul no pensaba ser ignorado.

—¿Y yo qué? A mí me tendréis que hacer llegar otra invitación.

—¿Quieres ir a mi boda? —Le preguntó Clea, alzando una ceja hacía él, conteniendo una sonrisa.

—¡Pues claro que quiero, *chérie*! ¿No sabes lo emocionante que es tener una pequeña aventura con la novia antes de que llegue al altar? —comentó el joven francés, guiñándole un ojo y haciendo que ambas rieran.

CAPÍTULO 32

Por otro lado, cuando Jack y ella por fin podían retirarse a su habitación, normalmente tras todo un día de soportar charlas con personas a las que ninguno de los dos conocía hasta ese momento, Jack se abrazaba a ella y se dejaba caer en la cama, como si alguien le hubiera extraído todas sus energías de golpe, dejándole seco.

—Estoy deseando que todo esto se acabe —murmuró el inglés contra su cuello, apenas un susurro junto a la piel que hizo que Clea no pudiera evitar estremecerse.

—No eres el único —le dijo ella, acurrucándose a su lado.— Apenas podemos vernos durante el día cuando salimos de esta habitación. Los invitados te rodean a todas horas.

—¿Estás celosa, pequeña? —comentó él con una pequeña sonrisa en los labios, apartando su cabello dorado hacia atrás, lejos de su rostro, para poder contemplarla a placer, mientras ella se enfurruñaba.

—¿Crees que yo voy a ponerme celosa porque un grupo de gente te rodee para hablar de arte? La mayoría son hombres y preguntan por tu trabajo. Pero su presencia impide que pasemos más tiempo juntos. No estaremos mucho más tiempo aquí. Tendremos que regresar a Inglaterra y bueno... ya sabes. Informar de todo a nuestras familias.

Jack la apretó contra su pecho, apoyando sus labios contra los cabellos de ella, sintiendo como Clea se apretaba contra su camisa, sin deseos de que él la soltara, disfrutando de su figura bien aferrada contra la suya.

—A mí también me molesta eso, pero no podemos hacer nada hasta que se acabe la exposición. Después, te prometo que recogeremos nuestras cosas y volveremos a casa. Hablaré con tu hermana, a riesgo de perder la vida en el proceso, y tras pasar por el altar que ella elija, podremos pasar juntos todo el tiempo que

quieras.

—Eso parece aún demasiado lejano —murmuró ella, sonando su voz amortiguada contra el pecho de Jack.

—En realidad, solo unos cuantos días más hasta que hagamos la exposición. No voy a dejar que tu hermana haga pasar meses hasta que nos permita casarnos.

Ella no comentó nada, pero se abrazó con fuerza a él. Después de todo, su relación estaba iniciando en aquellos momentos. Llevaban dos meses en la casa de los Dulac, pero habían pasado por múltiples discusiones y reconciliaciones, solo pudiendo disfrutar ser una pareja normal durante las últimas semanas, cuando ambos habían dejado las cosas claras. ¿Cómo iba a soportar pasar tiempo sin él, cuando se había acostumbrado a tenerlo a su lado en la cama, a escuchar su respiración junto a su cuello o abrir los ojos y poder contemplar su rostro dormido, haciéndola sonreír?

Los besos que Jack empezó a depositar a lo largo de su mandíbula, haciendo un perezoso camino descendente, la sacaron de sus pensamientos, haciendo que se removiera contra él, notando como un agradable calor iba despertando en todos los lugares que él acariciaba con sus labios, impidiéndole permanecer quieta.

—¿Qué estás haciendo? —Le preguntó Clea, encogiéndose sobre sí misma cuando los besos de Jack llegaron a su cuello, haciendo que ella no pudiera acallar los débiles gemidos que empezaron a subir por su garganta.

—¿Tú qué crees que hago?—susurró él a su vez, descendiendo aún más, hacía sus hombros.—Disfrutar de mi prometida.

—¿Ya soy tu prometida? —murmuró Clea a su vez, haciendo la cabeza hacía arriba para dejarle mejor acceso, colocando las manos sobre los hombros de Jack.—¿Desde cuando me he convertido en tu prometida?

—Desde que te entregaste a mí en aquella plataforma —le informó, comenzando a desabrochar su vestido con manos expertas.

El cierre del corsé, a pesar de todos los adornos que lo llenaban, se encontraba por delante, así que no le estaban haciendo el trabajo demasiado difícil.

—¿Ah, sí? Cre... creo recordar que, por entonces, no creías en el amor.

—Bueno... Que no creyera no significa que no quisiera hacerte solo mía —le respondió él, alzando los ojos hacia ella y regalándole una sonrisa pícara.

—Oh. ¿Así que así eran las cosas?—susurró ella, sorprendiéndose con la rapidez con la que Jack había soltado los cierres de su vestido y comenzaba a hacerlo a un lado, tratando de llegar a su piel desnuda lo antes posible.

—Por supuesto —afirmó Jack, llenando con sus besos el nacimiento de sus pechos, notando como Clea se quedaba sin aliento, disfrutando con su reacción contra los labios.—Desde que puse mis manos sobre tí, ya eras mía.

—Pa... parece como si yo... yo no tuviera nada que decir.. al respecto —comentó ella, dejando que le sacara el vestido, quedándose solo con un ligero chemise blanco que solía llevar bajo sus ropas de vestir.

Jack se alzó un poco en la cama sobre un brazo para poder contemplarla, viendo como ella le dedicaba una pequeña sonrisa nerviosa.

—¿Qué? ¿Qué estas mirando ahora de ese modo? Ya lo habías visto todo antes.

Cierto. Había visto cada pequeña porción de ella, ya se había encargado personalmente de ello, pero, aún así, cada vez que la veía de aquel modo, dispuesta a entregarse a él de aquella manera tan entregada, tan natural, era como si volviera a verla por primera vez, como la jovencita que se había mostrado algo tímida la primera vez que se vieron y que le había robado parte de su razón desde entonces.

Solo ataviada con su inocente chemise blanco y el rubio cabello suelto, clavando en él aquellos ojos dorados que lo volvían loco, parecía alguna clase de ofrenda. Una ofrenda que no pensaba dejar escapar.

—Basta de charla— sentenció Jack, inclinándose sobre ella para cubrirla con su cuerpo.

Clea soltó una pequeña risa al verle reaccionar así, verle tan deseoso de ella, de necesitarla con tanta urgencia, pero, cuando los besos volvieron a sucederse uno tras otro sobre su piel caliente, elevando aún más su temperatura, la risa quedó atascada en algún lugar de su garganta, envolviendo el cuello de Jack con sus brazos y se dejó llevar.

CAPÍTULO 33

El día de la exposición, los últimos invitados que faltaban por fin se dignaron a aparecer, como si alguien hubiera dejado un grifo medio abierto, apareciendo con la misma lentitud que un goteo, llenando la entrada de la finca de vehículos que los criados debían apartar a un lado para que no molestaran a los que aún quedaran por llegar, llenando la entrada de una increíble actividad.

Algunos venían de lejos y no habían podido acudir antes, a pesar de decir que de verdad lo habían deseado. Otros ya llevaban tiempo en Francia, pero no habían querido hacer su aparición en la mansión Dulac antes de tiempo, queriendo ser los últimos en llegar para llamar la atención de todos los presentes en la casa sobre su persona.

Jack no prestó atención ni a unos ni a otros. Estaba paseando por las salas donde sus cuadros estaban expuestos, asegurándose de que todo estuviera como él había pedido. El cuadro de Clea aparecía cubierto tras una pequeña cortina, una sorpresa que se descubriría ante ellos más adelante, cuando todos los presentes tuvieran su atención puesta sobre los cuadros y no sobre los demás invitados que los rodeaban.

Louis parecía el encargado de saludar a todo el mundo en su lugar, como un buen anfitrión debía de hacer, diciendo que el artista aún se encontraba inmerso en su trabajo, que se aparecería ante ellos de un momento a otro y saludaría a aquellos que se habían tomado la molestia de viajar hasta allí para ver su trabajo.

Clea, que permanecía acompañada de Paget, no podía evitar lucir un poco nerviosa al ver a tanta gente. Después de todo, todas aquellas personas estaban allí para ver su cuadro, el cuadro donde ella aparecía completamente desnuda.

Incluso había ahora más personas que las que habían acudido a la casa Dulac cuando había tenido lugar la fiesta para la pequeña de la

familia.

Su amiga y acompañante iba ataviada con un vestido blanco, casi plateado, y parecía una pequeña estrella en mitad de la sala, haciendo que más de un par de ojos se volvieran a contemplarla con más que cierto interés, pero Paget permanecía esperando a que Henry apareciera en cualquier momento, observando a la multitud.

En comparación, ella, que lucía un sencillo vestido azul claro, con un escote redondeado y sin demasiadas joyas decorándola, casi pasaba desapercibida. Cuando Jack dejara a la vista su cuadro, nadie diría que ella era la joven que los contemplaba desde el lecho de cojines, pues ni ella misma podría afirmarlo con seguridad.

—Parece que los invitados no dejan de llegar —comentó Jean Paul, apareciendo de golpe a su espalda, haciendo que ambas muchachas se sobresaltaran.—Es como si Louis hubiera enviado invitaciones a todo el mundo conocido.

—¿Sabes quiénes son todos los invitados? —Le preguntó Clea, tratando de no mostrarse tan nerviosa como en realidad se sentía.

—Por supuesto que no. Aquí hay rostros que no he visto en mi vida. Pero estoy seguro de que todos ellos son interesados del arte. O, al menos, en las obras de *monsieur* Jack. Louis nunca hace algo solo porque sí y toda esta gente no estaría aquí si no fueran interesados en el tema o compradores importantes.

A las chicas no les quedó de otra más que asentir mientras seguían contemplando la multitud creciente, tratando de saber si había alguien a quien conocieran en medio de todos aquellos rostros desconocidos.

—¿No te pone nerviosa saber que toda esta gente va a verte desnuda, incluso aunque sea a través de un cuadro? —Le preguntó Jean Paul de pronto, como si acabara de ver pasar esa pregunta por su mente y no hubiera podido guardársela para sí.

—¡Eh! —Exclamó Paget, dándole un pequeño golpe en el brazo con una mano, aunque no llegó a hacerle auténtico daño en ningún

momento.—¿Crees que eso es muy amable por tu parte? Ella ya debe de estar bastante nervosa por su cuenta, sin que la ayudes a ello —le reprochó.

—Bueno... Yo solo lo digo porque, de ser yo, estaría bastante nervioso. Me han visto las suficientes mujeres para saber que soy perfecto, la verdad. Pero, aún así, me sentiría bastante inquieto por su reacción —comentó, señalando a la gente allí presente con la barbilla.

—Jean Paul, ya basta —le exigió Paget.

Clea se había envarado tanto desde que había sacado el tema que más parecía una estatua que una persona.

Ya lo había pensado antes. Que todas aquellas personas pudieran contemplarla le creaba unos nervios horribles que hacían que su estómago estuviera secuestrado por ellos en algún recóndito lugar de su cuerpo. Pero que este comentara su temor en voz alta solo lograba que todo se volviera peligrosamente real. Más de lo que ya lo era.

¿Y si su cuadro no gustaba? ¿Y si decían que no era lo suficientemente bonita para que Jack hubiera perdido el tiempo pintándola? ¿Y si no veían lo que él decía haber visto en ella para desear plasmarla de aquel modo? Paget había admirado el cuadro, pero, ¿y si solo lo hubiera alagado para que ella no se sintiera mal y no era tan bueno como había llegado a pensar?

—¿Ves? Ahora está temblando —le reprochó Paget a Jean Paul, colocando las manos sobre los hombros de ella para tratar de tranquilizarla—. Eres muy poco atento.

—Yo solo he dicho en voz alta lo que pueda estar pensando— se defendió el francés, alzando las manos.—Sin embargo, me parece imposible que a alguien no le pueda gustar un cuadro donde aparezca ella.

—¿Lo dices de verdad? —Le preguntó Clea, volviéndose hacia él en el acto, aún nerviosa.

—*Chérie* —comentó el rubio, cogiendo una de sus manos y

llevándosela a los labios.—En un cuadro donde aparezcas luciendo solo tu piel tiene que ser la mayor obra de arte de la historia. Recuerda que ese mismo cuerpo es el que ha cautivado al mismísimo Jack Mardling.

Clea ya no supo si Jean Paul estaba hablando por hablar, estaba intentando ligar con ella o estaba siendo sincero con lo que decía, así que solo asintió y deslizó su mano lejos de la suya, centrando su atención de nuevo en el amplio grupo de gente que pululaba de arriba abajo por las salas, esperando a que fuera el momento en el que se revelaría el cuadro.

No pasó mucho tiempo más después de aquello cuando Henry apareció, saludándoles con una pequeña sonrisa y colocándose junto a Paget, como si ese fuera su lugar ideal. Y Jack no tardó muchos minutos más en aparecer entre la gente en busca de Clea, diciendo que ella debía de estar a su lado cuando revelara el cuadro.

Eso la alteró, haciéndola sentir como si sus piernas fueran a dejar de sostenerla de un momento a otro, pero, sujetó la mano que Jack le tendía y se dejó conducir hacia el único cuadro de las salas que aún no había sido descubierto, haciendo que todos los ojos se volvieran hacia ellos cuando Jack la condujo hacia él, colocándola a su lado antes de saludar a todos los presentes.

Antes de descubrir el cuadro, dejó más que claro que ella era su modelo, que había estado buscando pintarla durante mucho tiempo y que todos verían el porqué dentro de poco. También dijo que el cuadro se mantendría expuesto durante un tiempo limitado y que no estaba en venta bajo ninguna circunstancia.

Al parecer, Jack realmente pensaba quedarse con él. Cosa que la tranquilizó. Lo verían, sí, pero durante un tiempo limitado.

La mano de Jack no soltó la suya mientras se dirigían hacia el cuadro, mirando un momento hacia el público, que esperaba, expectante, y tiró de la tela, dejando el cuadro a la vista.

Clea soltó un pequeño chillido de pánico sin abrir la boca,

deseando poder cerrar los ojos y desaparecer en aquellos instantes.

Nunca había sido una cobarde, pero una cosa era enfrentarse a alguien y otra muy distinta dejar que todo el mundo la viera desnuda, que examinaran sus formas y comentaran. En aquellos momentos, se sentía tan vulnerable que Jack debía de estar sintiéndolo a través de la mano que aún mantenía aferrada.

El sonido de los aplausos la obligó a abrir los ojos de nuevo, tratando de comprender porqué aplaudían.

Mirando a la gente a su alrededor, estos estaban observando el cuadro y haciendo comentarios sobre él, mientras aplaudían. Hasta hubo algunos de los invitados que se acercaron a ellos para felicitar a Jack y otros para alagar a Clea.

—Una belleza como la suya tenía que ser expuesta. Y, desde luego, no ha encontrado unas mejores manos que las del señor Mardling — comentó un alto hombre de negro cabello canoso, que cogió la mano que tenía aferrando a Jack y se la besó.

Clea solo pudo asentir, sonrojándose hasta las orejas, incapaz de separar los labios para poder hablar, mientras Jack le dirigía una sonrisa de plena satisfacción.

—¿Ves lo que te dije? Estaba en tu destino ser admirada —le susurró en el oído cuando los invitados dejaron de pulular a su alrededor y empezaron examinar el cuadro desde más cerca.

—Aún no me creo que a la gente le haya gustado —murmuró ella.

—¿Cómo no les iba a gustar? —Exclamó Jack—. Es un cuadro que he hecho yo. Estaba claro que les iba a gustar.

Clea le dio un pequeño golpe en el pecho, pero él solo se rió, dándole un beso en la mejilla.

—Voy a por algo de beber —le dijo, viendo como ella asentía, y se dirigió hacia las mesas que Louis había colocado, llenas de comida y bebida a un lado de uno de los cuartos.

No tardó mucho en hacerse con dos copas para mejorar la velada y se apresuró en volver con Clea, no queriendo dejarla mucho tiempo

sola en medio de toda aquella multitud.

Después de que su cuadro fuera revelado, tenía claro que Jean Paul no iba a ser el único hombre que pondría sus ojos sobre ella y ya había visto a más de uno mirándola con algo más que admiración cuando se habían acercado a ellos para felicitarlos.

Sin embargo, cuando volvió junto a ella, no se encontró con ningún hombre rondándola, como había estado temiendo, si no con algo mucho peor. Notó como le desaparecía la sangre del rostro por un momento, pero, aún así, se obligó a seguir andando.

—Jack, querido, no me habías comentado que ibas a venir a Francia para pintar a una joven tan espléndida como esta —le dijo Anna, colocada al lado de Clea, con su mano sobre su hombro como si ella fuera algo suyo.

Ver aquella simple mano sobre ella, mientras Clea solo sonreía, apenas consciente del peligro que corría, hizo que a Jack se le congelara la sangre en las venas.

Sabía que no la estaba tocando como un gesto cariñoso hacía ella, si no como una amenaza tacita hacía él. Quedaba más que claro que la vizcondesa con la que había estado manteniendo una relación de amantes ya habría visto que ocurría algo entre ellos dos más allá del hecho de ser artista y modelo.

—Y nos has traído unas copas —comentó la mujer, tomándoselas de entre las manos congeladas, tendiéndole una a Clea, que la aceptó, aún sonriente—. Jack siempre ha sido un caballero.

—No me habías dicho que conocías a la vizcondesa de Taaffe —comentó Clea, sin notar la tensión que se había formado ante ella.

—Voy a por otra copa.—Fue todo lo que pudo decir él, dándose media vuelta y volviendo a la mesa.

En aquellos momentos, apenas sabía cómo sus piernas lo sostenían aún en el lugar.

¿Cuándo había llegado esa mujer? ¿Qué estaba haciendo allí? ¿Cómo se había enterado de donde estaba como para poder ir a

buscarle?

—Sé que me echarías de menos mientras estuviéramos alejados, pero, ¿de verdad esa muchacha? Se parece un poco a mí con ese pelo, pero apenas puede llegar a la suela de mi calzado —le comentó Anna a su espalda, haciendo que Jack se volviera en el acto, sobresaltado.

Al parecer, Anna le había seguido.

—¿Qué haces aquí? ¿Por qué has venido? —Le preguntó Jack, apretando los puños para tratar de controlar la rabia que estaba descongelando sus venas.— ¿Quién te ha invitado?

—Oh, cariño. Hablas como si no me conocieras —comentó la mujer, restando importancia a ese asunto con un gesto de la mano.— Desde que me dijiste que vendrías a Francia, me puse en contacto con tu amigo y le pedí que me avisara cuando terminaras con lo que te hubiera traído aquí. ¿Acaso esperabas que te esperara obedientemente en Londres?— preguntó, dirigiendo una mano a su pecho, con la intención de acariciarlo.

Pero, antes de que pudiera hacerlo, Jack sujetó su mano, deteniéndola, a pesar de ver el gesto de dolor de ella al aferrarla de ese modo, sin importarle si sentía dolor y sin restar fuerza.

—Te dejé en Londres, diciéndote que no quería que me acompañaras, para que buscaras otro amante durante mi ausencia. Te dí el tiempo suficiente para eso.

—¿Y por qué iba a buscarme a otro, teniéndote a ti? —comentó la mujer, alzando la cabeza con orgullo, dedicándole una de aquellas sonrisas burlonas suyas, como si el mundo entero se encontrara por debajo de ella.

La gente a su alrededor había notado que pasaba algo entre ellos, volviéndose hacia ambos y comenzando a murmurar a su alrededor, así que Jack se vio obligado a soltarla.

—Porque no me tienes. Ya no quería saber nada más de ti. Nuestro juego se había convertido en algo aburrido y no quería seguir con él. Por eso me fui, para que buscaras un sustituto mientras no estaba.

—¿Cómo puedes decir que te aburrías?— preguntó, riéndose, tomándose sus palabras como una broma.—Es imposible. Nunca habrás gozado tanto con una mujer como conmigo.

Pero el rostro serio de Jack hizo que la sonrisa de la mujer desapareciera y algo peligroso brilló en los ojos verdes de la vizcondesa.

—¿Me estás diciendo que quieres acabar con lo nuestro? ¿Esto es de verdad? ¿TÚ quieres acabar con lo nuestro?

—Es mejor así— afirmó, tomando otra copa y haciendo intención de volver junto a Clea.

—¿Es por esa muchacha?— preguntó, destilando veneno, cogiéndole por el brazo y deteniéndole en su avance.—¿Me quieres cambiar por esa niña?

—No es ninguna niña— la defendió Jack.—Y, pronto, será una parte esencial de mi vida.

—No, si quieres que siga teniendo una buena vida —le dijo ella, volviéndose hacia él.

Había colocado de nuevo en su sitio la máscara calculadora, aquella que ocultaba todas sus emociones ante el mundo, haciendo que Jack sintiera un escalofrío recorrer su columna.

—¿De qué estás hablando?

—¿Olvidas quién soy? ¿La posición en la que estoy? Tu cuadro podría convertirla en la joven más admirada de Londres, pero, si yo quisiera, podría convertirse en su ruina. Puedo hacerla ver como una cualquiera, que la gente respetable no quiera saber nada de ella ni de su familia. Se convertirían en los mayores apestados de Londres si yo quisiera. ¿De verdad quieres que me vea obligada a hacer eso? —Le preguntó, como si ella no tuviera otra opción.

—No serías capaz —murmuró Jack, sintiendo como hervía de rabia.

—No me pongas a prueba. Nuestra relación acabara solo cuando yo quiera que acabe. No antes.

—¿Serás capaz de destrozar unas vidas por no dejarme marchar?

Era imposible que le tuviera tanto aprecio. En realidad, solo estaba haciendo aquello porque no quería que su juguete fuera quién la abandonara a ella.

—Cariño, no sabes de lo que soy capaz de hacer cuando quiero algo. La vida de esa chica y su familia no son nada para mí. Si insistes en irte con ella, no podrá pisar la calle, su familia perderá la buena posición que puedan estar ostentando ahora mismo. Pero... si aceptas ir conmigo, no le pasará nada. Es una decisión bastante simple. Quererla y arruinarla o dejarla marchar y que pueda tener una vida con cualquier otro.

Jack tuvo que cerrar los ojos por un momento, notando como algo trataba de hacerse con el control de su cuerpo. Rabia, ira mal contenida... No supo decirlo con facilidad. Pero, si no se contenía, explotaría allí mismo.

—Si... si aceptara eso, ¿la dejarías en paz? —murmuró él, forzándose a cerrar los puños de nuevo, intentando controlarse.

sobre todo en aquel instante. Porque en lo único que podía pensar y deseaba en aquellos momentos era echarle las manos al cuello a la mujer y apretar y apretar hasta que su rostro se pusiera morado y dejara de respirar. Debería saber, incluso sin preguntar, que la vizcondesa era capaz de cualquier cosa. Era una niña caprichosa, consentida y le importaban muy poco otras vidas con tal de obtener lo que ella buscara.

El problema era lo que aquello significaba, a lo que él mismo tendría que renunciar.

—Desde luego. Soy una mujer de palabra. Cuando decida acabar contigo, podrás irte con quién quieras, pero, mientras, solo serás mío y de nadie más. Lo que me lleva hasta mi última condición.

—Habla —le espetó.

Le estaba costando mucho controlarse para no asesinarla allí mismo, sabiendo que, incluso deseándolo, no podría huir de su

chantaje. No, si no quería que Clea resultara perjudicada.

—Quiero que rompas lo que sea que tengas con esa jovencita ahora mismo. Quiero que rompas tu relación con ella aquí, delante de todo el mundo, sin decirle porqué tienes que hacerlo en realidad. No quiero que me menciones a mí ni a nuestro acuerdo. Solo cuando vea que le has roto el corazón, veré que tú eres totalmente mío —le dijo, luciendo una sonrisa calmada.

—Eres la mayor bruja que haya podido existir jamás —le dijo Jack, apretando los dientes, prácticamente reventando la copa que llevaba en las manos cuando volvió a dejarla sobre la mesa, olvidando lo que iba a hacer con ese objeto.

—Cuidado con cómo me hablas —le espetó Anna, perdiendo la sonrisa por un momento.—Recuerda que tengo el destino de esa chica en mis manos. ¿De verdad quieres enfadarme?—. Jack se mantuvo en silencio, negándose a responder nada ante esas palabras. —Bien. Ahora sé un niño bueno y ve a hacer lo que te he dicho que tienes que hacer. No tenemos toda la noche para esto. No quiero permanecer aquí más tiempo del que debería —comentó la mujer, echando un vistazo a su alrededor, más como si se encontrara en un estercolero que en una amplia mansión, rodeada de aquellos entendidos en arte.

Aún hirviendo desde el fondo de sus mismas entrañas, pensando que no podría ser tan malo cometer un delito de asesinato delante de todo el mundo, se obligó a dar media vuelta como si su cuerpo no fuera suyo y, notando como el corazón se le deshacía a cada paso que daba, no le quedó de otra más que en ir en busca de Clea.

Incluso aunque estuviera haciendo aquello para protegerla, el daño que le iba a hacer era muy posible que no pudiera ser reparado nunca.

CAPÍTULO 34

Mientras caminaba hacía el lugar donde había dejado a Clea, vio que la joven se encontraba ahora con Paget y su prometido, al igual que con Jean Paul, que parecía estar sacándole las palabras al joven poco a poco, tratando de ser amistoso con él.

Para cuando llegó junto a ellos, Clea sonrió en su dirección, haciéndole sentir aún más miserable, y extendió la mano para tratar de aferrar la suya en un gesto cariñoso, como queriendo que formara parte de aquel grupo que habían hecho fuera de los demás invitados.

Sin embargo, él apartó su mano de un manotazo, dejando que tanto a Clea como al pequeño grupo en silencio y con las sonrisas pérdidas en algún lugar del recuerdo.

—¿Qué te ocurre? —Le preguntó, extendiendo una mano hacía él de nuevo, más por mera inercia que por otra cosa, pero sin atreverse a tocarlo de nuevo.—¿Ha pasado algo?

A la única conclusión a la que había llegado era que no se encontraba de humor en aquellos momentos para que nadie le tocara. Como si eso en verdad pudiera ser una verdadera razón para que quisiera sus manos lejos de él.

—Quiero terminar con esto— fue todo lo que se vio capaz de decir.

Ni siquiera pudo soltar aquello mirando a Clea. Tuvo que desviar la mirada hacía otro lado, no queriendo ver la expresión de ella cuando dijera todo lo que tenía la obligación de decir.

—¿Quieres acabar ya con la exposición? Aún es demasiado temprano. Los invitados aún están observando los cuadros — comentó Clea, sin entender qué pasaba en realidad, señalando a la multitud que tenían alrededor.

—No. No con la exposición, si no con lo nuestro. Quiero acabar de una vez con esta patética relación antes de que tengamos que volver a Londres.

Clea frunció el ceño, apartando la mano que había tenido extendida hacía él, cuando escucho aquellas palabras, como si pensara que no le había escuchado bien.

—¿De qué estás hablando? ¿Qué te ha dado?

Haciendo de tripas corazón, Jack se forzó a mirarla, viendo la turbación que corría por el semblante de Clea. Hubiera preferido cortarse un brazo o las manos antes que tener que decirle esas palabras, pero sabía que las amenazas de la vizcondesa no caerían en saco roto. Si no hacía lo que ella quería, la vida de Clea se vería destruida. Y todo porque él no supo deshacerse de aquella mujer en su tiempo.

—Que no quiero seguir con lo nuestro, que ya tengo en mi poder el cuadro que quería pintar y que no quiero atarme a nadie. ¡¿Qué es lo que no entiendes de todo esto?! —le espetó, viendo como los ojos de Clea se llenaban de lágrimas y de sorpresa a un mismo tiempo.

—Espera un momento— interrumpió Jean Paul, poniéndose entre los dos con una sonrisa nerviosa en los labios, tratando de que todos se tranquilizaran.—Esto tiene que ser algún tipo de broma de mal gusto. Jack, esto no tiene ninguna gracia.

—Desde luego que no. Porque no es ninguna broma —afirmó él, mirando al alto francés.—Yo ya he obtenido lo que quería de ella. Ahora eres totalmente libre de intentar algo con Clea, si ella quiere. Yo ya no estaré en el camino. Seguro que no te lo pone difícil.

Antes de vérselo venir, Jean Paul le dio un puñetazo que lo mandó al suelo, haciendo que todo el mundo a su alrededor pusiera los ojos sobre ellos, preguntándose qué era lo que estaba pasando.

—¡¿En verdad vas hacer esto?! —le gritó el hombre, furioso.— ¡¿Qué demonios te está pasando, idiota?! —le gritó en francés, perdiendo los estribos.

Paget se había pegado a Clea, como si necesitara tener a alguien cerca, y Henry había colocado la mano en el hombro de Jean Paul para evitar que el hombre le siguiera hasta el suelo para que siguiera

golpeándolo.

—¿Por qué debería pasarme algo? —Preguntó él, asegurándose de que no le hubiera partido el labio pasándose el torso de la mano por la boca, poniéndose en pie poco después tras comprobar que solo había un poco de sangre.—Tú ni siquiera deberías estar metiéndote en esta conversación. Es algo entre Clea y yo.

La joven parecía estar llorando, con las manos de Paget sobre los hombros, como si aún no acabara de creerse que aquello estuviera pasando de verdad.

—Jack, ya basta. Deja de hacer esto —le pidió la joven morena, tan contrariada como el resto.

—¿Por qué? Tengo que decírselo, dejárselo claro. Nos hemos divertido durante este tiempo en el que hemos estado juntos, pero ya sabía la fama que tenía. No sé de qué se sorprende.

—¡Hemos hablado de casarnos! —le espetó Clea, aún entre lágrimas, sin importarle que todos los ojos de los invitados estuvieran clavados en ellos en esos momentos.

Su voz, rota de una manera en la que nunca la había oído, se clavó en él más que mil agujas al rojo vivo, pero se obligó a que no se notara lo mucho que le afectaba.

—Te seguí el juego durante un tiempo porque pensé “¿por qué no? No hay nada malo en probar cosas nuevas”, pero he comprendido que todo lo que quería era tener ese cuadro y un rato entre tus piernas. Y creo que ya he tenido suficiente de las dos cosas. Mira el lado bueno. Tu hermana me odia. Puedes darle la razón sobre mí y podréis despedazarme entre las dos con vuestras palabras tanto como gustéis.

Clea dio unos pasos hacia él y Jack, aún a pesar de desear caer de rodillas ante ella y pedirle perdón por todo lo que le había dicho, se mantuvo donde estaba, inmóvil, viendo aquellos ojos dorados que adoraba inundados de lágrimas.

Ella alzó la mano y, sin que él se moviera, dejó que le cruzara la

cara, aunque solo fuera para que ella se sintiera un poco mejor, notando que estaba empezando a quedarse vacío por dentro.

—Eres un miserable —le dijo Clea en voz baja, oscurecida por la rabia.—No te merecías que te diera mi corazón ni que, por un momento, hubiera imaginado un futuro juntos. Morirás solo y amargado. Y de verdad espero que así sea.

Jack no se movió, ni la miró. Solo se mantuvo inmóvil mientras Clea se daba media vuelta y desaparecía de la sala.

—¿Qué está pasando aquí? —Preguntó Louis, apareciendo entre la multitud, alarmado, viendo el espectáculo que se había formado en un momento.

—Preguntáselo a este imbécil —le dijo Jean Paul antes de que tanto él como Henry y Paget salieran tras Clea.

Jack no contestó a ninguna de las preguntas que Louis le hizo. Lo único que fue capaz de hacer en esos momentos fue buscar a Anna entre la multitud de rostros que los observaban con atención, encontrándola con una sonrisa de satisfacción en el rostro.

Esperaba que le gustaran los cascarones vacíos, porque eso sería lo único capaz de ofrecerle.

Clea irrumpió en su cuarto como un vendaval, observando el espacio que había estado compartiendo con Jack en los últimos días con unos ojos muy diferentes.

¿Cómo había podido ser tan tonta? ¿Cómo había podido esperar, de verdad, que ese conocido mujeriego hubiera cambiado tan rápido y quisiera formar una familia con ella? ¡Los mujeriegos no cambiaban! ¡Lo sabía, lo sabía! ¡¿Por qué no había hecho caso a su sentido común?! ¡¿Por qué se había dejado ilusionar?!

Porque él parecía haber cambiado. Por eso había decidido entregarle algo más que su cuerpo. Le había ofrecido su corazón cuando creía que él le estaba ofreciendo el suyo, cuando había creído que todo saldría bien, que irían a Londres y hablarían con su

hermana para poder casarse con su consentimiento.

¡¿Cómo había podido ser tan tonta?!

En el acto, empezó a hacer las maletas. No iba a permanecer ni un minuto más del necesario en aquel lugar. Volvería a Londres, dejándolo con su queridísimo cuadro, aceptaría el castigo que su hermana quisiera imponerle cuando se enterara de la exposición y lloraría en su cuarto, contra su almohada, por el amor que había creído tener y que realmente jamás había sido suyo, hasta que se cansara de llorar.

La última de las hermanas de Hierro permanecería soltera, como muchos ya habían esperado que ocurriera. Jamás volvería a confiar tan ciegamente en un hombre. Jamás se arriesgaría a que alguien destrozara su corazón de ese modo. Lo pondría detrás de un muro, uno tan sólido y reforzado que nada podría traspasarlo. El único motivo por el que se casaría a partir de ese momento sería para ayudar a su familia de hacer falta. Punto.

—Clea —murmuró Paget, apoyándose en la puerta mientras veía como la muchacha recogía rápidamente sus cosas, metiéndolo todo con una rabia mal contenida en sus baúles.—Lo que ha ocurrido allí abajo a sido todo muy...

—¡Basta!— la detuvo ella, sin ni siquiera mirarla, queriendo que se callara.—No quiero oír nada de lo que digas. El señor Mardling ha dejado muy claro sus sentimientos. Nada de lo que digas podrá suavizar lo que él ha dicho.

—Sí, eso lo sé, pero... —murmuró la joven, sin saber bien qué decir.

Jean Paul, que había estado tras ella, le colocó una mano en el hombro y trató de ser él el que razonara con Clea.

—Tienes que admitir que todo esto ha sido muy extraño —le dijo.
—Hasta hace unos minutos, parecía adorarte como si fueras lo más importante de su vida y, de repente, te ha dicho todo eso, delante de todo el mundo, como si quisiera que todo el mundo escuchara lo que

tenía que decirte. ¿No te hace pensar?

—Sí. Me hace creer que he sido la mayor idiota del mundo en confiar en cualquier cosa que me hubiera dicho —le espetó ella, deteniéndose un instante en recoger sus cosas, alzando los ojos hacia él.

La rabia y las lágrimas que estaba intentando no derramar habían convertido su mirada en oro líquido, un oro que sería capaz de abrasar a cualquiera que se interpusiera en su camino en ese momento.

—Piensa en ello un momento —le pidió el francés, tratando de sonar lo más calmado posible mientras quería hacerla razonar.— Tiene que haber algo más detrás de todo esto.

—¡Jean Paul! —Exclamó ella, cerrando el baúl donde había estado metiendo sus cosas de golpe.— ¡Me importa muy poco lo que le haya llevado a decir eso! ¡Lo que me importa es que lo ha dicho y le han importado muy poco mis sentimientos en el proceso! ¡No pienso quedarme aquí un minuto más para que pueda decirme algo más hiriente aún!

El hombre no supo qué contestar a eso, pero Paget entró en el cuarto, dirigiéndose hacia la pequeña rubia, abrazando a Clea sin más.

Al principio, ella se envaró, como si fuera a empujarla para apartarla de ella en el acto, rechazando su contacto, pero, poco a poco empezó a relajarse entre sus brazos y, sin poder evitarlo, empezó a llorar contra ella, dejando salir el dolor que la había destrozado, aferrándose a Paget mientras las lágrimas parecían abrasarle las mejillas, sin dejar de manar.

Jean Paul solo pudo permanecer quieto donde estaba, observando como ella se derrumbaba, impotente, con Henry tras él, sin haber abierto la boca porque no sabía bien qué podía decir en una situación como aquella.

—Cuando termines de recoger tus cosas, yo te acompañaré hasta

que llegues a un barco que te lleve a Londres —afirmó Jean Paul, viendo como Clea había ocultando el rostro contra el hombro de Paget, siendo lo único que se le ocurrió decir en esos momentos.—No pienso dejar que hagas el viaje de vuelta tú sola —le dijo.

Clea no dijo nada, pero la vio asentir, sin que ninguno de los presentes se le ocurrió nada más que añadir. Lo único que pudieron hacer fue ver como Clea dejaba salir su dolor en forma de lágrimas, esperando que, en algún momento, todos pudieran comprender porqué Jack la había hecho pasar por aquello.

Durante los últimos días, ambos habían lucido como una joven pareja de enamorados. Nadie habría podido negar que había amor entre ellos. Hasta los criados se reían cuando los veían juntos, como si su alegría fuera contagiosa. Este severo cambio de opinión de Jack era desconcertante, extraño y tenía que tener un buen motivo detrás.

Pero, tras ver a Clea hundirse de esa manera en la tristeza y la rabia, quedaba claro que ella no iba a intentar averiguarlo. Lo que menos desearía ella sería buscar más palabras de él, sobre todo después de que le hubiera dicho esas hirientes palabras delante de todos los invitados de la exposición, que habían contemplado la escena.

Si de verdad había querido hablar con ella, ¿por qué no se la había llevado a un lugar privado para hacerlo? ¿Por qué le había soltado todo aquello delante de ellos?

Las dudas quedaban ahí, en el aire, hasta que Jack quisiera resolverlas.

Antes de que ninguno pudiera impedírselo, Clea hizo que subieran su equipaje en un coche, diciéndole a Paget que, si se había dejado algo, podía quedárselo. Al fin y al cabo, si no se había acordado de coger algo era porque no podía ser muy importante.

—¿De verdad quieres irte así, de esta manera? —Le preguntó la joven francesa, viendo como Jean Paul apenas había tenido tiempo de recoger unas pocas pertenencias antes de seguirla.

—No quiero quedarme aquí, donde sé que me encontraré con él. Quiero perderlo de vista, quiero volver a casa y rodearme de los míos. Quiero olvidarme de él por completo— afirmó.

Paget solo pudo darle un abrazo antes de que Clea se montara en el vehículo, seguida de Jean Paul.

—Espero que nos volvamos a encontrar en una situación algo más alegre —le dijo la joven morena, despidiéndose por la ventanilla.

—Yo también lo espero —afirmó Clea, dirigiéndole una pequeña sonrisa, sin ninguna alegría reflejándose en su rostro.

El coche se puso en marcha y, sin que ella echara ni siquiera un último vistazo atrás, Clea se alejó de una vez por todas de Jack Mardling, de verdad esperando poder olvidarlo.

Mientras Clea se marchaba para no volver, Jack tuvo que continuar en la exposición, sabiendo que todos los ojos de los invitados habían abandonado sus cuadros para ir a fijarse en él.

Después del espectáculo que les había dado, era normal. La mayoría de ellos saldrían pensando que sería algún lío de faldas, algún asunto que no había sabido resolver en privado, sin que jamás supieran la verdad detrás de lo que le había llevado a hacer esa escena.

Anna, en el acto, se pegó a su brazo, aún con una sonrisa de satisfacción en el rostro, pero no hizo nada por apartarla, a pesar de estar deseando su muerte. No haría feliz a la mujer manteniendo la misma relación que habían mantenido antes, pero tampoco se arriesgaría a hacer algo que pudiera repercutir en Clea, como enfadarla cuando no debía.

Él ya sabía que se había ido. La conocía. Después de las veces que le había asegurado que no podría entregarle su corazón, por miedo a lo que haría con él, convenciéndola de que podía confiar, de que aquello no era un juego, estaba claro que no se quedaría allí ni esperaría a hablar con él. Ella ya le había dicho lo que pensaba de su persona y no se molestaría en esperar a que él le pidiera disculpas.

Ella era puro fuego, no era de pensar las cosas fríamente, tanto para lo bueno como para lo malo que significaba aquello. Pero, tal vez, era mejor así porque él no podría decirle la verdad y Anna le obligaría a dirigirle palabras hirientes mientras permaneciera en la casa. No iba a permitir que, en cualquier momento, ellos pudieran reconciliarse.

—¿En qué estás pensando? —Le preguntó la detestable mujer, caminando felizmente de su brazo.

Los invitados parecían estar sorprendidos por lo rápido que había cambiado de pareja, pero, si supieran la verdad...

—En Clea— admitió. ¿Para qué iba a mentir, de todas formas? Ella se habría marchado. Anna no podría hacerle daño. Pero la vizcondesa no podía controlar sus pensamientos también, como ya hacía con su cuerpo, por mucho que quisiera.

—¿Por qué pierdes el tiempo pensando en esa cría? Ahora me tienes a mí a tu lado, a una auténtica mujer. Cuando acabemos esta velada, te mostraré que tan por encima de ella estoy —comentó con tono juguetón, tratando de lucir sensual para él.

Pero a Jack eso le daba igual. Sabía perfectamente lo que la vizcondesa sabía hacer, aprendido de sus cientos de amantes anteriores. Aunque supiera volar sin alas, no podría compararse a Clea. Aunque prefirió no decir eso en voz alta, no tentó a su suerte.

—Iremos a tu cuarto —le dijo él, sin ni siquiera mirar sus cuadros mientras caminaban por las salas.

Aunque estaba seguro de que Clea se habría ido, no quería arriesgarse a montar una escena con ella, ya que Anna disfrutaría gratamente echándola del cuarto para que ellos pudieran acostarse.

—¿Quieres que tengamos un poco de intimidad, cariño? —le comentó Anna, aún luciendo una sonrisa en el rostro, que él deseaba borrarle de un plumazo.

Otros de los motivos por lo que no quería llevarla a su cuarto era porque Jean Paul se encontraba cerca. No quería tener que volver a

discutir con él cuando se cruzaran. Y menos si iba con Anna colgada del brazo como si fuera alguna especie de mascota rara de la que no consiguiera desembarazarse. No quería que el francés viera el motivo de su vergüenza y dolor apretada contra su brazo.

Vio como Paget, acompañada por Henry, cruzaba la sala para poder hablar con Louis, el cuál pareció bastante sorprendido con lo que esta le dijo. En ese momento, supo con seguridad que Clea se había ido, notando como si su corazón hubiera decidido caer hacía lo más hondo de su estómago. Pero se obligó a no manifestar ningún gesto que rebelara cómo se sentía. sobre todo cuando Paget volvió los ojos hacía él.

Como si no se hubiera podido contener, la joven echó a andar hacía él en cuanto lo divisó, sabiendo que le diría las palabras que no quería escuchar, pero que se tendría que tragar con semblante indiferente.

—Clea se ha marchado —le espetó en cuanto estuvo a su altura, forzándolos a detenerse.—No sé que es lo que pretendías hablándole de ese modo, pero no hemos podido detenerla. ¿Estás contento? ¿Esto era lo que querías?

—Lo único que quería era acabar con esa relación y eso es lo que ya he conseguido.

—¿Quién eres tú? —Le preguntó Paget, pareciendo entre enfadada y dolida.—Te he visto siendo un mujeriego, pero, incluso cuando acababas con ellas y querías cortar, nunca has tratado tan duramente a una mujer. Nunca has querido hacerles daño.¿Por qué le has hecho esto a Clea?

—Porque ella no le entendía. No entendía que todo lo que ella soñaba no podía ser.

Anna, en silencio, escuchaba todo lo que estaba diciendo, aún colgaba de su brazo, sabiendo que estaba escuchando con interés para ver si dejaba salir algo sobre su trato.

—¡Si ella se ilusionó fue porque tú hiciste que lo hiciera! —le

espetó.—Ella ni siquiera imaginaba tener una relación sería contigo, pero lo hizo porque tú le hiciste creer en ello, a pesar de todas sus dudas. ¡Incluso hablasteis de casaros!

—Paget, basta —le advirtió, tratando de mantener un tono tranquilo.—Como ya le dije a Jean Paul, no tienes derecho a meterte en mi vida.

—Sí que lo tengo cuando te comportas como un monstruo sin corazón —le dijo la muchacha.—Además, Jean Paul se ha ido con ella para que no hiciera todo ese viaje sola. ¿Estás contento con eso?

—Él siempre quiso tener una oportunidad con ella y ahora la tiene. ¿Dónde está el problema?

Paget alzó la mano, tal vez para golpearlo de nuevo, pero Henry, que había permanecido tras ella todo el tiempo, negó con la cabeza y la hizo bajar el brazo tras detenerla.

—No merece la pena —le dijo cuando ella lo miró con reproche.

—Cierto. No sé quién es este hombre frente a mí, pero, desde luego, no es el Jack que conocía.

Y, sin decir nada más, los dos se marcharon a otro lugar, alejándose de él, haciendo que Jack solo pudiera tratar de tranquilizarse. No solo estaba perdiendo a Clea, si no a otras personas a las que apreciaba.

Y, por si todo no fuera ya bastante malo, saber que Jean Paul estaba viajando con Clea solo le revolvió la sangre, imaginando los mil modos en los que el francés podría acercarse a ella y tratar de consolarla, del modo en el que podía estar libremente con ella. Se tuvo que forzar a eliminar esas imágenes de su mente para evitar estallar de furia.

—Tienes unos amigos muy raros —comentó la vizcondesa, sonando un tanto indiferente.—Parece como si todos tuvieran derecho a decirte lo que tú decidas hacer con tu vida. ¿No son demasiado atrevidos?

Jack no comentó nada a eso. Prefirió mantenerse en silencio y

seguir su camino por las salas, tratando de llevar su mente a cualquier otra parte, sabiendo que, al acabar la noche, tendría que irse a la cama con la mujer que más odiaba sobre la faz de la Tierra. Ni siquiera estaba seguro de que consiguiera cumplir. La rabia controlaba todas las partes de su cuerpo, pero no estaba muy convencido de controlar esa parte en concreto.

—¿Estás otra vez perdido en tus pensamientos, lejos de mí? —le reprochó Anna cuando vio que Jack no iba a hacer intención alguna para contestarle, aferrándose más a su brazo.—De verdad que eres todo un gruñón ahora mismo. Es como si de verdad no estuvieras disfrutando de mi compañía, como si eso de verdad pudiera ser posible. ¿Dónde está ese Jack feliz con el que siempre me estaba divirtiendo cuando conseguíamos vernos a escondidas?

“Muerto”, fue lo que él pensó. Aquella noche, había muerto una parte importante de él. Pero, como llevaba ya haciendo a lo largo de aquella noche, junto a Anna, no dijo nada.

CAPÍTULO 35

El viaje de vuelta a casa fue lo más silencioso posible, a pesar de que Jean Paul intentó entablar conversación con ella en una infinidad de ocasiones, solo pudiendo volver a mantenerse en silencio mientras veía como Clea tenía la mirada perdida en algún punto del paisaje, más allá de su ventanilla.

Entendía que esta no estaba para reír, pero que se hubiera sumido en esa clase de mutismo tampoco era algo bueno. Si quería obtener una respuesta de ella, tenía que hacerle preguntas de sí o no.

¿Tienes hambre? No. ¿Te parece bien que paremos en una casa de postas a pasar la noche? Sí. ¿Tienes sueño? No. ¿Quieres que paremos para que descanses un poco? No. Eso era el resumen de su conversación hasta el momento, a pesar de llevar días viajando juntos, sabiendo que esta apenas estaba comiendo o durmiendo, a pesar de que no había vuelto a derramar una sola lagrima desde que se había encontrado en los brazos de Paget.

—Lo que Jack te ha hecho es horrible, *chérie*, pero... —comenzó a decirle.

Sin embargo, por primera vez en días, Clea volvió la cabeza hacia él y todo su semblante indicó que cerrara la boca.

—No me mires de ese modo solo porque no quieras escuchar lo que ha pasado —le pidió.—*Monsieur* Jack ha cometido un enorme error, pero todo esto ha sido demasiado extraño, demasiado precipitado. Era como si alguien le hubiera obligado a decir todo eso.

Clea lo miró con intensidad, pero no dijo nada.

—¿No lo crees tú así? —Le preguntó.—¿No crees que él, por si solo, no te habría dicho algo así en medio de una situación como esa? Sabes como se estaba comportando contigo en los últimos tiempos, los planes que estabais haciendo... Si hasta estabais hablando de boda. ¡De boda, *chérie*! Eso no es algo que se borre sin...

—Jean Paul —le indicó ella, como advertencia.

Ella podría haber dado muchas vueltas a todo lo sucedido, mil y un veces en su momento, como si aquella escena no pudiera dejar de repetirse una y otra vez en su mente, pero lo que importaba era que se lo había dicho, que la había visto llorar, que había visto cómo esperaba una explicación por parte de Jack y, aún así, había seguido hablándole de aquel modo, había ido diciendo todo aquello que podría dolerle, que sabía que acabaría con ella. Nada más le interesaba. Ni sus motivos ni nada que viniera de él. No ahora.

—¿Por qué te pones a la defensiva conmigo? ¿Por qué no le exigiste una explicación a él, cuando estábamos allí, antes de que recogieras tus cosas y te marcharas?

—Porque no me iba a contestar.

Era la primera vez en días que le dirigía más de una palabra y Jean Paul parpadeó, sorprendido. No había esperado sacar de ella una respuesta tan rápido. Había esperado un poco más de resistencia por su parte.

—¿Por qué no te iba a contestar? Estabas en tu derecho de tener una respuesta a ese espectáculo que creó sin más.

—Porque, por lo que fuera, no me lo iba a decir.

—Pero, ¿por qué...?

—Algo en su gesto, en la forma en la que se colocó ante mí, me decía que solo escucharía palabras hirientes cada vez que abriera la boca. No iba a escuchar explicaciones ni palabras de perdón. Estaba segura de eso.

—¿Tanto os conocíais para estar segura de ello?

—Sí —le respondió ella, volviendo la vista hacia la ventanilla.

Parecía que su momento de hablar había acabado, ya que, a pesar de que Jean Paul le hizo muchas más preguntas, Clea respondía con sí o no o, por el contrario, se negaba a contestar sin más.

Después de un buen rato tratando de sacar de ella una respuesta más extensa, Jean Paul se dio por rendido y prefirió dejar la ronda de

preguntas para el día siguiente, esperando poder ir sacándola de su mutismo poco a poco.

Sin embargo, a pesar de que trataba de sacar algo más de ella en los días sucesivos, con el nombre de Jack de por medio, ya que él parecía ser su mecha, no volvió a conseguir que Clea se hiciera tan habladora y, cuando llegaron a un puerto, supo que ella se había endurecido tanto respecto a Jack que, seguramente, no volvería a sacar a colación su nombre si podía evitarlo.

—Espero que esta experiencia no te haya dado una mala imagen de Francia —le dijo el francés cuando se estaban despidiendo ante el barco, viendo como unos hombres que trabajaban allí estaban subiendo los baúles de Clea.

—No, desde luego que no. Me ha parecido un lugar precioso y no me gustaría perder el contacto con vosotros —afirmó ella, dándole un apretón cariñoso en la mano.

Jean Paul se llevó esta a los labios y se la besó, sabiendo que muchas otras habrían preferido hacer borrón y cuenta nueva con todos ellos para olvidarse de lo sucedido por completo.

—Sabes mi dirección. Paget y yo estaremos esperando noticias tuyas —le dijo con seriedad, viendo como ella asentía.— Además, si en algún momento dejas de pensar que los hombres son unos monstruos sin corazón, no dudes en llamarme. Recuerda que yo estoy el primero en la lista de tus pretendientes.

—Jean Paul —le advirtió Clea, con una pequeña sonrisa en los labios.

La sonrisa no llegó a sus ojos, pero siempre era mejor que nada.

—¿Qué? Nunca podrán decirme que no te conseguí por no intentarlo. Tú ya sabes que si me envías una carta, me presentaré en tu casa para escandalizar a tu hermana en cualquier momento en que lo desees —le aseguró.

Eso le arrancó una risa genuina en días, pero la sirena del barco sonó en ese momento a su espalda, informando que tenían que

embarcar.

Los dos volvieron la vista hacia el barco y luego se miraron el uno al otro, sabiendo que aquella era su última despedida antes de poner un océano de por medio entre ellos.

Clea se abrazó a él, estrechándole con tanta fuerza que Jean Paul pensó que no sería capaz de soltarle, y, sorprendiéndolo, le dió un rápido beso en la mejilla.

—Gracias —le susurró antes de soltarse y empezar a alejarse hacia el barco.

Jean Paul no dijo nada y solo pudo hacer un gesto con la mano en señal de despedida cuando ella se volvió hacia él desde la cubierta, viendo como Clea también le devolvía el gesto.

Sabía, mejor que ella, que pasaría muchísimo tiempo antes de que volvieran a verse en persona.

Clea podía permanecer en cubierta sin marearse. Era un descubrimiento nuevo que había hecho mientras el barco zarpaba e intentaba no perder de vista a Jean Paul en el puerto, aún despidiéndole con la mano, como si permanecer haciendo eso fuera a significar que seguirían en contacto por más tiempo.

Pero, a pesar de la alegría que debía de sentir ante ese conocimiento, que por fin había dejado sus mareos y sus nauseas a un lado, no tenía con quién compartirlo, mirando el hueco vacío que había a su lado.

Llevaba tiempo deseando volver al hogar, del brazo de Jack, llegar a casa, dejar que su hermana le gritara por la locura que había sido irse con él, solo para poder decirle con una sonrisa en los labios que iban a casarse, que iban a ser felices, que no tenía que volver a preocuparse por ella, que iba a tener su propia familia, como Lisa siempre había deseado que tuviera.

Sin embargo, ¿qué le quedaba ahora de todos esos sueños? ¿De qué le había servido hacerse ilusiones, escuchar todo lo que Jack le había dicho, lo que habían estado planeando? Ahora estaba sola, dolida y con un corazón destrozado que no sabía cómo poder recomponer de nuevo, teniendo que aceptar el castigo que Lisa quisiera imponerle. Después de lo que había pasado, hasta aceptaría si quisiera golpearla.

Estaba convencida de que estaba tan dolida por dentro que no notaría los golpes físicos.

Contempló el agua que era dividida en dos por el barco, la espuma arremolinándose y sintió el sol sobre su cabeza, algo que no habían tenido en el viaje de ida y, a pesar de sumirse en una especie de inconsciencia, perdiéndose en alguna parte de su mente, no consiguió obtener algo parecido a la paz.

En cuanto llegara a casa, debía de enviar una nota a Linzy al hotel diciendo que sentía muchísimo no esperarla allí como habían acordado, pero que necesitaba volver a casa cuanto antes, necesitaba rodearse de los suyos antes de que toda ella se deshiciera en mil pedazos y ni eso conseguiría poder evitarlo.

Se sentía como si Jack le hubiera quitado el alma, a parte del corazón. Como si toda la alegría que pudiera sentir en su vida, las emociones o el mero hecho de sentir se lo hubiera extraído del pecho cuando se había colocado ante ella aquella noche y le había dirigido aquellas palabras, sabiendo las repercusiones que tendrían en ella.

Sintió algo frío en la mejilla y, alzando la mano, descubrió que, desde luego, todas las emociones no se las había llevado. Aún parecía ser capaz de llorar, por mucho que eso le pesara.

Que lo único que pudiera sentir fuera tristeza y dejar que las lágrimas salieran la enfurecía. Y temía que, al volver, no hubiera modo de ocultar su tristeza y su rabia y que todos vieran cómo se encontraba en realidad.

¿Cómo iba a evitar lanzarse en los brazos de su hermana en cuanto

la viera y romper a llorar contra su pecho, queriendo que la consolara, como siempre habían hecho de niñas? ¿Cómo iba a impedir que no salieran las lágrimas cuando Lisa observara su semblante y le preguntara qué le pasaba durante el viaje? Estaba claro que iba a romperse en cuanto se sintiera a salvo, en la comodidad de su casa, y acabaría diciéndole a su hermana toda la verdad antes de que Jack volviera de Francia con el cuadro.

Se enjuagó las lágrimas, sabiendo que no estaba sola en cubierta, que había otros pasajeros que se estarían preguntando que le estaría pasando a esa joven que estaba llorando sola, así que se obligó a tragárselas del mejor modo posible y alzó el mentón, prefiriendo dar una imagen altiva que la de una mujer derrotada.

Cuando el aire del mar empezó a parecerle demasiado frío, simplemente se dirigió a su camarote, un cuarto pequeño que apenas contaba con una triste cama, pero que era más que suficiente para ella y allí, sola, sabiendo que nadie podría verla, fue donde dejó salir las lágrimas que le estaban exigiendo ser liberadas.

CAPÍTULO 36

Volver a ver la costa de Londres, que siempre le había parecido un paisaje muy frío y triste comparado con los paisajes de Bishopstoke, le hizo que una ligera sonrisa aflorara a sus labios, sabiendo que había vuelto, que apenas tendría que alquilar un coche para poder volver a casa.

El conocimiento de ello, de saber que podía hacer eso, de que estaba tan cerca, era lo que la estaba haciendo sonreír en aquellos momentos.

Ni siquiera podía ver el momento en el que el barco por fin consiguiera atracar, con todo el equipaje listo para que los trabajadores lo bajaran, y poder pisar de nuevo tierra firme.

Durante su trayecto en el barco, a pesar de que no corría riesgo de vomitar con cada balanceo de aquel armatoste, se mantuvo la mayoría del tiempo en su camarote, donde pedía que le llevaran la comida y donde era el único lugar del barco donde no tenía que encontrarse con gente.

Estar rodeada de desconocidos no era algo que precisamente la mantuviera muy tranquila, así que prefirió auto aislarse y olvidarse de todos los demás.

Ahora, sin embargo, quería bajar, quería oír gente, oler los olores de Londres, ver a su ajetreada gente correteando de arriba abajo, dirigiéndose a trabajar o a gastarse sus sueldos en cualquier lugar o rincón del puerto, como solían hacer la mayoría de los marineros. Quería ver vida, rodearse de lo que conocía y, finalmente, volver a casa.

Tenía que pasar por el hotel donde había quedado con Linzy para dejarle una nota, que había escrito en el barco cuando supo que le quedaba poco para llegar. A Linzy aún le quedarían unos días para volver de su viaje, pero todos aquellos que sabían eso, que eran los

trabajadores de la casa, las gemelas y ella misma, no abrirían la boca sobre ello para que llegara a oídos de su hermana.

En cuanto pisó tierra firme, sintió unas nuevas ganas de echarse a llorar, aunque, en esta ocasión, serían lágrimas de pura alegría, viendo, con una pequeña sonrisa en los labios, como el resto de pasajeros del barco se apresuraban también en bajar, con su equipaje detrás, apresurándose en llegar a sus propios destinos.

Vio a los pequeños ladronzuelos de los puertos fingir que jugaban entre los pasajeros que bajaban, seguramente sacándoles unas monedas de los bolsillos a cualquiera u otra cosa de valor a la que pudieran echar mano.

Hasta eso le sacó una sonrisa a los labios, haciendo que llamara a uno de los niños.

—¿Quieres ganarte unas monedas? —Le preguntó cuando uno de los chicos más grandes que pululaban por allí al fin aceptó acercarse a ella.

—Depende de lo que tendría que hacer —le dijo el chico, colocándose bien sobre la cabeza la raída gorra que llevaba, no mirándola con demasiada confianza.

—¿Y me harías el favor si te diera unas monedas para ti y para tus amigos? Solo tienes que llevar un mensaje —le dijo, mostrándole la nota que ya tenía escrita, viendo como los ojos del chico se iluminaron cuando sacó una pequeña bolsa con monedas del bolso que llevaba colgando de la muñeca.

El chico extendió la mano para cogerla, pero, cuando estuvo a punto de hacerlo, Clea la retiró con una rapidez parecida a la suya.

—Tienes que prometerme que llevarás el mensaje, pues es algo de lo que depende mi vida, así que de verdad confío en que entregues este mensaje donde te digo que debes llevarlo. Y sé dónde encontrarte si me entero que no ha llegado a su destino.

—No se preocupe, señorita. Llevaré el mensaje —le aseguró el chico, sin perder de vista la bolsa.

Clea solo pudo sonreír mientras dejaba que la cogiera, le dió la nota, diciendo a donde tenía que llevarla y a nombre de quién dejarla, y vio como el muchacho desaparecía corriendo entre la gente, viendo como el resto de niños que había por allí salía corriendo detrás de él.

La nota era un mensaje simple para Linzy, diciéndole que ella ya había regresado a Londres y que se encontraba en casa, que ella no tenía que esperarla en el hotel y que podía volver a su casa también, que hablarían más tarde y le contaría lo que la había hecho acelerar su regreso.

Sabía que sería inútil tratar de ocultar a sus amigas lo que había ocurrido con Jack. Antes o después, más antes de que después, se acabarían enterando, acabarían por sacarle la información o ella no podría mantenerse callada por más tiempo y dejaría salir todo lo que había ocurrido desde que había salido de casa.

Sí, esa última opción parecía la más próxima a la realidad, por cómo se sentía.

Alquilando un coche con las monedas que le quedaban, observó como el cochero subía como buenamente pudo su equipaje en el coche, asegurándose de que esta vez estaba todo bien atado y que sus prendas intimas no corrían peligro de acabar extendidas en mitad de todo el camino y, tras asegurarse de ello, montó en el coche, con su ayuda, y esperó a que el vehículo se pusiera en marcha de una buena vez.

Mientras contemplaba el conocido ya paisaje de Londres, pensó qué le diría a su hermana o a su cuñado. Ni siquiera les había enviado una triste carta para avisarles de su regreso y, a pesar de saber que su hermana se alegraría mucho de su vuelta, al menos a Adrien le parecería raro que no hubiera avisado de su regreso anticipado para que fueran a buscarla.

Negando con la cabeza, prefirió no pensar más en ello. Después de todo, se encontraba cansada, tanto física como espiritualmente, como para que pudiera ponerse a pensar ahora algunas excusas decentes

que ellos pudieran creerse y solo se dijo que, llegado el momento, si tenía que ponerse a mentir, se le ocurriría algo sobre la marcha, sorprendiéndose cuando vio que nada había cambiado en la ciudad.

Llevaba poco más de dos meses fuera de Londres, pero, en cierta forma, sentía como si hubieran pasado años desde que se había marchado y, ahora, viendo que todo estaba exactamente como ella lo había dejado a su ida, le parecía muy raro, como si el mundo no hubiera sido consciente de su dolor, de lo que había pasado.

Diciéndose que el mundo no tenía porqué girar en torno a ella, comenzó a ver las cosas que se encontraban al alrededor de su hogar, sintiendo la familiaridad que le traía todo aquello que veía a través de la ventanilla, notando como algo parecido a la alegría destellaba en su pecho, sabiendo que su hogar estaba ya cerca.

Incluso los borrachos que ya habían a aquellas horas, saliendo del puerto en dirección a su hogar la hacían sentirse de nuevo en casa. ¿Quién le hubiera dicho que se sentiría de aquel modo cuando había salido de Bishopstoke?

Para cuando el coche se detuvo ante la puerta de los Bells, Clea tuvo que contenerse para no bajar corriendo e internarse en la casa como un vendaval, llamando a todo el mundo a gritos, deseando verles aparecer a todos para poder perderse entre los brazos de todos sus conocidos, viendo como el cochero tocaba a la puerta y le pedía a la sirvienta que abrió que saliera alguien para ayudarle con el equipaje, ya que, al parecer, el pobre hombre no se veía capaz de bajar las cosas de nuevo él solo, seguramente con la espalda ya algo destrozada.

Clea habría pedido a alguien del puerto que ayudara al hombre, pero se había quedado ya sin dinero y nadie hacía nada gratis en el puerto.

Por su parte, Clea se internó en la casa con el paso más calmado del que se vio capaz en aquellos momentos, viendo como la criada que había abierto la puerta solo conseguía dirigirle una sonrisa de

bienvenida antes de ir a buscar a alguien más y ella admiraba el interior de la casa que consideraba su hogar.

Allí también todo se mantenía como siempre, lo que le daba una gran sensación de serenidad, como si eso la ayudara de algún extraño modo.

—¿Quién ha llegado, Peper? —Preguntó una voz femenina, no muy lejos de donde se encontraba.

Clea se envaró en el acto al saber que era la voz de su hermana, oyendo como se acercaba mientras, por su propio rostro, empezaba a abrirse paso una gran sonrisa, incapaz de que esta se formara mientras la escuchaba, imaginando la sorpresa que Lisa se llevaría cuando se la encontrara, sin esperarla, en la puerta.

Para cuando su hermana salió al recibidor, buscando quién era su inesperado visitante, Clea prácticamente saltaba en el lugar de la emoción.

Lisa se quedó un momento paralizada donde estaba cuando la vio en la puerta, como si no pudiera creerse que realmente se encontrara allí de nuevo, pero enseguida salió de su parálisis y empezó a caminar rápidamente hacia ella.

Clea abrió los brazos, esperando que ambas se fundieran en un abrazo, pero lo que obtuvo fue algo muy diferente.

Cuando Lisa llegó a su altura, la golpeó en el rostro, cruzándole la cara, haciendo que Clea abriera los ojos como platos y se llevara la mano a la mejilla herida, mirando a su hermana sin comprender.

—¿Cómo has podido hacerme esto?— fue todo lo que le dijo esta.

CAPÍTULO 37

Clea solo pudo mantenerse en silencio, mirando a su hermana sin parpadear, aún sujetándose la mejilla y sin entender qué era lo que pasaba, ahora sintiendo sin problemas la rabia de su hermana, casi como si fuera un halo que la envolviera mientras la contemplaba con aquellos ojos dorados, idénticos a los suyos.

—¿Qué... qué pasa?— fue lo único que se vio capaz de decir.

—¿Qué pasa? ¡¿Aún me preguntas que qué pasa?!— explotó Lisa, apretando las manos a ambos lados de su cuerpo, como si recurriera a toda su fuerza de voluntad para evitar no golpearla de nuevo.

Clea solo pudo mantenerse en silencio, intentando entender lo que estaba pasando allí, viendo la furia de su hermana.

O las gemelas no estaban en casa o habían decidido mantenerse ocultas mientras Lisa le gritaba. Al menos, ellas podrían haberle hecho alguna señal para que entendiera qué ocurría.

—¡Linzy tuvo que volver antes! —le soltó Lisa, como si le hubiera leído la mente o hubiera notado como buscaba a estas con la vista, haciendo que ella perdiera el color del rostro en el acto.—¡Su padre se puso enfermo y quiso que estuviera en casa por si la cosa se agravaba! ¡¿Adivina qué cara puse cuando me enteré de que volvía y fui a su casa a recibirte?!

Clea deseaba hacerse muy pequeña, tan pequeña que desapareciera por completo. Y estaba completamente segura de que, si alguien buscara sangre en ella, en esos momentos no brotaría nada. Notaba la garganta seca, incapaz de decir una palabra, solo mirando a su hermana con los ojos más abiertos que nunca, sabiendo la cara de pánico que debía de estar luciendo.

—¡Linzy me lo dijo todo cuando se vio acorralada! —le siguió gritando la mayor de las Freeman, fuera de control.

—Lisa... —murmuró ella, tratando de extender una mano hacia su

hermana, queriendo que se calmara un poco para tratar de explicarse.

Pero ella la apartó de un manotazo, haciendo que Clea se viera transportada a otro lugar, otro momento, uno donde su corazón se hizo trizas. Una mansión, en medio de una exposición. Y donde todo había empezado con un manotazo como aquel.

—¡Quería llegar y decirte que estaba embarazada! ¡Estaba esperando que enviaras una carta o cualquier cosa para saber dónde estabais e informarte de ello! ¡Y, de repente, me entero que has ido de viaje con Jack Mardling, tú sola! ¡¡¡Con Jack Mardling!!!

Sin añadir nada más, Lisa se dio media vuelta para alejarse de ella, tratando de que comprendiera lo enfadada que estaba, el hecho de que se había sentido defraudada con ella, con sus acciones...

Sin embargo, cuando oyó a Clea romper a llorar a su espalda, no pudo evitar detenerse.

Había oído llorar a su hermana muy pocas veces en su vida, pero, desde luego, nunca de aquel modo, así que se dio la vuelta al tiempo de ver como Clea se agachaba, quedando arrodillada sobre el suelo de la entrada, encogiéndose sobre sí misma, mientras los llantos se hacían aún más desgarradores.

Asustada al verla de ese modo, no tardó en colocarse de nuevo a su lado, arrodillándose junto a ella, colocando sus manos sobre sus hombros para tratar de tranquilizarla de alguna manera, asustada al verla así.

—Clea, ¿qué ha ocurrido en ese viaje? ¿Ese hombre te ha hecho algo?

Ella no respondió. Solo se abrazó a ella mientras no podía evitar que las lágrimas dejaran de manar.

Estaba harta de que aquella tristeza no desapareciera, de que, en cualquier momento, la sumiera en esa pequeña llorona que necesitaba refugiarse en alguien, en estremecerse cada vez que el nombre de Jack Mardling salía a colación... Pero el lado bueno de eso era que parecía que su hermana había dejado su enfado a un lado,

sustituido por la preocupación.

Entre sollozos, consiguió contarle por encima lo ocurrido, explicándole lo que había hablado con Jack, de los planes que habían hecho antes de que se acercara la hora de volver y como él, de un día para otro, los había deshecho todos.

Lisa no comentó nada. Solo se mantuvo en silencio, abrazándola, no creyendo necesario hacer ningún comentario al respecto.

La ayudó a ponerse en pie, diciendo que no querría que toda la casa la viera derrumbada de esa manera, en la entrada, que una señorita jamás se mostraba de ese modo delante de otros, y aún abrazada contra ella, su hermana la llevó hasta su habitación, haciendo que se tumbara en la cama mientras Clea trataba de controlar las lágrimas.

Cuando Lisa pareció que iba a abandonar el cuarto para que ella descansara, Clea estiró la mano y le sujetó la suya, haciendo que la mujer se volviera hacia ella.

—¿Estás embarazada? —Le preguntó, tratando de secarse las lágrimas.

Lisa miró la mano que la sujetaba, sabiendo que no solo quería hablar de ello. Lo que estaba buscando era que no se marchara en ese momento, que no la dejara sola.

Se sentó en la cama junto a ella, viendo como Clea le dejó un hueco a su lado, y acabó tumbándose junto a ella.

—Tengo que estar cerca de los cuatro meses —comentó.

Clea le puso la mano sobre el estómago, pero si Lisa estaba embarazada, aún no se le notaba.

—Así que estabas embarazada cuando me fui. ¿Cómo es que no te diste cuenta antes?

—Tampoco es que venga controlado esas cosas con exactitud. No me percaté del tiempo que había pasado hasta que las criadas me preguntaron si no necesitaba los paños. Se habían extrañado de que no los pidiera después de tanto tiempo y fui al médico.

—¿Y cómo está Adrien?

—¿Él? Emocionado y nervioso. Unos momentos está lleno de alegría al pensar que va a ser padre y, de repente, se pregunta si podrá ser uno bueno. Creo que me va a volver loca durante estos meses.

—¿Por qué se pregunta eso? Él crió a sus hermanas y lo hizo bien.

—Pero los hombres son muy temerosos. Y más si son cosas como estas. Ya le dije que el niño iba a salir de mí, que si alguien tenía derecho a estar nerviosa, esa era yo. Eso pareció tranquilizarle un poco y recordarle que sería yo la que pasaría por el parto y no él. Pero no pareció que eso consiguiera tranquilizarle durante demasiado tiempo.

—¿Y tú qué prefieres? ¿Qué sea niño o niña? —Le preguntó Clea, aún con la mano sobre el estómago de su hermana.

—A mí me da igual. Sea lo que sea, lo querré.

—Pero esta casa está llena de mujeres. Debería de ser un niño —comentó, tratando de eliminar las lágrimas que aún se empeñaban en empañarle la visión, haciendo que se limpiara estas a manotazos.

—¿Habéis pensado ya nombres?

—Algunos. Pero no nos hemos acabado de decidir.

Clea se mantuvo en silencio, contemplando el estómago de su hermana.

—Lamento no haber estado aquí. Me hubiera gustado estar presente cuando se lo dijeras a todos —murmuró al final.

Lisa volvió un momento la cabeza hacia ella, pero Clea no la miraba a la cara.

—¿Por qué te fuiste con él? —Le preguntó Lisa a su vez, empleando el mismo tono suave y bajo que ella.

—Jack quería hacer ese cuadro mío desde hacía mucho tiempo y a mí me gustaba él. Me parecía emocionante viajar a su lado a cualquier parte que quisiera llevarme y dejar que me pintara, ver qué era lo que decía que veía en mí...

—Sabías como era, la fama que tenía —le dijo a su hermana, acomodándose en la cama para poder mirarla mejor.

—Sí. Por eso, al principio, no me hice ilusiones. No esperaba casarnos ni nada de eso. Sabía que había ido hasta allí para que pintara un cuadro mío y nada más. No era tan ingenua. Pero, cuando él empezó a revelarme cosas de su pasado, de porqué se comportaba del modo en el que lo hacía, cuando comenzó a hacerme promesas, me las creí.

—¿Te prometió que os casaríais? —Le preguntó Lisa, sonando bastante indignada.

—Bueno... no fue una promesa. Hablamos de ello, de cómo volveríamos y hablaríamos contigo para que nos dieras tu permiso y... —. Clea no pudo seguir hablando, ya que un nuevo sollozo rompió por ella.

Y Lisa no pudo evitar abrazarla en el acto.

Por esto, por evitar una escena como aquella, era por lo que no había querido que su hermana se relacionara con ese Jack Mardling. Pero, a pesar de sus advertencias, su cuidado, no había podido evitar que Clea saliera herida.

Lisa debió de hablar con los demás miembros de la casa, ya que cuando llegó la hora de la cena, después de que Kailyn llegara de casa de Linzy y Kaila de acompañar a su hermano a la fábrica, nadie le preguntó nada de su viaje ni de su aspecto, ya que sus ojos aparecían rojos después de haber estado llorando tanto, solo diciéndole que se alegraban de que hubiera vuelto ya a casa y si se había enterado ya de la buena noticia.

Clea agradeció eso. No quería volver a recordar lo que había ocurrido.

—No llevamos ni un año casados y ya estás embarazada. ¿Qué significa eso? —comentó Adrien, con una sonrisilla tonta en los labios.

Después de todo, parecía como si esta fuera incapaz de desaparecer de su rostro. Sin duda, quién lo viera así en aquellos momentos nunca lo relacionaría con el tipo serio de sus fábricas, que trabajaba con mano de hierro y expresión feroz. En realidad, en aquellos instantes, parecía una persona completamente diferente.

—Que deberíamos de descansar de vez en cuando —le comentó Lisa, tomando un sorbo de agua, haciendo que las gemelas soltaran una ligera sonrisilla y Clea, inevitablemente, también.

—¿De verdad que no os habéis puesto de acuerdo para los nombres aún? —Les preguntó Kaila, llevando la conversación por otro cauce.

Parecía que, desde que había viajado a Bradford juntos, la joven se había interesado por asuntos de la fábrica, ya que le habían llamado la atención de algún especial modo, y Adrien no parecía tener ningún problema en que su hermana le ayudara, sobre todo cuando tenía el tema del bebé en la cabeza y su concentración estuviera algo oscilante.

—Tenemos algunos pensados —comentó él.

—Si es niño, pensábamos en Anthony o Josh —comentó Lisa.

—¿Cómo el padre de papá? —Preguntó Clea.—¿El abuelo Anthony?

—O como nuestro padre, Josh —comentó Kailyn.—Me gusta ese nombre.

—¿Y cuáles habéis pensado para una niña? —Preguntó Kaila.

No iban a saber lo que era hasta que la criatura naciera, pero debían de pensar en las dos opciones. A no ser que confiaran en las antiguas supersticiones para saber si era niño o niña.

—Ahí tenemos muchas más dudas— admitió Adrien, aún sonriendo.

—Es que los nombres de niña son mucho más bonitos. Se me hace difícil decidir— admitió Lisa cuando notó que su marido le dirigía una mirada significativa.

—¡Pronto tendremos una sobrina o un sobrino a quién consentir!
—comentó Kaila con emoción, mirando hacía su hermana, que le sonrió de igual modo.

—Y al que tendremos que vigilar para que no se haga daño —le recordó su hermana.—Tendremos que ser sus ángeles de la guarda.

—No sé como Irene no dijo nada de venir a vivir aquí en el acto cuando se enteró de la noticia —comentó Lisa.

—¿Irene y el señor Craven lo saben ya? —Preguntó Clea, pareciendo sorprendida por ello.

—¿Quién crees que me acompañó al médico? —Le preguntó su hermana.

Inevitable, pensó. Se había perdido demasiadas cosas al estar fuera. ¿Y para qué? Por un cuadro que no quería volver a ver y por un hombre al que no deseaba oír mentar. No, desde luego no le parecía un intercambio justo.

—Clea, ¿estás con nosotros? —Le preguntó su hermana, haciendo que volviera a la realidad.

—¿Qué? —Preguntó ella a su vez.

—Estaba diciendo que tenemos que decorar un cuarto para el bebé — repitió Adrien.—Y decía que, sin duda, sus tías querrían hacerlo también.

—¡Hay que comprar peluches, juguetes y cojines! —Exclamó Kailyn.

—Y también contratar a alguien para que pinte la habitación — comentó Kaila.

—Sí. Alguien que sepa dibujar para que se note que es la habitación del bebé —comentó la menor de las gemelas.

Pero, cuando dijo eso, volvió la vista hacía Clea, como todos lo demás sentados en la mesa, haciendo que ella levantara la vista de su plato.

—Sí. Me parece una buena idea que alguien venga a pintar — comentó.—Pero no entiendo por qué quieres comprar cojines —le

dijo a Kailyn, haciendo que los demás volvieran a centrarse en lo que estaban hablando más que en ella.

—Porque tendremos que sentarnos en el suelo con él, para jugar y corretear por toda la casa. ¿O esperas que no tengamos que arrastrarnos por el suelo? —comentó Kaila, con una amplia sonrisa dibujada en el rostro.

—La casa se va a llenar de juguetes por todas partes —comentó Lisa, pareciendo ya cansada en pensar en la tarea, como si ella tuviera que ir recogiendo todos.

—No te quejes. Siempre dijiste que si tenías un hijo, lo ibas a consentir —le recordó Clea.

—Cierto— sonrió Lisa.

Y el buen ánimo, hablando sobre el tema del bebé, continuó durante toda la cena.

Sin embargo, cuando se retiraron a su habitación para dormir, las gemelas se internaron en el cuarto de Clea, abrazándola y preguntándole qué era lo que le había ocurrido durante su viaje, qué había pasado exactamente con Jack y cómo era posible que no se hubiera enterado de que Linzy había vuelto antes, cuando ella le había dejado una nota en el hotel para informarla. Antes de confesar ante Lisa, claro.

A regañadientes, les tuvo que contar todo lo sucedido, ahora sin preocuparse sobre qué detalles contaba delante de ellas, como se había visto obligada a hacer delante de Lisa, hablado sobre hasta cómo había salido precipitadamente de Francia ante las palabras de Jack.

Las gemelas se miraron un momento tras escuchar todo su relato, ya que, a pesar de conocer durante años la fama que él había mantenido con las mujeres, nunca habían oído nada similar a ese trato que este le había dispensado a Clea con ninguna de sus otras amantes.

—¿Por qué te dijo todo eso? —Le preguntó Kaila, limpiando las

lágrimas que Clea no había podido evitar volver a derramar, por mucho que se odiara cuando eso ocurría.

—Porque quería acabar conmigo, quería que me marchara de allí lo antes posible. Seguramente, quería que estuviera fuera de allí aquella misma noche.

—Pero... ¿por qué? —Preguntó Kailyn, aún insistiendo en el tema.
—Si quería que te fueras, sería por algún motivo en concreto.

—Porque no me quería allí. ¿No os ha quedado claro? Quería perderme de vista de una vez por todas.

Las gemelas no pensaban igual, pero, al verla en el estado en el que se encontraba en aquellos instantes, prefirieron cambiar de tema.

—Linzy no quería traicionarte —le dijo Kailyn, recordándole a la joven que había querido ayudarla.—Pero cuando Linzy volvió de su viaje por petición de su padre, y Lisa se presentó en su puerta, no se le ocurrió nada que decir para justificar tu ausencia, excepto la verdad. Además, dijo que no quería mentirle a una mujer embarazada.

—¿Acaso todo Londres sabe del estado de mi hermana?

—Creo que sí —comentó Kaila, dirigiéndole una pequeña sonrisa.
—Por lo que sé, el señor Craven e Irene se han ido encargando de contarlo a todas las personas con las que tienen oportunidad de conversar. Creo que no han estado hablando de otra cosa en semanas.

—¿Y cómo se encuentra el padre de Linzy?— preguntó, volviendo al tema de la joven que había tratado de ayudarla.

Después de todo, la pobre no había podido cubrirla porque su padre había creído que se moría. No era algo como para que pudiera estar enfadada con ella.

—Tuvo un resfriado muy fuerte, que debilitó sus pulmones, pero consiguieron que se recuperara a pesar de todo. Aún no se ha levantando de la cama, pero, al menos, ahora está fuera de peligro —le contó Kailyn.

—¿Los hermanos de Linzy estaban allí con ella?— preguntó,

sabiendo los problemas que tenía la joven para poder relacionarse con los hombres de su familia.

—No. Ellos han estado encargándose de la fábrica en ausencia de su padre. Él no ha querido que dejaran de trabajar.

—Pobre Linzy. Seguro que se siente mal al haberle tenido que decir toda la verdad a Lisa —comentó Clea, preocupada por esta.

—Mañana podríamos ir a visitarla para que vea que no ha ocurrido nada grave —comentó Kailyn a su vez, mirando a las dos chicas presentes que tenía al lado.—A no ser que Lisa te haya impuesto un castigo o... —murmuró, sin acabar la frase.

Clea miró a las dos hermanas y les dirigió una sonrisa triste.

—Creo que estaba lo bastante enfadada cuando me vio aparecer para eso, sí, pero, cuando me puse a llorar como una niña, se le pasó. Hace mucho que no lloro de ese modo. Creo que hasta la asusté y todo.

—Pero... ¿y si tú también estás...? Ya sabes —comentó Kaila, tocándose el estómago para que ambas muchachas entendieran de lo que estaba hablando.—Estuviste con Jack y, por lo que nos has contado, no os preocupasteis de evitarlo.

Clea ni siquiera había pensado en esa posibilidad, tan concentrada en su dolor que no parecía tener cabida para nada más en su mente. Pero, mientras sentía como nuevamente perdía el color del rostro ante aquella posibilidad, se llevó una mano a su propio estómago, rezando en silencio para que nada como eso ocurriera. No quería tener un hijo en medio de todo eso, cuando su relación estaba destrozada.

—¿Cuándo podrás saber seguro que no hay nada de lo que preocuparse? —Preguntó Kailyn, mirando a su hermana con reproche, colocando una mano en la espalda de su amiga cuando la vio entrar en aquel estado de pánico.

Lo que menos necesitaba Clea en aquellos momentos era preocuparse por algo como eso, cuando no podía estar segura de si

sus temores tenían fundamento o no.

—Creo que dentro de unos días. Pero... ¿Y si hay algo? ¿Qué voy a hacer? Ni siquiera había pensado en eso— dijo, mirando a las gemelas con el terror pintado en la cara.—No quiero traer a ningún niño en estas circunstancias. No quiero traer una vida así.

Kailyn la abrazó para tratar de tranquilizarla.

—Tranquila. Verás cómo no pasa nada. Con una mujer embarazada en casa es más que suficiente. Ya sería demasiada casualidad que tú también estuvieras en estado. Es imposible que dé semejante casualidad. Tranquilízate.

Kaila miró a su hermana, que a su vez la miró a ella. Estaba claro que lo que menos necesitaba la joven era que le metieran en la cabeza más ideas preocupantes, sobre todo cuando aún no podían salir de dudas. Pero Kaila quería que pensarán en todas las posibilidades, que tuviera en cuenta que podía ocurrir. Y, en cuyo caso, actuar en consecuencia.

Había métodos, antiguos remedios y algunas casas en la ciudad donde se encargaban de aquellos contratiempos. No sería la primera ni la última joven de Londres que se quedaba embarazada fuera del matrimonio o en un horrible momento.

En caso de que las sospechas se confirmaran, tal vez deberían pensar en acudir a uno de esos lugares o llamar a una de esas mujeres expertas en la materia, que se encargaban de preparar pócimas que ayudaran a solucionar el problema del modo más discreto posible.

No era algo agradable de hacer. Los dolores que ocasionaban en las madres para hacer que perdieran a las criaturas no natas eran horribles e incluso se hablaba de que muchas mujeres que habían recurrido a esas prácticas perdían la capacidad de traer nueva vida al mundo cuando realmente lo buscaban.

Del mismo modo que dudaba que Clea, o su hermana si se llegaban a enterar de que de verdad crecía vida dentro de ella, fueran

a deshacerse de la criatura, de llegar a existir. No era el momento ni las circunstancias para tenerlo, pero las dos hermanas se habían criado con un padre encargado de predicar la palabra de Dios. Ninguna sería capaz de acabar con una vida, aunque no hubieran estado preparados para ella.

—No quiero tener un bebé ahora —murmuró Clea, aún abrazada a su amiga, temiendo lo peor, sintiendo que el pánico corría claramente por sus venas.

—En unos días, saldremos de dudas y veremos que todo esto ha sido un susto sin importancia —le aseguró Kailyn, meciéndola, sin saber qué más decir, mientras Kaila no sabía qué pensar de todo eso, mirando a su hermana.

De verdad, esperaban que no hubiera nada que temer. Pero, hasta que pudieran confirmarlo, el pánico estaría siempre presente.

CAPÍTULO 38

Después de unos días, Clea pudo comprobar, con un alivio infinito, que no tenía que pensar en ningún bebé más allá del que su hermana esperaba, pero, a pesar de que eso significaba una tranquilidad para su alma, después de los días de intranquilidad y miedo que había estado pasando, tampoco podía sentirse del todo bien.

No quería traer a un niño en medio de una situación como en la que se encontraba. Pero, al mismo tiempo, también significaba que cualquier lazo que hubiera podido mantener con Jack se había roto para siempre, aún a pesar de que su cabeza le decía que eso era lo mejor que podía pasar.

Ella y Kailyn visitaron a Linzy cuando Clea pudo desechar sus temores sobre un futuro bebé, pues, hasta entonces, se había visto incapaz de salir de casa y, prácticamente, ni de su cuarto.

Nada más cruzar la puerta de esta, Linzy se apresuró a llegar al recibidor y caminó hacia ellas, tomando las manos de Clea entre las suyas.

—¡Lo siento muchísimo!— fue lo primero que le dijo la joven.— No quería decírselo a tu hermana, pero tampoco se me ocurría nada para decirle y poder justificar que no me hubieras acompañado.

—Puedes estar tranquila —le aseguró Clea, dirigiéndole una pequeña sonrisa, al verla en aquel estado.— Es mejor que todo haya salido así. Nunca debí de hacer ese viaje ni haber dejado que el señor Mardling me afectara de esta manera.

—Pero tu hermana tuvo que haberse enfadado mucho contigo cuando llegaras a casa. Y estaba en estado. No es bueno que se pusiera de ese modo.

—Mi hermana es una mujer fuerte. Algo como esto no podría con ella. Además, ya no está enfadada. Ya ha comprobado que yo me he buscado mi propio castigo.

Linzy frunció el ceño cuando hizo ese comentario, seguramente preguntándose qué había querido decir con eso, pero no comentó nada a ello y les indicó a las dos que la acompañaran a su pequeño salón personal.

—¿Tu padre ya se ha podido levantar de la cama? —Le preguntó Kailyn, que no había abierto la boca hasta entonces.

—Sí, lo ha intentado, aunque el médico no se lo ha recomendado todavía, y le ha dicho que tenga mucho más cuidado con su salud. Sé cree que es más fuerte de lo que es.

—¿Cuándo tuviste que volver? —Le preguntó Clea.

—Hace unas semanas. El médico pensaba que el resfriado podría haberle afectado a los pulmones y temían que empeorara. Pero, gracias a Dios, no fue nada más que un susto.

—Me alegro de que todo esté bien —le aseguró Clea, dándole un apretón cariñoso en la mano.

—Y yo lamento que tu viaje no resultara como tú querías.

—Bueno... —comentó la joven, haciéndose hacia atrás en su silla, como si quisiera alejarse de aquella conversación.—¿Quién puede decir que las cosas siempre les salen como uno quiere? Además, ahora mismo, quiero concentrarme en que vamos a tener un sobrino o sobrina y hay que preparar la casa para él o ella.

—Tiene que ser emocionante esperar a un miembro más de la familia —comentó Linzy, con una ligera sonrisa.

—¿Tus hermanos no planean casarse? —Le preguntó Kailyn.

—Mis hermanos son... muy bruscos y los modales nunca han sido algo que les preocupara demasiado. Samuel está siempre metido en los asuntos de la fábrica, Steve creo que... tiene fama de mujeriego y Timothee... parece que tiene fama de no tomarse nada en serio —comentó Linzy, agachando un poco la cabeza al tener que hablar de aquel tema.

No sabría de primera mano todo eso, por supuesto. El poco tiempo que sus hermanos pasaban en casa no era en su presencia, ya que

Linzy enseguida se retiraba a su cuarto, o cualquier otro lugar de la casa que estuviera lejos de ellos. Pero, desde luego, los hermanos Hale no se encontraban en la lista de los hombres más deseados de Londres.

—No sufras por eso. En el momento en el que menos te lo esperas, tendrás la casa llena de sobrinos —le aseguró Kailyn, dirigiéndole una pequeña sonrisa para animarla.—Y tú tampoco tardarás en formar tu propia familia.

—Eso lo dudo —comentó ella, haciendo un gesto, como si de verdad creyera que eso era algo completamente imposible.

—¿Por qué? —Le preguntó Clea.—Hay veces que las cosas no salen bien, pero... —comentó, pensando que esta rechazaba la idea debido a lo que le había pasado a ella.

—No, no es por eso —le aseguró Linzy, alzando rápidamente las manos hacía ella, para que alejara esa idea de su mente.—Es solo que... Sabéis como soy. Apenas puedo hablar con mis hermanos sin asustarme. ¿Cómo voy a tener esa clase de cercanía con un hombre, como para saber que me puedo casar con él, cuando ni siquiera puedo permanecer mucho tiempo en presencia de mis propios hermanos?

Clea y Kailyn se dirigieron una mirada, preguntándose lo mismo también, sin poder evitarlo. Pero trataron de ser positivas.

—Seguro que aparecerá el tipo adecuado —afirmó Kailyn.

—Siempre tiene que haber alguien destinado en esta vida. Y seguro que tu timidez no será un problema cuando lo encuentres —le aseguró Clea.

Linzy las miró, no muy convencida de sus palabras, pero fue en ese momento cuando se dio cuenta de algo.

—¿Dónde está Kaila? —Les preguntó.

—Ha ido a la fabrica con Adrien otra vez —le dijo Kailyn, pues Clea solo pudo volver la cabeza hacía ella.—Desde que fuimos a Bradford, se ha mostrado interesada en esos temas y Adrien parece

estar encantado.

—¿Una joven metiéndose en esos asuntos? —comentó Linzy, sorprendida.—Es asombroso.

—Al parecer, venimos de unas familias llenas de mujeres asombrosas —comentó Clea, sonriendo.

En las días sucesivos, Clea se dedicó, junto a Kailyn y Lisa, a preparar un cuarto para el bebé que se aproximaba. Ese era uno de sus pocos entretenimientos que tenía, junto con visitar a Linzy o que esta las visitara a ellas.

Lisa no parecía estar enfadada con la joven por haberla ayudado a marcharse con Jack, como Linzy había estado temiendo durante todo el tiempo que llevaba sin verla. Lisa le dejó claro muy pronto que no tenía nada contra ella. Si Linzy no la hubiera ayudado, estaba segura de que su hermana habría encontrado otro modo para salirse con la suya.

Kaila ayudaba de vez en cuando con los asuntos del bebé cuando se encontraba en la casa, pero, la mayoría de los días, trataba de ir a la fábrica con Adrien para intentar comprender el funcionamiento de cada detalle, centrándose bastante en ese tema.

En eso consistían sus días, ayudando en esa tarea del cuarto, al igual que Clea tocaba el piano para su hermana cuando Lisa se ponía a bordar por las tardes en las que no se encontraba demasiado cansada.

Ella siempre le había dicho que la parte musical de la familia se la había llevado toda Clea, así que tocaba para ella, consiguiendo recordar otros días, cuando se encontraban en casa, con su padre aún vivo y con Irene de arriba abajo, tratando de que ella también realizara alguna de las tareas del hogar.

Así era como se encontraban, estando en casa, tocando, con Lisa sentada cerca, bordando unos cojines pequeños para el bebé, cuando Kailyn llegó de la calle, pareciendo algo más agitada de lo normal.

Clea la observó un momento, pero no dejó de tocar, sabiendo lo que iba a decir.

—Jack Mardling ha vuelto —comentó.

Lisa dejó de bordar al momento.

—¿Y sabes algo de la exposición? ¿Va a exponer el cuadro de Clea?

—Preguntó la mayor de las Freeman, dejando las cosas de costura a un lado.

—No se ha oído nada de una exposición —comentó Kailyn.

Lisa ya había dicho que, si la exposición tenía lugar, compraría el cuadro u obligaría a Jack a que no lo expusiera. Sin embargo, que no se hubiera oído nada de la exposición extrañó a todas las presentes, haciendo que Lisa mirara a Clea, la cual solo se encogió de hombros, habiendo dejado de tocar ante esa noticia.

—¿No ha dicho nada de la exposición? —Preguntó Lisa, como si aún no se lo creyera del todo.—Se suponía que lo iba a exponer aquí.

—Lo único que se comenta es que ha vuelto y.. — miró un momento a Clea antes de seguir hablando.—Y que pasa la mayoría de su tiempo en la casa de la vizcondesa de Taaffe.

Clea se envaró al oír ese nombre, recordando perfectamente a la mujer que había intentado mostrarse simpática con ella en la exposición de Jack en Francia. Todavía recordaba que le había parecido una mujer encantadora. ¿Desde cuándo ella y Jack eran... ? ¿Por eso se había mostrado simpática con ella, porque le había dado pena la pobre ingenua que no sabía cómo era él en realidad?

—Tal vez sea mejor así —comentó Lisa, mirando a su hermana, que permanecía dándole la espalda.—Si está ocupado en otras cosas y no quiere hacer la exposición, mejor para nosotros.

—Pero... ¿por qué no va a hacerla? Siempre hace una cuando termina un nuevo cuadro, armando un gran escándalo por ello. Jack puede ser muchas cosas, pero es muy serio con su trabajo —afirmó Kailyn.

—Da igual el motivo que le haya llevado a no hacer nada. Lo

importante es que no va a estar más en medio. Demos gracias.

Kailyn pareció que iba a decir algo más, pero Clea empezó a tocar de nuevo, haciendo que se silenciara y, viendo como Lisa retomaba su costura, completamente calmada, prefirió callar.

La gemela esperó a que Lisa se retirara para poder hablar con Clea con algo más de calma. Después de todo, a ellas les había contado que había conocido a esa simpática mujer, la cual le había parecido muy agradable.

Lisa se cansaba con facilidad y últimamente dormía mucho, así que no tuvo que esperar demasiado para que se retirara.

Cuando estuvo segura de que estaban solas, se volvió hacia Clea, que seguía tocando.

—¿No nos has hablado de la vizcondesa de Taaffe? —Le preguntó.
—Nos dijiste que ella estaba en la exposición en Francia.

—¿Y? —Preguntó Clea, sin dejar de tocar.

—¿Y no te parece raro? Todo iba bien con Jack hasta que esa mujer llegó a la casa de su amigo. Y, ahora, a pesar de que él vive para la pintura, no hace la exposición y pasa los días en casa de esa mujer. ¿No te parece raro?

—¿Y qué si me lo parece?

—¡Vamos, Clea! ¡Reacciona! —le gritó.

—¡No! —respondió ella, golpeando el teclado y volviéndose hacia su amiga.—¡No tengo que reaccionar ante nada! ¡Él me sacó de su vida! ¡Eso significa que nada de lo que haga debe de importarme! ¡Podría salir con todas las mujeres de Londres y yo no tendría derecho ni a pestañear! Me ha sacado de su vida, ¿lo entiendes? A lo mejor, nunca abandonó a sus otras amantes.

Kailyn se quedó callada, sin saber qué decir a eso, viendo como Clea intentaba tragarse las lágrimas que habían acudido a sus ojos, sabiendo que había insistido demasiado.

—Yo... no quería molestarte —le dijo.—Pero, todo ha sido tan raro...

—Lo sé. Sé que todo fue muy raro del modo en el que actuó. Pero, si no me dijo la verdad en ese entonces, ¿por qué me la iba a decir después? Y que esa mujer se mostrara simpática conmigo solo me hace sentir patética y tonta por no darme cuenta que era una de sus amantes.

—¿No vas a tratar de obtener una explicación de lo ocurrido en Francia? —Le preguntó Kailyn, sentándose en el sofá que había estado ocupando Lisa hacía unos minutos.

—No. Tener una explicación no me hará sentir mejor. Es posible que solo consiga hacerme sentir más tonta y miserable. Lo único que quiero es cerrar los ojos y olvidarme de él de una vez por todas.

Kailyn le tendió un pañuelo, ya que, aunque Clea trataba de evitarlo por todos los medios posibles, las lágrimas habían vuelto a comenzar a caer, haciendo que Kailyn viera como Clea agachaba la cabeza y trataba de secárselas.

—Creo que estaban haciendo chocolate en la cocina para merendar cuando he llegado. ¿Por qué no vamos a tomar un poco? —Le preguntó Kailyn, de golpe, poniéndose en pie, tratando de cambiar de tema.

—Sí, quiero. Pero solo si hay pastas —comentó Clea, en apenas un murmullo, alzando la cabeza.

Esta no pudo evitar sonreír ante ese comentario.

—Veremos lo que podemos hacer.

CAPÍTULO 39

Pasó un mes entero antes de que Clea viera a Jack Mardling personalmente por la calle.

Había oído, como casi todo el mundo, pues los rumores corrían muy rápido por esa ciudad, que pasaba mucho tiempo en casa de la vizcondesa, sin apenas salir de allí. Pero, por suerte o por desgracia, había tenido un mes entero diciéndose que, en algún momento, por cualquier motivo, iba a tener que volver a verle.

La ciudad no era tan grande como para que pudiera evitarle. Sobre todo cuando sus círculos sociales coincidían bastante.

Sin embargo, no se esperó aquel encuentro cuando, una mañana, después de oír como Lisa se quejaba de haberse quedado sin hilo verde para poder bordar, ahora con el embarazo algo más notable, ella se ofreció voluntaria para salir a buscarlo, acompañada de una criada, que también debía de comprar unos detalles para la cena de ese día.

Estaba pagando el hilo en un pequeño puesto cuando oyó comentar al hombre del lugar sobre la pareja que se aproximaba, pareciendo sorprendido y admirado porque estos se hubieran dignado a pasar por allí de nuevo.

Volvió la cabeza hacia la derecha y allí estaba él, Jack Mardling tan condenadamente apuesto como siempre había lucido, con la vizcondesa del brazo, teniendo que detenerse cada pocos pasos, ya que la mujer se paraba cada dos por tres en un puesto, toqueteando cualquier cosa que llamara su atención.

Jack miró en su dirección y, por un momento, le pareció que él se alegraba de verla cuando sus miradas se cruzaron, pero, enseguida, su rostro se convirtió en una tabla rasa, sin mostrar expresión alguna.

Sin embargo, la vizcondesa debió de notar algo en él, ya que alzó el rostro hacia este y luego la localizó a ella entre la gente.

La mujer le dirigió una sonrisa y supo que iba a intentar acercarse a ella, seguramente para entablar alguna clase de conversación, así que hizo como que no les había visto a ninguno de los dos y se dio media vuelta para alejarse de allí lo más rápido posible.

Demasiado rápido, ya que la pobre criada que la había estado acompañando no se dio cuenta que se había ido, así que, a regañadientes, no pudo alejarse mucho, solo lo suficiente para que la vizcondesa no tratara de ir tras ella.

Lo que menos necesitaba era ver lo felices que estaban juntos o intentar fingir que su relación le era por completo indiferente.

Pensaba que estaba preparada, que ya había llorado todo lo necesario para que Jack no pudiera afectarle de ninguna manera. Pero se equivocaba. Su mera presencia la removía por dentro, sin que pudiera evitarlo.

Se refugió al lado de un puesto de alfombras, sabiendo que las montañas que habían apiladas en distintas mesas la ocultaban lo suficiente, tratando de esperar a que la criada llegara hasta ella, cruzándose de brazos y mirando a todo el mundo con disgusto, habiendo estropeado irremediablemente un día más o menos bueno.

—Esa cara no te sienta bien —le susurró Jack al oído, haciendo que ella diera un salto y se llevara la mano al oído, tratando de que su corazón permaneciera aún latiendo en el interior de su pecho.

Hasta el momento, había pensado que estaba lo bastante roto como para que pudiera volver a saltar así.

—¿A ti qué te importa mi cara? —le espetó Clea, tratando de no sonrojarse, apartando la mirada de él.

Odiaba verlo tan bien, tan guapo, como siempre. Le gustaría verlo horrible, feo o descompuesto. De cualquier modo para que no se sintiera atraída hacía él sin remedio.

—Siempre has estado más guapa cuando sonríes —le comentó él.

—Ya te he dicho que eso ya no te concierne. Lárgate con tu amante y déjame en paz —le dijo, dando dos pasos atrás cuando Jack dio un

paso hacía ella. — ¿Dónde la has dejado?

— Estaba muy ocupada con una tienda de perfumes —le indicó Jack. — Caminamos juntos por la calle, pero en las tiendas entra ella sola. Y sabe que nos has visto.

— ¿Y qué? Es mi decisión no querer saludaros.

Jack la observó con atención, poniéndola nerviosa.

— ¿Por qué no has hecho la exposición aquí también? —Le preguntó, tratando de hablar de cualquier cosa con tal de que Jack dejara de mirarla de aquella manera, como si estuviera aprendiéndose su figura de memoria.

— No quería tener que esperar más para poner el cuadro en mi casa —le dijo. sin más.

— Pensaba que tú hacías cuadros para el público.

— No. Los hago porque me gusta. Que le gusten a la gente me da igual.

— Bueno... después de todo, si hubieras hecho la exposición, mi hermana hubiera ido a hablar contigo —le aclaró ella, mirando hacía otra parte. Cualquier lugar sería bueno para posar la vista mientras que no fuera en él.

— ¿Tú no? —Le preguntó Jack.

— ¿De verdad crees que iba a buscarte después de lo que pasó? — Le preguntó ella, frunciendo el ceño, pensando que la estaba tomando por tonta de nuevo, volviendo los ojos hacía él, sin poder evitarlo, incrédula porque pensara de ese modo. — No quiero saber nada más de ti.

Jack volvió a mirarla de esa manera fija, haciéndola sentir incómoda de nuevo.

— ¿Por qué me miras así? Fuiste tú el que quisiste romper nuestra relación. No tienes derecho a mirarme de ese modo.

— Pero no quiero que te transformes en una mujer amargada por esto.

Clea soltó un bufido.

—Tranquilo. En casa y con mis amistades estoy muy bien y hasta sonrió. Este carácter te lo reservo para ti.

—No quería hacerte daño —le dijo él de pronto.

Aquello la dejó paralizada por un instante, pero no dejaría que las palabras de Jack pudieran con ella. No en esa ocasión.

—¿Seguro? Quién lo diría, viendo el modo en el que me hablaste. Solo te faltó escupirme.

—Tenía que hacerlo.

Clea entrecerró los ojos, pero vio a la vizcondesa buscar a Jack entre la gente, no mucho más allá de donde ellos mismos se encontraban, al tiempo que la criada terminaba de hacer la compra, caminando en su dirección.

—Ya me da igual todo lo que tenga que ver contigo. Vuelve con la vizcondesa. Está buscándote —le informó, señalando a la mujer con la barbilla, viendo como él se volvía hacia esa dirección.

Clea aprovechó ese momento para coger del brazo a la criada y alejarse rápidamente de allí. Ni siquiera le dio la oportunidad a Jack de dirigirle unas palabras de despedida antes de salir lejos de los puestos.

—¿Ese era el señor Mardling? —Le preguntó la mujer, viéndose arrastrada lejos de allí por ella.

—No digas nada de esto a nadie de la casa. No queremos que Lisa se moleste al saber que nos hemos encontrado, ¿de acuerdo? —le dijo a Clea, que no le quedó otra más que asentir.

Lo único que no querían que pasara era que Lisa tuviera disgustos y eso afectara al bebé. Todos en la casa estaban muy encima de ella desde que habían sabido sobre su estado.

—Bien. Pues si tú no dices nada, nadie se va a enterar. Esto ha sido un encuentro desafortunado que nunca ha ocurrido. Solo hemos comprado lo que nos hacía falta y punto. Eso es todo lo que diremos.

La criada no dijo lo contrario, pero echó un vistazo atrás, viendo como la vizcondesa parecía estar hablando con el señor Mardling, el

cual solo parecía estar escuchándolo todo en silencio, mirando hacia su dirección, concentrado en Clea.

Jack se incorporó en la cama, horas después de aquel encuentro, sudoroso y con la respiración alterada, con el nombre de Clea en la punta de la lengua, mirando a su alrededor con cierta confusión, como si no recordara dónde estaba.

Una mano de mujer sobre su regazo lo sobresaltó y bajó la mirada hacia Anna, que dormía plácidamente a su lado, sin darse cuenta del susto que le había dado.

Su marido se encontraba fuera, cerrando unos negocios, así que, aún a pesar de que el hijo de trece años de su marido estaba en casa, ella le había obligado a quedarse con ella en la casa, obligándole a cumplir con ella a cualquier hora que la mujer quisiera, haciendo que Jack solo desconectara su mente y fuera lo más brusco posible, tratando de cansarla, que ella se sintiera incómoda o le recriminara su nueva actitud.

Pero, por todo lo contrario, Anna parecía encantada con su nuevo carácter y disfrutaba en la cama como si no notara el odio que trataba de transmitirle en todo lo que hacía, llegando a decirle que su relación parecía ir mejor que antes.

Se había sentido mal haciendo aquello, aunque solo fuera compartir el mismo espacio que la vizcondesa, pero, ahora que se había encontrado con Clea, que había podido acercarse a ella después de haberla echado de menos durante un mes, se sentía aún más asqueado consigo mismo por no poder hacer algo para deshacerse de aquel chantaje de la vizcondesa.

Había visto la rabia en aquellos ojos dorados en los que no había podido dejar de pensar. Pero también había visto dolor, el mismo dolor que cuando había tenido que decirle las palabras que Anna le

había puesto en los labios en Francia. No había querido ver así a Clea, así que, a pesar de las amenazas de la vizcondesa, se había acercado a ella para tratar de alejar la rabia, de que pudiera dejar atrás el dolor que le había hecho sentir, obligándose a permanecer quieto cuando vio como ella se alejaba.

Deseaba haber sujetado su mano, acercarla hasta él y abrazarla, enterrar su rostro en aquel cabello dorado y besarla. Lo hubiera hecho allí mismo, en medio del mercado, delante de todo el mundo. Se hubiera embebido de ella, perdiéndose en su sabor, en el calor de su boca, de no haber sentido tan duramente el rechazo de ella.

Se pasó una mano por el rostro, sintiendo una desagradable opresión en el pecho.

Sabía que había soñado con Clea, cuando aún estaban en Francia y no tenían problemas, cuando todo había sido simplemente perfecto, sin saber lo poco que les quedaba de poder disfrutar de esos instantes. Pero, justo cuando iba a abrazarla, cuando por fin la iba a tener contra él, se había despertado.

Intentó ponerse en pie, abandonar esa sensación de frustración e impotencia que lo había embargado, pero la mano que Anna había dejado descansando en su regazo se cerró en torno a él con más fuerza, indicándole que no estaba tan dormida como había querido hacerle ver.

—¿A dónde vas? —Le preguntó ella, con la voz ronca por el sueño.

“¡Bien lejos de ti!”, le hubiera gustado decirle, apartando aquella mano de él de un manotazo, pero resistió la tentación de hacer eso y controló su respiración antes de abrir la boca y decir alguna tontería.

—He tenido una pesadilla y quería respirar algo de aire fresco —comentó.

No era del todo incierto. Tenía la misma intranquilidad en el pecho que podría tener después de una pesadilla, solo que esta sensación era mucho peor. No desaparecía una vez que se abrían los ojos, si no que se agudizaba.

—¿Quieres que te ayude a olvidarte de tus temores? —Le preguntó Anna, dirigiéndole una sonrisa que pretendía resultar seductora, tratando de llevar la mano que tenía sobre su regazo hacia la cintura de Jack.

Pero él la apartó en el acto y se puso en pie, alejándose de la cama lo más rápido que pudo, sabiendo que la vizcondesa se había incorporado y que lo estaría mirando con el ceño fruncido.

—¿Me estás rehuyendo? —Le preguntó, sonando molesta.

—Te he dicho que necesitaba aire fresco— fue la respuesta que le dio, aún tratando de parecer lo más calmado posible.—No quiero nada de eso ahora.

Trató de sonar lo menos furioso posible, pero fue consciente que, por mucho empeño que le puso, algo de la rabia y el asco que sentía por aquella mujer salió a la luz.

Si Anna lo detectó, no dio muestras de ello, seguramente aún demasiado somnolienta como para analizarlo en profundidad.

—Bueno... Toma algo de aire entonces. Pero no tardes —le dijo, dejándose caer de nuevo en la cama y rebujándose bajo las sábanas.

Jack la miró un momento, esperando que le dijera algo más, que tratara de insistir en que volviera a la cama, con ese carácter caprichoso que tenía, pero ella debía de tener bastante sueño, ya que pareció quedarse dormida poco después de volver a tumbarse, olvidándose por completo de él cuando no le interesaba.

Aprovechando el momento de tranquilidad que la mujer le estaba concediendo, se apresuró para abandonar el cuarto, por si acaso cambiaba de opinión. Tanta prisa tenía para salir del cuarto que apenas se acordó de ponerse los pantalones para no salir desnudo por la casa, pudiendo escandalizar a alguien.

A aquellas horas, no tendría que haber nadie rondando por los pasillos, pero nunca se sabía.

Consiguió llegar hasta un balcón de la casa, dejando que el aire frío de la noche le mordiera la piel, sintiéndose repentinamente mejor.

Cualquier sensación era mejor que sentir de nuevo el contacto de Anna sobre él, y cerrando los ojos, tomó una bocanada de aire, tratando de aliviar de algún modo el dolor que sentía en el pecho, ese que parecía haber reducido su corazón a la mitad.

Abriendo los ojos, pudo vislumbrar el cielo estrellado entre las nubes que corrían por el cielo en aquella noche sin luna y se preguntó que estaría haciendo Clea a aquellas horas.

Durmiendo, fue lo primero que le vino a la cabeza. Las únicas veces que la había visto trasnochar había sido por su causa y, ese pensamiento, volver a recordar momentos felices, le llevó una sonrisa a los labios.

Si se concentraba, hasta podía verla aún tumbada a su lado, profundamente dormida y encogida sobre sí misma como solía hacer, con el cabello dorado rodeándola, como si fuera alguna clase de manto, siendo algo digno de admirar.

Dudaba que alguna vez pudiera olvidar esa imagen.

Y cuando fue consciente de que, a pesar de desearla, de que hasta sus manos picaran por su deseo de tocarla de nuevo, se encontraba allí, al lado de una mujer que detestaba, apretó los dientes con fuerza y cerró los puños en torno a la barandilla, notando como algo parecido a la rabia empezaba a bullir dentro de él desde su estómago, no tardando en entrar en sus venas para recorrerlo por entero, haciéndole sentir deseos de gritar.

Aquella rabia, aquella sensación de impotencia, volvió a calentarle la piel, deseando salir de allí, estrangular a Anna o matarse él. Incendiar la casa también podía ser una opción. O cualquier cosa que pudiera significar una liberación de aquel infierno.

—Sé lo que estáis haciendo— dijo una voz, de pronto, a su espalda.

Jack se volvió en el acto, pillado por sorpresa, solo para comprobar que se trataba del único hijo del vizconde, evidenciando que realmente el niño no se parecía a su padre.

Allí donde el vizconde siempre había sido propenso a engordar,

aquel muchacho era delgado como una vara de trigo, por mucho que comiera, y tenía el cabello pelirrojo, contrarrestando con el cabello negro que el vizconde había tenido antes de que empezara a caerse y llenarse de canas o el cabello pajizo que había poseído su madre. Ni los ojos azul claro se parecían a los que tenía alguno de sus progenitores.

—¿Cómo has dicho? —Le preguntó Jack, después de hacer su examen visual.

Era imposible que el chico no supiera que no era hijo natural del vizconde, pero era el único conocido que este tenía, así que estaba tratando de hacerse un lugar como dueño y señor del patrimonio del vizconde.

—Que sé lo que estáis haciendo— repitió el muchacho, molesto por tener que decir las mismas palabras de nuevo.—Habréis podido engañar a mi padre en otras ocasiones, pero todo Londres sabe que prácticamente vives aquí, aprovechándote de que él no está. Cuando vuelva, se enterará de esta ofensa y hará algo al respecto.

Jack se apoyó en la barandilla con toda la tranquilidad del mundo, mirando al muchacho.

—¿En serio? ¿Y qué es eso que va a hacer? ¿Va a intentar pegarme un tiro?

Teniendo en cuenta como llevaba sintiéndose el último mes, tampoco le importaría demasiado.

—Puede ser —le dijo el chico, pareciendo nervioso. Estaba claro que no tenía ni idea de lo que su padre sería capaz de hacer bajo aquellas circunstancias. Estaba improvisando sobre la marcha.—Es posible que a ti decida pegarte un tiro por esta humillación, pero mi madrastra también recibirá algo. No es la primera vez que le llegarán rumores a mi padre y ya se encontraba cansado de que siempre fuera el centro de atención allí a donde fuera.

Aquello hizo que Jack se pusiera en alerta.

—¿El vizconde no está contento con ella? —Le preguntó al

muchacho.

—No, no lo está. Ya la amenazó con mandarla a algún lugar donde no volvería a tener hombres cerca para que pudiera volver a humillarlo. Cuando vuelva, se lo contaré todo y os sacará de aquí a los dos —le espetó él.

El chico parecía realmente deseoso de sacar a Anna de su casa cuanto antes y entendía por qué se sentía así. Después de todo, su madre había muerto siendo él muy pequeño. Cuando por fin había tenido una figura femenina en casa, habría sido cuando el vizconde volvió a casarse, pero estaba seguro que en ningún momento Anna hizo la menor intención de hacer de madre. Y menos de un niño que se notaba a la legua que era un bastardo. A Anna no le gustaban los niños y no cuidaba de nadie que no fuera ella misma. El chico habría crecido prácticamente sin padres.

Y, al parecer, eso significaba que no le importaría hacer daño a su madrastra si por fin podía echarla de casa.

Anna no era buena con los hombres si estos no se encontraban en una edad en la que pudiera seduciros con sus armas de mujer.

—¿Y cuándo dices que va a volver tu padre? —Le preguntó Jack, aún recostado tranquilamente contra la barandilla, sintiendo como la rabia que había estado circulando por su cuerpo volvía poco a poco al lugar del que había emergido hasta que, al final, había acabado por apagarse del todo.

El muchacho pareció desconcertado por su actitud, ya que este parecía haber querido sacar de él algo parecido al miedo. El hecho de que Jack se mostrara tan tranquilo lo descolocaba y molestaba al mismo tiempo.

No conseguía recordar el nombre del chico en aquellos momentos para tratar de mostrarse más cercano a él para que este no desconfiara.

—¿Por qué quieres saber cuándo vuelve mi padre? ¿Planeas huir de aquí antes de que llegue para escapar de su furia? Déjame decirte

que eso es imposible. Te encontrará allí donde estés.

—Vivo en Londres— puntualizó Jack, como si eso fuera suficiente para decir que no se iba a ir a ninguna parte.—Y no tengo la menor intención de huir de tu padre. Precisamente, lo que busco es todo lo contrario. Quiero ayudar a tu padre a tener una buena razón para mandar a tu madrastra bien lejos de aquí —le dijo, viendo como el muchacho abría los ojos con mucha atención, sin lograr creerse del todo sus palabras.

—¿De verdad quieres ayudar a mi padre?— preguntó.—No te creo. Si no quisieras a esa mujer, no estarías en su cama todo el tiempo —le espetó.

—Las razones que me han llevado a su cama son solo mías —le dijo al muchacho, sintiéndose algo descontento porque él pusiera trabas ahora que empezaba a ver una salida.—Pero, si quieres sacarla de aquí, vas a necesitar mi ayuda.

El chico lo miró con atención, pero no comentó nada más.

CAPÍTULO 40

—No, no y no. Así no es como he dicho que lo quiero —le dijo Lisa al trabajador que habían contratado para que pintara el cuarto del bebé, pasándose una mano por el cada vez más abultado vientre.— Ya le he dicho que quería las paredes de un azul muy claro, casi blanco. Ese azul es demasiado oscuro. ¿Acaso sabe usted que si espero un niño o no? Tiene que buscar otro color. Ese no nos sirve.

El hombre, que se encontraba subido a una escalera y apenas había dado dos brochazos en la pared desde que había llegado, se volvió hacia Lisa, pareciendo con intención de decirle algo. Pero, cuando vio como se pasaba la mano por el vientre, decidió callar y se bajó de la escalera.

A Clea, que contemplaba el cuarto vacío al lado de su hermana, el azul que había en la pared le parecía bastante claro, lo suficiente para que sirviera tanto si era un niño como una niña. Pero, últimamente, Lisa estaba más quisquillosa con todo y actuaba como si el mundo entero estuviera en su contra.

No había tenido las típicas náuseas matutinas que habían tenido otras embarazadas, pero, desde luego, parecía una gran madre loba protegiendo cualquier cosa que tuviera que ver con sus cachorros.

—¿No crees que sea lo bastante claro ya? —le susurró Clea, viendo como el hombre tomaba los colores que había traído a la casa, después de las indicaciones que Lisa le había dado, cuando había obtenido el puesto.

—No, no lo es. ¿Acaso no lo ves? —comentó su hermana, señalando la pintura que había en la pared.— Ese azul no es adecuado. Además, lo que le dará un toque de color a la habitación serán los muebles y los juguetes que pienso comprar y los cojines que voy a bordar. El azul de la pared no debería ni notarse.

Después de eso, Lisa bajó a la cocina para asegurarse de que todo

marchaba como ella quería abajo, dándose media vuelta con aquel aire tan digno que siempre la rodeaba.

—Discúlpela. Está algo nerviosa con su embarazo —le dijo Clea al hombre cuando su hermana se alejó.

—Tranquila, señorita. Ya he pasado por esto cuatro veces con mi mujer. Las mujeres embarazadas son muy difíciles de complacer —le comentó el hombre, dirigiéndole una sonrisa comprensiva mientras obtenía un color más claro de azul.

Clea asintió mientras bajaba en pos de su hermana. Aunque en la casa entendían en el estado en el que se encontraba, había momentos en los que Lisa podía ser demasiado exigente y Clea tenía que estar presente para suavizar esos momentos. Por suerte, Lisa estaba durmiendo tanto que esos instantes de irritación no duraban demasiado.

—¿No estás cansada aún? —Le preguntó, colocándose al lado de su hermana mientras Lisa seguía caminando hacia la cocina.

—Hace poco que me acabo de levantar. ¿Cómo quieres que tenga sueño de nuevo? —Le preguntó ella, dirigiéndole una mirada con una ceja alzada.

—Bueno... Creo que he oído que es bueno que descanses. A lo mejor, deberías dejarnos estas tareas a Kailyn y a mí. No creo que tengas la cabeza para estar pensando en cada detalle de la casa. Ahora mismo, eso no es lo que más debería preocuparte.

—¿Estás insinuando que mi embarazo me está haciendo una inútil? —Le preguntó ella de nuevo.

—¡Oh, no! — se apresuró a responder Clea, agitando las manos. — ¡Por supuesto que no! Solo lo decía para que no te cansaras demasiado.

—Esto no me cansa. Ya lo llevo haciendo un tiempo.

—Como quieras. Pero, si sientes que nos necesitas, ya sabes que puedes relegar esas tareas en nosotras.

—Oh, cariño —comentó su hermana, deteniéndose y tomándola de

una mano.—Por supuesto que lo sé. Sé que estáis ahí si os necesito.

Otra de las cosas que Lisa tenía últimamente era que podía cambiar de humor bastante rápido. Podías encontrarla sonriendo y, al momento siguiente, por el motivo más nimio, verla irritarse y abandonar el cuarto. O, de manera inesperada, que algo en lo que antes ni siquiera reparaba, ahora la hacía llorar.

—Tengo hambre —comentó Lisa de pronto, aún teniendo la mano de Clea entre las suyas, volviendo la cabeza hacia la cocina, como si su cabeza se hubiera movido por impulso.

Otra de las cosas que también parecía haber desarrollado durante esos meses era el sentido del olfato. Las chicas tenían que tratar de no usar olores fuertes si no querían removerle el estómago o que les pusiera mala cara y les prohibiera acercarse a ella.

—Veremos que hay en la cocina. Seguro que ya tienen algo listo para que puedas comer —le aseguró Clea.

—Sí, me apetece algo dulce, pero con fruta. Me apetece muchísimo comer fruta —comentó Lisa, acariciándose el vientre de nuevo.

Clea no comentó nada más mientras acompañaba a su hermana a la cocina, viendo como Lisa parecía guiarse por un camino invisible que solo ella era capaz de ver. Verla así le hacía sonreír, porque su hermana siempre había sido alguien que había tratado de controlar todos los aspectos de su vida en cada momento. Hasta la fecha, lo más irracional que había hecho en contra de su carácter, o de lo que quería o creía querer hacer, había sido enamorarse de Adrien. Era divertido verla más a menudo así.

Kailyn se encontraba en la cocina cuando ellas entraron, pero Lisa ni siquiera reparó en ella mientras se dirigía a las bandejas que los cocineros tenían encima de una amplia mesa para que los dulces se enfriaran.

—¿Esto es melocotón? —Preguntó a alguien, a quién quisiera responderle, mientras cogía una tartaleta.

—Sí, señora —respondió uno de los criados que pululaban arriba y

abajo por el cuarto.—Pero no están frías del todo.

A Lisa le entró por un oído y le salió por el otro mientras comía un trozo y cerraba los ojos con deleite, como si llevara días sin comer mientras los cocineros a su alrededor no sabían muy bien qué hacer.

Clea solo pudo sonreír desde la puerta, cruzada de brazos, viendo como su hermana comía con esa clase de placer. Estaba completamente convencida de que Lisa ni siquiera recordaba lo que inicialmente la hubiera llevado a la cocina antes de oler los dulces.

Kailyn se colocó a su lado, observando a Lisa también mientras comía.

—¿Cómo lleváis la habitación? —Le preguntó, viendo como el resto de gente de la cocina volvían al trabajo, ignorando a la mujer embarazada que se estaba atiborrando de dulces cuando hacía menos de una hora que había desayunado.

—¿Cómo crees tú? Está torturando al pobre hombre, pero tiene bastante paciencia. Y una vez que quede claro qué color se va a usar, no se acercará más allí por el olor a pintura.

—Yo no quiero estar así si alguna vez llegó a quedarme embarazada —comentó Kailyn.

—Pero, ¿no te parece divertido? Mi hermana siempre se ha controlado mucho a sí misma. Verla así es una novedad.

—Puede, pero ¿sabes que ha echado a mi hermano de la habitación la otra noche porque decía que hacía mucho ruido al dormir? El pobre se quedó en el pasillo sin saber qué hacer.

—Irene ya dijo que nuestra madre estuvo irritable cuando se quedó embarazada de ella. A lo mejor es algo que se pasa de generación en generación, porque Irene también dijo que nuestra abuela estuvo así cuando esperaba a nuestra madre.

—Osea, que cuando tú te quedes en estado, también estarás de esa manera, ¿no? —comentó Kailyn, sin perder de vista a Lisa.

Por eso mismo no vio el gesto que cruzó el semblante de Clea ante esas palabras. No deseaba pensar en hijos propios, no cuando había

estado temiendo tener un hijo de Jack. Ni siquiera podía imaginar desear estar de nuevo con cualquier otro hombre

—No. Cuando mi madre estuvo embarazada de mí, ya tuvo que permanecer mucho tiempo en casa y, a pesar de que mi madre estuvo muy tranquila, dijo que yo fui la que estuve inquieta todo el embarazo.

—Umm —murmuró Kailyn.—Pues ya lo veremos con el tiempo. A lo mejor, Lisa está más tranquila en el siguiente embarazo.

—¿De verdad quiere tu hermano volver a pasar por esto? —Le preguntó Clea a la joven, sonriendo.

—No creo, pero este bebé tampoco es que haya sido buscado precisamente.

Ahí tuvo que darle la razón.

—¿Vosotras no tenéis hambre? —Les preguntó Lisa, cayendo en la cuenta de que las jóvenes la estaban mirando desde la puerta en ese momento, alzando un nuevo dulce que llevaba en la mano hacía ellas.

Ambas negaron con la cabeza.

—Disfruta tú, que puedes comer por dos —le dijo Clea, viendo como su hermana no perdía el tiempo para seguir comiendo, solo asintiendo antes de bajar la cabeza de nuevo hacía la bandeja y continuar con su atracón.

—Me ha dicho Alice que os encontrasteis con Jack Mardling el otro día —le susurró Kailyn, bajando el tono para que Lisa no pudiera escucharlas.

Clea se volvió a mirar a su amiga al instante, como si hubiera saltado en un resorte, pensando que en qué idioma le habría hablado a la criada que la había acompañado cuando le había dicho que aquel encuentro no tenía que ser conocido por nadie.

—No me mires con esa cara —le pidió Kailyn.—La pobre no tiene la culpa. Sabía que Lisa no tenía que enterarse, pero sabe, todos en la casa saben, que ha pasado algo entre Mardling y tú y no sabía si tenía que decírselo a alguien para ayudarte o no. Como noté que le pasaba

algo, no me costó mucho sacarle lo que había visto.

—No ha ocurrido nada— no tardó en contestar Clea.

Pero Kailyn la observó con atención, sabiendo que no la había creído ni una palabra.

—Solo se acercó un momento para hablar conmigo, pero lo ignoré por completo— confesó al final.

—¿Y de qué quiso hablarte? —Le preguntó esta, interesada.

—Solo de tonterías. Decía que no quería verme enfadada.

Una sonrisilla se empezó a extender por el rostro de Kailyn, pero Clea empezó a negar con la cabeza en el acto al ver ese gesto.

—No hagas eso. No sonrías. Ni se te ocurra. ¿Acaso no recuerdas el daño que me hizo?

—Si quisiera olvidarse de tí, no le importaría que estuvieras enfadada o no. Me he enterado que apenas ha estado en su casa desde que ha vuelto y Kaila ha oído que no ha vuelto a pintar desde su vuelta.

Eso hizo que Clea mirara a su amiga con sorpresa. Había visto a Jack con su cuaderno de bocetos siempre entre las manos, dibujando cualquier cosa que le llamara la atención. De ella había dibujado hasta sus orejas. Y, al recordar eso, no pudo evitar sonrojarse un poco, recordando sus momentos en Francia, sus charlas y sus paseos. Pero también sus momentos más íntimos.

—¿No crees que le estará pasando algo muy grave para no pintar? Él siempre ha sido alguien enfocado completamente en la pintura. Kaila cree que la vizcondesa lo tiene atado a ella de algún modo, aunque no sabemos de qué se trata.

—¿Habéis estado hurgando cuando os dije que me daban igual sus motivos? —le dijo a su amiga, tratando de parecer lo suficientemente molesta.

—Por supuesto— admitió Kailyn sin ninguna vergüenza.—sobre todo porque sabíamos que no te daba igual en el fondo. Y porque siempre hemos sido unas cotillas. Ya nos conoces. No sé de qué te

sorprendes.

En eso tuvo que darle la razón. Desde que se habían conocido, las gemelas lo sabían todo sobre todo, aunque desconocía de donde sacaban la información. Habría muy pocas cosas que no hubieran pasado por sus oídos.

—Sigue sin interesarme sus motivos —comentó Clea, volviendo la vista hacia su hermana, fingiendo que estaba completamente tranquila.— Está fuera de mi vida. Su existencia me es indiferente por completo. Para mí, solo es un ciudadano más.

—¿Por eso no nos dijiste que te habías encontrado con él? —Le preguntó Kailyn.

Clea torció el gesto un momento y volvió a maldecir a la criada por no saber tener la boca cerrada.

—Me es tan indiferente que ni siquiera le di importancia a ese encuentro con él —comentó, alzando la barbilla.

—¿Estaba con la vizcondesa? —Le preguntó Kailyn, ignorando sus palabras.

En el acto, un gesto de rabia cruzó su rostro, siendo imposible que su amiga no lo viera.

—Sí, la vizcondesa estaba con él— admitió.

—En serio, tiene que haber algo muy grave para que Jack lo haya abandonado todo por esa mujer —comentó Kailyn.

—A lo mejor, está enamorado de ella de verdad —murmuró Clea, sin poder ocultar su disgusto y la amargura con la que dijo esas palabras, viendo como su amiga volvía la cabeza hacia ella, pareciendo disgustada.

—¿Por qué finges que no te importa, cuando está claro que sí lo hace? —Le preguntó.

—Lo único que me importa es que me hizo daño.

—Pero no quieres descubrir por qué lo hizo cuando está más que claro que esa mujer le está haciendo algo.

—¿Saberlo hará que desaparezcan las palabras que me ha dirigido?

—Le preguntó Clea, volviendo la cabeza hacia ella, sintiendo como algo parecido a la rabia empezaba a correr por sus venas, no queriendo volver a hablar de lo mismo.

—No. Pero podría curar el daño que te ha hecho —le dijo.

—¿Por qué insistes tanto con este tema? Lisa ya se ha olvidado de él y yo quiero hacer lo mismo.

—No, no quieres. Crees que quieres, pero no es así. Clea, te hemos oído llorar por las noches.

—Porque sus palabras me hicieron daño. Lloro por lo ingenua que fui. No por él.

—¿Por qué eres tan cabezota? —Le preguntó Kailyn.

—Porque vosotras parecéis insistir en que le perdone —le soltó ella a su vez.

—No queremos que lo perdones. Lo que queremos es que sepas todo lo que ha pasado y, entonces, tomes tu decisión. Por lo que sabemos hasta ahora, es posible que la vizcondesa le chantajee de algún modo, que él siga enamorado de ti y se haya visto obligado por ella a apartarte de su lado.

Clea abrió la boca, tratando de encontrar unas palabras para poder contestarle, pero no le vino nada. Esa idea ni siquiera había pasado por su mente. Siempre había creído que Jack se había cansado de ella, que no quería nada serio. Con sus antecedentes, era la respuesta más obvia. Ella abandonó Francia y él volvió mucho tiempo después, como si en ningún momento hubiera pensando en ella.

Cuando por fin iba a decir algo, Lisa se plantó ante ellas, con su cuarta o quinta tartaleta en la mano.

—¿De qué estabais hablando, tan concentradas?

—Hablabamos del cuarto del bebé— se apresuró a decir Kailyn, sabiendo que Clea se había quedado en blanco al encontrarse con su hermana tan cerca de golpe.— Esperamos que ese trabajador que ha llegado haya encontrado el color adecuado.

—¡Oh! Es verdad. Me había olvidado ya de ese hombre —comentó

Lisa, con la tartaleta en la boca, subiéndose las faldas para poder echar andar, saliendo de la cocina y dirigiéndose hacia el piso de arriba.

Kailyn no tardó en seguir a su cuñada, esperando de verdad que el pobre hombre hubiera encontrado ya el color adecuado cuando le había echado de cabeza a los leones. Pero Clea permaneció donde estaba, dándole vuelta a lo que su amiga había dicho.

¿Y si era eso cierto? ¿Y si la vizcondesa había chantajeado a Jack de algún modo para tenerlo a su lado? Pero... ¿con qué podía chantajear a Jack? Todo el mundo conocía su vida. No ocultaba el hecho de que era un mujeriego y, aparte de eso, su otra gran pasión era la pintura. ¿Con qué podía atacarlo?

Clea negó con la cabeza, diciéndose que no había nada con lo que la mujer pudiera atarlo. Por mucho que quisiera, era algo imposible. Lo había visto hablar con Louis tranquilamente sobre amantes.

Se volvió, dirigiéndose tras los pasos de su hermana y Kailyn, diciéndose que solo estaba haciéndose ilusiones en balde. Por mucho que lo detestara, una parte de su corazón aún estaba en manos de Jack y pensar que había la más remota posibilidad de que no le hubiera hecho daño por él, si no porque se lo habían ordenado, hacía que su corazón doliera menos.

Pero no podía pensar eso, no cuando solo era una hipótesis de las gemelas.

CAPÍTULO 41

A la mañana siguiente, después de que Lisa hiciera que el pobre hombre se ganara más duramente su sueldo, tapándose la nariz con un pañuelo porque el olor a pintura era demasiado para ella, Clea entró en la cocina, preguntando si alguna de las criadas tenían que ir al mercado a comprar lo que fuera.

Alice le dijo que ella debía de ir, mirándola como si sus grandes ojos marrones le preguntaran para qué quería saberlo.

—Bien. Pues yo te acompañaré. Deseaba salir de casa por un rato.

La muchacha pareció algo nerviosa, sabía que había abierto la boca con la señorita Kailyn cuando ella le había pedido que no lo hiciera, pero se puso en pie y se dirigió a la puerta seguida de Clea, seguramente esperando a que ella le echara en cara algo.

Pero Clea no tenía la cabeza en ello.

Se había pasado toda la noche dándole vueltas a lo que Kailyn le había dicho. Y cuando Kaila había vuelto de la fábrica con su hermano y las tres amigas habían podido retirarse juntas para hablar, había coincidido con su hermana, haciendo que Clea le diera aún más vueltas a la posibilidad de que Jack Mardling estuviera siendo chantajeado por la vizcondesa.

Pero, para poder confirmar esa posibilidad o, por el contrario, que le quedara bien claro que este ya no quería saber nada más de ella, tenía que hablar con él. Y para poder hablar con él, necesitaba verlo.

La vizcondesa parecía tenerlo como alguna especie de mascota, alguien con el que pasear del brazo por la calle para lucirlo, como si fuera unos pendientes o un collar, pero no entraba en las tiendas con él. Relacionarse con otras damas de su clase con él del brazo parecía para ella demasiado. Así que Clea solo esperó que ese paseo que les vio dando hace unos días fuera algo que les gustara hacer diariamente y solo necesitaría unos minutos para poder hablar a

solas con él.

Cuando Alice vio que no iba a recibir ninguna regañina por parte de ella, se relajó y le preguntó si había algo que deseara comprar, pero Clea apenas era consciente de que le estuviera hablando, concentrada en la gente.

Revisó cada rostro que veía por las cercanías, tratando de encontrar el rostro de Jack en alguno de ellos, sin éxito.

Alice apenas tenían que comprar algunas cosas, así que no le quedaba mucho tiempo más para tener que regresar a la casa, incluso aunque encontrara algún motivo para prolongar su estancia.

Estaba viendo como la criada estaba pagando su última compra, mordándose el labio inferior, cuando le pareció oír la voz de la vizcondesa de Taaffe.

—No seas aburrido. Venir todos los días es entretenido. Siempre hay algo nuevo —comentó la mujer.

Clea cogió del brazo a la muchacha, que no sabía qué pasaba, y se ocultó con ella detrás de un puesto, viendo como su joven señorita no perdía de vista a la pareja que se acercaba.

—Señorita, ¿nos estamos escondiendo del señor Mardling? —Le preguntó la muchacha.

—No, vamos a intentar hablar con el señor Mardling. Tengo un asunto que aclarar con él.

—Pero la vizcondesa está con él— puntualizó la muchacha, como si no fuera ya algo obvio.

—Bueno... solo necesito que ella se aleje un momento y que tú la vigiles para poder hablar con él.

Aquello puso nerviosa a la muchacha. Nadie le había dicho que tenía que ayudarla a hacer eso si salían juntas.

—Pero... ella no lo suelta— recalcó de nuevo, viendo como la vizcondesa iba bien sujeta al brazo del señor Mardling.

—En algún momento lo soltará o se alejará de él. Tampoco es que tengamos que volver a la casa a alguna hora concreta.

La muchacha tragó saliva, nerviosa. No sabía si aquello estaba bien. Todos los de la casa sabían que había pasado algo entre la señorita Clea y el señor Mardling, aunque no tenían muy claro qué era lo que había ocurrido exactamente. Solo que había hecho enfurecer a la señora Lisa hasta niveles nunca vistos.

—¿Le dirás esto a alguien esta vez? —Le preguntó Clea, mirándola.

La criada se apresuró a negar con la cabeza. No quería parecer una cotilla que no sabía ocultar un secreto, aunque no se sintiera muy bien haciendo aquello.

Clea asintió y volvió la vista hacia la pareja que estaba caminando entre los puestos, pero, como parecía ser también su costumbre, la vizcondesa se cansó de mirar los puestos y se dirigió a las tiendas cercanas, dejando a Jack esperando por su regreso en la puerta, con una expresión en la cara entre aburrido e irritado.

—Vigila a la mujer. Y, si va a salir de la tienda, ven a avisarme —le indicó a Alice mientras ella salía de su escondite y se dirigía hacia donde se encontraba Jack.

La muchacha pareció agobiarse ante aquella misión, pero permaneció quieta donde estaba, viendo a la vizcondesa dentro de la tienda, mientras veía como su señorita se alejaba al mismo tiempo, tratando de hacer un buen trabajo.

Cuando Clea se colocó frente a Jack y él percibió su presencia, ella le hizo un gesto con la cabeza para que la siguiera antes de que él pudiera decir ni una palabra, viendo como Jack echaba un rápido vistazo a la mujer dentro de la tienda para asegurarse de que permanecería allí dentro un rato más, y avanzó tras sus pasos.

CAPÍTULO 42

Cuando Clea encontró un callejón desierto cerca de allí, se colocó de cara a la salida y se cruzó de brazos, viendo como poco después Jack asomaba la cabeza al interior, como si no estuviera convencido del todo de seguirla. O como si no considerara que aquella fuera una buena idea, mirando a ambos lados antes de entrar al estrecho lugar.

—Pensaba que no querías saber nada más de mí —comentó, sin ningún tono particular.

¿Hacía eso porque de verdad ya no sentía nada o porque trataba de disimular del mejor modo posible? No sabría decirlo.

—Solo quiero saber algo. Y, cuando lo sepa, podré vivir tranquila.

Jack asintió, esperando a que Clea añadiera algo más, pero, al ver que ella no abría la boca, la señaló con la mano, como dándole paso y añadió:

—Adelante.

Había llegado hasta allí, lo había buscado, lo había llamado y ahora se encontraban ambos a solas. O todo lo a solas que podían estar en un pequeño callejón junto a un mercado. No tenían mucho tiempo, pero ahora mismo, en ese instante, se veía incapaz de encontrar las palabras necesarias para decir lo que tenía que decir.

El muy condenado se veía estupendamente, siempre tan bien peinado y vestido. Sus ojos eran de ese azul que tanto le había encantado desde la primera vez que los vio; intensos, atrayentes... como si, de quererlo, pudiera perderse por completo en ellos, sin que hubiera nada que temer. Pero, aunque tenían unas pequeñas ojeras bajo ellos, eso podía ser porque él y la vizcondesa pasaran las noches muy ocupados, no porque se encontrara preocupado ni nada parecido.

Ese pensamiento la hizo volver a tener los pies sobre la tierra y tomó aire antes de hacer la pregunta.

—¿La vizcondesa te está chantajeando de algún modo para que estés con ella y para que me dijeras esas palabras en Francia?

Los ojos de Jack se abrieron desmesuradamente, pareciendo que se quedaba un momento sin aire, y el corazón de Clea saltó. ¿Era cierto?

—¿Cómo... ? —murmuró él, perdiendo la forma altiva en la que había permanecido.

—Las gemelas lo pensaban, que todo estaba siendo muy raro y, no sé cómo, se enteraron que tampoco estabas pintando. Me dijeron que esa podía ser una posibilidad para lo que ocurrió y yo quería preguntártelo.

Jack echó un vistazo a su espalda, como si temiera que alguien apareciera por allí en cualquier momento.

—Ella no puede saber que lo sabes —le dijo, dando unos pasos hacia Clea, acortando la distancia, como si la vida de ella estuviera en juego.

—¿Con qué te está chantajeando? —Le preguntó ella, dando unos pasos hacia él a su vez.

Apenas había distancia entre ellos en ese momento.

Jack pareció pensárselo, pasándose una mano por el pelo, preocupado, atormentado, pero la miró y se decidió a hablar.

—Contigo. Te está utilizando para chantajearme.

Clea frunció el ceño, como si le hubiera dicho esas palabras en otro idioma.

—¿Cómo que a mí? ¿Cómo puede usarme a mí para chantajearme a ti? Eso no tiene sentido.

—¿Acaso no sabes la posición que tiene? ¿La gente con la que se relaciona? Expuse tu cuadro en Francia y, si ella quisiera, podría usar eso en tu contra. Empezaría rumores sobre ti, te hundiría a ti y a tu familia. Apenas le costaría hacerlo. Incluso sin la existencia de ese cuadro, ella podría lograrlo si así se lo propusiera.

Clea apretó los puños, sintiendo como la rabia la embargaba.

—¿Eso es lo que te dijo en Francia? ¿Por eso me dijiste todo aquello

después de encontrárnosla?

—Lo podría hacer —le aseguró Jack.—Para ser claros, ya lo ha hecho con otras chicas que se me han acercado mientras estaba con ella. Es una mujer posesiva. Piensa que todo y todos son suyos para hacer lo que quiera.

—Así que era una de tus amantes —comentó Clea, mirándolo con resentimiento.

—¡Yo quería cortar con ella! —le aseguró él en el acto.—Me fui de Francia para alejarme de ella y que se olvidara de mí. Ni siquiera sabía que había estado en contacto con Louis. Fue él el que la invitó a la exposición.

—¿Y no podrías haberme explicado todo esto en su momento? —le espetó Clea, molesta con él por no haber hablado antes, con la vizcondesa por interponerse en su camino y con ella misma por no haberlo sospechado. Y, por supuesto, con Louis. Sabía que Jack y ella estaban juntos. ¿La habría invitado para que les hiciera daño? No lo había creído tan malvado.

—Ella estaba presente y quería ver que te hiciera daño. Si te hubiera contado la verdad, te hubieras lanzado sobre ella y te hubiera hundido sin ni siquiera pestañear. No siente compasión por nadie —le aseguró Jack, mirándola de esa fija manera, como si quisiera que entendiera la situación en la que se encontraban.

—Pero... ¿por qué no viniste después a decírmelo? ¿O, al menos, por qué no enviaste una carta? Algo que me contara lo que estaba sucediendo en realidad.

—Ella me controlaba continuamente. Llevo un mes sin salir solo de su casa. Apenas he podido pasar por la mía sin su compañía. Sabe que, si me hubiera dejado solo, te habría avisado de lo ocurrido de alguna manera.

—¿Y así es como vamos a dejar las cosas? —Preguntó ella, molesta. La rabia estaba creciendo por momentos, casi sintiendo que buscaba un lugar por donde escapar.—¿Vamos a dejar que ella se salga con la

suya?

—No. Ya estoy trabajando en ello. Dentro de poco, podremos deshacernos de ella de manera definitiva.

—¿Piensas matarla? —Le preguntó Clea, entre curiosa y horrorizada, dando un paso hacia él.

—No, aunque lo desearía. Su marido volverá en unos días. Cuando eso ocurra, solo tendré que hacer que vea la clase de mujer que es su mujer. Ya le ha humillado en otras ocasiones y no podrá aguantar otra más. No una en su propia casa.

—¿Vas a dejar que la mate él?

—No quiere matarla —le dijo Jack, dirigiéndole una pequeña sonrisa, la primera que veía desde que estaban en Francia.—Por lo que sé, se la llevará lejos de aquí. Eso significará nuestra liberación.

—Pero, ¿su marido no tratará de hacerte algo a ti también si os descubra juntos?

—No te preocupes por mí. Si las cosas salen como espero, como mucho, me llevaré unos cuantos golpes. Puedo soportar eso —afirmó Jack, caminando hacia ella, haciendo que Clea caminara hacia atrás solo por inercia, hasta dar de espaldas contra una pared.

—¿Qué... qué estás haciendo?— consiguió murmurar.

Hacía mucho que no tenía a Jack tan cerca. Le encantaba el olor a limpio que desprendía su cuerpo y su corazón saltaba ante su proximidad, viendo como aquellos ojos azules trataban de anclar los suyos, pero lo de Francia no se olvidaba tan fácilmente.

—¿Qué crees tú que estoy haciendo? —Le preguntó él, inclinando la cabeza hacia sus labios, con ambos brazos en torno a ella, apoyados en la pared de su espalda, como si fuera casi una necesidad encerrarla en la cárcel de su cuerpo para que no pudiera escapar.

Clea separó un poco los labios, se había quedado sin aire, pero cuando aquellos labios masculinos estuvieron a punto de rozar los suyos, colocó la mano sobre el pecho de este y Jack se detuvo en el acto, retrocediendo unos milímetros.

—¿Qué ocurre?—susurró Jack, apenas un murmullo con la voz ronca, que hizo que Clea no pudiera evitar estremecerse.

Había oído otras veces aquel tono, en otras ocasiones, en otro lugar. En un lugar caliente, ¿o eran solo sus cuerpos los que lo habían estado?, haciendo que sintiera una ligera contracción en el estómago, como si hubiera recibido una caricia sobre la piel desnuda con aquel tono.

Se forzó a tragar saliva antes de hablar.

—No se me olvida el daño que me hiciste —consiguió decirle al fin.

Pero en vez de conseguir que se apartara, tratando de mostrarse aún ofendida, solo vio como Jack hacía un ligero puchero junto a sus labios, sin querer apartarse.

—¿Todavía estas molesta con eso?— susurró.

—Desde luego —afirmó ella, tratando de cuadrarse, parecer firme.

—¿Incluso cuando no fue culpa mía? ¿Cuándo me obligaron a decir eso? ¿Cuándo me mató tener que decirte esas palabras?

—Pero lo que a mí me importa es que tú me lo dijiste.

—¿Así que no quieres que te bese? —murmuró él, rozando sus labios con los de Clea, haciendo que el poco aliento que ella conservaba desapareciera ante esa leve pasada, haciendo que el pulso de su cuello se redoblara.—¿Incluso cuando llevo un mes soñando contigo, deseando volver a verte, a tocarte? Ahora mismo, el mundo entero podría irse al carajo si con ello pudiera volver a tocarte.

Clea debería haber respondido algo a eso, como que no se dejaría arrastrar a su juego tan rápido de nuevo o algo por el estilo, algo que le permitiera mantener su orgullo herido a la vista para apartarlo o que se sintiera culpable durante unos instantes más, incluso aunque toda la culpa no fuera solo de él, pero fue incapaz de conseguir el aire suficiente para ello.

Jack apenas la rozaba con sus labios, como si fuera alguna clase de tortura premeditada, dejándose tan cerca, pero sin ni siquiera tocar

otra parte de su cuerpo, y ya la tenía donde la quería.

Si Clea conseguía hablar en esos momentos, acabaría rogándole que la besara. Y, aún a pesar de no hablar, ella se lo indicó con la mirada o con el gemido que emergió de su garganta, como si fuera algo que no pudiera evitar.

Jack sonrió ante el sonido, pero no rompió la distancia. Parecía disfrutar de aquella pequeña tortura después de haber pasado tanto tiempo apartados. Sus juegos de seducción había sido una de las muchas cosas que le habían gustado de ella, ver esas reacciones, como toda ella parecía decirle lo que quería a cada momento.

—En verdad te he echado de menos. Sentirte otra vez, poder besarte y recorrer tu cuerpo a placer... Es en lo único que he podido pensar mientras no te he tenido cerca. Ha sido una tortura saber que estábamos en la misma ciudad y, aún así, no poder ir a buscarte. Me hubiera encantado haber entrado en tu cuarto mientras durmieras y despertarte conmigo entre tus piernas, oyendo esos gemidos que me volvían loco —le susurró Jack junto al oído, acariciando este con los labios, haciendo que Clea apenas pudiera pensar con claridad—. No sabes las veces que he soñado con hacer eso.

Ella no pudo soportarlo más. Colocó las manos en torno al cuello de Jack, arrastrándolo hacia ella, notando la sonrisa de él contra sus labios cuando consiguió besarle.

Pero eso duró poco.

Cuando el contacto se prolongó y Clea soltó un suspiro contra sus labios, las manos de Jack la rodearon, una posándose en su espalda y otra en su nuca, apretándola contra su cuerpo, notando como Jack dejaba de refrenarse y se entregaba al beso, sintiendo la imperiosa necesidad de tenerla anclada en su cuerpo de nuevo.

Sentir los cálidos labios de Jack contra los suyos casi le dieron ganas de echarse a llorar de alegría, pero, por el contrario, lo único que sentía era que iba a derretirse en cualquier momento, notando como la lengua de Jack la buscaba, tratando de entrar de nuevo en

ella de algún modo, manteniendo su cabeza inmóvil para que se abriera a él.

Clea respondió con la misma fuerza, sintiendo que apenas podía respirar, que la ropa sobraba para poder sentir las manos de Jack sobre su cuerpo, que la recorrieran como deseaba que hiciera, que despertara su piel dormida con sus caricias... Ella misma solo podía acariciar su cabello y su cuello por culpa de la ropa, buscando un modo de tenerlo más cerca, de poder llegar más a él, de tener lo que ya habían tenido y de lo que nunca se cansaban.

Jack mordió su labio inferior y ella solo pudo soltar un gemido mientras se echaba a temblar, deseando encontrarse en cualquier otra parte, a solas, en la intimidad de un cuarto para poder entregarse de nuevo a él. Todo su cuerpo lo anhelaba, recordaba cada una de sus caricias, de sus besos, quería sentirlo de nuevo entre sus piernas mientras el calor ascendía y la conciencia desaparecía. Quería poder entregarse a él de aquel modo, sabiendo que toda ella lo deseaba, perderse en aquella locura y que ambos se olvidaran del mundo.

Jack apretó su cabello en un puño, obligándola a echar la cabeza hacia atrás con un gemido de sorpresa debido a la brusquedad de ese gesto, notando como él se encontraba igual de desesperado que ella, deseando lo mismo mientras su lengua la buscaba y la obligaba a reaccionar, sintiendo las rodillas ligeras, notando como si, de seguir unidos de aquel modo, aunque solo fueran unos instantes más, ambos pudieran alcanzar el mismo cielo.

—¡Señorita, ya viene! —Exclamó Alice, apareciendo de repente.

La criada soltó una exclamación de sorpresa cuando comprendió lo que habían estado haciendo mientras Jack y ella se separaban en el acto, tratando de recuperar el control sobre sus cuerpos y recomponían sus ropas.

—¿Quién viene? —Preguntó Clea, tratando de asegurarse de que su cabello no se encontrara muy deshecho, a pesar de haber estado

entre las manos de él.

—La vizcondesa, señorita —le dijo la muchacha, mirándola a ella y a Jack con atención.

Él y Clea intercambiaron una mirada, pero sabían que la vizcondesa no podía verles juntos. Eso solo haría que el sacrificio de Jack no sirviera para nada y liberaría su furia.

—Volveré a su lado y la guiaré lejos de aquí —comentó Jack, colocándose bien la chaqueta—. Permaneced aquí hasta dentro de unos minutos después de que me haya ido para asegurarnos de que no os vea.

Él se dirigió a la salida, pero, inconscientemente, Clea extendió la mano hacia él, impidiendo que se marchara, aferrándose a su chaqueta. Jack volvió la vista hacia ella, viendo la mirada de súplica en los ojos dorados de ella.

—No permaneceremos separados mucho tiempo más —le aseguró, soltando con delicadeza la mano que Clea tenía en torno a su brazo, dirigiéndole una pequeña sonrisa, pensada para tranquilizarla.

Y, a regañadientes, ella acabó por soltarle, viendo como él salía del callejón y dejaba a las dos mujeres allí de pie, contemplando su marcha sin que ninguna de ellas comentara nada al respecto, solo permaneciendo donde él les había dicho.

—Ni una palabra sobre esto en casa —le dijo Clea a Alice, viendo como la muchacha no sabía muy bien qué decir al respecto después de lo que se había encontrado.

—¿Va a volver con el señor Mardling?— fue lo único con sentido que a la muchacha se le ocurrió preguntar.

—Por ahora, hemos aclarado algunos puntos que veíamos de forma diferente —le comentó ella, aún observando la entrada vacía.—Pero no hay nada más claro, así que te rogaría que, en esta ocasión, de verdad, no dijeras nada a nadie.

La joven asintió, pero todavía parecía darle vueltas a algo.

—¿Y cómo se tomará eso la señora Lisa? —Le preguntó.

Clea dirigió su mirada hacía la muchacha en el acto, sin haber caído en ese detalle.

Había vuelto de Francia destrozada, contándole a su hermana lo que Jack había hecho, haciendo que el odio que ella parecía sentir por él solo aumentara aún más, ni siquiera queriendo oír su nombre en casa. ¿De qué modo iba a poder explicarle lo ocurrido para que lo entendiera y le diera algo parecido a una segunda oportunidad?

Imposible. Lisa ya había colocado una cruz sobre Jack. Nadie iba a conseguir remover eso. Incluso aunque Adrien hablara con ella, su hermana ya tenía una opinión bastante mala sobre él.

—Será mejor que volvamos a casa —consiguió murmurar, dándole vueltas al asunto.

CAPÍTULO 43

—¿Dónde has estado? —Le preguntó Kailyn en cuanto llegaron a casa, apareciendo de pronto en la entrada, pareciendo algo agitada, como si la hubiera estado buscando por toda la casa antes de oírlas llegar.

—Comprando. ¿Por qué?

—Tu hermana ha estado preguntando por ti. Está en el jardín, encargándose de las flores. Le he dicho que has salido a dar una vuelta, pero no parecía muy contenta porque te hubieras ido así, sin más —le indicó ella, explicándole la situación.

Pero algo tuvo que ver en su expresión, porque frunció el ceño, estudiándola ahora con más atención.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó Clea, tratando de no parecer nerviosa ante aquel escrutinio.

Alice había desaparecido de la manera tan discreta que solo el servicio poseía, de camino a la cocina, así que solo se encontraban ellas dos en la entrada de la casa.

—¿Te ha ocurrido algo mientras estabas fuera? —Le preguntó Kailyn.

—No. ¿Por qué lo preguntas?

—Bueno... es que, desde que volviste de Francia, tenías siempre una expresión algo triste, por mucho que habláramos de otros temas para que te concentraras en otras cosas. Sin embargo, ahora mismo, te veo bien, como siempre. Como antes de ese incidente.

—¿Vamos a permanecer mucho tiempo así, hablando en la entrada? —Le preguntó, dirigiéndose hacia el comedor, asegurándose de que no había nadie por las inmediaciones lanzando miradas aquí y allá.

Kailyn la miró con atención, con el ceño fruncido al ver esa actitud, pero, al caer en algo, abrió la boca, conteniendo una exclamación de

sorpresa, y comenzó a seguirla.

—¿Con quién te has encontrado al salir? ¿Qué es lo que ha pasado? ¿Qué intentabas ocultarme? —Le preguntó.

Clea cerró la puerta del cuarto cuando Kailyn entró tras ella, asegurándose de tener la mayor privacidad posible.

—¿Por qué te das cuenta de todo? —Le preguntó Clea a su amiga, fingiendo estar molesta.—Si hacéis eso con todo el mundo, no me extraña que siempre os enteréis de todos los secretos.

Pero Kailyn no se perdió en su cháchara y se cruzó de brazos en el centro del cuarto, esperando a que hablara.

Sabiendo que era inútil mantenerse callada, Clea soltó un pequeño suspiro, se colocó junto al piano, regalándole a este una caricia, y se volvió hacia su amiga.

—Me he encontrado con Jack y le he preguntado sobre la vizcondesa.

—¡Sabía que se trataba de algo como eso! —Exclamó Kailyn, descruzando los brazos y acercándose un poco más a ella, con una sonrisa abriéndose camino en sus labios.

Pero Clea alzó las manos, indicándole que bajara el tono de voz.

Lo que menos necesitaba era que cualquier escuchara su conversación o que llegara a oídos de Lisa sin que ella la hubiera preparado antes para que aceptara la existencia del señor Mardling.

—¿Qué es lo que ha ocurrido? —Le preguntó Kailyn, bajando su tono hasta convertirlo en un susurro mientras se sentaba cerca de donde ella se había decidido sentar, inclinándose hacia Clea.

La joven tomó aire, tratando de poner en orden lo ocurrido en su cabeza y comenzó a relatarle todo, desde que había dejado a Alice vigilando a la vizcondesa hasta que Jack había tenido que irse para alejarla de allí y que no las viera, contándole todo lo que había entre medias, sonrojándose cuando le dijo que se habían besado.

Kailyn lo escuchó todo, asintiendo de vez en cuando, permaneciendo sería. Pero, a pesar de ver como Clea adquiriría un

ligero tono rojizo, no comentó nada sobre ello.

—Entonces... ¿has perdonado a Jack? ¿Cuándo vas a hablar de esto con tu hermana? A Lisa le llevará bastante tiempo poder aceptarlo. Incluso dudo que os dé permiso para que os podáis casar.

Clea alzó la vista hacia ella.

—Yo no he perdonado todavía a Jack.

—¿Cómo dices? —Preguntó Kailyn, pensando que no había escuchado bien.

—Que no he perdonado aún a Jack. Por los motivos que sean, me hizo mucho daño.

Kailyn parpadeó, mirando con atención a su amiga, viendo como ella la miraba fijamente a su vez.

—Pero... ¿qué estás diciendo? Si acabas de narrarme como os habéis besado.

—Eso solo ha ocurrido porque él sabe cómo hacerme perder la cabeza y ha aprovechado eso a su favor. Sus palabras me hicieron daño y he pasado más de un mes sufriendo por su culpa. Eso no puedo olvidarlo tan fácilmente.

Kailyn entrecerró los ojos, viendo como ella volvía la cabeza hacia un lado, cayendo en algo.

—¿Quieres que se arrastre un poco más? ¿Es eso? —Le preguntó.

Clea volvió enseguida la cabeza hacia ella, pareciendo sorprendida porque hubiera llegado tan rápido a esa conclusión, viendo como Kailyn asentía.

—Es eso.Quieres que Jack se arrastre un poco más para que tú te sientas satisfecha.

—Yo no he dicho nada como eso— se defendió Clea.

—No ha hecho falta. Se ha notado en seguida.

—Creo que es algo que solo tú o tu hermana podríais haber visto.

—Entonces, admites que es lo que quieres que haga, ¿verdad? — Preguntó ella, sonriendo un poco.

Clea se cruzó de brazos y volvió la vista hacia otro lado, pero no

hizo falta que respondiera nada a ello. Su mero silencio era más que suficiente para saber que se trataba de eso.

—También sabrás que, por mucho que digas, cuando lo tengas delante, lo perdonarás en el acto, ¿verdad? —le indicó la joven.

Pero Clea solo se encogió de hombros.

Kailyn dejó de enfurruñar a su amiga y se concentró en lo que le había contado.

—Pero... ¿qué piensas que va a hacer Jack para que el vizconde los encuentre y no acabe matándole a él? En estas situaciones, el amante suele salir peor parado que el infiel. O las cosas han acabado mal para ambos. En esta ciudad, los amantes han tenido accidentes desafortunados —le recordó.

Clea lo sabía. Las gemelas le habían hablado de esos cotilleos algunas veces. También de amantes que desaparecían de la ciudad y que alguna familia se marchaba a una segunda vivienda en alguna parte, oyendo como los amantes volvían poco después, cuando pasaba el peligro. Esperaba que Jack fuera de esos últimos casos. Incluso aunque se viera en la obligación de abandonar la ciudad después de que el vizconde descubriera la infidelidad de su mujer, eso incluso la beneficiaba, porque le daría el tiempo suficiente como para ir acercándose a su hermana y, poco a poco, recordarle la existencia del hombre del que ahora no quería oír hablar y eso no le provocara un ataque de ira.

Tenía entendido que el vizconde era un hombre mayor, aunque no recordaba exactamente la edad que tendría. Si trataba de hacerle algo a Jack con sus propias manos, lo iba a tener bastante difícil. Era más posible que él acabara con el anciano hombre, de haber un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, y de dejar a la vizcondesa viuda, completamente libre, solo sería una desgracia para ellos. No se librarían de la mujer jamás.

—No me ha dado detalles. Solo me ha dicho que hará que el vizconde lo descubra y que eso sería suficiente para que esa mujer

salga de nuestras vidas. No sé si he hecho bien en no meterme más en sus planes o no.

Kailyn asintió, sin saber qué haría el señor Mardling, pero esperando que, fuera lo que fuera, le resultara del modo que él esperaba.

—Espero que todo le salga bien —le deseó.

“Yo también lo espero”, pensó Clea, un poco inquieta.

CAPÍTULO 44

—¿Dónde te habías metido? —Le preguntó Anna, refunfuñando, cuando Jack por fin llegó a su lado, viendo como ella miraba a un lado y a otro, buscándole en la puerta de la tienda.

El hecho de que la hubiera hecho esperar, aunque solo hubiera sido por unos escasos momentos, la había molestado tanto como si hubiera esperado horas, mirándole con mala cara.

—Estaba caminando un poco por las cercanías. Me desespero si tengo que permanecer mucho tiempo sin hacer nada. Sabes que yo siempre he estado haciendo varias cosas a la vez —le indicó, mostrándose completamente calmado.

Anna miró en torno a ambos, comprobando si había alguna cara familiar entre la multitud, alguien con la que ella considerara que él no tendría por qué hablar, pero no encontró a nadie que la hiciera sospechar, así que aceptó sus palabras y lo tomó del brazo, como siempre hacían cuando caminaban por la calle.

—No me gustaría enterarme que me hayas mentido —le indicó la mujer, con aquel tono amenazador que pretendía no serlo, como si solo procurara ser comprensiva y clara.—Ahora eres solo mío. No debe importarte nadie que no sea yo. No quiero que hables con antiguas amantes tuyas ni pierdas el tiempo que pasamos juntos con tus pinturas.

—Podrías encerrarme en una jaula, si eso te dejara más tranquila —comentó él, tratando de sonar sarcástico.

Pero Anna le miró con atención mientras caminaban, con esos ojillos astutos suyos, como si le hubiera dado la mejor idea del mundo.

—¿Podríamos hacer eso? —comentó la mujer, apretándose más contra él.—No me imagino cómo se sentiría al tenerte encerrado, a mi completa merced.

Jack sí podía imaginárselo. Justo así era como lo tenía ya. Solo que la mujer no había pensado encerrarlo aún en un espacio más pequeño, maldiciéndose a sí mismo por haber abierto la boca.

Anna parecía estar dándole vueltas al asunto, murmurando palabras que él no llegaba a escuchar del todo, pero, temiendo por el camino que estaba siguiendo la mente de la mujer, la colocó contra la pared más cercana, como había hecho con Clea minutos antes, aunque ahora sin ningún deseo real en perderse en la figura femenina que tenía frente a él.

—¿Y si fuera yo el que quiere encerrarte a ti en una jaula? —le susurró contra los labios, viendo como Anna se quedaba sin aire ante su repentina brusquedad.

Sin embargo, en vez de ver la inocencia que había visto en Clea mezclándose con la pasión, haciendo que todo su cuerpo llameara en respuesta, solo vio como la vizcondesa entrecerraba los ojos y se pasaba la lengua por los labios mientras observaba cada detalle de su rostro, como si paladeara la idea.

—¿Serías capaz de hacer eso? —Le preguntó ella, alzando las manos por su pecho, sin parecer importarle mucho que estuvieran en la calle, dejando que las personas que habían cerca los vieran.

Jack se apartó en el acto. No quería dar ningún espectáculo y Anna, cuando se excitaba, le importaba muy poco donde se encontrara, aún acariciándole el brazo con anhelo cuando Jack se apartó lo suficiente de ella.

—Tal vez deberíamos probarlo —le comentó ella, inclinándose hacía su oído, rompiendo la distancia que él había tratado de crear. — Me gustaría probar cómo se sentiría que me tuvieras completamente retenida a tu capricho. Seguro que sería excitante.

Jack trató de contener el asco que le daba la idea y asintió, tratando de alejarse de allí lo más rápido posible, sabiendo que ya había hecho el ridículo bastante delante de la gente.

Todos en Londres parecían saber que estaban juntos, viendo que

había llegado hasta los oídos de Clea, pero no hacía falta que dieran espectáculos en mitad de la calle, donde la gente pudiera mirarlos con una mezcla de curiosidad y reproche. Había niños en las cercanías y familias paseando por las calles que no toleraban esas muestras de “cariño” a la vista de todos. Y menos entre una mujer casada y su amante.

—Deberíamos volver a casa ya —comentó Jack, viendo como ella parecía retorcerse un poco contra él, como si no fuera capaz de dejar su cuerpo quieto o no tuviera control sobre él.

Quedaba más que claro que estaba excitada y, si no se daban prisa, ella exigiría un alivio en cualquier parte, sin importarle quién pudiera verlos. Cuando llegaba a ese punto, a Anna le daba igual ser vista en mitad de un momento íntimo. Muchos de los rumores que circulaban sobre ella así lo habían hecho saber.

Jack volvió a arrepentirse de haber abierto la boca, de haber iniciado de nuevo aquel odioso juego que tanto le repugnaba, pero ya no había nada que hacer. Tendría que acostarse con Anna, por mucho que odiara entrar en contacto con ella, por mucho que deseara echarle las manos al cuello y ahogarla antes que dejar que volviera a tocarlo.

El único consuelo que tenía ahora era que Clea por fin sabía la verdad y que aquella relación surgida del chantaje acabaría dentro de muy poco.

Cuando eso ocurriera, cuando por fin pudiera librarse de Anna, sabía que correría al lado de Clea, se refugiaría entre sus brazos y no se apartaría de su lado durante días, sin importarle lo que dijera la gente, necesitando quitarse la sensación de las manos extrañas de su cuerpo, necesitando que ella lo limpiara y le hiciera olvidar aquello, dejar atrás lo que había ocurrido y empezar de nuevo.

Después de conseguir escapar de la cama de Anna, oyendo las protestas de ella para que no se apartara aún de su lado, se dirigió al balcón más cercano, necesitando tomar un respiro y alejar la sensación de las manos de la posesiva mujer de su cuerpo con un poco de aire fresco, casi sintiendo aquel contacto como un veneno, algo que trataba de colarse dentro y por debajo de su piel por mucho que él lo rechazara.

Se agarró a la barandilla con fuerza, alejando la sensación de repugnancia que lo aquejaba, y agachó la cabeza, recreando la imagen de Clea en su mente; el modo en el que ella no había podido contenerse más ante sus palabras y le había obligado a besarla, sintiendo aquellos labios suaves abriéndose ante su paso, dejando escapar unos pequeños gemidos contra su boca que siempre lograban volverle loco.

La recreación de aquellos besos lo encendió, recordándose al mismo tiempo que nunca se dejaba ir dentro de Anna. Lo que menos necesitaba era que ella quedara embarazada, por mucho que ese pareciera uno de sus objetivos. Si hacía eso, lo tendría atrapado de por vida. Por ello, por mucho que Anna le rogara, siempre se contenía o acababa fuera de ella, sabiendo que eso la frustraba. Era algo de él que no podía poseer ni que pudiera obligarle a darle. Un pequeño castigo por tener que estar viviendo en aquel infierno en el que había transformado su vida.

Volvió a pensar en Clea, necesitando concentrarse en algo agradable, algo que no le causara asco de sí mismo ni le hiciera tener la necesidad de arrancarse la piel a tirones para alejar el tacto de Anna de él.

Recordó cómo le molestaba el vestido de ella cuando habían estado en el callejón. Quería llegar a su piel, acariciarla, besarla y lamerla. La había estado añorando tanto que, cuando pudiera volver a estar a solas con ella, sabía que lo haría durar horas, recorrería cada rincón y se aseguraría que nada había cambiado durante su ausencia.

—Por fin sales de ese cuarto —le espetó Benjamin, el joven y supuesto hijo del vizconde, apareciendo de nuevo a su espalda.

Tenía un modo muy particular de pillar a la gente siempre por sorpresa, como si tuviera el don de ser tan silencioso como una sombra.

—Digamos que tu madrastra no suelta a su presa hasta que se cansa de ella —le soltó, tratando de no sonar tan molesto por ello como en verdad se sentía.

Era absurdo tratar de ocultarle lo que había ocurrido en aquella habitación. El chico lo sabía muy bien.

—¿Y no puedes hacer que se canse de esto ya? Hay detalles de la casa de los que tiene que encargarse.

—Sabes que, si fuera por mí, ni siquiera estaría aquí.

Benjamin lo observó con atención, estudiando el cuerpo semidesnudo de Jack, y acabó asintiendo, dándole la razón.

Pareció que decidió ignorar el bulto entre sus piernas, que se había creado al recordar a Clea, lo cual agradeció.

—Mi padre me ha enviado una carta. Dentro de unos días estará de vuelta. Le he ordenado a los criados que nadie le comente a mi madrastra la fecha exacta, como me sugeriste —le dijo.

Jack asintió en esa ocasión.

—Bien. No nos interesa que ella lo sepa. De ser así, se encargará de mantenerme oculto y no podremos hacer lo que deseamos.

—Es posible que se entere por sus amistades de que mi padre regresa. No seré el único al que le haya escrito.

—Yo me ocuparé de eso. Mientras yo permanezca a su lado, ella no tendrá tiempo para visitas. Y, si intenta hacerlo... me encargaré de entretenerla del modo que sea.

No le agradaba la idea de tener que meterse en la cama de Anna por voluntad propia, tratando de ser seductor con ella, pero, de nuevo, se recordó que el sacrificio sería por poco tiempo, que, cuando el vizconde llegara, todo aquello se acabaría.

—De acuerdo —le dijo Benjamin, dándose media vuelta para marcharse.—Por cierto... —comentó, aún de espaldas.—Gracias por la ayuda.

Jack iba a decirle que no tenía que agradecerle nada, estaba haciendo aquello para sí mismo también, pero el muchacho no se detuvo a escucharlo, si no que se marchó sin más.

CAPÍTULO 45

Linzy escuchó con atención lo que sus amigas le estaban contando, viendo que habían llegado a su casa con noticias frescas y deseando contárselas a alguien, moviendo la cabeza de una a otra, tratando de entender lo que ocurría mientras Clea y Kailyn hablaban a la vez.

—Así que... según me habéis dicho, el señor Mardling es inocente y se vio obligado a decir aquellas palabras para que la vizcondesa de Taaffe no te hiciera daño a ti ni a tu familia, ¿no?

—Así es —afirmó Clea.— Al parecer, no era tan inocente como me pareció en la fiesta.

—Yo he oído hablar de ella a mis hermanos —comentó Linzy.— Decían que era una mujer caprichosa, que quería tener lo que deseaba en el acto. La vizcondesa no es una de sus clientas favoritas.

—¿Estáis hablando de la vizcondesa de Taaffe? —Preguntó una voz masculina, haciendo que las muchachas volvieran la cabeza hacia la puerta del pequeño salón donde estaban tomando el té.

—Samuel —murmuró Linzy, pareciendo sofocada, como si se hubiera quedado sin aire al saber que habían oído su conversación.

El padre de esta no había tardado en volver a la fábrica, por mucho que el médico le hubiera recomendado que se quedara en casa unos pocos días más. En consecuencia, sus hermanos pasaban de vez en cuando por casa para escapar de sus exigencias y gritos aunque solo fuera durante un rato, algo que hacía que Linzy permaneciera en sus habitaciones.

El hermano de Linzy, Samuel, era enorme, ninguna de las chicas le llegaba más allá del pecho, y al igual que el resto de hermanos, tenía el cabello castaño, aunque ellos más oscuro que ella, y los ojos castaño—parduscos que Linzy poseía, sacados de su madre, nada tenía que ver con los de sus hermanos, pues los de ellos eran más azules que cualquier otro color. Tenía la costumbre de hablar poco y

mirar fijamente, lo que lograba que hasta Clea y las gemelas se sintieran intimidadas en alguna ocasión. Y la barba que se recortaba de vez en cuando no ayudaba a dar una imagen más suave.

Tal vez parecía atractivo si no tuviera una mirada tan feroz o se impusiera tanto con su mera presencia.

—Sí— admitió Clea, tratando de romper el silencio que se había creado con su aparición.—Estamos teniendo algunos encontronazos con ella y estábamos hablando sobre ello.

—No os acerquéis mucho a esa mujer. Es peligrosa— fue todo lo que añadió Samuel, dirigiendo una mirada de advertencia a cada una de las mujeres presentes, antes de marcharse a otra parte de la casa.

—Tu hermano de verdad impresiona —comentó Kailyn, cuando creyeron que aquel hombre ya se había alejado lo suficiente.—En comparación, Steve y Timothee son más fáciles de tratar— dijo, hablando de los otros dos hermanos de Linzy.

—Creo que Samuel no se casará nunca —afirmó Clea.—Cuando mire de esa manera suya a alguna mujer, solo logrará asustarla.

—Steve es demasiado apasionado para permanecer con una sola mujer y Timothee se dedica a hacer bromas que solo él entiende. Todos lo tendrán difícil —murmuró Linzy.

Comparando a la joven con sus hermanos, a pesar de que todos se parecían mucho, ella solo parecía una niña pequeña. Y no solo por la diferencia de edad entre los chicos y ella. Todos eran muy altos, aunque Samuel era el más alto y robusto con diferencia. No quedaba muy claro a qué rama de la familia había salido ella, ya que hasta su padre era grande.

—Pero hasta ellos saben que la vizcondesa es peligrosa. ¿Qué les habrá hecho a ellos? —comentó Kailyn, pensando sobre ello.

—Conociéndola, puede ser cualquier cosa— añadió Clea a su vez.

—Si Samuel dice que es peligrosa, es que lo es mucho. Ellos se enfrentan a gente muy rara todo el tiempo. Para que haya hecho esa advertencia es que esa mujer es un peligro de verdad —murmuró

Linzy.

Costaba que hablara a un volumen normal. Incluso cuando se sentía cómoda, no alzaba mucho la voz, lo que Clea y las gemelas estaban tratando de cambiar, incluso aunque Kaila no tuviera actualmente mucho tiempo para pasarse por su casa.

—Temo por Jack —comentó Kailyn, expresando en voz alta los pensamientos de Clea.—¿Qué es lo que piensa hacer? ¿Cómo sabe que sus planes saldrán bien? Piensa que el vizconde castigará a su mujer, pero ella no es la primera vez que se sabe de sus amantes. ¿Y si solo quiere vengarse de Jack y ella sale indemne?

—Kailyn —murmuró Linzy, indicándole a Clea con la mirada.

La joven había agachado la cabeza al escuchar esas palabras, pero no había comentado nada.

La gemela se llevó una mano a los labios, sabiendo que había hablado de más, pero ni siquiera lo había pensado antes de que las palabras abandonaran sus labios.

—Seguro que todo sale bien —comentó Linzy, tratando de alzar los ánimos.—El señor Mardling parece un hombre bastante inteligente. No creo que haga algo imprudente y no dejará que el vizconde le ponga las manos encima.

—¡Sí, eso es verdad! —afirmó Kailyn en el acto.—¡Es un hombre muy listo! ¡No hará algo que fuera contraproducente para él! ¡Eso sería absurdo! Habrá ideado algún plan que pueda funcionar.

—Nadie sabe si un plan va a salir bien hasta que se ejecuta —comentó Clea, haciendo que las dos muchachas no supieran bien qué decir.

—Pero tampoco podéis estar así eternamente —comentó Linzy.— No podéis estar en manos de la vizcondesa para que ella haga con vosotros lo que quiera.

—Desde luego, por lo que he oído, Jack no parece muy feliz en su actual situación y no creo que soporte mucho más estar alrededor de esa mujer. Vivir con un chantaje no tiene que ser agradable.

Clea las contempló a las dos con atención, pero solo logró llevarse una taza de té a los labios.

Después de aquella charla, donde tanto Linzy como Kailyn trataron de cambiar la conversación, hablando de temas tan poco trascendentales como el tiempo o cómo funcionaba la casa de esta primera desde que su padre había tenido que permanecer allí un tiempo, ambas chicas volvieron a su casa.

Cuando se habían ido, Lisa se había echado a dormir después de comer, algo que había empezado a hacer como una costumbre, y esperaban que, a su vuelta, no se hubiera levantado. En un buen día, solo pasaba unas pocas horas despierta.

Un deseo en vano, pues, cuando llegaron a casa, Lisa se encontraba en la habitación del bebé, comentando con el trabajador cómo quería que quedara la pared para que ella pudiera darle el visto bueno, tapándose la nariz para no oler el olor a pintura.

El hombre seguía subido en una escalera, sin haber terminado de pintar del azul que Lisa quería el cuarto, escuchándola con una expresión de resignación que dejaba claro que se estaba ganando el cielo con aquella conversación.

—Lisa, tienes que dejarle hacer su trabajo —le indicó Clea con delicadeza, tomando a su hermana del brazo, tratando de alejarla de allí.

—Solo le estaba informando de lo que tenía que hacer— se defendió ella, negándose a moverse.

—Creo que el hombre sabe muy bien lo que tiene que hacer —afirmó Kailyn.

A regañadientes, Lisa dejó que se la llevaran de allí, conduciéndola al salón de abajo, donde la sentaron en un sofá y Clea se sentó en el piano, viendo como Kailyn se sentaba cerca de su cuñada.

—No deberías estar pendiente de esas cosas —le comentó esta última.—No creo que sea bueno para el bebé que estés siempre preocupada por ese cuarto.

—Lo que no creo que sea bueno para el bebé es dejar que ese hombre haga lo que quiera y luego tenga que enfadarme —afirmó Lisa.

—Creo que ese hombre sabe muy bien lo que hace. Se lo has indicado ya varias veces y dudo que se haya olvidado de todas tus indicaciones. Te lo garantizo —comentó Clea, pulsando unas teclas en el piano, dejando escapar de este una melodía que las hermanas conocían y que hizo que Lisa se relajara un poco.

—Una de las canciones de mamá —comentó Lisa, pasándose la mano por el vientre de manera inconsciente.

—Irene decía que tocaba esta canción cuando estaba embarazada de ti —murmuró Clea, ahora tocando con las dos manos, notando como su hermana se relajaba.

—Tal vez deberías tumbarte —le comentó Kailyn, ayudando a Lisa a subir las piernas sobre el sofá.

—Vosotras dos estáis raras —murmuró Lisa, en ese estado entre la conciencia y el sueño.

—¿Raras? —comentó Kailyn, fingiendo inocencia.—Solo tratamos de ayudarte a que te relajes y te sientas bien.

—No. No es eso. Ya sé que estáis tratando de ayudarme con el bebé. Es algo... algo en la cara de Clea, algo que había y que ya no está —murmuró.

—Creo que todo sigue en su sitio en la cara de Clea —comentó Kailyn con una sonrisa.

—Ya no parece tan triste. Desde que volvió, siempre tenía un aire triste. Pero ya no es así.

Kailyn y Clea compartieron una mirada, una mirada que Lisa no vio porque tenía los ojos cerrados, pero Clea no perdió el ritmo y siguió tocando como si nada.

—Bueno... después de volver a casa, no tiene porqué estar triste. Está rodeada de su familia, se ha enterado de que va a tener una sobrina o sobrino y todo está bien. ¿Por qué no iba a estar como siempre?

—Ese Mardling... —murmuró Lisa, cada vez menos consciente.— No quiero volver a verlo cerca ni de ella ni de esta casa. No volverá a hacer daño a esta familia mientras yo esté aquí.

Ni Clea ni Kailyn comentaron nada al respecto al oír aquellas palabras. Solo dejaron que Lisa volviera a dormirse mientras su hermana no dejaba de tocar el piano y Kailyn se acercó a ella para que la dormida Lisa no pudiera oír nada si en algún momento dado se despertaba de improviso.

—Creo que Jack lo va a tener difícil para volver a pisar esta casa.

—¿Pisarla? Creo que lo va a tener difícil para caminar por esta calle. No tuve que contarle todo a mi hermana. Nos habríamos ahorrado que lo odiara aún más.

—¿Y qué le hubieras dicho, si no, para justificar que no estabas con Linzy? Sabes que tu hermana se hubiera enterado sí o sí. Linzy se lo tuvo que decir, así que los detalles que tú le diste tampoco marcaron mucho la diferencia.

Clea asintió, pero, aún así, echó un vistazo a su hermana, que parecía haberse quedado profundamente dormida mientras escuchaba la canción, con ambas manos sobre el vientre, como si hubiera tratado de acariciar al bebé al mismo tiempo.

CAPÍTULO 46

—¿Qué estás haciendo, amor? —Le preguntó Anna, acercándose a él por la espalda y abrazándolo, aprovechando que Jack estaba sentado en la mesa del comedor, tratando de desayunar.

En el acto, el hambre que hubiera podido sentir desapareció.

—Hasta el momento, creo que era bastante obvio que desayunaba.

Anna ni siquiera trataba de disimular delante de los criados, que los miraban entre sorprendidos y horrorizados. Todos habrían visto a los amantes de la vizcondesa merodeando por la casa, pero nunca a nadie como a Jack, que prácticamente parecía haberse mudado a la casa del vizconde.

Cuando Benjamin les informó que no avisaran a Anna de que su padre volvía a casa, nadie pareció tratar de saltarse la orden para avisar a esta. Incluso su criada personal, aquella que pasaba más tiempo con ella, se había llevado más de una paliza cuando la mujer se encontraba irritada y le echaba la culpa sobre cualquier cosa.

En realidad, toda la casa parecía desear su marcha.

Anna, ignorante a todo eso y el odio que parecían profesar todos por ella, cogió un trozo de fruta del plato de Jack y se lo llevó a la boca, lamiéndose los dedos mientras le dirigía una mirada significativa.

—¿No has pensando en tratar mejor a las personas que tienes a tu alrededor? —Le preguntó Jack, mirando a los criados, que aún pululaban arriba y abajo por la estancia mientras Anna se sentaba en una silla a su lado.

—¿Te refieres a los criados? —comentó ella, sin darles mucha importancia.—¿Por qué? Si a alguien no le gusta trabajar aquí, que se marche. Hay mucha gente que desearía trabajar en esta casa.

Jack pudo ver que más de un criado torcía el gesto, pero, por supuesto, ninguno comentó nada.

—¿Has dormido bien esta noche? —Le preguntó Anna, inclinándose hacia él mientras una criada le servía de una taza de té.

Habían pasado días desde que Jack y Clea se habían encontrado, días infernales que lo habían tenido de los nervios y que habían poblado los sueños de Jack con imágenes de ella, haciendo que se despertara en mitad de la noche y despertando a la vizcondesa en el proceso, aunque ella no le costara volver a dormirse.

Lo peor era que, algunas noches, cuando despertaba a Anna, a ella no le apetecía volver a dormirse y Jack se veía obligado a yacer de nuevo con aquel cuerpo que nada despertaba en él, por mucho que lo detestara, sin ni siquiera entender cómo era posible que su cuerpo pudiera cumplir, a pesar del odio que sentía hacía ella.

—No. No he dormido bien — admitió.

De todas formas, Anna no sabía con qué soñaba y, desde luego, él no pensaba decírselo.

Benjamin entró en el cuarto en ese momento, dirigiéndoles una mirada a las dos personas que estaban sentadas en la mesa.

Estaba más que claro que odiaba a Anna, pero si ella notaba las miradas que le dirigía, las ignoraba con bastante maestría y no perdía la sonrisa de los labios.

—Buenos días, Benjamin —le dijo la mujer, viendo como el chico se sentaba al otro lado de la mesa, sin que hubiera abierto la boca.

Por motivos que solo ella conocía, de vez en cuando trataba de llevarse bien con él. Tal vez, se debía a que sabía que dentro de poco tenía que volver su marido y creía que se ganaba al chico de aquellas formas.

Pero, teniendo en cuenta que el joven ni siquiera abrió la boca y se concentró en su plato, Jack no sabía lo que pretendía sacar de él. Quedaba más que claro que el chico la detestaba y ella no había hecho la más mísera intención de comportarse como una madre con él.

—¿Sabes algo de tu padre? —Le preguntó Anna, dejando pasar por

alto que Benjamin ni siquiera le había devuelto el saludo, llevándose la taza de té a los labios, contemplando al muchacho.

—Que volverá dentro de poco— fue todo lo que el muchacho le dijo, sin ni siquiera mirarla.

—Pero... ¿aún no ha dicho qué día volverá? —Le preguntó, inclinándose hacia él.

Seguramente, lo había hecho para que el chico se centrara en sus pechos, que se desbordaban por encima del escote de su vestido, y le hablara de todo lo que quería saber. Pero, si al chico le afectó de alguna manera aquella visión, no dio muestras de ello.

—Pronto. Cuando decida qué día, nos avisará —comentó, llenándose el plato con unos trozos de carne.

Jack no abrió la boca mientras contemplaba aquel intercambio de palabras, notando que Anna se estaba irritando por la forma en la que el chico le hablaba. Estaba acostumbrada a que los hombres la adoraran, revelaran todo lo que ella querría saber cuando les dedicaba una sonrisa. Que no obtuviera siempre esa reacción la encendía en el mal sentido y solía hacer que pasara un buen rato delante del espejo, tratando de asegurarse si le había salido alguna cana o arruga.

Lo que más temía Anna era el paso del tiempo, el hecho de que, irreversiblemente, la belleza que empleaba para todo desapareciera y solo quedara un cascarón vacío y sin ningún tipo de poder.

—Eras más amable de niño —le dijo ella.— Cuando te preguntaba algo, te apresurabas en responder.

—Eso era cuando aún pensaba que podía tener una madre.

—Sigo siendo tu madre —le espetó ella.

—Madrastra— recalcó Benjamin, alzando la vista hacia la mujer.

Quedaba claro por su mirada que esa diferencia suponía un mundo y que él no iba a hacer la menor intención de romper la distancia.

—Aún así, soy la figura materna más cercana que tienes, chico —le

dijo ella, dejando claro la molestia que sentía a través de su voz.

—Si tú eres mi figura materna, prefiero no tener ninguna —le dijo Benjamin.—Lo único que haces es traer a tus amantes a esta casa, sin ningún respeto por mi padre, mancillando su cama.

—¿Acaso crees que él no se acuesta con otras mujeres? Habrán pasado cientos por sus piernas, así que ni se te ocurra echarme eso en cara —le advirtió ella, a su vez.—Además, si a mí no me consideras tu madre, tampoco deberías de hacerlo con “tu padre”. Tienes la misma cantidad suya de sangre que mía corriendo por tus venas.

—¡Maldita! —le gritó Benjamin, poniéndose en pie en el acto, golpeando la mesa con las manos.

Pero el chico no tenía tanta fuerza como para que el golpe hubiera supuesto algo importante.

La sonrisa en los labios de Anna demostraron que había conseguido su objetivo. Había conseguido sentirse mejor humillando a otra persona. Benjamin ya parecía saber que no tenía nada que ver con el vizconde, pero era la única familia que conocía, el muchacho no lo trataba como si supiera de su falta de parentesco, así que le había entregado su fidelidad a este por completo.

—Anna —le advirtió Jack, tratando de relajar los ánimos.

—¿Qué? —Preguntó ella, derrochando falsa inocencia.—¿He dicho algo que no sea verdad?

—¡Eres una...!— empezó a decir Benjamin, comenzando a ponerse rojo por el enfadado, pero Jack también acabó poniéndose en pie, haciendo que ambos lo miraran.

—Esto es absurdo. Queráis o no, formáis parte de la misma familia. Aunque sea solo de nombre.

—Desde luego, pero, incluso así, yo tengo más derecho que él —comentó Anna, que no parecía querer rendirse ahora que había conseguido hacer el suficiente daño.—Yo me he sacrificado y me he acostado con el vizconde. Él solo nació de una de sus mujeres.

Benjamin empezó a darle la vuelta a la mesa, tratando de llegar hasta ella, pero Jack sujetó al chico.

Para lo delgado que estaba, era más fuerte de lo que parecía.

—Anna, por favor, ¿podrías retirarte? —le pidió Jack.

El chico estaba intentando liberarse de sus brazos, retorciéndose como si en ello le fuera la vida, sin apartar los ojos de su madrastra, sin duda deseando acabar con ella.

—¿Para no molestar al pequeño? —Preguntó ella, como si le resultara un gran esfuerzo.

—¡Anna, por favor! —Exclamó Jack, apenas pudiendo sujetar al chico para evitar que se lanzara sobre ella.

—De acuerdo, pero quiero que vengas después a mi cuarto. Quiero probar algo antes de que salgamos a pasear.

Las criadas, que habían permanecido en el cuarto, lo habían visto todo y no habían hecho la menor intención de ayudar a Jack para sujetar a Benjamin. Era como si todos desearan ver ese espectáculo. Pero, como si no fuera consciente de lo que había estado a punto de ocurrir en aquella sala, Anna salió del cuarto con la cabeza alta y paso tranquilo.

Los criados se hicieron a un lado para dejarla pasar y volvieron la vista a los dos hombres que había en el cuarto.

—Tranquilízate ya —le dijo Jack al chico, soltándolo.—No consigues nada con esto.

—¡Es esa mujer! —le espetó Benjamin.—¡Siempre intenta hacerme daño!

—Pero reaccionando así no logras nada. ¿Cuántos días faltas para que vuelva tu padre?

—Según me dijo, dos —comentó el muchacho, respirando más calmadamente y perdiendo el color rojizo de la cara.

—Bien. Pues solo tienen que esperar dos días más y me encargaré de que el vizconde nos encuentre. Después de eso, todos seremos libres de ella.

Benjamin asintió, tratando de concentrarse en eso.

—Pero recuerda que debes decirle a tu padre que me he visto obligado a esto, que no estoy en la cama de su mujer por mi propio voluntad. No me gustaría que me pegara un tiro.

Se sabía que el vizconde era un aficionado de las armas. Tenía varias por la casa, visibles para todo el mundo. En un arranque de ira, bien podría coger cualquier de ellas y hacer una matanza en la casa.

—Tranquilo. Me encargaré de hablar con él. Cuando llegué, se lo dejaré claro.

—Y luego lo llevarás al cuarto de Anna. Nosotros estaremos allí — le recordó Jack.

—Lo sé. Ya hemos hablado de esto antes. No se me olvidará.

Jack asintió. Pero recordó algo y se volvió de nuevo hacia Benjamin.

—Necesito que lleves a alguien un mensaje mío este mismo día — le dijo. —Quiero que sepa que todo esto se acabará pronto.

—De acuerdo. ¿A quién se lo tengo que hacer llegar?

Clea desfiló arriba y abajo por la casa, sin saber muy bien qué hacer con su tiempo.

Se había pasado la mañana tocando el piano con unas partituras nuevas que Lisa había comprado. Kaila se había vuelto a ir con Adrien a la fábrica, viendo como él se despedía de Lisa con un beso y pasando la mano por su vientre, viendo como su expresión se suavizaba al pensar en el bebé que se gestaba. Kailyn había salido con Linzy a dar unas vueltas por las tiendas, pero ella se había negado a acompañarlas. No le había apetecido salir y, que ella supiera, Jack y la vizcondesa paseaban por esas zonas por las mañanas, sin querer arriesgarse en tener un encuentro accidental que les podría llevar a la ruina a todos. Después de comer, Lisa se había echado a dormir y aún no se había levantado.

Y allí estaba ella, sin saber qué hacer. Había entrado en la biblioteca y había cogido un libro de poesía para entretenerse, pero la lectura no era de su agrado y su mente no parecía capaz de concentrarse en nada.

Al final, solo se sentó junto al piano, acariciando las teclas, pero sin pulsarlas.

Si se encontraran en Bishopstoke, a aquellas horas estaría caminando por los campos, saludando a los vecinos, jugando con los niños y acabando peleándose con ellos, como siempre. Comprobaría si tenían algún vecino nuevo o ayudaría a los trabajadores en el campo de algún modo. Pero allí, en la ciudad, cada uno iba a sus quehaceres y nadie interactuaba con nadie, a no ser que se conocieran o quisieran venderle algo.

—Señorita— la llamó Alice, haciendo que alzara la vista de golpe.

—¿Qué ocurre? —Le preguntó a la muchacha, apartando las manos del piano.

—Ha llegado una nota para usted —le indicó la muchacha, colocándose junto a ella y tendiéndosela.

—¿Quién la envía?— preguntó, examinando el pequeño sobre, sin ningún nombre escrito.

—No han querido decirlo, pero han dicho que le alegraría tener noticias.

Intrigada por esas palabras, sacó la nota que había en el interior del sobre, reconociendo la letra.

Había visto a Jack escribir muy pocas veces, pero, como casi cualquier cosa que tuviera que ver con él, no lo olvidaba con facilidad.

Le indicó a Alice que podía retirarse, queriendo leer la nota a solas, esperando hasta que la muchacha salió del cuarto y cerró tras ella.

Cuando supo que estaba sola, se puso en pie en el acto y empezó a leer:

Clea, sé que ni siquiera cuando te causé tanto daño pude escribirte una carta, pero tenía que informarte de algún modo que dentro de dos días, si todo sale bien, el vizconde volverá a casa y, por consecuencia, conseguiremos que Anna no tenga poder sobre nosotros.

Dos días parecen muchos mientras nos obligan a permanecer separados, pero, después de esto, todo volverá a la normalidad. Estaré fuera de su alcance y podremos volver a estar juntos, como planeamos. En cuanto eso sea posible, iré a casa de tu hermana, le dejaré claro todo lo que ocurrió y que en ningún momento he querido jugar contigo.

Reza para que todo salga bien. Desde luego, yo no hago otra cosa.

Clea apretó la nota contra su pecho, dejando que una pequeña sonrisa emergiera en sus labios.

Pero, tras el breve instante de alegría que siguió a las palabras de Jack, después de saber que aquella estúpida distancia acabaría en dos días, cayó en la cuenta de algo que él había escrito y volvió a leer la nota.

Decía que, en cuando el asunto de la vizcondesa estuviera aclarado, iría a casa para hablar con Lisa y una imagen de Lisa estallando de ira ante su presencia y llevándose las manos con dolor al vientre vino a su mente, haciéndola negar con la cabeza.

Aunque odiara estar separados después de saber la verdad, Jack no podía llegar a casa como si nada hubiera pasado, pensando que Lisa estaría dispuesta a hablar tranquilamente con él. Era algo que no era posible, no sin que alguien saliera herido.

Se apresuró a coger su abrigo y, sabiendo que era un riesgo demasiado alto y pensando que cualquier cosa podría salir mal, pero, sin poder evitarlo, salió de casa de camino al hogar de la vizcondesa de Taaffe.

Salió de la casa sin pensar, sin imaginarse que alguien preguntara por ella y no pudieran encontrarla, sin saber dónde estaba. Solo pudo salir de allí, necesitando hablar con Jack, de advertirle que, de

momento, no podía acercarse a Lisa, no podía intentar hablar con ella porque la mujer simplemente había decidido negar su existencia.

Avanzó por las calles con paso apresurado, ni siquiera molestándose en avisar al cochero de la casa para que la llevara al lugar que deseaba. La noticia de que Jack deseaba hablar con su hermana parecía haber deshecho su mente.

Apenas fue consciente de haber caminado por la calle, llegando ante las puertas de la casa de los vizcondes de Taaffe medio resoplando, contemplando el amplio terreno.

A regañadientes, sabiendo que necesitaba hablar con Jack, que no tenía porqué encontrarse con la vizcondesa si sabía moverse bien y si le rogaba a alguno de los criados, se acercó a la casa, decidiendo acceder a esta por la puerta de la cocina.

Los cocineros y criados que habían allí se sorprendieron al verla, sin saber cómo había conseguido llegar allí sin que nadie la hubiera visto, pero ella no quería perder el tiempo con conversaciones sin importancia.

—Necesito hablar con el señor Mardling sin que la vizcondesa se entere— les pidió.

Los criados se miraron entre ellos, como si estuvieran hablándose en silencio.

—Es muy difícil alejar al señor Mardling de la señora —le indicó un criado, que no tenía que ser mucho más mayor que ella misma.

—¿En... ningún momento?— preguntó.

Durante un instante, la pregunta se le atascó en la garganta, ya que sabía lo que querían decir los criados con eso, sintiendo una bola de asco retorciéndose en su interior, removiéndose con desagrado.

Los criados asintieron, como si sintieran pena por él. Al parecer, no era desconocido para los trabajadores de la casa que la señora no era precisamente un derroche de dulzura y era posible que conocieran las circunstancias que habían llevado a Jack a permanecer en aquella casa, en contra de su propia voluntad.

—Pero... tiene que haber algún modo de alejarlo de ella, aunque solo sean unos minutos. No necesito más — aseguró.

—¿Qué pasa aquí? —Preguntó una voz desde la otra puerta de la cocina, la que daba con el interior de la casa, haciendo que tanto Clea como los criados se volvieran en el acto.

Durante un instante, esta llegó a creer que la vizcondesa la había visto acercarse a la casa, que la había visto desde alguna de las ventanas y había ido en su busca para echarla, pero enseguida se percató de que la figura que había en la puerta no era de mujer, si no que se trataba de un joven que apenas había entrado en su adolescencia, de cabello pelirrojo.

—Señorito Benjamin, esta joven desea hablar con el señor Mardling —le indicó una criada.

El muchacho dirigió la mirada hacía ella, haciendo que ella se envarara, pero este no pareció extrañarse de su presencia al saber qué quería.

—¿Es por la nota que te he hecho llegar? —Le preguntó.

—¿Tú enviaste la nota? —Le preguntó Clea a su vez.

—Sí. Por petición del señor Mardling. Quería avisaros de que ya faltaba poco para acabar con esto.

Clea frunció el ceño. ¿El chico sabía lo que estaba planeando Jack?

—¿Podría hablar con el señor Mardling? —Le preguntó Clea al joven.

Le irritaba bastante ver como alguien que apenas había entrado en su adolescencia era prácticamente igual de alto que ella y no pudo ocultar su cara de disgusto ante ese hecho.

—Es arriesgado que haya venido —le siguió diciendo aquel joven.

—La vizcondesa ya se encuentra demasiado alerta como para que, encima, usted haga las cosas aún más difíciles —le soltó el muchacho.

—Solo necesito hablar con Jack —le dijo Clea a su vez.— Necesitaba informarle que no podía hacer algo de lo que planeaba.

—¿A qué se refiere? —Le preguntó el muchacho, frunciendo el ceño.

—Eso solo se lo diré al señor Mardling.

No conocía de nada a aquel chico. No podía confiar en que, de dejarle su mensaje para Jack, él se lo diría. Después de todo, si Jack se presentaba en su casa, no quería ni imaginar la reacción de su hermana. Tenía que estar segura que él oyera lo que tenía que decirle, en persona, sin gente de por medio, por mucho que el chico supiera del mensaje que le había hecho llegar.

—Lo llamaré —le dijo el muchacho.—Pero si no puede apartarse de la vizcondesa, tendrá que irse. Estamos demasiado cerca como para que lo estropee todo —le advirtió el chico.

Ella asintió, aunque no estaba muy segura de cumplir su palabra de hacer falta. No iba a permitir que su hermana se llevara más sustos por su culpa durante el embarazo. Si algo le llegaba a pasar a ese bebé por su causa...

Tuvo que permanecer en las cocinas, esperando, viendo como los criados que trabajaban en esa zona murmuraban a su alrededor, haciendo suposiciones sobre lo que la habría llevado a aparecer de aquel modo en la casa.

Pero Clea ignoró a estos. Su objetivo era hablar con Jack y nada más.

Empezó a ponerse nerviosa cuando vio que los minutos pasaban y que ni el chico ni Jack aparecían por allí.

¿Y si el chico había ido a avisar a la vizcondesa? Aunque supiera de la nota que le habían hecho llegar, eso podía deberse simplemente a que le hubieran descubierto mientras la sacaba de casa.

Su mente empezó a hacer conjeturas, unas cada vez más alocadas que las anteriores. O, al menos, así fue hasta que vio entrar a Jack en las cocinas como un vendaval.

Cuando la vio allí de pie, junto a la puerta que llevaba al exterior, se dirigió con paso rápido hacia ella y, antes de que Clea pudiera decirle

nada, Jack la envolvió entre sus brazos, enterrando el rostro en su cabello.

Al verse envuelto de nuevo en él, Clea estuvo a punto de echarse a llorar de la alegría. Había echado tanto de menos su simple contacto... Más incluso de lo que habría sido capaz de admitir. Pero no estaba allí para que ambos se abrazaran.

Colocando las manos sobre el pecho de este, hizo que Jack se apartara, mirándola a los ojos.

—Tenemos que hablar —le dijo, todo lo serio que se pudo permitir.

—Sí. Benjamin me lo ha dicho. Pero, ¿qué haces aquí? ¿No sabes lo arriesgado que es esto?

—Más arriesgado hubiera sido lo que tú querías hacer.

Jack frunció el ceño ante eso, sin comprenderla. Pero también fue consciente que todos los criados que tenían a su alrededor estaban pendientes a aquella conversación.

—Será mejor que hablemos fuera —le indicó Jack, colocando una mano sobre la pequeña cintura de Clea, conduciéndola hacia el exterior de las cocinas.

—Daros prisa— les indicó Benjamin.—Ella no tardará en echarse en falta.

Aquella actitud de todos le extrañó a Clea. Parecía como si toda la casa estuviera en contra de su señora, ayudando a Jack en lo que fuera que hubiera planeado para poder deshacerse de la vizcondesa de Taaffe.

—¿Por qué has venido aquí? —Le preguntó Jack, una vez que ambos estuvieron fuera.

—Me enviaste un mensaje diciendo que irías a hablar con mi hermana. ¿Cómo esperabas que no viniera?

—¿Qué quieres decir? —Le preguntó él, frunciendo el ceño, sin comprender.

—Ella me vio llegar de Francia llorando, viendo lo rota que me habías dejado. ¿Crees de verdad que ahora dejará que entres en su

casa a pedir la mano de su hermana sin más?

—le explicaré todo lo ocurrido. Comprenderá que no es algo que yo quisiera hacer.

—Está embarazada, Jack —le indicó ella.—Y no voy a permitir que hagas algo que la altere a ella o al bebé. Ya se llevó un susto cuando supo que no estaba con Linzy y cuando me vio llegar de aquella horrible manera.

—Entonces... ¿qué me estás pidiendo? ¿Qué no vaya a verla? ¿Qué permanezcamos separados? —Le preguntó él, entre disgustado y sorprendido por su propuesta.

—Al menos, hasta que dé a luz al bebé —le pidió ella.

Jack no parecía capaz. Ya había pasado mucho tiempo alejado de ella y cada minuto había sido un infierno en sí mismo. Pero Clea sujetó sus manos, haciendo que alzara los ojos hacía ella.

—Necesito que hagas eso por mí. Si algo le llega a pasar a ese bebé por mi culpa, nunca me lo llegaría a perdonar.

Jack entendía su punto, pero que ella entendiera el suyo.

—Esto no significa que no nos veamos hasta que nazca el bebé —le indicó Clea.—Solo que...

—Que lo hagamos en secreto— terminó Jack por ella.

—Así es. Cuando nazca ese bebé, podrás ir a hablar con ella y enfadarla a placer. Te gritará e intentará echarte de su casa, pero el bebé ya no estará de por medio.

Jack suspiró, sabiendo que, al final, iba a cumplir su petición, por mucho que le pesara. Después de todo, si algo llegaba a pasarle a la hermana de Clea por su causa, sabía que en ese mismo momento jamás podrían estar juntos. Clea no se lo perdonaría a sí misma.

—Está bien. Por mucho que me pese, no me acercaré a tu hermana hasta que ese niño haya nacido.

Clea estuvo a punto de sonreírle, pero vio como los ojos de ella se encontraban en algún punto por encima de sus cabezas, hacía las ventanas de la casa que daban hacía esa zona del jardín.

—¿Qué ocurre? —murmuró Jack.

—La vizcondesa está mirando —murmuró Clea a su vez, bajando la vista y poniéndose seria.

—Vale. De acuerdo. Solo muéstrate disgustada —le dijo Jack.—Y no te enfades por lo que voy a tener que hacer.

—Yo no sé actuar —le dijo ella con disgusto, mirándole con el ceño fruncido.

—Tampoco es que haga falta— le dijo él, apartando su manos de las de ellas con un manotazo.—Tienes que irte ahora. ¡Ya! —le gritó Jack, señalando la puerta de la propiedad.

Clea miró un momento hacía arriba, como si quisiera asegurarse de que la mujer seguía mirándoles, y luego clavó la vista en Jack.

—¿Crees que me puedes hablar de esa manera cuando quieras?! —le gritó ella a su vez.

—¡Tengo que hacerlo cuando parece que las cosas no te quedan claras!

—¡Pensaba que habías perdido la cabeza por un momento, pero ahora veo que estás del todo demente!

—¡Seguramente debido a que tengo a una niña que no deja de seguirme! ¡¿Qué más tengo que hacer o decirte para que comprendas que ya no quiero nada más de ti?!

—¡Tranquilo! ¡Ya no hará falta que te preocupes más, porque no pienso pisar este lugar nunca más! —le espetó Clea, dándose media vuelta, pareciendo desairada de verdad, dirigiéndose con paso firme y rápido hacía la salida hasta que salió de la propiedad.

Jack permaneció allí, contemplándola, deseando poder salir tras ella, hasta que la figura de Clea desapareció del todo.

—¿Qué ha ocurrido, querido? —le dijo Anna, colgándose de su brazo, devolviéndole a la realidad.—¿No le habías roto el corazón?

—Al parecer, hacía falta que se lo volviera a romper —comentó él, disgustado.

—No me extraña que haya venido a buscarte después de todo. Eres

un hombre de los que dejan huella, cariño —le dijo la mujer, apretándose contra su brazo de forma mimosa.

—Será mejor que volvamos dentro —le indicó Jack.—Ya no hay nada que hacer aquí.

CAPÍTULO 47

Clea avanzaba con paso rápido de vuelta a casa, preguntándose si de verdad la vizcondesa habría llegado a creerse el espectáculo que ambos habían tratado de interpretar.

Clea había tratado de parecer en todo momento lo más enfadada posible, pero no estaba muy segura de poder fingir su enfado. O, al menos, de un modo en el que resultara lo suficientemente creíble.

Aún así, Jack terminaría de convencer a la mujer de que su pelea había sido verdadera. Después de todo, ya había comprobado en sus propias carnes lo buen actor que podía llegar a ser y estaba convencida de que él la convencería de lo que quisiera.

Para cuando volvió a casa, Lisa ya se había levantado de su siesta y, al parecer, había estado buscándola.

—¿Dónde te habías metido? —Le preguntó, disgustada.

—Había salido a dar una pequeña vuelta— fue la excusa que le dio.

—¿Sin decírselo a nadie? —le espetó ella a su vez, cruzándose de brazos.—¿Tú sola?

—Siempre he salido a pasear sola. Solo que en esta ciudad eso parece estar mal. Además, no planeaba alejarme demasiado. Solo quería despejar un poco mi cabeza. Estar aquí encerrada todo el día no me ayuda.

Lisa la contempló con atención, haciendo que Clea temiera que fuera capaz de leer a través de ella.

—Aún así, deberías haber avisado a alguien —le dijo su hermana, permitiéndole respirar de nuevo, viendo como buscaba un lugar donde sentarse con la mirada, como si no pudiera permanecer más en pie.—No puedes desaparecer sin más y que no me preocupe.

Lisa cada vez parecía cansarse más rápido, algo que parecía ir en proporción con el tamaño de su bebé.

—Te prometo que, si tengo que volver a salir, dejaré dicho dónde

voy y no saldré sola —le prometió, sentándose a su lado en el sofá que ella había ocupado, con la vista clavada en su vientre.

Lisa se dio cuenta de dónde tenía posada la vista y no pudo evitar sonreír.

Cogiendo la mano de Clea, la colocó sobre su vientre, que ninguna prenda conseguía disimular ya.

—¿Lo notas? —Le preguntó, con una sonrisa aún en los labios.

—Se está moviendo —murmuró Clea, sorprendida.

Era algo siempre sorprendente el ver como una vida se iba formando poco a poco y creciendo allí dentro.

—Está claro que, niño o niña, es muy fuerte. Por las mañanas está más tranquilo, pero, por las noches...

—¿Por eso estás durmiendo más durante el día? —Le preguntó ella.

—No me queda de otro modo, si quiero dormir.

—A ese bebé no puede ocurrirle nada malo —murmuró la menor.

Pero Lisa estaba lo suficientemente cerca como para llegar a oírla.

—Pues claro que no le va a ocurrir nada. Que mamá no fuera muy fuerte no significa que nosotras seamos iguales.

Clea alzó los ojos hacía su hermana, pues no había caído en ese detalle hasta entonces.

No había pensado en ello hasta ese momento, pero, ¿y si su hermana se equivocaba? ¿Y si, de algún horrible modo, habían heredado los horribles partos de su madre? Ella también había parecido una mujer fuerte hasta que Lisa y Clea habían llegado al mundo.

—No pongas esa cara de terror —le dijo su hermana mayor.— Vas a acabar asustándome de verdad.

—Lo siento —murmuró Clea a su vez.

Pero miró de nuevo a aquel vientre que crecía día tras día.

“Ni se te ocurra hacerle daño a mi hermana, ¿me oyes? Tienes que dejar que sea tan fuerte como siempre”, le advirtió.

—¿Estás amenazando a mi bebé? —Le preguntó Lisa, pasándose una mano por el vientre.

Y Clea alzó la cabeza en el acto hacía ella.

—¿Qué?

—Tenías una expresión amenazante en la cara, así que creí que estabas haciendo eso.

—¡No! Solo mantenía una conversación.

—Todo va a salir bien —le dijo su hermana, colocando una mano sobre su brazo.—Aunque mamá no fuera una mujer muy fuerte, todas las mujeres de la familia de papá lo eran, así que no hay nada que temer. Solo hay que vernos para saber que hemos salido a ellas.

—Eso espero —murmuró Clea, recostándose contra el costado de su hermana.

Lisa pareció sorprenderse por el gesto, ya que era muy raro ver a Clea con aquella actitud tan suave. Pero aprovechó el momento pasándole un brazo en torno a los hombros y apretándola contra ella.

—Somos las hermanas de Hierro, ¿no? No hay nada que temer —afirmó Lisa.— Todo va a salir bien.

Ojala pudiera pensar realmente eso, que todo iba a salir bien en todo aquello que aún tenían entre manos. Después de todo, lo único que podía hacer ella era esperar a que los dos días pasaran y los planes de Jack salieran como él quería.

Sin embargo, dejar pasar dos días se hizo terriblemente duro para él, ya que eso significaba dos días más, con sus respectivas noches, en manos de la vizcondesa, fingiendo que su toque no le asqueaba, tratando de mostrarse más colaborador con ella ahora que sabía que todo se iba acabar dentro de poco.

Anna notó, obviamente, su cambio de actitud, aunque lo achacó al simple hecho de que Jack había sacado definitivamente de su mente y de su organismo a Clea.

Aún no sabía lo equivocada que estaba.

Habían estado tratado de asegurarse de que todo saliera bien, que

los criados prepararan la casa para la vuelta de su señor sin que la señora se diera cuenta. Aunque eso fue fácil. Todo lo que tuvo que hacer Jack para que no se diera cuenta de ello fue decirle que quería salir a la ciudad de su brazo y Anna pareció más que encantada de hacerlo.

Procuró que el niño, Benjamin, se mantuviera a una distancia prudencial, ya que había comprobado que el muchacho podía soltar lo primero que se le pasaba por la cabeza cuando se enfadaba con ella.

—Luces nervioso. Contrólate —le dijo Jack, al ver que llegaba la mañana de su liberación.

Había conseguido salir de la cama de Anna para comprobar que todo iba bien.

Por lo que sabía, el vizconde aparecería esa tarde, así que, para entonces, debía encontrarse en la cama con Anna una última vez.

Pero no era nada tranquilizador salir del cuarto y ver el estado de nervios en el que se encontraba el joven.

—Lo siento —le soltó el chico.—Pero no lo puedo evitar. Pensar que ella podría salir definitivamente de nuestras vidas...

Temblaba ligeramente por los nervios, pero tenía los ojos más brillantes que hubiera visto nunca.

—Escúchame bien —le dijo Jack, posando las manos sobre los hombros del chico.—Esta es nuestra oportunidad de quitarnos a Anna de encima. No puedes estropearlo en el último momento.

Porque, por muy bien que le hubiera caído el chico a lo largo de aquellos días, si echaba a perder sus planes porque no era capaz de controlarse como era debido, lo ahogaría con sus propias manos.

—Yo... lo siento —murmuró Benjamin, viendo la intensa mirada que le dirigía Jack, indicándole que no estaba para juegos.

—Si crees que es lo más seguro, no te presentes ante Anna en todo el día. Yo me encargaré de que Anna no sea consciente de la actividad que hay en la casa. Tú solo procura llevar a la habitación a tu padre

en cuanto llegue.

—¿Y qué ocurrirá si mi padre se retrasa?

Jack apretó la mandíbula con disgusto ante esa posibilidad.

—Yo... la mantendré dentro del cuarto todo el tiempo que sea necesario. Pero procura llevarlo cuanto antes.

Benjamin asintió.

—¿De qué estáis hablando los dos ahí, con tanto secretismo? —Les preguntó Anna de pronto, haciendo que ambos se sobresaltaran.

Benjamin puso cara de pánico en el acto al verla, pero Jack tapó al chico con su cuerpo.

—No es nada. El chico vuelve a intentar molestarnos. No deja de decir que le contara lo nuestro a su padre.

—¿Acaso no te cansas de ser tan metomentodo? —Le preguntó Anna, dirigiendo al chico una sonrisa burlona.— Aunque es verdad que tu padre ya tendría que haber dado noticias de su vuelta.

—Aún no lo tenía claro del todo. Decía haberse encontrado con unos amigos —comentó el chico.

—¿Tu padre tiene amigos siquiera? —le soltó ella, riéndose de lo que creía era una gran broma.— Pero me extraña que se esté retrasando tanto. A lo mejor, ha llegado alguna carta y no nos hemos enterado. Hablaré con el servicio.

Tanto Jack como Benjamin se habían encargado de que el servicio mantuviera oculta la vuelta de su señor. Pero no sabían lo que podría ocurrir si Anna se ponía a hablar con alguno de ellos directamente.

—A lo mejor, está entretenido con alguna amante —comentó Jack, deteniendo a Anna.— Un viaje de negocios no debería llevarle tanto tiempo, pero seguro que tiene más de una mujer a la que atender.

Anna lo observó con atención y luego miró al chico, que mostraba mala cara mientras contemplaba el suelo.

Parecía sentarle mal cada vez que se hablaba de ese modo de su padre, pero por el bien de aquella operación, más le valía mantener la boca bien cerrada.

—Sí, es cierto. Tiene a más de una mujerzuela por ahí, esperando a que me muera para ocupar mi puesto. Seguro que se está desahogando en alguna parte antes de volver a casa.

—¿Por qué no te olvidas de eso y salimos a dar una vuelta por la ciudad? —le propuso Jack, colocando su brazo en torno a los hombros de Anna, colocándola más cerca de su cuerpo.

Si conseguía despistarla lo suficiente, se olvidaría de lo que iba a hacer.

—¿Quieres salir por ahí? Normalmente tengo que obligarte a que lo hagas —le dijo la mujer.

—Lo sé, pero hoy estoy de buen humor. Me apetece dar una vuelta por toda la ciudad contigo del brazo. ¿Por qué? ¿A ti no te apetece lucirme un poco? —Le preguntó, dirigiéndole una sonrisa de medio lado.

En el acto, notó como Anna se relajaba contra su costado.

—Por supuesto que me apetece. Normalmente, eres tú el que te empeñas en no salir o en volver cuanto antes.

—Pues aprovecha mi buen humor mientras dure.

Benjamin había permanecido quieto allí, escuchándoles hablar con los puños apretados, pero, a un gesto de la cabeza de Jack, el muchacho comprendió que debía irse y los dejó a ambos en el pasillo, mientras Anna paseaba sus manos por el pecho de Jack.

—Estaba deseando que recuperaras tu buen humor —le comentó la mujer, sin ser consciente de como el chico se alejaba.—Estaba empezando a pensar que de verdad no querías volver a tener algo conmigo.

—Qué tontería —le soltó él, comprobando que el chico se había marchado.

—Ya lo sé, pero en la cama te he notado algo diferente y no te dejas ir como antes.

—Sabes que nunca me he dejado ir dentro de ti —le indicó Jack, llevándola en dirección contraria.

Era mejor que Anna no se encontrara ni hablara con nadie de la casa si es que no querían que sus planes se echaran a perder.

—Lo sé, sé que siempre has sido cuidadoso a la hora de no tener un hijo bastardo, pero, aún así, se te notaba diferente de alguna forma. Pensaba que aquella chiquilla te había hecho algo en la cabeza.

—No tienes que mencionarla ahora —le dijo Jack, tratando de lucir una sonrisa.

Aunque en realidad, mientras oía como hablaba de Clea, sentía deseos de echarle las manos al cuello y apretar, dando al traste con el plan y todo lo demás.

No creía que nadie en aquella casa le recriminara que lo hiciera. Estaba seguro que Benjamin no era el único en la lista de personas que deseaban hacerle algo a la vizcondesa de Taaffe y hacerla desaparecer para siempre.

—Me alegra tanto que hayas cambiado de opinión —le dijo, trayéndole de vuelta a la realidad, colocando un brazo en torno a su cintura.—Quería a mi Jack de vuelta.

Él le dedicó una sonrisa, pero fue incapaz de decirle nada. Tenía la impresión de que si abría la boca y trataba de decirle algo, sonaría demasiado falso. Había un límite para su actuación.

Sería el perfecto acompañante aquel día. Haría todo aquello que Anna quisiera. Después de todo, lo más probable era que todo aquel horrible juego acabara aquel día. Benjamin y él habían repasado muchas veces lo que tenía que decirle a su padre cuando el hombre llegara. Pero, por mucho que le explicaran su situación al vizconde, nunca se sabía por dónde podía salir.

Era posible que, a pesar de todo, acabara cogiendo una de las armas que había en la casa y acabara muerto en aquel lugar.

Si las cosas salían mal, no volvería a ver a Clea nunca más. Ni siquiera podría llegar a despedirse de ella. No. Tenía que evitar que se produjera semejante final.

—¿En qué estás pensando? —Le preguntó Anna, obligándolo a volver a su lado.—Te he notado tenso.

—Yo... solo estaba pensando que... cuando llegue tu marido, tendremos que separarnos.

—Oh —murmuró ella, abrazándose a su pecho.—No tienes que preocuparte por eso, cariño. Lo único que tendría que decirle a mi marido es que acudo a tu estudio a que me hagas un retrato. Podremos vernos todo lo que queramos.

—Estás muy segura de que no tendrás problemas con tu marido.

—Porque no los tendré. Ese viejo chocho no sabría decir ni de qué color son sus zapatos. Se creerá todo lo que le diga.

—No creí que el vizconde fuera tan incrédulo.

—Se las da de listo, pero ante las lágrimas de una mujer bonita no es capaz de hacer nada. Así es como he conseguido que me crea a mí y no a todos esos rumores de mis supuestos amantes.

—Pero es que los rumores son verdad. Me cuesta creer que ningún amigo del conde le haya hablado de ello.

—No pueden hablarle de ello cuando te has acostado con ellos —le dijo Anna, dedicándole una sonrisa traviesa.

En serio, ¿a cuántos se había pasado por sus piernas para callar las bocas? Era como si Anna no supiera de qué otro modo tratar con los hombres.

—Pero el chico está empeñado en que su padre le crea —le comentó, queriendo saber que le tenía preparado al chico.

—Oh. No hay de lo que preocuparse con ese muchacho. Habrá podido resistirse hasta ahora a mis encantos, pero se está haciendo cada vez más mayor. Acabará cayendo ante mí antes o después.

—¿Planeas seducir a tu hijastro? —le dijo Jack, no pudiendo evitar sonar sorprendido.

—Por supuesto. El vizconde no vivirá muchos años más y todo pasará a manos de su hijo. Si no quiero quedarme sin nada, tengo que seducirlo y lograr que se case conmigo. Es cuestión de

supervivencia.

Jack estaba seguro que el chico se echaría a reír si supiera de los planes que Anna tenía para él. Pero Jack no comentó nada más sobre el tema mientras ambos salían a la calle, colocándole un abrigo a Anna para que no pasara frío.

La mujer le dirigió una sonrisa coqueta de agradecimiento, pero todo lo que hizo Jack a su vez fue ofrecerle su brazo.

La razón por la que también había querido salir a pasear con ella por la ciudad había sido para mantenerse alejado de su habitación todo el tiempo posible. Sabía que aquella tarde tenía la obligación de permanecer con ella en el cuarto hasta que llegara su marido. ¿Por qué alargar el infierno más de la cuenta?

—¿A dónde vamos primero? —Le preguntó Anna, pareciendo emocionada.

—Donde tú quieras. Tú eres la jefa.

Ella le dirigió una nueva sonrisa y comenzó a llevarlo a algún lugar. E, inevitablemente, él tuvo que dejarse arrastrar.

CAPÍTULO 48

A Jack nunca se le había hecho una mañana tan larga como aquella. Después de pasar nuevamente por el mercado, sin el menor rastro de Clea por las cercanías, algo que le tranquilizó y molestó a partes iguales, Anna se encargó de pasearle por todas partes, incluso conduciéndolo por el puerto.

Se obligó a sacarla de allí lo más pronto posible, diciéndole que no era precisamente el mejor lugar para alguien de su clase. sobre todo con las joyas que ella le gustaba lucir. Era como si pidiera que la atracaran.

Fue como si hubiera salido a pasear con una niña y se paraba ante el escaparate de cualquier tienda que le llamara la atención, solo ocultando aún más sus nervios.

Jack se tranquilizaba pintando, pero, desde que se había visto obligado a vivir en casa del vizconde, Anna le había prohibido hacerlo, diciéndole que no quería que desperdiciara su tiempo con las pinturas.

¿Es que quería darle más motivos para odiarla?

—Oh. Ha sido un paseo tan agradable —comentó la mujer cuando volvieron a la casa, dejando que Jack le quitara el abrigo.

¿En serio? Había lucido a Jack como poco más que una mascota que quería mostrar por todos lados, algo así como un gran trozo de carne atractivo, pensado para embellecer su brazo y dar algo de envidia a sus amigas.

Se había encontrado aún más de esas supuestas amigas que decía tener, pero Jack se había encargado de que esas conversaciones duraran lo menos posible, no fuera a ser que alguna de ellas supiera de la vuelta del vizconde por alguno de sus maridos.

—Podríamos volver a hacerlo mañana —le comentó Jack, sabiendo que no habría mañana.

—Oh. Eso sería genial. Me alegra ver que te estás volviendo tan colaborativo.

—Bueno... ¿por qué no iba a mostrarme colaborador contigo?

—Porque parecías disgustado conmigo. Es agradable ver que has vuelto a como debías ser —le dijo Anna, envolviendo su cuello con los brazos, dedicándole una nueva sonrisa.

¿Echaría a perder su plan si apartaba aquellas manos con disgusto? Seguramente, así que se mantuvo quieto mientras Anna se abrazaba contra él, pareciendo volverse más suave por momentos.

—Señora, la comida estará servida en la mesa dentro de quince minutos —le dijo un mayordomo de la casa, apareciendo cerca de ellos, de esa manera tan silenciosa como solo ellos sabían moverse.

—Gracias, George. Iremos a la mesa lo antes posible —le indicó Anna, mirando al criado desde el pecho de Jack.

Estaba más que claro que a Anna le daba igual quién los viera juntos. Al parecer, estaba totalmente convencida de que, aunque su marido escuchara sobre aquello, sería capaz de salirse con la suya.

—Será mejor que nos preparemos antes de ir a comer —le indicó Jack, liberándose del agarre de Anna con todo el cuidado con el que pudo hacerse, sin poner mala cara.

—Podrías venir a ayudarme con mi vestido —le dijo Anna dedicándole una sonrisa de medio lado.

—¿Y por qué no lo dejamos para después de comer? —le propuso Jack a su vez.—Podríamos pasarnos toda la tarde metidos en tu habitación.

—Ummm. Creo que me encanta esa idea —le indicó ella, recorriendo su pecho con las manos.

—Entonces, será mejor que nos preparemos cuanto antes y comamos para coger fuerzas —le indicó Jack, quitándose las manos de la mujer de encima.

Estaba seguro que, si Anna seguía de aquel modo, se olvidaría hasta de comer.

—De acuerdo. Nos veremos en el comedor.

Contempló como Anna se alejaba con cara de disgusto. Solo pensar que le tocaba pasar toda la tarde encerrado con ella hacía que se le revolvieran las entrañas. Lo único que le daba fuerzas para hacerlo era pensar que aquello se acabaría lo antes posible.

—Por fin has vuelto —le dijo Benjamin, sobresaltando a Jack, que ni siquiera había notado la presencia del chico.

—¡Dios! ¿No has pensado en avisar de tu paso? —le dijo, llevándose una mano al pecho.

—Perdona. ¿Te he asustado? —le dijo el chico, poniéndole una mano en el brazo.

—Un poquito. La próxima vez que te vayas a acercar así, avísame.

—Lo siento, pero tenía que avisarte.

—¿Avisarme? ¿De qué? —Le preguntó, volviendo la cabeza hacia él.

—Mi padre ha mandado una nueva nota diciendo que llegaría poco después de comer. Han preparando la casa para su llegada mientras estabais fuera. No queremos que ella se entere.

—Bien. Entonces no tendré que entretenerla durante demasiado tiempo. ¿Seguro que llegará justo después de comer?

—Eso ha dicho. No puedo indicarte nada más.

—De acuerdo. Intentaré que Anna acabe de comer todo lo rápido que pueda.

—Yo no estaré en el salón. Dudo que pueda permanecer tranquilo —le indicó el chico.

En realidad, estaba prácticamente temblando ante la idea de que su padre iba a aparecer en cualquier momento.

—Me parece bien. Y, por el amor de Dios, procura que tu padre no quiera pegarme un tiro.

—Se hará lo que se pueda —le indicó Benjamin, dirigiéndole una sonrisa.

No queriendo perder más tiempo, ambos se separaron y Jack se

apresuró a prepararse para la comida. Necesitaba que comieran cuanto antes y acabar en el dormitorio. Si cuando llegara el vizconde, aún estaban en el comedor, Anna fácilmente podía decir que era un simple invitado que estaba acompañándola. Todo su esfuerzo no sería nada.

—¿Te encuentras bien? —Le preguntó Anna, una vez que ya estaban en el comedor, colocando la mano sobre la de él.

—Claro. Solo... me he perdido un momento en mis pensamientos.

—No quiero que te alejes de mí ni cuando estás pensando —le indicó ella, aferrando más su mano.

Jack contempló aquella zarpa aferrada en la suya, como si quisiera anclarle a ella, teniendo que controlar el impulso de quitar su mano de allí de un empujón.

—¿Por qué no terminamos de comer cuanto antes y vamos a tu cuarto? —Le preguntó, inclinándose hacia ella.

Anna se removió en la silla, como si la simple idea hubiera hecho que se excitara, viendo como le dirigía una de aquellas sonrisas pícaras que le gustaba dirigirle.

—Podemos ir ahora mismo —le indicó ella.

Ya estaban a la mitad de la comida. No le hacía ni la más mínima gracia tener que meterse de nuevo en la cama de Anna, pero era un mal necesario. O eso se dijo. Necesitaban que el vizconde viera con sus propios ojos el adulterio de su mujer para que no hubiera modo alguno de que Anna volviera a salirse con la suya.

—De acuerdo. Pues vayamos cuanto antes —le indicó él, besando aquella mano que no le soltaba.

A regañadientes, tuvo que ponerse en pie cuando Anna lo hizo y la siguió hacia el piso de arriba, aún atrapado entre sus manos, sintiendo como el aire se volvía pesado en el interior de sus pulmones, como si algo dentro de él se encogiera.

¿Se sentirían las putas de la ciudad de aquella manera cuando no les quedaba de otra más que acostarse con alguien quién les producía

repulsión solo para poder comer?

—Te ves pálido, cariño. ¿Te ocurre algo? —Le preguntó Anna una vez que ambos estuvieron en el dormitorio del matrimonio.

—No me ocurre nada —afirmó él.

—A mi no me lo parece. ¿Te has esforzado mucho esta mañana? —le dijo ella, echándole los brazos alrededor del cuello.—Podría ser mejor que descansaran un poco y, más tarde, tal vez...

—Me encuentro perfectamente —le dijo Jack de nuevo, haciendo retroceder a Anna hacia la cama hasta que la hizo sentarse sobre esta, subiéndole las faldas.—Y pienso demostrártelo ahora mismo.

Ella abrió la boca como si fuera a replicar algo, pero al sentir las manos de Jack sobre su carne, dejó que un jadeo emergiera de su garganta y acabó tumbándose sobre la cama, abriendo más las piernas para darle mejor acceso.

Jack estaba convencido de que solo haciendo aquello sería suficiente para que el vizconde tomara medidas. Pero era mejor que no se conformaran solo con eso. Nunca sabían por dónde podía llevar las cosas con Anna.

—¿Por qué no dejas tus pechos al aire y te tocas mientras te acaricio? —le propuso.—No sabes lo que me excita eso.

Era una mentira tan grande como aquella casa, pero Anna no necesitaba más. Con un gemido, se apresuró a abrirse el vestido y bajarlo por su cuerpo, dejando su pecho al aire y tocándose mientras Jack seguía con su tarea.

¿Tendría que acabar acostándose con ella antes de que llegara el vizconde? Podía alargar un poco más sus caricias, pero, en algún momento, Anna se desataría y le pediría ir hasta ella. Y él no podría rehusarse.

Trabajó sobre ella, perdido bajo sus faldas hasta que ella se sentó y lo buscó.

—Quiero que te quites la camisa. Quiero tocarte —le indicó ella, aferrándose a sus mechones.

A regañadientes, Jack apartó las manos de ella y, poniéndose en pie, se sacó la camisa, quedando desnudo de cintura para arriba. No quería quitarse los pantalones, a no ser que fuera estrictamente necesario. Si el vizconde corría tras él, lo menos que quería hacer era tener que huir desnudo por la ciudad.

Anna le obligó a besarla mientras volvía a recostarse en la cama, moviendo los dedos entre sus piernas.

Cuando su marido llegara, tenía que ver que ella estaba más que lista para su amante, que no quedara duda alguna de que le estaba engañando y que aquella no era la primera vez.

Se obligó a besar a Anna, pensando que se trataba de cualquier otra persona, oyendo como los gemidos de esta emergían de su garganta uno tras otro, obligándole a devorarlos mientras sentía las uñas de ella en su espalda.

Por la forma en la que había empezado a clavárselas, sabía que a ella no le quedaba demasiado para su liberación. Y, una vez que eso ocurriera, no habría fuerza en el mundo que le permitiera permanecer con los pantalones puestos.

El vizconde le pillaría, literalmente, con el culo al aire.

La única ventaja de aquello era que Anna nunca había sido de esas mujeres que podían ocultar su deseo y sus gemidos de placer tenían que estar siendo bien audibles incluso al otro lado de la puerta.

Cuando Benjamin condujera a su padre hacía allí, el vizconde no podría tener ninguna duda de lo que estaba ocurriendo en su propio dormitorio.

—Oh. Tus dedos... son tan deliciosos— jadeó la mujer contra sus labios, habiendo aferrado su cabeza con ambas manos.

Y, por el modo en el que Anna estaba apretando sus muslos alrededor de su cadera, estaba convencido de que no le estaba diciendo aquello como un simple alago.

Jack trató de alargar aquel momento todo lo posible, pero en cuanto Anna notó como bajaba el ritmo, las uñas en su espalda se

clavaron aún con más fuerza.

—No pares, no pares. No ahora —le indicó ella, pareciendo más ansiosa por momentos, enlazando sus piernas alrededor de las caderas de Jack, tratando de acercarle más a ella.

Seguramente, esperaba encontrar una erección apretándose contra ella, algo duro que le prometería un viaje fantástico. Pero no iba a tener nada de eso. No, al menos, si Jack podía evitarlo.

Con un estrépito que los asustó a ambos, la puerta del cuarto se abrió de golpe, haciendo que Jack se apartara de un salto de Anna y el vizconde pudiera contemplar a su mujer sobre su cama, casi desnuda y mojada, en manos de su amante.

El hombre, con una rechoncha figura, tenía el rostro tan congestionado por la rabia que mostraba todo el rostro rojo hasta la misma raíz de su abundante cabello blanco, mirando a uno y a otro consecutivamente con los ojos marrones inyectados en sangre. Jugueteadando con un arma que tenía entre las manos, los miraba, como si estuviera barajando a quién disparar primero.

—Ca... cariño, te lo puedo explicar —le dijo Anna, tratando de bajarse las faldas.

—No hay nada que explicar— dijo Benjamin, que parecía haberse encontrado detrás de su padre.—Te ha estado engañando durante años, mancillando tu cama sin ningún arrepentimiento.

—Y este cabrón es su amante— añadió el vizconde, señalando a Jack con el arma, haciendo que él alzara las manos.

—¡Padre, no! ¡Ya te he explicado por qué está él aquí! —le gritó el chico.

—Cariño, él me obligó. Ha estado rondándome desde que te fuiste —le dijo Anna, incorporándose, dejando que las lágrimas acudieran a sus ojos.—No ha dejado de acosarme hasta que no he podido resistirme más.

Jack volvió la cabeza hacia ella en el acto.

¡¿Aquello estaba pasando de verdad?! ¡¿En serio le estaba

lanzando toda la mierda encima?! ¡¿Podía ser aún más rastrera?!

Al parecer, sí. Podía.

—¡Silencio!— tronó el vizconde, señalando al uno y al otro con el arma, aún barajando a quién mataría aquella tarde primero.—¡No quiero escuchar una palabra más de nadie! Tengo el arma entre las manos y por mis ancestros que no saldremos todos vivos de aquí.

CAPÍTULO 49

Habían pasado ya un buen número de días desde que Jack le había dicho que sus problemas con la vizcondesa se resolverían y, a pesar de ello, Clea aún no había tenido noticias de él.

Las gemelas se habían hecho con unos cuantos rumores, pero todo lo que le pudieron decir era que había habido problemas en la mansión, al parecer relacionado con un tema de amantes. Nadie más en la ciudad sabía nada de ello y nadie de la casa parecía querer hablar del asunto. O, al menos, así se lo comunicaron las criadas que las gemelas mandaron a hablar con las de esa casa en el mercado, ya preocupadas por la falta de noticias.

—Incluso aunque el vizconde se hubiera vuelto loco y los hubiera matado a todos, se sabría algo. Este silencio me inquieta —comentó Kaila, cruzándose de brazos con disgusto cuando obtuvieron tan pésimos resultados.

—Pero, si no hay noticias, entonces están bien, ¿no? —comentó Kailyn, tratando de animar a su amiga.

—O el vizconde se ha llevado los cuerpos y ha ordenado que nadie hable de ello— siguió diciendo Kaila.

Ella, desde luego, no detectó la mirada que le dirigió su hermana al soltar algo como eso, con las manos sobre los hombros de Clea, tratando de tranquilizar a la muchacha.

Si Lisa la notaba nerviosa, se preocuparía y trataría de saber qué ocurría.

—Se han tenido que meter en algún lado— siguió comentando Kaila.

—¿Se ha ido todo el mundo? —Preguntó la muchacha, alzando la vista hacía sus amigas.—¿Incluso el hijo del vizconde?

Le había parecido que el chico había tratado de ayudarlos.

—Sí, todos —le dijo Kailyn.—Lo que no sé es a dónde habrán

podido ir y porqué se han llevado a Jack con ellos.

—A lo mejor, no fue con ellos porque quisiera —comentó Kaila.

—¿Se supone que estás ayudando? —le soltó su hermana.

—Bueno... barajo las posibilidades. Y, teniendo en cuenta que el vizconde encontró a su mujer con su amante en su cama...

—Tendría que haber hecho llegar una nota o algo así por lo menos — siguió diciendo Kailyn.—Lo que fuera para que supiéramos lo que ocurría.

—Si se lo han llevado a la fuerza, creo que no tuviera lugar para escribir.

—¿Sabes que, desde que te estás ocupando de asuntos de la fábrica, ves todo mucho más negro? —le indicó su hermana.

—Lo que importa es que no podemos hacer otra cosa más que esperar— les indicó Clea a las chicas, interrumpiendo su discusión.— No sabremos nada de ellos hasta que alguno vuelva a la ciudad.

—¿Y si no vuelve ninguno? —le soltó Kaila.

—¡¿Lo ves?! —Exclamó su hermana, señalándola.—Sigues hablando de ese modo. No haces ningún bien.

—Alguien vendrá —afirmó Clea.—Incluso aunque sea un criado para decir que piensan quedarse en donde sea que se hayan metido.

—¿Crees que podrás estar tranquila con eso hasta saber algo más? —Le preguntó Kailyn, aún preocupada por ella.

—No me queda de otra de todas formas— fue lo que su amiga respondió.

—¿Qué es lo que no te queda más que aguantar? —Preguntó Lisa, entrando en el cuarto.

El embarazo se hacía más evidente día tras día. Después de unas cuantas discusiones más, el cuarto del bebé había quedado al gusto de Lisa y ya solo faltaba preparar el resto de la casa para la llegada del nuevo miembro.

Las chicas se miraron un momento, como si estuvieran hablando a través de su mente qué era lo que tenían que decir.

—De las partituras del piano —le indicó Clea a su hermana.—Por muy nuevas que sean, una vez que ya las he tocado unas cuantas veces, parece que lleve años haciéndolo. No hay nada nuevo y me tengo que resignar a eso.

—Oh, bueno... —comentó Lisa, entrando al cuarto mientras contemplaba el instrumento con el ceño fruncido.—Creo que no debería ser muy difícil conseguirte partituras de otras partes del mundo, algo más... nuevo.

—No tienes por qué preocuparte ahora con asuntos como esos —le aseguró Clea, dirigiéndole una sonrisa.

—No es ninguna molestia —afirmó Lisa, cogiendo la barbilla de su hermana y haciéndola alzar la cabeza.—Tú has sacado el lado musical de la familia. Tenemos que fomentar eso.

—¿Para qué? —le soltó Clea a su vez.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no le piensas cantar nada al bebé que está en camino? —le dijo Lisa, pasándose una mano por el vientre.

—Cantabas tan bien — la secundó Kailyn.

—Aún recuerdo como cantante en nuestra fiesta de cumpleaños, donde te obligaron a tocar. La señora Vincent te desafió, ¿recuerdas? —le dijo Kaila, perdiéndose un momento en el pasado.

—Era la primera vez que tocaba y cantaba ante tanta gente — comentó la menor de las Freeman.

—No quiero que un talento como el tuyo se eche a perder —le indicó su hermana.—Así que veremos lo que podemos hacer.

Al parecer, Lisa, quería que al menos tuviera un don artístico para la música, sabiendo ambas que ella nunca había tenido mucha mano para eso.

—De acuerdo. Seguiré practicando para el bebé que venga. A lo mejor, ¿quién sabe?, hereda nuestro talento y hasta logra tocar mejor que yo el piano —comentó la muchacha.

Lisa pareció satisfecha con eso y las chicas siguieron hablando de temas sin importancia con ella, hablando sobre lo que tendrían que

hacer en la casa para el bebé, al tiempo que, de vez en cuando, Clea no podía evitar pensar en Jack y su desaparición.

Un poco desesperada ante la total falta de noticias, Clea se buscó una excusa para poder salir de casa y se dirigió sin ninguna duda hasta la casa de los vizcondes de Taaffe.

Aunque los criados se negaron a contar lo que había ocurrido en la casa para evitar que los rumores corrieran, ella había estado allí antes, sabían que tenía algo que ver con el señor Mardling y esperaba que supieran decirle algo de él.

—Lo lamento, señorita, pero todo lo que puedo contarle es que el señor Mardling se fue con nuestro señor —le indicó el mayordomo de la casa.

Por el modo en el que sirviente se había apresurado a llegar hasta ella y el modo en el que los demás trabajadores agachaban la cabeza cuando el hombre los miraba, parecía que era él el encargado de que todos mantuvieran la boca bien cerrada.

—Pero han desaparecido sin decir nada. Comprenderá que esté preocupada.

—Me hago cargo de su preocupación, pero comprenda también el lugar donde nos encontramos nosotros. Nuestro señor nos ha prohibido hablar sobre lo ocurrido aquí o revelar a dónde han ido. No podemos hacer nada más.

—¿Y no sabría de alguien que supiera algo más del destino que tomaron y que sí podría hablarme de ello? —Le preguntó Clea.

Ella misma se dio cuenta de que su petición parecía un ruego.

El mayordomo la contempló durante unos instantes, torciendo el gesto, pero, echando un rápido vistazo a su alrededor, asegurándose de que los demás criados estaban algo más lejos, le dijo algo al oído.

—Pruebe en casa del señor Mardling. Tengo entendido que tenía

que pasar por allí en busca de ropa de abrigo.

—¿Ropa de abrigo?

Aquello parecía muy extraño, pero el mayordomo se negó a rebelarle nada más, así que, dando por concluida aquella pequeña charla, que no había resultado muy fructífera, se dirigió hacia su nuevo destino.

Sabía que su hermana la mataría si alguien le llegaba a contar que había ido voluntariamente a casa del señor Mardling, pero, en aquellos momentos, le podía más la preocupación que la prudencia y se arriesgó al castigo a cambio de algo de información.

Observando la casa de este por fuera, se percató de que no era el hogar más grande que había por el lugar, pero, desde luego, parecía acogedora y Jack nunca había parecido de esos a los que les gustara derrochar.

Llamó a la puerta, sintiendo el pulso saltando dentro de su cuerpo. Y, cuando la puerta se abrió, dejó de respirar, sintiendo que podía estar más cerca de saber algo más.

Una mujer que rondaría sus 40 años, con rostro afable, la saludó, pareciendo una de las criadas de la casa.

—Buenos días —le dijo Clea a su vez, tratando de mostrarse simpática.—Soy una... conocida del señor Mardling y... como no he sabido nada de él en un buen tiempo, me dijeron que pasara por su casa para saber de él.

—Oh —murmuró la mujer.—Pues la verdad es que nuestro señor no ha venido mucho por aquí desde que llegó de Francia.

Claro, porque la vizcondesa de Taaffe se había encargado de encadenarlo a ella. Pero, por supuesto, esa no era una información como para hacérsela saber a los trabajadores de Jack.

—Pero a mí me han dicho que, hace unos días, tuvo que pasar por aquí.

—Pues... la verdad es que sí —le dijo la mujer, echándole un vistazo de arriba abajo, frunciendo el ceño.—Fue muy extraño porque

parecía algo alterado y no se bajó del coche en donde iba para indicar que empacáramos algo de ropa de abrigo.

—¿No preguntasteis a dónde iba?

—No es asunto nuestro donde vaya nuestro señor. Además, por la expresión que lucía el hombre que iba sentado a su lado, no parecía adecuado preguntarle por ello tampoco.

—¿Iba un hombre a su lado? ¿Cómo era? —Le preguntó Clea.

—Pues... mayor, con el pelo blanco y algo rechoncho. Parecía bastante enfadado.

—¿Viste si iba alguien más en el coche con ellos?

—La verdad es que no me percaté de ello. Las cortinas iban echadas y solo le vimos a él cuando abrió una de ellas.

Clea se mostró desilusionada ante tamaña falta de información. Y no es que se sintiera tampoco del todo cómoda mientras se percataba de que la mujer volvía a observarla con bastante atención.

—¿Ocurre algo? —Le preguntó, esperando que notara que la incomodaba y que apartara la vista.

—Discúlpeme, señorita. Pero tengo la impresión de que la he visto en algún lado.

—Bueno... Ambas vivimos en esta ciudad. Hemos podido cruzarnos alguna vez por la calle.

sobre todo en el mercado. Se llegaba a reunir tanta gente allí que era posible que hasta los conocidos llegaran a pasar desapercibidos. Podían haberse cruzado en algún momento.

—No es eso. Tengo la impresión de verla a menudo, pero no sé de dónde.

—Pues... yo tampoco sabría decirle de dónde.

La mujer se la quedó mirando, tratando de hacer memoria, haciendo que ella se viera obligada a permanecer en la puerta, no queriendo parecer maleducada con los trabajadores de Jack.

—¡Ya lo sé! —Exclamó la mujer de pronto, sobresaltándola.—¡Es la mujer del cuadro!

—¿Disculpe?

—Sí. El señor Mardling trajo uno de sus cuadros de Francia y nos hizo colgarlo en su estudio antes de que tuviera que marcharse en compañía de una dama. Por eso no acababa de reconocerla. Verla vestida lo hace algo más complicado.

Aquello hizo que Clea no pudiera evitar sonrojarse.

Así que Jack realmente había cumplido su palabra de quedarse con el cuadro y, al parecer, todos los trabajadores de su casa podían verlo y, a su vez, reconocerla. Fantástico.

—Pero pase, señorita. Seguro que quiere verlo —le indicó la mujer, cogiéndola del brazo y haciéndola pasar.

El hecho de verse precipitada al interior de la casa de Jack la hizo sentirse algo nerviosa, contemplando el estrecho pero bien aprovechado recibidor, decorado con pocos adornos y tonos suaves.

—Acompáñeme, señorita. El cuadro se encuentra por aquí —le dijo la mujer, dirigiéndole ahora una sonrisa más amplia.

Al parecer, ahora que había podido reconocerla, podía mostrarse algo más risueña y la condujo por la casa sin problemas, llevándola hasta el final del pasillo, a una amplia habitación donde las enormes ventanas daban al jardín de atrás.

El cuarto tenía bastante madera, lo que lo hacía parecer bastante cálido, pero el suelo mostraba grandes manchas de pintura. Al parecer, como aquella era la casa de Jack, no tenía tanto cuidado como había tomado en la casa de Louis.

—Al principio, tratábamos de limpiar la pintura cada vez que el señor terminaba una sesión. Pero acabó diciéndonos que no hacía falta, que eso le daba personalidad al cuarto —le indicó la criada, aún sonriendo.

En realidad, con varios caballetes de varios tamaños por el cuarto, lienzos en blanco y la pintura en el suelo y en varias prendas que se encontraban en sillas y sillones del cuarto, resultaba bastante obvio a quién pertenecía el lugar.

Clea acarició una paleta que parecía haber quedado seca al lado de un lienzo en blanco, recordando el esmero que Jack lucía cuando mezclaba sus colores, antes de empezar a trabajar.

—El señor pasa mucho tiempo en este cuarto —le siguió diciendo la mujer.— Ha habido ocasiones que hasta hemos tenido que traerle las comidas aquí.

Clea asintió de modo despistado hasta que se volvió hacia la derecha y sus propios ojos le devolvieron la mirada desde el lugar que estaba ocupando sobre la chimenea del cuarto.

—¿Ve? Sabía que la había visto en algún lugar, pero no sabía decir dónde —comentó la mujer, colocándose a su lado mientras contemplaban juntas el cuadro.— Pero, teniendo en cuenta que es la primera vez que el señor cuelga uno de sus cuadros en el estudio, se me hizo difícil poder hacer memoria sobre dónde la había visto.

Aquello sorprendió aún más a Clea, volviéndose hacia la mujer.

—¿Es la primera vez que cuelga uno de sus cuadros aquí?— repitió.

—Exacto. El señor es un gran artista, pero suele pintar para alguien más, así que no suele quedarse con ninguna de sus obras. Sin embargo, en cuanto pisó la casa, nos indicó que colgáramos este.

Jack tenía su propio modo de hacerle titilar su corazón, incluso cuando no se encontraba presente.

—Debe de ser alguien muy especial para el señor para que se haya producido semejante milagro —le indicó la criada, mirándola con afabilidad.

—Somos... muy buenos amigos —comentó Clea, tratando de no sonrojarse ante su escrutinio.

—Oh. ¿En serio? Pues es raro. No recuerdo haberla visto nunca por la casa.

—Bueno... eso se debe a que nos hemos solido encontrar y hablar en otros lugares.

—Pues todos los que han visto el cuadro han dicho que el señor

tiene sentimientos hacía usted.

Eso hizo que Clea volviera la cabeza hacía la mujer en el acto.

—No me mire con esa cara, señorita. Llevamos años trabajando para el señor y hemos visto muchísimas de sus obras. Solo con ver esta, se sabe que hay algo especial en ella.

¿Qué podía decir a eso? ¿Qué era verdad? ¿Qué Jack y ella habían estado hablando de matrimonio? Dudaba que pudiera hablar de eso con la mujer. No, al menos, si no quería que todo Londres se enterara de ello.

—Lamento no haber podido ser de ayuda —le dijo la mujer.—Pero no sabemos nada más del señor.

—No se preocupe. He venido solo por curiosidad. Seguramente, no tardará en volver.

—Si gusta, en cuanto sepamos que ha vuelto a la ciudad, le haré saber que ha venido a buscarlo.

Clea la volvió a mirar, preguntarse si eso sería bueno.

Era cierto que estaba preocupada por él, pero ¿era bueno que Jack lo supiera?

—Dígale solamente que le he buscado porque desapareció de golpe y, debido en las circunstancias en las que lo hizo, muchas personas llegaron a preocuparse.

—¿Se refiere a los rumores de que le descubrieron con una mujer casada?

La mujer le hizo la pregunta sin ni siquiera parpadear. ¿Estaba tan acostumbrada a semejantes líos de faldas que ni siquiera parecía realmente preocupada?

—Bueno... sí. Desapareció de un modo demasiado brusco bajo esas circunstancias.

—No tiene de lo que preocuparse, señorita. Por lo que pude ver, el señor no parecía asustado.

—¿De verdad? ¿Incluso aunque estuviera al lado de un hombre furioso?

—Exacto —afirmó la mujer.— A pesar de que el señor se ha visto en situaciones similares antes, si hubiera estado realmente en peligro, habría hecho algún tipo de señal y no se habría mostrado tan tranquilo.

¿En serio podía creerse eso? Después de todo, por lo que parecía, se había ido de viaje con el vizconde de Taaffe, el hombre al que cuya mujer había engañado con él. Dudaba que aquel viaje pudiera tratarse de un viaje de placer precisamente. Y realmente que acabara regresando sano y salvo.

Sin que pudiera hacer nada más en aquella casa, contemplando su retrato en el corazón de la casa, le indicó a la mujer que ya debería marcharse y que le diera su mensaje al señor.

—Oh. ¿En serio? ¿Ya debe marcharse? —le dijo la mujer, luciendo algo contrariada.

—Así es. Me gustaría permanecer algo más, pero me esperan en casa.

—Bueno... supongo que no se puede hacer otra cosa. Pero permítame decirle que, de todas las modelos del señor que han pasado por aquí, usted es la que me ha caído mejor.

¿Todas las que habían pasado por la casa? ¿A cuánto ascendía ese número? Porque, conociendo a Jack como lo conocía, tenía la impresión de que, de saberlo, la haría marearse por la cifra.

Agradeció las palabras de Sophie, que así dijo la mujer que se llamaba, sin saber muy bien si debía de tomarse aquello como un alago, y la siguió mientras la conducía de nuevo hacia la puerta de la casa.

—Espero que la volvamos a ver pronto por aquí— deseó la mujer, abriéndole la puerta.

¿En serio? Solo de pensar en más criados de la casa reconociéndola la hizo sentir nerviosa. No imaginó que se sentiría de ese modo al lucir ante todo el mundo.

Teniendo en cuenta que se había ido encontrando cada vez más

cómoda en Francia con su cuerpo, sintiendo menos vergüenza sesión tras sesión, pensó que sentiría algo parecido a la hora de que la gente viera el cuadro. No era así.

—Y yo espero que su señor vuelva pronto a casa —le dijo a la mujer, dedicándole una sonrisa antes de salir de allí.

Tenía que admitir que, a pesar de la vergüenza porque la hubieran reconocido como la mujer del cuadro, el servicio de Jack parecía ser bastante amable y atento. Encajaba con la imagen del señor. Dudaba que Jack pudiera trabajar al lado de alguien estricto o que no se mostrara tan afable con la gente.

Pero, aún así, aún a pesar de haber escapado de casa para poder saber algo de Jack, prácticamente había obtenido la misma información que ya tenía.

Punto 1: Jack había salido de la ciudad acompañado del vizconde y, al parecer, de su familia entera. Punto 2: No tenía la más mínima idea de a dónde habían podido ir porque, al parecer, no podían decírselo o no lo sabían.

Pues menuda escapada más productiva.

Había pensado que salir ella misma en persona, alguien le contaría algo.

No había sido así.

Y, ahora, ¿qué hacía? ¿Volvía a casa? No tenía nada más que hacer, ningún otro lugar donde podría sacar información.

Por un momento, se dijo que podría probar suerte en el puerto, preguntando a los trabajadores si los vizcondes de Taaffe habían cogido un barco hacía algún destino en particular.

Pero desechó esa idea tan rápido como cruzó su mente.

Una cosa había sido llegar a Londres y buscar un coche en el puerto para volver a casa y otra muy diferente pasearse por ese lugar, preguntando por alguien.

A pesar de que nunca había sido una mujer vergonzosa, sabía que el hecho de que se paseara de esa manera por el puerto podía hacer

llegar a creer a alguien cosas que no eran. Como, por ejemplo, que estaba trabajando buscándose la vida.

También estaba el hecho de que trataran de atracarla. Aunque no llevara mucho de valor encima en esos momentos, sabía más que de sobra que había ciertos lugares de la ciudad donde no se entraba, desde luego que no sola, si se quería evitar más de una clase de problema.

Suspirando, se dijo que tampoco estaba de ánimos como para ir a casa de Linzy. La muchacha, siempre queriendo ayudar, trataría de animarla. Pero, en aquellos momentos, Clea no quería ánimos.

Se quedó quieta en medio de la acera, pensando en lo que hacer.

Si volvía a casa en aquellos momentos, con la cara que sabía que estaba luciendo, su hermana preguntaría por ello y, si conocía los rumores que estaban circulando, hilaría esos hechos.

Podría dar una vuelta por el parque que se encontraba cerca de su primera casa. El señor Craven la había vendido hacía tiempo, pero a Clea esa zona siempre le traía buenos recuerdos. Fue el primer hogar que tuvieron al llegar a Londres, en ese parque ella conoció a las gemelas y Lisa y Adrien se reencontraron, poniéndolo todo en marcha.

¿Qué hubiera sido de sus vidas de no haber abandonado el pueblo? ¿Seguiría su padre vivo? ¿Su hermana sería tan feliz como era en aquellos momentos? Lo dudaba. ¿Y ella? ¿Qué sería de su vida en aquellos momentos? Dudaba que se hubiera casado o algo así. Seguramente, seguiría rondando por los campos, trepando a los árboles. Y... no conocería a Jack Mardling.

Lo más seguro sería que su vida sería más tranquila, pero, a la vez, más aburrida.

Suspiró, sin saber qué más hacer.

Sin embargo, al sentir una mano de golpe en su hombro, se revolvió en el acto y golpeó a quién fuera que se le hubiera ocurrido acercarse a ella por la espalda con aquel trato tan cercano.

—Au— se quejó la persona a su espalda.—¿Ese es el modo en que le das la bienvenida a un amigo?

Clea sintió como se le erizaba la piel del cuerpo al escuchar la voz de Jack y, volviéndose hacía él, vio como este le dirigía una sonrisa animada, a pesar de lucir el labio partido.

Lo primero que hizo fue abrazarlo.

Le dio igual encontrarse en mitad de un parque, donde cualquiera podría verlos. Había temido por la seguridad de Jack. Incluso había temido que estuviera muerto, así que no podría haber reaccionado de otra manera aunque lo hubiera intentado.

—¿¿Dónde demonios te habías metido?! —le gritó Clea, estrechándole fuertemente entre sus brazos.

—Bueno... me alegro ver que has estado tan preocupada por mí — le dijo él, dejándose abrazar con bastante placer.

Después de todo, para él también había sido un tiempo desde que había podido tocarla por última vez.

A pesar de que tendría que parecer dos amantes que se acabaran de reencontrar ante todo el mundo que estuviera paseando por el parque en aquellos momentos, ninguno de los dos podría haber soltado al otro.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —Le preguntó Clea, cuando al final consiguió soltarlo y dirigió sus manos a las mejillas de Jack.— ¿Quién te ha hecho eso?

—El vizconde necesitaba desahogarse con alguien y no estaba en lugar como para negarme.

—¿El vizconde te ha hecho eso? —Le preguntó Clea, sorprendida.

Sabía que el hombre tendría que estar furioso, pero siempre había creído que era más de armas de fuego y menos de propinar golpes con sus propias manos.

—¿Y dónde has estados? ¿Por qué no dijiste a dónde te ibas de algún modo? ¿Por qué no dejaste una nota en tu casa que me hicieran llegar, en vez de tenerme aquí, muerta de preocupación? ¡Dios! Ni

siquiera las gemelas sabían qué había sido de ti. Me has hecho ir hasta a tu casa.

—¿En serio has ido a mi casa? —Le preguntó él, dirigiéndole una sonrisa.

Pero Clea le dio un golpe en el pecho, al ver esa sonrisa en su cara.

—¿Y tienes la cara dura de sentirte orgulloso por tenerme preocupada?

—Bueno... un poco sí —le dijo Jack, aún sonriendo.—Pero, si queremos hablar de todo esto, será mejor que vayamos a un lugar más tranquilo. No querrás que todo el mundo se entere, ¿verdad?

—De acuerdo. Pero pongámonos en marcha ya.

CAPÍTULO 50

Para sorpresa de Clea, Jack volvió a conducirla a su casa, ya que, de tener que mantener una charla privada, ese parecía ser el único lugar que cumplía con los requisitos que necesitaban.

No podían hablar en ningún lugar público, ya que, de hacerlo, la noticia de que Jack Mardling estaba paseando con otra de sus conquistas no tardaría en hacerse oír. Y no llevaría mucho tiempo que se supiera que Clea Freeman era esa mujer, con lo que se desataría la furia de Lisa. Ir a casa de los Bells no era válido por esa misma razón.

Cuando se colocaron ante la puerta de este, Sophie fue de nuevo la encargada de abrir.

—¡Oh, señor! ¡Bienvenido! Ya lo echábamos de menos— fue lo primero que le dijo la afable mujer al verle.

—Sí. Yo también echaba de menos estar aquí —le respondió Jack, dirigiéndole una sonrisa.

—Una joven acaba de venir a buscarlo. Es la señorita que aparece en el cuadro de su estudio— se apresuró a contarle la mujer, como si temiera que se le fuera a olvidar de dejar pasar algo más de tiempo.

—Lo sé —comentó Jack, haciéndose a un lado, dejando que la mujer viera que Clea estaba tras él.—Nos hemos encontrado.

—Oh. Eso habrá sido una feliz coincidencia— añadió Sophie, dedicándoles una amplia sonrisa.—¿Necesitan alguno de mis servicios, señor?

—No. Ambos estamos bien. Nos retiraremos a mi estudio.

—Muy bien, señor.

Y, con las mismas, la afable mujer se dirigió a realizar cuáles fueran sus tareas.

Sin más impedimentos, Jack la condujo hacia la sala de pintura, asegurándose de cerrar tras él para que nadie les molestara.

—¿Me vas a contar ahora qué es lo que ha ocurrido? —Le preguntó

Clea, colocándose hacia él tras echar un nuevo vistazo al cuarto.

—¿Por qué no nos sentamos primero? —le sugirió, señalando uno de sus sofás.

A regañadientes, Clea se dejó caer, viendo como Jack también se sentaba, esperando a que empezara a hablar.

—Supongo que te has estado preguntando dónde me había metido —le dijo él, dedicándole una sonrisa.

—Bueno... Medio Londres y yo nos hemos estado haciendo esa pregunta, sí— admitió.—Y no sé por qué estás evitando todo lo posible contármelo.

—No lo estoy evitando. Solo que me gusta verte preocupada por mí —le dijo él a su vez, dedicándole una sonrisa aún más amplia.

—Si estás de tan buen humor, ¿puedo suponer que la vizcondesa ya no será un problema?

—Supones bien —afirmó él.—El vizconde ha decidido que su amante esposa permanezca en una de las casas que poseen en Escocia, con unas hermosas vistas a unos páramos.

—¿Escocia? — repitió Clea, sorprendida.—Vaya. Se ha encargado de llevarla lejos.

—Sí. Y a un lugar donde no hay un pueblo en millas a la redonda. Ha contratado solo a mujeres para que atiendan a su esposa y que se encarguen de que no se aleje demasiado de aquel lugar.

—Es como si... la hubiera desterrado.

—Más o menos, creo que esa era su idea al hacerlo, sí —comentó Jack, acomodándose en el sofá, vuelto hacia ella, con el brazo doblado en el respaldo del sofá para apoyar la cabeza y poder observarla.

—Entonces... ¿para qué te ha hecho ir con ellos? —Le preguntó ella.

—Al parecer, quería oír con todo lujo de detalles la historia que había entre su esposa y yo. Nunca he visto a Anna negar tantas cosas y que se desmoronen sus mentiras.

—¿Y te ha hecho viajar con ellos solo para eso? —Le preguntó Clea, incrédula.

—Creo que, en el proceso, quería decidir si matarme o no. pero su hijo ha defendido mi versión y le ha dejado bastante claro que yo estaba en aquella casa por obligación y no por placer.

—¿Y no podías haberle dicho a alguien que me contara lo que estaba ocurriendo?

—Bueno... no sé si lo sabes, pero un hombre que sabe que su mujer es una adúltera y que lo ha convertido en el hazmerreir de toda una ciudad no tiene precisamente paciencia para dejarme enviar un mensaje. Apenas pude convencerle para que pasáramos por mi casa para coger algo de ropa de abrigo. No sabes el frío que hace allí arriba.

Clea debería estar satisfecha con su explicación, pero, a decir verdad, no lo estaba demasiado. Incluso en las circunstancias en las que había ocurrido todo, le podría haber dicho a la misma Sophie que le transmitiera un mensaje.

—¿Por qué tienes esa expresión de disgusto? —Le preguntó él, sujetando su barbilla entre los dedos y haciendo que lo mirara.

—A lo mejor porque no estoy contenta con el modo en el que habías desaparecido.

—Vamos. Ya te he explicado cómo han sido las cosas. Hemos vuelto cuando el vizconde se ha asegurado que lo dejaba todo bien atado y me ha asegurado que su mujer no nos causará problemas.

—Si todo te ha ido bien con el conde, ¿cómo es que te ha golpeado?

—Bueno... Se empeñó en que le contara absolutamente toda mi historia con su mujer y tuve que admitir que, al principio de nuestra relación, no hubo ningún chantaje de por medio. Debería agradecer que solo me diera un puñetazo.

—Tal vez, te habrías merecido un tiro en el trasero por haber puesto tus ojos en esa mujer —comentó Clea, aún disgustada.

—Pero bueno, señorita. ¿Desde cuándo eres tan traviesa?

—Desde que, al parecer, puedes desaparecer en cualquier momento —le dijo ella, volviéndose a mirarlo.—No es algo que me siente muy bien.

—Y yo que pensaba que mi regreso te haría ilusión... —comentó Jack, pareciendo desanimado.—¿Acaso es que no me querías de vuelta por aquí?

—Lo que me gustaría es poder decir con seguridad que no soltarás de golpe palabras hirientes o que desaparecerás de repente.

—Sabes que no tuve elección en ninguna de esas dos circunstancias.

Clea le dirigió una mirada, pero no comentó nada al respecto.

—Vamos. ¿Qué ha pasado con esa joven que no ha podido evitar abrazarme en el parque? —Le preguntó Jack, sujetando su mano entre una de las suyas, haciendo que Clea se volviera hacia él.

—Esa chica no estaba pensando cómo era debido en ese momento.

—Oh. ¿En serio?

—Hablo completamente en serio —afirmó ella, pero sin mirarle a los ojos.

—Vaya. Pues es una verdadera lástima, pues necesitaba urgentemente otro de esos increíbles abrazos. He estado echando de menos a esa joven durante demasiado tiempo —comentó él, alzando la mano de Clea, que aún tenía envuelta en la suya, y besándola, haciéndole cosquillas allí donde se posaban sus labios.

—¿Acaso no puedes dejar de jugar en cualquier momento? —le reprochó Clea, retirando la mano.

—¿Crees que estoy jugando? —Le preguntó Jack a su vez, alzando sus ojos hacia ella.

Clea no añadió nada a eso, pero le dirigió una mirada significativa.

Como consecuencia, Jack llevó la mano de ella hacia su pecho, haciendo que notara los latidos de su corazón contra sus dedos. Era como si un semental estuviera galopando allí dentro.

—Lleva latiendo así desde que me he encontrado contigo. ¿Aún

piensas que solo estoy jugando?

Clea separó los labios para decir algo, pero, a decir verdad, no estaba muy segura de lo que decir en esos momentos, así que solo se acercó aún más a Jack, con la mano aún contra su pecho.

—En verdad, está latiendo muy deprisa —murmuró al cabo de unos instantes.

—¿Y no crees que es normal, después de todo el tiempo que hemos tenido que estar separados?—susurró Jack, hablando tan bajo que Clea no podría haberle oído de no haberse encontrado tan cerca.

—Pensaba que solo a mí me ocurría esto —murmuró ella a su vez, sin atreverse a mirarle a la cara en esos momentos.

Era tan natural estar así, juntos, compartiendo aquella clase de intimidad... No era extraño ni incómodo que se tocaran. En realidad, lo habían hecho tantas veces que ya deberían conocerse el cuerpo del otro de memoria.

Jack la estaba observando con atención. No le hacía falta mirarle para saberlo. Podía sentir su mirada sobre ella sin problemas. Y, precisamente por ello, ella se veía incapaz de alzar la vista y mirarlo a su vez.

—¿En qué has pensado, que no te atreves a mirarme? —Le preguntó Jack, de ese modo susurrado que hacía que todo su cuerpo se estremeciera.

—Tal vez, en algunas cosas que me has hecho.

—¿Cosas que te gustaría que te volviera a hacer?— siguió preguntando él.

—Puede —comentó Clea, encogiéndose de hombros, como si así restara importancia a ese momento.

—¿Podrías mirarme un momento? —le pidió Jack.

—¿Para qué?

—Porque no puedo besarte así.

Clea titubeó. No le gustaba ponerle las cosas demasiado fáciles, sobre todo porque podía acabar pensando que no habría nada que no

le acabaría perdonando. Pero... siendo sinceros, ella también echaba de menos su contacto. Hasta el mero hecho de dormir se le había hecho duro al no tenerlo a su lado. Se había acostumbrado demasiado rápido a su presencia.

—¿No me vas a mirar? —Le preguntó Jack, inclinando la cabeza, tratando de mirarla.— ¿Ni siquiera un poco?

A regañadientes, Clea alzó la cabeza para que no la tomara como alguna clase de cobarde. Y vio como Jack comenzaba a sonreír.

—Ahí estás. No sabes la de veces que he soñado con esos ojos dorados— afirmó, alzando una mano hasta acariciar su mejilla.

Ah. Tan cálida y suave como siempre. Perfecta.

—¿Solo con mis ojos?— se atrevió a preguntar ella, haciendo que Jack no pudiera evitar reírse.

—¿De verdad quieres que entre en detalles?

—Tal vez, más tarde. Pero creía que ahora ibas a besarme.

—Eres demasiado juguetona, pequeña ninfa —murmuró él, acercándose a sus labios.

Clea abrió la boca para añadir algo más, pero los labios de Jack ya estaban allí para impedirselo.

Sentir de nuevo aquellos labios sobre los suyos fue como haber dado un trago al alcohol más chispeante y embriagador. La cabeza de Clea se sintió ligera mientras Jack iniciaba el beso, como si perdiera el equilibrio y no supiera decir dónde estaba el suelo.

Alzó los brazos, sujetándose a los hombros de Jack mientras respondía al beso, tratando de anclarse al suelo mientras su mundo parecía volver a encajar de la manera correcta, todo volviendo a su lugar.

Lo quisiera o no, el único lugar que tenía destinado en el mundo era estar entre los brazos de Jack.

Apenas fue consciente de que él la estaba tumbando sobre el sofá hasta que tuvo la cabeza reposando sobre los cojines.

Jack alzó la cabeza cuando la tuvo así, necesitando contemplarla,

asegurarse de que aquello era real y que no estaba soñando, que de verdad tenía a Clea entre sus brazos y no a ninguna otra.

—¿Ocurre algo? —Le preguntó ella, percatándose de la atención con la que él la miraba.

—No, no pasa nada —afirmó Jack.

Pero, cuando volvió a inclinarse sobre ella, no fue para continuar su beso, si no para abrazarla, enterrando el rostro en su cuello.

Clea se mostró algo desconcertada ante ese gesto. Jack siempre había sido más dado a refugiarse en la pasión que en cualquier otra emoción. Pero, sin embargo, en vez de aprovechar que estaban los dos solos, solo parecía necesitar abrazarla.

Ella no hizo ningún comentario al respecto, solo devolviéndole el abrazo.

Sabía que había estado en manos de la vizcondesa durante demasiado tiempo. Pero no había creído que aquello le hubiera afectado tanto. Era como si pudiera permanecer abrazado a ella hasta que se acabaran los días.

—Dios. Qué bien hueles —comentó Jack, aún aferrado a ella.

—¿Gracias? —comentó Clea, sin saber muy bien qué decir a eso.

—He extrañado este olor. Y este pelo. Y esta piel—. Comenzó a depositar ligeros besos cuando aquellas palabras empezaron a manar de él, haciendo que Clea se removiera bajo su cuerpo. ¿Cómo iba a poder permanecer quieta mientras notaba como Jack iba besando su piel, bajando lentamente por ella? —Oh. No sabes lo que te he echado de menos.

—Creo que... me... me lo puedo imaginar —afirmó Clea, alzando la cabeza, dejando mejor acceso a los labios de Jack.

Aquellos labios, aquellos seductores y expertos labios, sabían muy bien despertar toda su piel, sintiendo como si todo su cuerpo cosquilleara, a la espera de obtener una de sus caricias. Parecía que el momento de conformarse con un simple abrazo había pasado.

—Jack— gimoteó Clea, sin poder evitar removerse bajo él.

Aquellos dulces besos, pensados para despertarla, estaban muy bien para iniciar el juego, pero no podía ser suficiente para ella. No ahora, cuando conocía cómo era entregarse a él por completo.

Como si su ruego no hubiera sido suficiente, se aferró a sus mechones, alzando la cabeza de Jack para obligarlo a mirarla.

La sonrisa satisfecha y llena de orgullo masculino le demostró que Jack había sido malo con ella a propósito. Buscaba que ella reaccionara, que le rogara por más.

—Eres un maldito mujeriego —le soltó ella cuando comprendió cuáles eran sus intenciones.

—Puede ser, pero este mujeriego es solo para ti.

—¿Ah, sí? Pues vas a tener que demostrármelo.

—Con sumo gusto, señorita.

No pareció costarle nada comenzar a desatar los lazos de su corsé, abriendo la prenda. Clea alzó el torso del sofá para ayudarlo, necesitando tanto como él quitar todo aquello que se interpusiera entre ambos.

Cuando Jack consiguió abrir lo suficiente el vestido de Clea, dirigió sus labios al nacimiento de sus pechos y más abajo mientras que, al mismo tiempo, usaba su rodilla para que ella separara las piernas para él, teniendo que dejar una de ellas fuera del sofá por la falta de espacio.

Sin embargo, ninguno de los dos protestó por el estrecho lugar.

Notando como su respiración se entrecortaba, sintiendo como el fuego que ardía en sus entrañas aumentaba, Clea volvió a aferrarse a los mechones de Jack mientras él por fin consiguió llegar a su destino.

Besando uno de los pechos de Clea, comprobando como su piel se erizaba y se le cortaba la respiración, sujetó el otro pecho en una de sus manos, torturándola mientras su rodilla seguía jugando con su centro, tratando de que estuviera tan lista que, para cuando hiciera las prendas completamente a un lado, ella no pudiera más que gemir

y abandonarse a él.

Volver a descubrir aquella piel, oír aquellos gemidos... Era justo lo que había necesitado. Lo único que le había hecho falta en realidad.

Desesperado por el tiempo que llevaba sin estar dentro de ella, Jack comenzó a sacarse su propia ropa a tirones, sabiendo que, aunque la puerta del estudio estuviera cerrada, era bastante posible que sus criados los oyeran allí dentro.

No sería la primera vez, pero imaginarse que los hombres que hubieran escucharían a Clea y verla gracias a su cuadro, le hizo sentir un repentino ataque de celos, haciendo que se incorporara de golpe.

Clea, que solo había estado concentrada en lo que le hacía sentir, abrió los ojos, tratando de ver lo que pasaba.

Y verla así, jadeante, sonrojada y lista para él, no ayudaba en absoluto al autocontrol de Jack. En aquellos momentos, barajaba la posibilidad de cogerla en brazos y correr escaleras arriba hacia su cuarto o mandar todo al cuerno y tomarla sin más, dejando que aquellos que estuvieran en la casa disfrutaran con los sonidos, ya que no iban a poder tomarla.

—¿Qué... qué ocurre? —murmuró Clea, agitando las piernas, consiguiendo hablar cuando logró tomar el aire suficiente.

—Creo que hay demasiados testigos en esta casa —murmuró Jack hacia ella, terminando de quitarle las prendas que cubrían su cuerpo.

—Y pensaba que no estaría mal contratar a un servicio que fueran incapaces de escuchar.

Aquello solo logró que Clea se echara a reír.

—No sé si eso sería muy útil —comentó ella, tapándose el pecho con un brazo, sin poder evitarlo.

Después de todo, era absurdo cubrirse cuando Jack conocía más que de sobra su anatomía.

—Quiero que hasta tus gemidos sean solo para mí —afirmó él, susurrando aquellas palabras contra sus labios.

Clea sonrió de aquel modo encantadoramente pícara que solo ella

sabía hacer, corcovando bajo él mientras Jack lanzaba sus pantalones a algún rincón del cuarto.

—Suenas muy posesivo, señor Mardling —le susurró ella a su vez.

—Oh. Eso se debe a que lo soy —afirmó él, terminando de inclinarse sobre ella y besándola de nuevo.

Clea sonrió contra sus labios, pero rodeó su cuello con los brazos, apretándole contra ella de modo que ya no pudiera escapar, del mismo modo que Jack se colocó en la cuna que el cuerpo de ella le había hecho y alzó una de las piernas de ella hasta colocarla contra su cadera, acariciándola con una mano, mientras la otra se enterraba en aquellos mechones rubios.

La joven no pudo evitar gemir en el interior de su boca cuando Jack se apretó contra su entrada, mostrándole lo listo que se encontraba para ella.

De haber estado más consciente de su cuerpo y menos del de la mujer que tenía entre sus brazos, su erección hubiera resultado incluso dolorosa, una erección pulsante que le rogaba que se hundiera de una vez en ella, que pudiera enterrarse en lo más profundo de su ser y permanecer allí hasta que llegara el fin del mundo.

Pero se olvidó de sí mismo para poder ser consciente de los dos. El calor de ella daba contra su cuerpo, aumentando la temperatura del cuarto por momentos. Se meció sobre su cuerpo solo para disfrutar al ver como Clea gemía en protesta cuando le sentía acercarse para luego alejarse de nuevo, acariciando su pierna, que se apretaba contra su cadera.

Lo más simple hubiera sido hundirse en ella sin más. Clea se habría aferrado a él y Jack lo hubiera disfrutado sin ninguna duda. Pero alargar el momento lo hacía mucho mejor luego, aunque sintiera como el cuerpo de Clea trataba de pegarse a él.

—¿Por qué haces esto? —le exigió saber ella, tirando de los

mechones oscuros de Jack para apartarlo de ella. Si la hacía sufrir, ella le haría sufrir a él.—¿Por qué no acabas con esto?

—¿Tan ansiosa estás?

—¿Necesitas preguntarme para saberlo? —le dijo ella a su vez, girando sus caderas para que el calor de su centro diera contra él.

Inevitablemente, Jack siseó al sentirla. ¿Cómo no hacerlo cuando notaba lo lista que estaba para él?

—¿Acaso quieres matarme? —le acusó Jack, clavando en ella sus ojos azules.

—No estoy buscando tu muerte precisamente —comentó ella, entrelazando sus dedos en la nuca de él.

—Y yo que quería ser bueno...

Haciéndola alzar aún más la pierna que tenía sobre su cadera, Jack se hundió profundamente en ella, viendo como Clea soltaba un hondo gemido de placer mientras echaba la cabeza hacia atrás en el cojín.

Las manos que Jack tenía en su nuca acabaron sobre su espalda, hundiéndose en ella mientras todo lo que se vio capaz de hacer él fue recordar cómo se seguía respirando. Hacía tanto tiempo que no estaba dentro de ella que casi había olvidado que le hacía tocar el techo sin levantar los pies del suelo, perdiéndose en su calor, en la forma en la que su cuerpo le atrapaba...

Cuando consiguió romper aquel hechizo inicial, se atrevió a moverse, saliendo de ella, viendo como Clea se echaba a temblar del mismo modo que él, notando como ella había alzado ambas piernas alrededor de su cadera.

Salió y entró en ella una y otra vez observando su rostro, con ambas manos paseándose por su cuerpo, acariciando sus pechos, abarcando su cuello, su abdomen, acariciando las piernas que le envolvían, notando como el interior de ella lo acogía y le invitaba a permanecer eternamente perdido en su cuerpo.

¿Cómo aquella pequeña dama podía ser el ser más caliente que

hubiera tenido la suerte de tener entre sus brazos? Era fuego, era el néctar más dulce, inocencia, lujuria... Era luz de sol.

Se hundió en su boca cuando vio como Clea abría los labios para tomar un poco de aire, llenando el espacio con sus gemidos, aquellos gemidos que hacían que hasta los mismos huesos de Jack temblaran. Saboreó su interior al mismo tiempo que Clea, pérdida en él, en lo que le hacía sentir, en su calor, en su aroma...

Si realmente hubiera sabido que su cuerpo le anhelaba tanto, hubiera evitado hacerse la difícil y se hubiera entregado sin más.

Cuando la conocida sensación del clímax fue acercándose, hundió aún más los dedos en la espalda de Jack, notando como él también se encontraba cerca de su cumbre, batallando ambos el uno en la boca del otro, notando como aquel fuego que ardía dentro de ellos amenazaba con consumirles por completo.

Fue Clea quién se vio arrastrada fuera de su propio cuerpo, aferrándose tan fuerte al cuerpo de Jack que debería haberle hecho daño. Sin embargo, Jack no tardó mucho más en dejarse ir en su interior, como si fuera un modo más de reclamarla como suya.

Para cuando ambos pudieron volver a respirar, Clea no pudo evitar reírse.

—¿Qué te hace tanta gracia? —Le preguntó Jack, alzándose sobre ella para poder verla bien.

—No lo sé. Simplemente, no he podido evitar reírme.

—¿No será porque estás contenta por tenerme de nuevo a tu completa disposición? —Le preguntó él, inclinándose de nuevo sobre ella para regalarle una serie de besos por su cuello.

—Ummm. Podría ser —comentó Clea a su vez.

—Es una lástima que no te puedas quedar— se quejó Jack.

Si fuera por él, Clea no volvería a salir de aquella casa y, más concretamente, de su cama.

Pero también sabía lo que ocurriría si la retenía más tiempo del debido y la hermana de ella tenía que empezar a buscarla.

—¿Qué hora es? —Preguntó Clea, cayendo en la cuenta en ese mismo momento de que el tiempo había seguido pasando.

—No estoy muy seguro, pero ya está anocheciendo —comentó Jack, señalando las ventanas del cuarto, desde donde se podía apreciar fácilmente la caída de la tarde.

—Oh, Dios. Mi hermana va a matarme— se quejó ella en el acto, tratando de levantarse.

Pero, a pesar de que llegó a ponerse en pie, Jack se aferró a su cintura, abrazándola de espaldas contra él, besando el punto exacto donde terminaba su espalda y empezaba su trasero.

—¿En serio tienes que marcharte ya? No es tan tarde en realidad —comentó él.

—¿Quieres que Lisa venga a matarnos a los dos?

—No es algo que entre en mis planes.

—Pues tienes que dejarme ir —le indicó Clea, girándose entre sus brazos hasta quedar de cara a él.— Te prometo que volveré.

—¿Cuándo? ¿Cuándo volverás? —Le preguntó Jack, alzando la cabeza hacía ella.

Clea se inclinó hacía él y le regaló un corto beso antes de volver a alzarse.

—Lo más pronto que me sea posible. Pero, ahora, sé un niño bueno y ayúdame a vestirme.

—De acuerdo. Pero no te prometo que trate de desvestirte en algún momento.

CAPÍTULO 51

Conforme Clea caminaba de vuelta a casa, fue poniéndose cada vez más nerviosa mientras más se aproximaba, intentando imaginar de qué modo podía hablarle a Lisa de Jack para que su hermana empezara a aceptar de nuevo su mera existencia.

Pero tenía claro que no aceptaría nada de lo que ella dijera. Había sido gracias a las últimas palabras de Clea sobre él que Lisa había decidido darlo por muerto. Cualquier intento por su parte de devolverlo a la vida ante sus ojos se iba a estrellar contra un muro de inamovible convicción.

No podía ser ella. Tenía que ser otra persona, alguien en quién confiara y que no creyera que estaba tramando algo.

Para cuando llegó a casa, tenía una idea rondándola. Pero necesitaba a las gemelas.

—Gracias a Dios —Exclamó Kailyn cuando salió hacia la entrada al escuchar la puerta. Parecía preocupada, pero no era normal. Para cuando había llegado, ya había anochecido.—¿Dónde te habías metido?

—¿Dónde está mi hermana? —Le preguntó ella a su vez, estrechando una de las manos de su amiga.

—Para tu buena suerte, lleva toda la tarde durmiendo. Pero no sé qué le habría contado si hubiera abierto los ojos.

—¿Tu hermana a vuelto ya?

—¿Kaila? Sí, ha vuelto hace un momento de la fábrica, pero Adrien aún no. ¿Por qué?

—Necesito hablar con ambas. ¿Puedes ir a buscarla y nos vemos en mi habitación?

—De... de acuerdo —comentó Kailyn, a pesar de que no tenía ni idea de lo que estaba pasando allí.

Clea se apresuró en llegar a su cuarto, tratando de eliminar las

evidencias que dejaban claro que se había vestido y peinado con prisas, eliminando... la huella de Jack de ella.

Para cuando las gemelas llegaron al cuarto, ella ya se encontraba más o menos preparada para la cena, aún a falta de peinarse, haciéndolas pasar.

—¿A qué viene todo esto? —comentó Kaila, cruzándose de brazos una vez que estuvo dentro del cuarto.

—Necesito que hagáis una cosa por mí— les indicó Clea, tratando de ponerse en pie tras su tocador.

Pero Kailyn le indicó que permaneciera donde estaba, ayudándola a terminar de arreglarse, cogiendo el cepillo.

—¿De qué se trata? —Preguntó la pequeña de las gemelas.

—Necesito que le contéis a Adrien lo que le ha ocurrido a Jack con la vizcondesa de Taaffe.

—¿Qué?—soltó Kailyn, sin poder evitarlo.

—¿Y de qué va a servir que hagamos algo como eso?—soltó Kaila a continuación.

—Quiero que Lisa comprenda que el dolor que me hizo sentir no fue algo decidido por él. Pero, si yo, o vosotras, se lo contamos directamente, solo se cerrará y se negará a escuchar nada. Necesitamos que se lo cuente alguien neutral.

—Como nuestro hermano —comentó Kailyn, entendiendo la situación, terminando con su cabello.

—Exacto. Si es Adrien el que le explique la situación de Jack y le dice que está en sus manos contármelo a mí, la haremos pensar.

—Pero tú ya sabes todo lo ocurrido con Jack— se quejó Kaila.

—Pero eso mi hermana no lo sabe. Ella cree que no he tenido el más mínimo contacto con él en todo este tiempo.

—No es mal plan —comentó Cailón.

—Hablando de contacto... —soltó Kaila, acercándose a Clea.—
¿Dónde has estado metida? O, más bien, ¿con quién?

Esa pregunta hizo que Clea se sonrojara de arriba abajo sin poder

evitarlo, demasiado fresco aún lo que Jack y ella habían hecho en el estudio de él.

—Creo que ya no hace falta preguntar más —murmuró Cailón.

—No os he llamado para hablar de eso —comentó la joven rubia, tratando de recuperarse, mirándose en el espejo.

—Ya lo sabemos, pero es que quieres guardarte para ti lo más interesante. Y eso no es justo —le indicó Kaila.

—¿Podéis hablar con Adrien sin que mi hermana se dé cuenta? —Preguntó Clea, tratando de cambiar de tema.

—No me costará nada sacarle el tema cuando estemos los dos solos en la fábrica —afirmó la mayor de las gemelas.

Kaila apenas le sacaba unos minutos a su hermana, pero, a pesar de ser idénticas, no perdía la menor oportunidad de comportarse con Cailón como una buena hermana mayor. Eso incluía ser la que participara activamente en aquella conspiración, dejando a su hermana tranquilamente en casa, esperándola.

—Muchas gracias. Os agradezco la ayuda —les dijo Clea, cogiendo una de sus manos entre las suyas.

—Bueno... yo no voy a hacer gran cosa, así que no tienes nada que agradecerme —le dijo Cailón, algo cabizbaja por no ser de más ayuda.

—Pero, ¿qué tonterías dices? Eres un gran apoyo y una gran ayuda. Si no fuera por ti, ¿cómo iba a poder disimular delante de mi hermana cada vez que se encuentra despierta? —le indicó Clea, haciéndola sonreír.

Pero unos golpes en la puerta sobresaltaron a las chicas, haciendo que se soltaran y se alejaran entre ellas, viendo como una criada se asomaba al interior del cuarto.

—Discúlpeme, señoritas. Pero el señor Bells ya ha llegado y la señora se ha levantado. Va a servirse la cena.

—Gracias. Ahora mismo vamos —le indicó Clea, haciendo que la mujer inclinara la cabeza y saliera del cuarto.

—Creo que nos ha quedado claro lo que tenemos que hacer — comentó Kaila, mirando a sus amigas y hermana.

—Sí— afirmaron las otras dos chicas.

—Bien. Pues ahora solo nos queda bajar al comedor y comportarnos como siempre. Lisa no puede sospechar que está ocurriendo algo o estará demasiado pendiente.

Y, de ese modo, con todo el plan claro y sabiendo lo que tenían que hacer, bajaron al comedor, mientras Clea se preguntaba a sí misma si mostraría una expresión diferente a la habitual.

Había pasado una gran tarde con Jack, recordando lo bien que se sentía cuando estaba entre sus brazos. ¿Su hermana vería eso en su cara?

—¿Qué estabais haciendo? —Les preguntó la pelirroja mujer cuando comenzaron a bajar la escalera, centrando su mirada en Clea por un segundo tan largo que la joven temió ser descubierta. Pero fue solo un segundo—. Me estaba muriendo de hambre.

Bueno... estaba claro que le tenía que agradecer al bebé que se acercaba el hecho de que su hermana se encontrara fuera de su elemento. De no ser así, estaba segura de que le hubiera sonsacado cada cosa que le pasaba por la cabeza.

Una alegría más de que Lisa estuviera embarazada.

CAPÍTULO 52

Una vez que Kaila estuvo a solas con su hermano en el despacho de la fábrica, ya que se había empeñado en acompañarlo, le dedicó unas miradas a Adrien por encima de los papeles que tendría que estar revisando.

Le había prometido a Clea que le sacaría el tema de Jack, pero no sabía cómo sacar esa conversación sin que pareciera demasiado violento o precipitado. Era posible que su hermano estuviera algo más despistado de lo normal con el tema del bebé, pero no era tonto.

Y, al pensar en el bebé, le vino una idea.

—Ahora que la familia está aumentando de nuevo, ¿tendremos que hacer un nuevo retrato familiar? —comentó Kaila.

Había tratado de sonar lo más despreocupada posible. Pero no estaba convencida de haberlo conseguido cuando su hermano la miró.

—¿Cómo dices?

—Bueno... pensando en el bebé que viene, pensaba que pronto habrá que hacer un nuevo retrato familiar.

Adrien frunció el ceño, dejando los papeles que había estado revisando sobre la mesa, haciéndola creer que no había llegado a engañarlo para llevar la charla por donde quería. Adrien era demasiado listo, pero...

—¿Habría que hacer otro tan pronto? —comentó, pareciendo reflexionar sobre ello.

¡El pez había mordido el anzuelo!

—Bueno... no nada más recién nacido el bebé, pero unos meses después no estaría mal.

Sabía lo mucho que le gustaba a Adrien ver aquellos retratos. No era solo por el hecho de que podía permitirse que los pintaran, si no porque cada vez que se pintaba uno nuevo significaba que la familia

había aumentado.

—No estaría mal —comentó, aún distraído.

—Y, ahora, por suerte, podemos volver a recurrir al mismo artista —comentó ella sin más.

Aquello sí hizo que Adrien alzara la vista hacía ella.

—¿Cómo has dicho?

—Lo que me has oído. Corría el rumor de que el señor Mardling había dejado de pintar, pero ahora se sabe lo que ocurría en la casa de los vizcondes.

—¿De qué estás hablando? —Le preguntó su hermano, recostándose en su silla.

—¿Es que acaso no has oído lo que ha ocurrido? No se habla de otra cosa en toda la ciudad —le soltó Kaila, pareciendo en verdad sorprendida de que su hermano no supiera lo que ocurría.

—Ya tienes mi atención. ¿Por qué no me lo cuentas? —le sugirió, señalándole una de las sillas del despacho.

Kaila pareció realmente reflexionar sobre ello, como si acabara de darse cuenta de que no le tendría que haber dicho nada a su hermano. Pero acabó sentándose.

—Recuerdas que Lisa nos dijo que el señor Mardling había dejado a Clea y que estaba con otra mujer, ¿cierto?

—Sí. Claro que lo recuerdo. Clea volvió destrozada —le dijo su hermano, no pareciendo muy contento de tener que recordarlo.

—Pues no es algo que el señor Mardling hiciera porque quisiera —afirmó ella, inclinándose hacía Adrien, como si no se encontraran a solas en el despacho.

La expresión de su hermano no pareció cambiar mucho, pero apretó las manos, que tenía entrelazadas. No necesitó más señales para saber que estaba interesado en el tema.

—Por lo que se ha contado, la vizcondesa estaba obsesionada con él y, de alguna manera, ha estado chantajeándolo. Así que no le había quedado más remedio que dejarse arrastrar por ella. No había

podido volver a su casa, no podía dedicarse a pintar, tenía que residir en la misma casa que ella y por encima de todo, tenía prohibido acercarse a otras mujeres.

Aquello hizo que Adrien frunciera aún más el ceño.

—¿Estás diciendo que una mujer ha podido chantajear a Jack Mardling?

—No. Te estoy diciendo que eso es justo lo que ha pasado. Lo sé de muy buena mano.

—¿Y quién te ha contado eso?

Vaya. No había contado con ello. Pero sabía por dónde salir.

—Una de nuestras criadas es amiga de una trabajadora de los vizcondes. No lo podríamos escuchar de modo más cercano.

—Lo único que yo sabía era que el vizconde se marchó poco después de que hubiera vuelto.

—Porque descubrió que su mujer tenía a su amante metido en su propia cama.

Adrien, que había estado reflexionando sobre lo que había escuchado, alzó los ojos hacia su hermana.

—¿Y tú siempre estás informada de este tipo de asuntos? —Le preguntó.

—Bueno... no hay rumor en la ciudad que las mujeres no conozcan.

—No creo que Lisa esté pendiente de este tipo de chismes.

—Ella es un caso especial. Pero, ahora que has sacado el tema de tu esposa, ¿vas a contárselo?

—¿Contarle qué? —Preguntó Adrien.

—Pues, ¿qué crees que va a ser? ¿Vas a decirle que el señor Mardling no le hizo daño a Clea a propósito?

—¿Y por qué le iba a contar esto a Lisa?

—¿No... no consideras que Lisa debería decidir si contarle esa información a Clea o no?

—Lo que me parece extraño es que, de saber esa información, no se lo hayas contado tú a tu buena amiga.

Su hermano siempre había sido bastante perspicaz. Tal vez, demasiado para el bien de ellas.

—Consideraba que, teniendo en cuenta lo que pasó, sería mejor que Lisa le hablara de esto.

Adrien la observó con suma atención, pero si había alguien que sabía fingir inocencia sin echarse a temblar esa era Kaila Bells. No le gustaba la falsedad de la sociedad, pero tenían buenos trucos.

—De acuerdo. Tal vez, es algo que ella tenga que saber.

—Desde luego —afirmó la muchacha.— Lisa se ha creado una mala opinión del señor Mardling cuando realmente no tenía la intención de hacerle daño. Sería bueno que comprendiera eso.

—No pidas milagros —le soltó Adrien—. Aunque se lo cuente a Lisa y comprenda la situación, no creas que lo perdonará. Aunque no hubiera querido hacerle daño a Clea, la convenció para que nos mintiera, se la llevó a otro país y bueno... —No pareció capaz de terminar de decir lo que había estado pensado.— Eso lo recordará siempre.

—¿Y no será mejor que hablen y solucionen esto?

—Eres realmente ingenua si piensas que Lisa podría perdonarle todo eso —le siguió diciendo Adrien—. Nunca podría perdonarle que haya mancillado el honor de su hermana de semejante manera.

En eso tenía que darle la razón. Incluso aunque Lisa realmente comprendiera que Jack no había tenido otra opción que hacer daño a su hermana porque lo estaban chantajeando, dudaba que olvidara todo lo demás. Lisa no era de esas.

—Si lo que estáis buscando es que tolere otra vez su existencia, ya os informo de que eso no será necesario —le advirtió su hermano.

Kaila alzó la vista hacia él.

—Si Lisa no fuera tan sobreprotectora, a lo mejor Clea no se habría ido a Francia con él.

Soltó las palabras antes de pensar seriamente en ellas.

—¿Insinúas que, como la cabeza de su familia, no tendría que velar

por su hermana menor? —le soltó Adrien a su vez.

—Sabes muy bien que una cosa es velar y otra muy diferente sobreprotegerla. Se empeñó en que tuviera cero trato con el señor Mardling, que, por el contrario, la hizo sentir aún más interés por él. Y tú sabes que tampoco hizo bien.

Adrien carraspeó, pero no dijo nada.

Incluso cuando no estaba de acuerdo con la opinión de Lisa, evitaba mencionarlo delante de otras personas. Hablaba con ella de todo aquello que fuera necesario, pero no le restaba valor a su posición. Y menos con un tema como era Clea.

Kaila suspiró, sabiendo que se había ido demasiado de la lengua, pero no había podido evitarlo. Cuando se emocionaba demasiado al hablar solía ocurrirle. Se acercó más a la mesa, tratando de suavizar la conversación.

—Mira. Lo que pretendo es que Clea deje de sufrir y Lisa deje de ver a todo hombre como una amenaza para su hermana.

—A mí también me gustaría eso —murmuró Adrien.

—Entonces, cuéntale esto a Lisa y que ella decida qué hacer con la información.

Adrien suspiró, pero se la quedó mirando, haciéndole saber que le informaría a su esposa.

—Tú nunca nos has obligado a nada y nosotras hemos salido bastante bien —afirmó Kaila, dedicándole una sonrisa, tratando de que aquel tema no les afectara demasiado.

—Porque sabíais cómo funcionaba esta ciudad. Os enseñé quienes se acercaban por interés y quién no.

Fue el turno de Kaila de suspirar, pero, sin más que decir, ambos solo se dedicaron a volver al trabajo, sabiendo que aquella conversación era todo lo que podían hacer para ayudar a Clea.

CAPÍTULO 53

Por supuesto, Adrien le contó lo ocurrido con Jack en cuanto se quedó a solas con Lisa, contemplando a su mujer, sentada frente a él en el despacho—biblioteca de la casa, donde había permanecido con los brazos cruzados, sin cambiar la expresión del rostro mientras lo escuchaba.

—¿Y bien? —le dijo su marido, al ver que ella no decía nada.

—¿Y bien qué? —le soltó Lisa a su vez, aún inmóvil.

—¿Le vas a informar a tu hermana de esto?

—¿Por qué iba a tener que decírselo?

—Lisa —soltó Adrien, indicándole que no estaba de acuerdo con la postura que estaba adquiriendo.

—Sabes perfectamente que tus hermanas ya se lo habrán contado todo. No se guardan secretos entre ellas.

—Kaila habló conmigo para decirme que esa era una decisión tuya. De vez en cuando, parecen tener algo de sentido común.

Aquello hizo que Lisa frunciera el gesto, mirando hacia otra parte mientras se ponía en pie, dando una vuelta alrededor del cuarto.

Estaba claro que estaba pensando sobre el tema, por lo que Adrien permaneció en silencio. Siendo una pareja de dos personas con personalidades fuertes, se aprendía a relajar al otro y cuando mantenerse en silencio o ya hubieran acabado matándose el uno al otro, por mucho amor que hubiera entre ellos.

—¿En qué beneficiaría esto a Clea? —comentó Lisa, volviéndose hacia su marido.—Ha sufrido mucho por culpa de ese hombre y ahora parece algo más recuperada. ¿Para qué volver a remover todo eso de nuevo?

—Sabes que se merece saberlo y por eso estás hablándome de ello, buscando una excusa que yo te voy a rebatir.

Lisa volvió a fruncir el gesto, pero no dijo nada en contra de sus

palabras. No solía hacerlo cuando sabía que tenía razón.

—Pero esto solo hacía que Clea quisiera volver a verlo para hablar con él. Y, de ese modo, el señor Mardling podría tenerla de nuevo en la palma de su mano. Ya la tuvo una vez.

—¿De verdad consideras que esa es decisión tuya? —le soltó Adrien, aún sin moverse de la silla de su escritorio.

Lisa no le dirigió una mirada precisamente agradable, pero estaba claro que aquel tema la iba a irritar.

—Tengo que velar por el bien de mi hermana. Y estoy convencida de que Jack Mardling no le traerá nada bueno.

—¿Seguro que no es simplemente porque no encaja con la imagen del marido perfecto que tenías para tu hermana?

Lisa se volvió de golpe hacia él, como si alguien le hubiera pellizcado el trasero.

—¿Y tú crees que ese hombre es siquiera de los que se casan?

—¿Cómo puedes estar segura tú de que es de los que no?

—¡Por Dios, Adrien! —Exclamó—. Es un reconocido mujeriego.

—Un mujeriego que ha estado un tiempo con tu hermana y, al parecer, la ha estado tratando bien hasta que una mujer lo chantajeó. ¿Qué podría usar alguien contra un mujeriego reconocido, que tiene toda su vida en boca de la gente?

Aquello hizo que Lisa frunciera el ceño mientras se sentaba de nuevo frente a Adrien.

—¿Qué quieres decir?

—Por lo que sabemos, hizo un cuadro de Clea, un cuadro que expuso en Francia. Pero no se ha mencionado aquí. No se sabe nada de él y el nombre de Clea no ha sido mencionado con el suyo.

—¿Estás insinuando que chantajearon al señor Mardling con Clea? —Preguntó Lisa.

—No estoy completamente seguro, pero lo ocurrido me ha hecho pensar que es así. ¿De verdad eres capaz de apartar a tu hermana de un hombre que parece ser capaz de sacrificarse a sí mismo por ella?

Lisa pareció reflexionar sobre ello, cruzándose de nuevo de brazos, mirando a otro lado.

—Tendría que hablar con él para saber lo que ocurrió, lo que hicieron en Francia y porqué destrozó a mi hermana de esa manera.

—Sabías que ibas a tener que hacerlo en algún momento. ¿Por qué lo has retrasado tanto? No era normal que ni siquiera el cuadro hubiera sido mencionado en algún círculo. Había algo que no encajaba.

—Odio que tengas razón —escupió Lisa, poniéndose en pie de nuevo.

Pero, en esa ocasión, su marido la acompañó y, aún a riesgo de perder la cabeza de un zarpazo, sujetó las manos de Lisa entre las suyas, forzándola a mirarlo.

—¿Quieres que te acompañe? No creo que puedas permanecer tranquila cuando lo tengas delante.

—¿Acaso crees que tu mujer es una vieja loca? —le soltó ella, pareciendo ofendida.

—Sabes que no lo digo por eso —le indicó Adrien, acariciando con una mano el vientre de Lisa.—No me gustaría que te alteraras más de lo debido y que a nuestro bebé le ocurriera algo.

—Así que lo que estás diciendo es que soy una histérica.

—Digo que nunca has sabido controlarte con ese hombre. No quiero que os ocurra nada —le dijo Adrien, hablándole totalmente en serio al acariciar el rostro de Lisa con una mano, viendo como ella se apoyaba en esta por un momento.

—Te prometo que, si tengo que hablar con él, me mantendré en calma. Sé que no obtendré respuestas si lo acabo matando.

—De acuerdo. Era todo lo que quería que me prometieras —afirmó Adrien, dedicándole una pequeña sonrisa.

Lisa, rendida ya ante aquella conversación, solo suspiró y se refugió entre los brazos de su marido, acurrucándose a ella misma y su abdomen cada vez más abultado contra el cuerpo de él.

Kaila y Cailón, que habían permanecido al otro lado de la puerta, pendientes de la conversación, se miraron entre ellas con idénticos gestos de preocupación ante lo que habían escuchado.

—¿Qué opinas? —Le preguntó la menor de las gemelas a la otra, en apenas un susurro para no ser escuchadas.

—Que esto no va a salir como lo habíamos planeado. Vamos con Clea.

Estaba claro que ella tenía que saberlo. Las cosas se habían descontrolado. En ningún momento había formado parte del plan que Lisa fuera a hablar con Jack. Y menos aún estando en estado.

—¡¿Qué?! —Exclamó Clea cuando las gemelas le llevaron la noticia — ¡¿Habláis en serio?!

—Al parecer, tu hermana sí —le dijo Kaila.

—Pero, ¿quién se esperaba que reaccionara de semejante manera? —comentó Cailón.

—Es que nadie imaginaría, en su sano juicio, que mi hermana dijera con sus propios labios que iba a querer ir a hablar con Jack.

—Tu hermana puede llegar a ser toda una caja de sorpresas — afirmó Kaila, dándole la razón a Clea.

—¿Y cómo vamos a proceder? —Preguntó Cailón, visiblemente nerviosa. —le dijiste al señor Mardling que no se acercara a Lisa mientras estuviera embarazada. Y ahora ella decide ir en su busca.

—Esto podría acabar terriblemente mal —comentó la menor de las Freeman, dando vueltas alrededor del cuarto.

—Si Lisa ha decidido ir a hablar con el señor Mardling personalmente, no podemos hacer nada para evitarlo —le dijo Kaila a las presentes.—Solo nos queda esperar que Lisa no pierda los nervios.

—¿Y si una de vosotras decide acompañarla? —comentó Clea, volviéndose hacía sus amigas.

—¡¿Estás loca?! —le soltó Kaila en el acto.—Se supone que

nosotras no sabemos que han tenido esa conversación. No podemos llegar simplemente y decir que la acompañaremos.

—Estamos atadas de pies y manos —murmuró Cailón.

—Menudo desastre— la secundó Clea.—Nunca imaginé que fuera a acabar de esta manera. Y ni siquiera podemos hacer algo para impedir que vaya a verlo.

—Al menos, deberíamos enviar un mensaje al señor Mardling, avisándole de la visita que podría tener en cualquier momento— les comentó Kaila a las presentes.

—Es un problema que no estemos allí para ver qué es lo que él le dice a mi hermana.

—El problema es el simple hecho de que esos dos van a estar bajo el mismo techo, solos, y que van a hablar entre ellos —comentó Cailón, haciendo que las otras dos mujeres en el cuarto no pudieran más que asentir.

Para cuando la carta llegó a la casa de Jack, él apenas podía creerse las breves palabras del interior. Ya no solo por el hecho de que Lisa Bells—Freeman se iba a presentar en su casa, si no que quería hablar con él sobre Clea.

Sabía que habría problemas si Lisa se disgustaba demasiado y su bebé sufría. Clea sufriría y todo se volvería un problema aún más grande.

Le instó a los criados a que se prepararan para la visita de una invitada muy especial, haciéndoles preparar la sala para recibirla.

—¿Se trata de la joven del cuadro de nuevo, señor? —Le preguntó Sophie, dirigiéndole una sonrisa.

—No. Se trata de su hermana— les indicó Jack a su pequeño servicio completo, al que había reunido en la cocina.—Y, por el bien de todos, será mejor que no habléis de la mujer del cuadro delante de ella ni mencionéis en su presencia, ¿de acuerdo?

Los cinco miembros de su personal asintieron. Una era Sophie, que

se encargaba de organizar la casa. Junto a ella estaba la joven Violet, una muchacha que se encargaba de hacer las camas y tareas de ese estilo. No era muy agraciada, pero trabajaba rápido y con eficiencia. Sam era el único hombre de la casa; un tipo alto que casi tenía el doble de la edad de Jack. Él se encargaba de las tareas pesadas de la casa y no parecía cansarse nunca de ellas. En la cocina estaba Cassandra, una mujer de mediana edad, algo entrada en carnes y que solía discutir con Sophie. No eran auténticas batallas. Solo lo hacían para desahogarse la mayoría de las veces. Y, junto a Cassandra, Maxwell, el único hijo de esta, de unos once años, que la ayudaba a pelar verduras y poco más.

Todos llevaban años a su servicio y nunca había tenido problemas con ellos. No se los causarían en un momento como aquel.

—Señor, ¿esa invitada se quedará a comer? —Le preguntó Cassandra.

—Dudo que se decida a acompañarnos de semejante modo. Pero si hay algún cambio, os avisaré.

Quería que todos estuvieran listos para cuando ella apareciera. Incluso habló con su cochero Henry, por si, a su marcha, Lisa necesitaba a alguien que la llevara a casa. Dudaba que empleara a sus trabajadores, pero nunca se sabía.

Nunca le había caído bien a Lisa ya desde el primer momento en el que se conocieron. Por el modo en el que se acercó a su hermana y demostró sentir un interés abierto hacía ella, esta había tachado su existencia. Y, ahora, tres años después, allí estaban, sabiendo que Lisa Bells—Freeman se presentaría en su casa en cualquier momento para hablar con él.

¡Dios! No se recordaba tan nervioso desde que regresó a su casa y esperó a ver la reacción de sus padres, ya que se había marchado a estudiar sin su permiso. Aunque... tal vez, aquel caso fuera peor. No era su madre, pero era la protectora de la mujer que amaba. Si no se congraciaba con Lisa, el camino hacía Clea estaría cerrado para

siempre.

Permaneció a la espera de ella toda la mañana, caminando de arriba abajo por la casa. Pero Lisa no apareció hasta después de comer, llegando en su propio coche, que, al parecer, se quedaría en la puerta hasta que ella volviera a salir.

Era un poco ridículo sentirse tan nervioso ante su mera presencia, pero lo estaba.

A pesar de oír su coche llegar y el timbre de la puerta, solo se mantuvo en pie en el salón, esperando a que Sophie la condujera hacía allí y le informara de la llegada de su invitada.

“Por favor, Dios. No me permitas meter la pata”, rogó instantes antes de que unos golpes en la puerta del cuarto le hicieran volverse.

—¡Adelante!— concedió, aun manteniendo la voz calmada.

Era milagroso que hubiera conseguido mantener el tipo. Y más aún cuando vio a Lisa en la puerta, con una expresión que reflejaba que no estaba nada contenta de encontrarse allí.

—Sea bienvenida, señora Bells —la saludó cuando ambos se quedaron a solas en el cuarto.

—No estoy aquí para una simple visita de cortesía, señor Mardling —le soltó ella a su vez, con una voz tan helada que le extrañó que no viera el cuarto llenarse de escarcha.

—Bueno... ¿al menos aceptaría sentarse antes de empezar a hablar?
—Le preguntó él, señalando uno de los sillones del cuarto, esperando que ella hiciera algún movimiento al respecto.

Lisa miró alrededor, como si estuviera haciendo nota mental de todo aquello que no le gustara de la habitación. Pero, tras unos instantes, mientras Jack aún señalaba el sillón, ella se decidió a sentarse.

El mero hecho de que decidiera tomar asiento fue un alivio, pues significaba que iba a permanecer allí durante algún tiempo.

—¿Dónde permanece el cuadro que hizo de mi hermana? — Preguntó Lisa de pronto.

—A buen recaudo, se lo aseguro —se apresuró a responder él, también tomando asiento.

—Resulta, cuanto menos, curioso que, después de realizar un cuadro que afirmaba querer realizar, lo mantenga escondido.

—Había ciertos riesgos hacía la joven que posaba en él si lo sacaba a la luz. Y preferí mantenerlo para mí.

—¿De qué riesgos habla? —Le preguntó Lisa, girando la cabeza hacía él, siendo ese el primer momento en el que le dirigía una mirada.

Jack carraspeó, pues no recordaba la última vez que había mantenido una charla tan tensa como aquella. Pero estaba decidido a hablar.

—Debido al simple hecho de pintarla, hice que se convirtiera en un arma que una mujer podía usar para destruirla. El único modo de poder evitar eso era mantener el cuadro lejos de la vista de la gente.

—¿Está diciendo que sufrió un chantaje de manos de una mujer que empleaba a Clea?

—Es justo lo que he dicho —afirmó Jack, clavando la vista también en ella.

Lisa permaneció en silencio, mirándole con fijeza, como si estuviera buscando algo en él que no supiera identificar.

—¿Tanto aprecio siente hacía mi hermana? —Le preguntó, acariciándose el hinchado vientre de manera distraída.

Jack contempló ese gesto, pensando de nuevo en el bebé que estaba creciendo allí dentro y al que no podía ocurrirle nada malo.

—Por supuesto. De no haberlo sentido, no habría mantenido el cuadro a salvo ni habría decidido mantenerme en manos de esa mujer si no hubiera querido mantener la seguridad de Clea.

Lisa frunció el ceño al oír como decía el nombre de su hermana con tanta familiaridad, pero no comentó nada de ello.

—¿Accedió a permanecer con la vizcondesa de Taaffe para que esa mujer no le hiciera nada a Clea?

—No sabría decir lo que se habrá mencionado sobre ella en los diferentes círculos, pero puedo garantizar que todo cuando se haya dicho sobre ella será cierto y se quedaría corto. Dejó bastante claro que no dudaría en hacerla sufrir, a ella y a toda su familia, si no obtenía de mí lo que quería. Y no dudé ni por un momento que mintiera sobre ello.

Lisa lo observó con atención, de nuevo haciendo que todo su interior se removiera con inquietud. Estaba bastante claro que la señora Bells media cada una de sus palabras. Y esperaba que la balanza se inclinara a su favor.

—Parece que no dudaste ni un momento en sacrificarte por ella.

—No había tiempo que perder.

—¿Y eso significaba que tenías que partirle el corazón en el proceso?

Aquello hizo que Jack se sobresaltara un poco, aunque era obvio que esa información habría llegado a los oídos de Lisa. Después de todo, Clea había vuelto a casa destrozada.

—Fue uno de los requisitos que se me impuso —murmuró.

—¿Y cuáles eran esos requisitos? —Le preguntó Lisa.

—Dejar a Clea en público y del modo más doloroso posible para ella. Tenía que partirle el corazón delante de todo el mundo para que quedara claro que ella no volvería a acercarse a mí. La vizcondesa me quería únicamente para ella. Y eso dejaba fuera todo aquello que hubiera estado en mi vida.

Soltó aquello con tanto resentimiento que Lisa no fue capaz de ignorarlo. Le había dejado claro que no había hecho eso porque quisiera y tampoco había sido un plato de buen gusto.

Lisa volvió a pasarse la mano por el vientre, esta vez mirando hacia el bebé que crecía en su interior, tratando de encontrar las palabras correctas que decir en aquella conversación.

Desde luego, no había esperado encontrarse con las emociones de Jack a flor de piel ni que le dijera tan claramente todo lo que había

hecho por Clea, el modo en el que se había entregado a una mujer para salvar a su hermana.

Había deseado encontrarse algo muy diferente, encontrar al señor Mardling en brazos de otra o varias mujeres, revolviéndose en el apodo de mujeriego que se había ganado. Había esperado que el cuadro de su hermana estuviera a plena vista, que presumiera abiertamente con el hecho de haber engañado a su hermana para obtener algo de ella, que fuera un tipo ruin al que no le costara detestar. Pero no había encontrado nada de ello en aquella casa ni en él.

—¿Afirmas que quiere a mi hermana? —le soltó Lisa de pronto.

Aquello hizo que Jack abriera los ojos como platos al mirarla, sorprendido porque le hubiera preguntado tan directamente. Pero no habían llegado a aquel punto para que empezaran a mentir.

—Sí, lo afirmo —respondió sin dudar.

Aquella respuesta hizo que Lisa empezara a golpear rítmicamente el suelo con un pie.

—¿Habíais pensando en casaros con ella?

—Era un tema sobre el que habíamos hablado, sí.

—¿Clea estaba de acuerdo con el matrimonio?

—Sí, era algo con lo que los dos estábamos de acuerdo.

—Así que, si yo diera mi visto bueno, ¿os casaríais cuanto antes?

—Siempre que ella quisiera reconsiderarme de nuevo —comentó.

Clea le había advertido en su escrito que debía actuar como si ellos dos no se hubieran encontrado desde que habían tomado caminos diferentes en Francia.

Lisa se puso en pie, haciendo que Jack hiciera otro tanto de lo mismo.

—Reflexionaré sobre lo que hemos hablado hoy aquí y le haré saber cuál es mi decisión al respecto.

—Esperaré ansioso esas noticias —afirmó él, haciendo una inclinación de cabeza hacia ella.

Lisa lo observó como un minuto, para luego dar media vuelta y simplemente salir del cuarto.

CAPÍTULO 54

Con las manos temblorosas descansando sobre el regazo, Clea esperaba con impaciencia la vuelta de su hermana.

A pesar de que las gemelas habían asegurado que rondarían la entrada principal, fingiendo que se encontraban con Lisa por casualidad cuando ella se dirigiera a casa de Jack, se les había escapado a ambas chicas y, ahora, dos horas después, su hermana seguía sin volver.

¿De qué habrían estado hablando? ¿Qué le habría preguntado Lisa? ¿Qué le habría respondido Jack a sus cuestiones?

Para cuando oyó como alguien se dirigía a la puerta principal, se asomó al pasillo, viendo como una de las criadas se apresuraba a abrir, saludando a su señora cuando esta entró.

Inmediatamente, Clea volvió al interior del cuarto, sentándose frente al piano, toqueteando las teclas de manera distraída.

Oyó como los pasos de Lisa se dirigían hacia allí y, a pesar de que deseaba volverse hacia la puerta y preguntarle qué era lo que Jack le había contado, se mantuvo inmóvil, sentada donde estaba.

—¿Te encuentras tú sola? —Le preguntó su hermana, nada más entrar al cuarto.

—No creo que haya nadie más escondido entre las sombras —comentó de vuelta.

—Me gustaría hablar de un asunto serio contigo —le indicó Lisa, sentándose en el sofá, cerca de ella.

Respirando hondo, Clea suspiró en silencio y se volvió hacia su hermana, preparada para todo.

—Dime. ¿De qué se trata, para que quieras hablarme a solas? —Le preguntó, intentando mantener la calma.

No le salió ningún gallo ni su voz tembló, así que era un buen resultado.

—¿Qué opinas, a estas alturas, de Jack Mardling?

Que le hablara de modo tan directo sobre él hizo que Clea se quedara un momento desconcertada, tratando de pensar en qué responder.

—¿Qué... qué quieres decir? ¿Por qué me hablas ahora de él? Pensaba que estaba muerto para ti.

—Pero está tratando de revivir y quiero saber si vale la pena.

Clea frunció el ceño, sin saber qué quería decir con eso, pero Lisa esperaba una respuesta.

—¿Qué crees que opino de él, después de lo que hizo?

—No lo sé. Por eso estoy preguntando.

—Yo... Él me hizo mucho daño con lo que me dijo— fue lo primero que soltó, tratando de que las palabras no le fallaran. No podía decirle que había hablado con él y que le había perdonado.—Pero, incluso después de eso, del tiempo que ha pasado...

No pudo seguir hablando, mordiéndose el labio inferior.

Nunca hubiera esperado tener que decir aquellas palabras delante de su hermana. Nadie la tomaría por una muchacha tímida. Pero tampoco había tenido que hablar tan abiertamente de sus sentimientos.

—Así que, a pesar de todo cuanto te dijo, aún sigues enamorada de él—soltó Lisa por ella.

Y Clea asintió, mirando el suelo.

Lisa suspiró, acariciándose el estómago, como si el gesto la ayudara a relajarse.

—Sabes la fama que tiene. La mayoría de las mujeres de Londres han estado en sus brazos.

—Lo sé.

—Incluso aunque te prometiera amor eterno, nada te aseguraría que no te fuera a ser infiel. Y, para entonces, no podrías hacer nada. Estarías atada a él de por vida.

—También lo sé.

—Te expones a una vida de dolor, sabiendo que tu marido abiertamente te engañaría.

—¿Quién te ha hablado de matrimonio? —le soltó Clea a ella, alzando la vista hacía Lisa.

Todo lo que Lisa le había dicho ya lo había pensado ella en una ocasión. Pero entonces Jack empezó a cambiar y tratar de demostrarle que ella no era una más de sus conquistas. Solo recordar como se había aferrado a ella la última tarde que habían estado juntos hacía que sintiera un agradable calor en el pecho.

—¿Crees que te permitiría cualquier otro tipo de relación con él, sin pasar por un altar? —Le preguntó Lisa.

—¿Te estás planteando que Jack y yo podamos casarnos? — Preguntó Clea a su vez, pareciendo emocionada.

Lisa frunció el ceño al ver su repentina alegría.

—Tenía entendido que no habíais hablado desde que volviste de Francia. Entonces... ¿de dónde surge toda esa alegría?

—Del mero hecho que estés pensando en ello. Nunca imaginé que siquiera te lo plantearas.

—¿Te casarías con él después de todo el daño que te hizo?

—Creo que tuvo una razón para ello, una razón que tiene algo que ver con la vizcondesa de Taaffe.

—¿Conociste a esa mujer?

—Se mostró amigable conmigo en Francia. Acudió a la casa del amigo del señor Mardling. Solo más tarde supe que se conocían de antes.

—¿Ella os vio juntos?

—Todo el mundo nos vio juntos. En esos momentos, él no negaba que estuviera conmigo y.. ya habíamos hablado de matrimonio.

Aquello hizo pensar a Lisa, como si estuviera hilando hechos en su cabeza, mientras permanecía frente a ella, en silencio, esperando a que dijera algo, cualquier cosa, que le aclarara lo que estaba ocurriendo allí.

—Tengo mucho sobre lo que reflexionar —comentó la mayor de las Freeman, poniéndose en pie.

—¿Reflexionar sobre qué? —Le preguntó Clea, también poniéndose en pie.

No sabía lo que estaba pensando Lisa. ¿Quería perdonar a Jack? ¿Estaba pensando en que ambos podrían casarse? ¿O estaba tratando de entender todo lo que había ocurrido y quería dejarle claro a Clea que nunca sería feliz con un mujeriego?

—Ya te hablaré sobre lo que decida— fue lo último que le dijo a su hermana antes de salir de la sala.

Kailyn y Kaila, que esa tarde no había ido a la fábrica para saber lo que iba a ocurrir en casa, no tardaron en hacer acto de presencia, cerrando la puerta y saltando prácticamente sobre Clea.

—¿Qué es lo que ha ocurrido?— exclamaron las gemelas a la vez, haciendo que su amiga volviera a sentarse.

—La verdad es que no me ha quedado muy claro. Solo me ha dicho que va a reflexionar sobre lo que ha escuchado.

—¿Y no sabes qué es lo que Jack le ha podido decir? —Le preguntó Kaila.

—Ni idea. Pero dudo que le haya mentado en nada de lo que haya querido saber.

—Tendrías que enviarle al señor Mardling una nota para que nos informara de lo que le ha dicho a tu hermana —comentó Kailyn.

—No sé si esto ha resultado mejor o peor, la verdad —comentó Kaila.

—Mi hermana me ha hablado de matrimonio— les comentó a las chicas.

—¿¿Cómo dices?!— exclamaron las chicas de nuevo, volviéndose hacía ella.

—Me ha puntualizado lo que podría ocurrir si me casara con él, que me podría ser infiel en el futuro y lo hacía sabiendo la fama que ha tenido.

Las gemelas se dedicaron una mirada entre ellas y después, apretándose en el asiento, se colocaron a cada lado de Clea.

—¿Qué crees que significa eso? —Le preguntó Kaila.

—¿Podría ser que Jack le haya hablado de matrimonio?—soltó Kailyn a continuación.

—Lo dudo —les dijo Clea. —le dije claramente a Jack que no le dijera nada que le pudiera afectar de algún modo. Y si él le hubiera soltado que quiere casarse conmigo, le habría dado un ataque.

—O, a lo mejor, no —comentó Kaila.—A lo mejor, dimos por sentado que Lisa se tomaría mal todo esto, que podría afectarle al embarazo. Pero la realidad es que es una mujer fuerte y que supo desde el mismo principio de tu inclinación hacía ese hombre.

—¿Estás diciendo que hemos estado temiendo su reacción innecesariamente? —Le preguntó su hermana.

—Es posible. También puede ser que, de haber hecho lo mismo antes, a estar altas ya estaríais comprometidos. Dimos por sentado que había que tratar a Lisa con cuidado respecto a este tema, pero, a lo mejor, la solución era mucho más simple.

—Así que lo que estás diciendo es que hemos complicado las cosas más de lo debido —le soltó Clea.

—Es una posibilidad.

Kailyn y Clea se dirigieron una mirada, pensando que Kaila, tal vez, podría tener razón.

—Pero aún no sabemos lo que ha decidido Lisa —comentó la menor de las gemelas.—Ya he escuchado lo que ha ocurrido, las opiniones de ambos. Pero nada garantiza su visto bueno.

—Eso es cierto— la secundó Clea.—Es muy posible que se niegue en rotundo a que me relacione con Jack.

—Si eso fuera así, no te habría dicho nada a ti —le soltó Kaila, haciéndola dudar.

Lo que Clea menos quería era hacerse ilusiones y después recibir un golpe ante la negativa de su hermana. Pero era tan sumamente

fácil dejarse llevar por las palabras de Kaila que parecía haber reflexionado sobre ella, que no pudo evitar que una sonrisa empezara a abrirse paso en su rostro, permitiéndose fantasear con esa idea.

—Bueno... no sería la primera vez que Lisa nos sorprende haciendo algo que no esperábamos —comentó Kailyn.—Después de todo, acabó casándose con Adrien.

—Espero que esta sea otra de esas cosas en las que nos sorprenda con su decisión —les dijo Clea, mirando a sus amigas.

—Pero... si os permite casaros, eso significa que te irás a vivir con él —comentó Kaila en voz alta.

Tanto Clea como Kailyn alzaron la vista hacía ella, cayendo en eso también, haciendo que se formara un extraño silencio al imaginar cómo serían las cosas sin Clea por allí.

—Tampoco es como si fuéramos a vivir todos juntos para siempre. Antes o después, habría más bodas y esta casa se quedaría para Adrien, Lisa y sus hijos.

—¿Vosotras pensáis en casaros en el futuro? —Les preguntó la joven Freeman a estas.

Desde que habían estado ayudándola con el tema de Jack, no se había percatado si sus amigas también tenían a alguien especial en sus vidas, siempre confiando en que ellas le habrían dicho algo.

—Yo tengo claro que me voy a casar con alguien importante y con poder —afirmó Kaila sin dudar.—Lo único que nos hace falta para que nadie nos mire por encima del hombro es un título y estoy segura de que seré capaz de conseguirlo.

—No puedo creer que aún estés pensando en eso —le recriminó su hermana, mirándola no con demasiada buena cara.

—¿Y tú qué? —Le preguntó Clea a la menor de las gemelas.—¿Tú piensas en tu boda?

Lo primero que hizo Kailyn fue sonrojarse y, a continuación, negó enérgicamente con la cabeza.

—¡No! Nunca se me ha pasado por la cabeza casarme.

—Mi hermana conoce a mucha gente, pero nunca se ha mostrado especialmente interesada en un hombre —le dijo Kaila.

—Seguramente porque conocéis los trapos sucios de todo el mundo— les soltó Clea, sonriendo.

—¿Podemos cambiar de tema? —Les preguntó Kailyn, mirándolas a ambas con incomodidad.

Las otras dos chicas se miraron entre ellas y se rieron.

—¿Acaso te incomoda hablar de bodas? —Le preguntó Clea.

—Cuando una de ellas quiere ser la mía, por supuesto.

—De momento, solo hay una boda que nos interesa— puntualizó Kaila, poniéndose en pie con energía.—El hecho de que el señor Mardling y tú os podáis casar depende de la decisión de tu hermana —le dijo ella.

—Lo que ya me parece sorprendente es que siquiera mi hermana se esté planteando esta situación.

—No sé si le podríamos decir a Adrien algo más que la hiciera inclinarse hacia la respuesta que queremos— meditó Kaila.

—Ya hemos usado a nuestro hermano más de lo que deberíamos. Si hacemos que se meta en esto más, podríamos acabar haciendo que Adrien y Lisa discutieran.

—Sí. Es mejor dejar las cosas como están, que Lisa reflexione sobre lo que sabe. Sea lo que sea lo que Jack le haya dicho a mi hermana, está claro que la ha dejado lo suficientemente turbada como para que llegue a casa y me pregunte que sigo pensando de él.

—Tampoco podemos insistirle mucho más a Lisa. En el estado en el que se encuentra, lo que menos necesita es que alguien la agobie y ocurra una desgracia —comentó Kaila.

Después de todo, las presentes en el cuarto sabían lo arriesgado que era un embarazo, ya no solo por la fortaleza de la madre, si no por todo aquello que podía salir mal durante el parto y después de este.

—Bien. Pues vamos a tener que resistir y tener paciencia —les dijo

Clea a las chicas.—No hay nada más que podamos hacer.

Y las otras dos muchachas asintieron a su vez, sabiendo que tenía razón, aunque ellas mismas se sintieran bastante frustradas al no poder hacer algo más sobre aquella situación.

CAPÍTULO 55

Aquella noche fue una de las más duras para algunos miembros de los Bells.

Al menos, para Lisa y Clea. La mayor tenía que tomar una importante decisión. Y la menor veía como su futuro dependía de la elección de su hermana.

Las gemelas estaban en el cuarto de Kailyn, hablando sobre el tema, tratando de asegurarse de que realmente no hubiera algo que pudieran hacer por su amiga.

En realidad, el único que estaba durmiendo a pierna suelta era Adrien, pues confiaba en que Lisa tomara la mejor decisión. Y el hecho de que el bebé no la dejara dormir solo la ayudaba a pensar y lo dejaba descansar a él.

Y el hecho de que, a la mañana siguiente, las chicas vieron a Jack Mardling en la casa, siendo conducido por una criada, con una cara algo descompuesta, solo las dejó aún más de los nervios.

—Si... si estuviera pensando darnos el visto bueno, nos habría llamado a los dos —comentó Clea, aterrada.

—A lo mejor, solo quiere hablar con él primero —le dijo Kailyn, tratando de tranquilizarla, viendo las tres desde lo alto de la escalera como Jack les dirigía una rápida mirada y una sonrisa nerviosa, incapaz de detenerse.

—O, tal vez, Lisa solo quiere hablar con él porque quiere que desista y que no se vuelva a acercar a ti nunca más —comentó Kaila, como si nada, ignorando las miradas que las dos chicas le dirigieron.

—¿En serio, hermana? ¿Era el mejor momento como para que soltaras algo como eso?

—Pero tenemos que estar preparadas para todo. Y todo abarca esas dos opciones.

Clea dejó de oír a sus dos amigas mientras cruzaba las manos,

rezando en silencio porque las cosas salieran bien.

Al mismo tiempo, Jack ni siquiera sabía cómo había podido dirigirle una sonrisa a Clea cuando estaba temblando por dentro, siguiendo lo más calmado y rápido posible a la criada que le había dicho que los señores le estaban esperando.

Había llegado un mensaje urgente a casa nada más despuntar el alba, escrito nada más y nada menos que de puño y letra de Lisa Bells —Freeman, instándole a que acudiera a su casa lo antes posible.

Cuando había leído aquella nota, se había levantado de un salto de la cama y, apenas tomándose algo de tiempo, abandonó su casa sin ni siquiera haber desayunado, sabiendo que, de todos modos, no podría probar bocado. Y menos aún haciendo esperar a la señora Bells.

Despertó a su cochero a gritos, incapaz de controlar su estado de nervios, haciéndole partir cuanto antes.

Ahora, allí plantado, delante de la puerta donde Adrien Bells y su mujer le habían hecho llamar para que pintara el retrato familiar, notaba que estaba empezando a quedarse sin aire.

La criada se hizo a un lado cuando su señor indicó que podía pasar y, tomando aire, se obligó a dar un paso detrás de otro, internándose en el interior del cuarto.

Como entonces, Adrien estaba sentado tras su escritorio y Lisa de pie, a su lado. Y la expresión poco amigable seguía pintada en su cara, sin hacer o decir nada, esperando a que se sentara.

—Gracias por la prontitud con la que ha acudido —le dijo Adrien, saludándole con la cabeza.

—No... no ha sido nada— indicó él, asintiendo a su vez, intento no echarse a temblar ante la mirada de Lisa.

—Creo que, llegados a este punto, es mi mujer la que debería hablar —afirmó el señor de la casa, volviéndose hacia ella.

Lisa carraspeó, pero no dijo nada, así que Adrien le dio un ligero golpecito, empujándola hacia adelante.

—Recordará aún el tema que me llevó a su casa —le dijo Lisa, pareciendo como si se obligara a sí misma a hablar.

—Por supuesto que lo recuerdo —afirmó Jack en el acto.

Quería que ella viera que aún pensaba del mismo modo y que no iba a arrepentirse de lo que le había dicho.

—Bien. Pues, a mi vuelta, también hablé con mi hermana y no parecía reacia a su contacto.

—Oh. Eso... eso es... magnifico —comentó.

Así que también había hablado con Clea. Entonces, ¿por qué no estaba ella también allí con ellos, manteniendo aquella conversación?

—Me he pasado toda la noche pensando sobre este asunto y, finalmente, he tomado una decisión.

Jack tragó saliva, tratando de no gritar que le dijera de una vez qué era lo que había decidido.

—Y he decidido que, estando ambas partes de acuerdo, tendré que permitir el matrimonio— acabó diciendo Lisa, no pareciendo demasiado contenta con su propia decisión.

—¡Eso es magnífico! —Exclamó Jack, notando como la tensión abandonaba su cuerpo.

—No se emocione tan rápido —le indicó Lisa, dándole el alto con una mano.—No se crea que he tomado la decisión porque ya haya deshonrado a mi hermana. Si ella no hubiera querido volver a verlo, hubiera puesto todo un mundo entre ambos.

—Soy... soy consciente de ello —afirmó él, viendo como Adrien solo observaba la situación, tratando de ocultar una pequeña sonrisa.

Tenía una esposa de lo más aterradora. ¿Cómo era posible que sonriera en semejante situación?

—También tengo una serie de condiciones, señor Mardling —le indicó Lisa, haciendo que volviera la atención hacía ella.

Jack asintió, esperando a que se las enumeraba. Sabía que la lista no sería precisamente pequeña.

—En primer lugar, tendrán un noviazgo de unos meses, pues años

tampoco creo que fuera bueno para mi hermana. Pensaba en cinco meses, durante los cuales, si desean verse, tendrá que ser con alguien más presente. En ningún momento podrá quedarse a solas.

—Me... me parece bien— afirmó.

De todas formas, sería imposible que Lisa aceptara algo más.

—En segundo lugar, teniendo en cuenta su fama, si se le ocurre engañar a mi hermana de algún modo, la traeré de nuevo a casa, sin excepción. No pienso permitir que la convierta en el hazmerreir de la ciudad. No la dejaré en sus manos si traiciona su confianza de nuevo.

Y Jack supo al momento que Lisa jamás olvidaría el hecho de que ya había herido a Clea en el pasado. Sería algo que siempre estaría presente y Lisa le destrozaría si volvía a ocurrir.

—Es algo... completamente razonable— asintió, al ver como ella lo miraba con fijeza, esperando una respuesta por su parte.

—Tercer punto— siguió diciendo Lisa.—Si en cualquier otro caso, fuera de la infidelidad, le hace daño a mi hermana, puede estar seguro de que lo encontraré allí donde se encuentre, por muy lejos que corra, y lo diezmaré como solo una hermana protectora podría hacer.

Jack le dirigió una mirada a Adrien, que aún sonreía tras su mano, y asintió.

—Tampoco es como si se me pasara por la cabeza hacerle daño — comentó, en voz alta.

—Y más lo vale que no se le pase —le indicó Lisa, inclinándose hacia él.

—Entendido. Absolutamente entendido —respondió, alzando las manos.

—Bien. Así me gusta.

—¿Tienes algo más que decirle al señor Mardling, querida? — Preguntó Adrien, siendo lo primero que decía desde que había cedido la palabra a su mujer.

—Por decirle, tendría que decir muchas cosas. Pero hay un punto

más que es importante —comentó, volviéndose hacia el hombre inmóvil en la silla.—¿Cómo piensa mantener a mi hermana? Le aseguro que no voy a permitir que dependa del sueldo de una artista.

—Oh. No tiene que preocuparse por eso. Aunque nunca haya hecho la intención de ocuparme de ello, mis padres tienen negocios de los que tendré que ocuparme. Le puedo garantizar que a su hermana jamás le faltará de nada.

Lisa entrecerró los ojos cuando le dijo eso, pero acabó asintiendo.

—Bien. También tendremos que organizar un encuentro con sus padres para que las familias empiecen a conocerse.

—Pero eso podremos hablarlo más adelante —comentó Adrien.— Míralo, Lisa. Le has hecho llamar al amanecer y no sé cómo no se ha echado a temblar en la silla cuando has empezado a hablar.

—Y ha hecho bien. No me gustaría un hombre miedoso cuidando de mi hermana.

—Entonces... —murmuró Jack, intentando que la conversación volviera a centrarse en él.—¿Cuándo podré empezar a visitar a Clea?

—Si no hay ningún inconveniente, esta misma tarde —le indicó Adrien, sonriendo.

—Conmigo y con las hermanas de mi marido presente— puntualizó Lisa.

—Me parece bien— les respondió Jack, pues tampoco era como si tuviera otra cosa que decir.

Estaba seguro que Lisa no les dejaría ni un momento a solas, no si ella pudiera evitarlo. Al parecer, no ibas a volver a tener un encuentro mucho más íntimo entre ellos hasta la boda.

¡Dios! Boda. Iba a casarse con Clea. Lisa ya había dado su permiso para ello. Casi no podía creérselo.

—Pues, si todo está hablando, creo que puede retirarse ya —le indicó Lisa.—Después de todo, volverá a obsequiarnos con su presencia esta misma tarde, ¿cierto?

—Cierto. Estaré aquí sin falta.

—Bien. Pues que tenga un buen regreso a casa —le deseó Adrien, poniéndose en pie y tendiéndole la mano.

No dentro de mucho estaría emparentado con aquel hombre, pensó. Y, sonriendo, no dudó en estrecharle la mano que le ofrecía.

La pareja le acompañó a la puerta, percatándose de que al otro lado había permanecido perfectamente erguida la misma criada que le había conducido hasta allí, haciendo que se volviera hacia sus anfitriones con una pregunta pintada en la cara.

—le indiqué que permaneciera ahí para que las chicas no espieran nuestra conversación —le indicó Lisa.

Jack simplemente asintió, saliendo del cuarto, viendo como las tres muchachas tampoco habían permanecido muy lejos de allí. Aunque, al menos, en aquella ocasión, mientras se dirigía hacia la salida, le pudo dirigir una sonrisa tranquila a Clea que la hizo fruncir el ceño, sin comprender qué estaba pasando.

En cuanto la puerta se cerró tras él, la joven se dirigió directamente hacia su hermana en busca de respuestas.

—¿Qué es lo que ha pasado aquí? ¿Por qué has hecho llamar al señor Mardling?

—¿Lo llamas ``señor'' cuando es tu prometido? —Le preguntó Lisa a su vez.— Vaya. Pensaba que os teníais más confianza.

Esas palabras hicieron que tanto Clea como las gemelas, que estaban tras ella, la miraran con asombro.

—¿Cómo... cómo has dicho? —murmuró Clea.

—Que tienes un modo muy frío de tratar a tu prometido. Y espero que no hicieras planes para esta tarde. Ha asegurado que vendría a hacerte una visita.

El grito que dejó salir Clea sobresaltó a todos los presentes y, antes de que Lisa se diera cuenta, tenía a su hermana aferrada a ella, tan emocionada que ni siquiera se habría dado cuenta de que estaba dando saltitos.

—¡Esto es sensacional! —Exclamó Kaila, sonriendo junto a su

hermana.

—Eh, eh, eh. Controlaos— les indicó Lisa, tratando de que las chicas se tranquilizaran.—No os vais a casar hasta dentro de unos meses, os encontrareis siempre con más gente presente y.. ¿¿me estáis escuchando?! —Exclamó Lisa, viendo como su hermana parecía incapaz de permanecer quieta.

—¡Os vais a casar! ¡Aún no me lo creo! —comentó Kailyn, sonriendo, aún dando aquellos saltitos con su hermana, como si las palabras de Lisa cayeran en saco roto.

Estaba claro que las chicas no estaban en ese momento como para prestarle atención.

—Bueno... hablaremos más tarde de los detalles —les dijo.

—Desde luego, yo me esperaba una reacción de este tipo —comentó Adrien, también sonriendo.

—Pero eso no significa que haya dejado de caerme mal— puntualizó Lisa.

—Si te cayera realmente mal, nunca hubieras permitido que nos casáramos —le dijo Clea, por fin soltándola, todavía sonriendo.

—Solo he consentido porque sientes algo por él y porque me ha prometido que te será fiel y que te cuidará.

—¿Y qué pasaría si no cumpliera? —Preguntó Kaila, interesada en ese punto.

—Que mi hermana se quedaría viuda muy pronto —afirmó Lisa, mirando a cada una de las presentes, dejándolas claro que hablaba en serio.

—Vaya —murmuró la futura novia.—Y después de decirle eso con semejante mirada en la cara, ¿ha aceptado casarse?

—Ese Jack realmente te ama mucho, ¿eh? —le indicó Adrien, dejándose golpear por su mujer con gusto.

—Pero quiero que sepas que si, en algún momento, por lo que sea, no eres feliz en ese matrimonio, puedes volver a casa en el momento que desees —le indicó su hermana, sujetando el rostro de Clea con

ambas manos.

—Pensaba que el matrimonio era un voto sagrado y de por vida — le dijo Clea, alzando una ceja, indicándole que ya no era ninguna niña a la que debía vigilar con tanto cuidado y mimo.

—Creo que las leyes matrimoniales no funcionan del mismo modo para las hermanas protectoras —comentó Kaila.

—¿No actuarías tú igual con tu hermana? —Le preguntó Lisa a la joven.

—Sin duda. Aunque, si hay que matar a algún marido, le dejaría esa satisfacción a mi hermano.

Y Adrien hizo una reverencia hacía ella, como si considerara eso todo un honor.

—¿Cuándo tendremos que empezar a organizar los detalles de la boda? —Preguntó Kailyn.

—Hay que hacer una lista de invitados y preparar muchas cosas— la secundó su hermana mientras Clea se volvía hacía ellas y también asentía, percatándose de que iban a tener muchas cosas entre manos.

—No os adelantéis a los acontecimientos— las detuvo Lisa, antes de que cogieran a su hermana y la arrastraran a la iglesia más cercana.—Primero, hay que organizar un encuentro con los padres del señor Mardling.

—Vaya. Los suegros —comentó Kaila.—Nos habíamos olvidado de ellos.

—Nunca esperé llegar a tener suegros —les dijo Clea, volviéndose emocionada hacía sus amigas, viendo como ellas se daban las manos, pareciendo como si todas fueran a estallar de alegría a la vez.

—Adrien, ¿te importaría echarme una mano con esto? —Le preguntó Lisa a su marido, queriendo que las chicas se calmaran de una buena vez y le prestaran auténtica atención.

—Lo siento, querida. Tengo cosas de las que ocuparme. Y esta tarde me resultará imposible mantenerme alejado de la fábrica —le indicó él, alejándose de allí.

De haberlo tenido más cerca, Lisa lo habría aferrado de la manga y lo habría mantenido a su lado. Por eso él se había empezado a alejar de allí mientras ella estaba pendiente a las chicas.

—No te perdonaré esto, Adrien Bells —le soltó esta, viendo como se dirigía hacia su despacho.

—Lo sé— fue la respuesta que obtuvo, sonando tranquilo.

CAPÍTULO 56

Horas más tarde, Jack y Clea caminaban del brazo por el jardín de la casa, bajo la atenta mirada de Lisa, que, sentada junto a Kaila y Kailyn, bordaba sin perderles de vista.

—¿Cómo has podido aceptar cinco meses de esto? —Le preguntó Clea.—Sabes que es solo una excusa de mi hermana para torturarte.

—Entonces, le demostraremos que estamos encantados con nuestros pequeños paseos— fue lo que Jack le respondió, dedicándole una sonrisa.

—¿De verdad que podrás? En el mismo momento en el que te he visto llegar, he deseado lanzarme a tus brazos. Dudo que pueda resistir a tocarte tanto tiempo— se lamentó ella, alzando aquellos dorados ojos hacía él, notando como Jack se tensaba.

—No me hagas eso —le rogó él, en apenas un susurro, mientras se detenía y la contemplaba.—Tu hermana ha aceptado que nos casemos, pero no aceptaría por las buenas, sin poner sus condiciones. Si me haces esto, no podré ser fuerte ante ella.

—Pero... ya hemos estado juntos muchas veces. ¿Para qué sirve todo esto?— siguió quejándose la joven.

—Para empezar, para darle ese gusto a tu hermana. Me considera un ser amoral, que ha corrompido a su hermana y que planea llevarla hacía la oscuridad. Supongo que quiere que le demuestre que tengo algo de bueno.

—Pero cinco meses se van a hacer muy largos— siguió Clea, bajando la mirada.

Jack colocó la mano sobre su mejilla, obligándola a alzarla de nuevo.

—Piensa que, después de que todo esto pase, tendremos toda una vida para estar juntos. Es un breve periodo de abstinencia para llegar a eso.

—Será un breve periodo para ti — siguió quejándose la joven, haciéndole sonreír de nuevo.—Cinco meses es mucho tiempo para mí.

—Bueno... —comentó Jack, acariciando la mejilla de ella con los dedos, descendiendo poco a poco hacía su cuello, mientras se inclinaba hacía Clea.—Podríamos encontrar modos de...

—¿Qué estáis haciendo?!— gritó Lisa desde el otro lado del jardín.

A pesar de que estaban algo alejados, no podían perderse entre los árboles porque, indudablemente, la matriarca de la casa iría en su busca. Y, al parecer, Lisa no toleraría ningún tipo de acercamiento en su presencia. Desde luego que era una tortura.

—¡Estamos hablando! —le gritó Clea de vuelta, transmitiendo malestar por todos sus poros.—¿Tampoco podemos hablar?!

—No pierdas los nervios así —le dijo Jack, incorporándose de nuevo.

—No puedo evitarlo— se quejó Iita, volviendo la cabeza hacía él de golpe.—Mi hermana me pone de los nervios. Estoy segura de que no me quitará los ojos de encima en todo este tiempo.

—Bueno... es que esa es su tarea.

—¿Tú de parte de quién estás?— se quejó ella, colocando las manos en las caderas.

—De la nuestra, por supuesto— afirmó, sin perder tiempo.—Pero estar enfadada con tu hermana todo lo que dure nuestro compromiso no te servirá de nada.

—Tampoco será mucho tiempo. Kaila y Kailyn no dejan de hablarme de cosas que tenemos que organizar para la boda. Aunque no me parece bien estar hablando de esto sin que tu familia esté presente.

—Tranquila. No te preocupes por eso. Ya he mandado una carta a mis padres, informándoles de lo ocurrido y que vuelvan a la ciudad lo más pronto posible.

—¿Y crees que tus padres se tomaran eso bien? —le dijo Clea,

preocupada.—Después de todo, te has comprometido sin que estén ellos presentes y sin consultarles nada.

—Teniendo en cuenta que dieron por sentado que nunca iba a casarme, ese no será un detalle que les importe demasiado. Eso sí, en el momento en el que mi madre lea que voy a casarme, puedo garantizarte que sería capaz de que le crecieran alas para llegar hasta aquí cuanto antes. Era algo que esperaba desde el mismo momento en el que nací.

—¿Crees que... les gustaré a tus padres? —Le preguntó Clea, alzando los ojos hacia él, retorciéndose las manos con nerviosismo ante la mera idea.

Pero Jack no perdió tiempo de sujetar estas entre las suyas y besarlas, el único beso que Lisa permitiría darle en su presencia, hasta que ambos estuvieran ante un altar.

—No tienes que preocuparte por eso. Les parecerás absolutamente magnífica.

—¿Qué tipo de mujer imaginaban casada con su hijo?

—No sabría decirte. Nunca fue algo de lo que quisiera comentar con ellos.

—Creo que empieza a dolerme el estómago —comentó Clea, llevándose una mano al vientre.

—Ya te he dicho que no debes preocuparte por nada. Incluso aunque no les gustaras a mis padres, algo que considero imposible, su opinión respecto a esto me es indiferente. Nos vamos a casar y eso es lo único que tenemos que pensar.

Lo dijo tan convencido de ello, aún sujetando sus manos, que Clea solo pudo asentir.

—Supongo que... tendremos que hablar de los invitados —comentó ella.— Tenemos que ponernos de acuerdo sobre eso.

—Oh. Yo tengo algunos amigos repartidos por el mundo, pero, a parte de ellos, mi lista será bastante corta.

—Creo que, por mi parte, también lo sería, si mi hermana no

pensara en invitar a algunos de los socios de Adrien.

—Una boda es un buen lugar para hablar de negocios, ¿eh? — comentó Jack, sonriendo.

—Y porque querrán demostrarles que los consideran importantes, imagino.

—Si por mí fuera, nos fugaríamos hoy mismo hacía Gretna Green y volveríamos siendo marido y mujer — afirmó Jack.

Gretna Green era un pueblo del sur de Escocia, famoso porque ofrecía la posibilidad de casarse sin el consentimiento de los padres. Los hombres podían casarse allí a partir de los 14 años y las mujeres a los 12 sin ningún permiso. Lo único que necesitarían eran dos testigos, que, por lo general, eran los herreros que se encontraban en el lugar donde se oficiaban los matrimonios.

—Yo también desearía hacerlo— convino Clea, apretando las manos de Jack mientras todo su semblante se iluminaba brevemente ante la idea.—Pero, si hiciéramos eso, después de que mi hermana hubiera cedido, no nos perdonaría nunca.

—Ya lo sé. Por eso seguimos aquí, deseando poder besarte y sabiendo que, precisamente por eso, tu hermana no me quita los ojos de encima en ningún momento.

—Podría intentar ir a tu casa en alguna ocasión, pero tengo que tener cuidado. Está muy vigilante.

—Nuestros ejércitos serian invencibles si hubiera más soldados como ella — afirmó Jack.

—Chicos, van a servir el té —les dijo Kaila, que se había acercado a ellos sin que se dieran cuenta.—Será mejor que entremos en el salón.

Eso sonaba fantástico. Compartir un espacio aún más pequeño en presencia de Lisa. Seguro que sería una velada encantadora.

Ofreciendo sus brazos a ambas damas, Jack fue conducido hacía el interior de la casa, hasta el salón donde recibían las visitas y donde un discreto piano descansaba a un lado.

Solo en ese momento, Jack recordó que Clea tocaba y cantaba.

Sensacionalmente, en realidad. Aún recordaba como su cuerpo había cosquilleado de emoción cuando la joven había sido obligada a tocar en medio de una fiesta.

—¿Ocurre algo? —Le preguntó ella, al ver como Jack se quedaba mirando la pieza.

—No, nada. Es solo que ha acudido un recuerdo a mi mente.

—Uno agradable, espero —comentó Lisa, que ya se encontraba sentada en el lugar, viendo como la criada que les había traído el té y los pequeños postres que los acompañaban les iba sirviendo.

—Desde luego— fue todo lo que él añadió.

No sentía el más mínimo deseo de hablarle a la mujer de lo que Clea le hizo sentir al escucharla tocar y cantar. En realidad, sentía deseos de no contárselo a nadie. Era algo privado, algo suyo. Y así permanecería.

—Espero que ya haya podido ponerse en contacto con sus padres para que tengamos una reunión cuanto antes— siguió diciéndole Lisa, agradeciendo a la criada con un movimiento de cabeza la taza que había colocado entre sus manos.—Hay muchas cosas de las que tendremos que hablar y no disponemos de tiempo que perder.

—Lisa— la regañó Clea, notando claramente como a su hermana no le hacía la más mínima gracia que Jack estuviera allí.

Lo más seguro era que, después de la tensión de aquella mañana, pensara que había conseguido aterrorizar lo suficiente al hombre como para que no volviera a aquella casa. Tal vez, hasta para hacerle huir de la ciudad. Se había notado demasiado en su expresión esa idea cuando Jack había aparecido aquella tarde en la casa de los Bells.

—Oh. No tiene de lo que preocuparse. Mis padres han sido correctamente informado y estoy convencido de que se presentarán aquí en un par de días. Insistí bastante en ello.

—¿En serio? Bien. Supongo que eso era lo que tenía que hacer.

¿Era impresión suya o el cuarto se había enfriado notablemente?

—Lisa, no tienes porqué comportarte de esa manera con mi

prometido— se quejó Clea, aferrando la mano de Jack.

Ambos se habían sentado en sillones diferentes, pero uno al lado del otro, pues, después de todo, sería lo más cerca que podrían estar mientras permanecieran bajo ese techo.

—Disculpa si no confío del todo en uno de los más grandes conocidos mujeriegos de Londres y el cuál hizo que mi hermana volviera destrozada y llorando de Francia.

Aquello hizo que ninguno de los presentes pudieran abrir la boca. Clea parecía encontrarse a punto de explotar ante ese comentario, pero sabiendo que no tenía modo de responder. Del mismo modo que le ocurría a Jack, pues sabía mejor que nadie el dolor que le había infligido a la joven, aunque no fuera a propósito. Kaila y Kailyn se dedicaron una mirada, pero tuvieron el buen juicio de fingir que estaban demasiado ocupadas con su té como para interferir en la conversación.

Lisa solo parecía concentrada en su hermana y en su invitado. Pero, precisamente, al mirar a su invitado y ver como Jack agachaba la mirada, sintió que había hablado de más.

—Ahora sabemos que no le hizo ese daño con intención —le dijo.
—Pero no podemos fingir que todo eso no pasó.

—Sí. Créame que eso lo sé mejor que nadie— fue la respuesta que él le dio, alzando la vista y dirigiéndole una débil sonrisa, como si le indicara que no tenía que preocuparse por ello.

—Pero no podemos estar recordando eso cada vez que estemos reunidos— se quejó Clea, mirando a los presentes.—Se supone que seremos una familia pronto. ¿Vamos a recordar ese incidente en cada ocasión?

—En eso, Clea lleva toda la razón— la secundó Kaila.

—Sí. Pronto, el señor Mardling formara parte de la familia. Cuando tengas hijos, serán tus sobrinos, Lisa. Es mejor que dejemos de lado todo eso —le dijo Kailyn, volviéndose hacia la mujer.

La nombrada pareció congelarse al pensar en ello y acabó

asintiendo.

—Es cierto. Fuera lo que fuese lo que pasó en el pasado, vamos a ser una familia muy pronto, así que me abstendré de volver a sacar el tema. Y esperaré a que nada parecido vuelva a ocurrir.

—Puede estar segura de que eso no volverá a pasar —le aseguró Jack de nuevo.

Ya le había dado su palabra cuando Lisa le había hecho llamar aquella mañana. Pero, como la mayor de las Freeman seguía sin confiar en él del todo, parecía que iba a tener que prometer aquello en más de una ocasión.

—¿Por qué no nos centramos en temas más alegres? —Les preguntó Kaila a los presentes.—Dentro de poco tendremos una boda y un nacimiento. ¿Cómo es posible, entonces, que nuestras conversaciones sean tan tristes?

—En eso, llevas razón— convino la hermana de la muchacha.—Vamos a ampliar la familia en dos miembros.

—Cierto— asintió Clea.—Jack será tío de aquí a unos pocos meses.

—Vaya —comentó el aludido, mirando a la joven y a Lisa.—No me había dado cuenta de eso.

—En realidad, no eres el primero que acaba de caer en ese detalle —puntualizó Lisa, pasándose una mano por el vientre.

—Ahora formarás parte de una familia muy grande —le dijo Kaila, sonriéndole.

—Tenemos que contar con Irene y el señor Craven en esa familia—puntualizó Clea.

—En mi familia siempre hemos sido mis padres y yo —comentó Jack, mirando a los presentes.—No buscaron más hijos, así que tendré que acostumbrarme a la idea de que seremos más.

—Seguro que será sencillo que se acostumbre a esto —afirmó Kailyn, sonriendo hacia él.

Lisa se removió en el asiento, haciendo que todos los ojos se volvieran hacia ella en el acto.

—Es el bebé. Al parecer, la conversación lo ha animado porque ha empezado a darme patadas.

Jack contempló aquel vientre cada vez más abultado y, por una breve fracción de segundo, la idea de que Clea podría verse así pasó por su mente. Embarazada. Esperando un hijo de los dos.

—¿Le gustaría tocarlo? —Le preguntó Lisa, al ver como no apartaba la mirada de su vientre.

Las chicas lo hacían continuamente, del mismo modo que Adrien, que incluso dormía con una mano sobre su vientre, como si quisiera sentirles a ambos, incluso cuando estuviera durmiendo.

De todas formas, le gustara más o menos, el señor Mardling iba a ser parte de la familia en breve.

—¿Eh? ¿No sería un inconveniente? —Le preguntó este.

—¡En absoluto! —afirmó Clea, antes de que su hermana pudiera hablar, poniéndose en pie y haciendo que Jack también se levantara de su asiento.— Como hemos dicho, después de todo, es tu sobrino o sobrina.

Lisa asintió, dando su visto bueno, cuando él pareció dudar. Y, haciendo los brazos a los lados, dejó su vientre a disposición de ellos.

Clea lo condujo junto a ella y, colocando la palma sobre este, le indicó a Jack dónde debía tocar para sentirlo. Pero parecía tan asustado de tocar donde no debía que fue la propia Lisa la que cogió su mano y la puso justo en el lugar donde el bebé parecía encontrarse tan activo.

Impresionado por sentir aquella vida contra sus dedos, alzó la vista hacía ella, pareciendo emocionado. Y Lisa tuvo que admitir que, en aquellos momentos, no le cayó tan mal.

—Te está dando la bienvenida a la familia.

CAPÍTULO 57

Lo único que supo al principio fue que, mientras aún permanecía en cama, hubo un revuelo en la casa. Una serie de voces empezaron hablar cada vez más alto y con más urgencia, hasta que, inevitablemente, alguien tiró de sus sábanas y Jack gruñó, tratando de abrir los ojos.

—¿Qué demonios ocurre?— preguntó, con la voz ronca por el sueño.

—¿Cómo que qué ocurre, jovencito? ¿Nos envías una carta diciendo que te vas a casar y no esperas que nos presentemos en tu casa?

—Mamá— comprendió él de golpe, incorporándose.—No me enviasteis nada diciendo cuando fuerais a venir.

—¿Y desde cuándo tendríamos que avisar que venimos a ver a nuestro hijo?

Antes de que Jack pudiera despejarse lo suficiente, su madre le sujetó las mejillas y le obligó a inclinarse hacia ella dejando que la mujer le diera la serie de besos a los que ya estaba acostumbrado, con Sophie presente.

Seguramente, como la señora Mardling habría irrumpido en la casa como un vendaval, la criada habría tratado de detenerla, alegando que su señor aún estaría dormido y que ella se encargaría de avisarle. Pero la señora Mardling era imparable cuando quería.

—¿Dónde está papá? —Preguntó Jack al ver que el patriarca no se encontraba también en su habitación.

En aquellos momentos, se alegraba mucho de no haber dormido desnudo, como tenía por costumbre, pues habría dado un buen espectáculo delante de su madre y su servicio.

—Está en tu estudio. Quería echar un vistazo a tu trabajo.

—¿Qué?

Cogiendo la bata de encima de una silla. Jack se vistió con ella mientras salía del cuarto y bajaba las escaleras.

Inocentemente, había pensado que sus padres avisarían antes de presentarse en casa y que, de ese modo, le daría tiempo a descolgar el cuadro de Clea del estudio. No quería que el cuadro fuera la primera impresión que tuvieran sus padres de su futura mujer. Pero no había contado con que la noticia los emocionaría tanto que llegarían sin avisar.

Sin embargo, al llegar al estudio, su padre se encontraba ante el único cuadro del estudio, observando al detalle a la mujer que lo miraba, desafiante, desde la cima de la chimenea.

—Es la primera vez que te veo colgar uno de tus cuadros en casa. ¿Quién es ella? —Le preguntó él cuando Jack simplemente se colocó a su lado, abrochándose la bata.

Debajo, los pantalones era lo único que le permitía conservar cierta dignidad.

—Es tu futura nuera —le contó, al mismo tiempo que su madre entraba en el cuarto.

En el acto, su padre volvió la cabeza hacia él.

—¿Tu futura esposa ha sido una de tus modelos?

Jack no supo decir si el asunto lo horrorizaba, le enfadaba o solo era un hecho que le sorprendía. Costaba mucho interpretar las emociones del patriarca de los Mardling.

—¿Así que ella es la joven que te ha hecho querer sentar la cabeza? — preguntó su madre al otro costado, colocando una mano en su brazo, admirando el cuadro con otros ojos.—Es una joven hermosa.

—La belleza no es lo único que se tiene que buscar en una esposa —comentó su padre.

—Pero es un buen comienzo —le soltó su mujer, haciendo que el señor Mardling tuviera que cerrar la boca para no iniciar una discusión.

—La familia de ella quiere conoceros, así que, si se me permite

algo de espacio, les enviaré un mensaje, avisándoles de que vamos a hacerles una visita.

—Eso sería maravilloso— convino su madre.—Me gustaría conocer personalmente a esta joven. Y que esté vestida, si puede ser.

—Aún me sigo preguntando qué clase de mujer decente posa de esta manera y qué familia se lo permite —comentó su padre, a pesar de que sabía que nadie le prestaba demasiada atención.

—Porque tengáis la costumbre de esconder el cuerpo femenino, no significa que haya que avergonzarse de enseñarlo. Las formas que ves aquí son algo digno de admirar. No algo que tengas que criticar— replicó Jack.

—Cariño, será mejor que dejes de criticar a la futura esposa de tu único hijo, si no quieres que se acabe enfadando contigo.

—Solo puntualizaba un hecho. Dudo que su abuelo te hubiera permitido posar de esta manera y que aún te considerara decente.

—Mamá, ¿podrías hacer que papá permanezca callado durante toda la velada? —Le preguntó Jack a la mujer.

—Oh. Tranquilo, cielo. Lo mantendré a raya.

—Habláis como si no estuviera presente o el único que pensara del modo incorrecto aquí fuera yo.

—Bueno... Nadie te ha mandado entrar al estudio de tu hijo. A saber lo que podrías haber encontrado.

—Y eso lo dice la misma mujer que ha irrumpido en su habitación.

—¿Ves como me contesta? —le dijo la mujer a Jack, aferrándose a su brazo como si necesitara su ayuda.—Se está convirtiendo en todo un gruñón con la edad.

—Pues yo os veo más o menos como siempre— fue lo que comentó Jack.—Será mejor que vayáis al salón para descansar después del largo viaje que habéis hecho mientras yo me pongo en contacto con los Bells.

—Oh, sí. Quiero ver qué clase de familia son —comentó la señora Mardling, abandonando el cuarto.

—Yo temo ver cómo son —comentó el señor Mardling a su vez por lo bajo.

Mientras Sophie conducía a los señores al salón, Jack solo rezó en silencio porque aquel encuentro no acabara convirtiéndose en un gran desastre.

Por su parte, cuando la nota llegó a casa de los Bells, Clea sintió como un temblor frío le recorrió la espalda, al tiempo que los nervios se disparaban a través de todo su cuerpo.

—No sé por qué te pones así —le dijo Lisa.—Son tus futuros suegros, no unos ogros que vengan a devorarte.

—Yo creo que ella los está imaginando ahora mismo como la segunda opción —comentó Kailyn, tratando de ocultar una pequeña sonrisa.

Adrien y Kaila se encontraban en la fábrica, pero Lisa tendría que mandarles un mensaje para que dejaran todos los asuntos posibles en orden para el mediodía, pues tendrían que permanecer en casa toda la tarde.

—¿Y si no les gusta? ¿Y si no creen que sea suficiente para su hijo? ¿Y si le prohíben casarse conmigo? —murmuró Clea, frotándose las manos, empezando a entrar en pánico.

—Si alguien tiene motivos para impedir que os caséis, esos somos nosotros —soltó Lisa, con total calma.—Y estaré dispuesta a hacérselo saber a ellos si se da la ocasión.

—No creo que sea la mejor idea mostrarse tan soberbia con los futuros suegros de tu hermana —le dijo Kailyn a la mayor de las Freeman.

—Tampoco voy a permitir que menosprecien a mi hermana— fue la respuesta que obtuvo.

—Creo que no puedo respirar —murmuró Clea, llevándose una mano al pecho.

—No seas tan melodramática —le dijo su hermana.—Solo se trata

de una visita.

—Clea, mírame —le dijo Kailyn, colocando sus manos sobre los hombros de esta.—No tienes nada de lo que preocuparte. Jack no es un hombre que dependa de sus padres. Él ha afirmado por su propia cuenta que va a casarse contigo. Solo tienes que mostrarte simpática con sus padres durante un breve periodo de tiempo.

—Eso es cierto— intervino Lisa.—Por lo que sabemos, no viven aquí.

—Exacto. No vais a tratar mucho con ellos, a no ser que ellos vengan de visita o vosotros los visitéis a ellos.

—Es cierto, ¿verdad? —comentó Clea, alzando la vista.—No es como si vivieran en la ciudad como para que los vaya a ver todos los días.

—Y das por sentado de que les vas a caer mal. Pero, lo más seguro es que acaben enamorados de ti y no tendrás problemas con ellos —le aseguró Kailyn, dirigiéndole una sonrisa que pretendía tranquilizarla.

—Todavía no he encontrado a un adulto que no le resulte encantadora —comentó Lisa.—Si fueran niños, habría más problemas. Pero, ¿con los padres de Mardling? Dudo que vaya a ver algún tipo de problema.

—Ojalá pudiera estar tan convencida como vosotros —comentó.

—Ya lo descubrirás— fue todo lo que añadió Lisa para tranquilizarla.

Para cuando la familia Mardling al completo se presentó en la casa de los Bells, estaban todos preparados para recibirlos, con Adrien y Lisa los primeros en la sala, pues, como señores de la casa, tenían que ser ellos los que los saludaran e hicieran las presentaciones.

Lisa se mostró encantadora al recibirlos, seguramente más

encantadora de lo que Jack hubiera visto nunca en su vida, y Adrien presentó a sus hermanas y, al final, a Clea, que se decía a sí misma que evitara echarse a temblar en su presencia.

—Oh, por supuesto —comentó la madre de Jack al verla, colocándose frente a ella.—No hay lugar a dudas de que eres tú, aunque luces mejor en persona que en el cuadro.

En el acto, las hermanas Freeman volvieron la mirada hacía Jack. Clea lucía algo aterrada porque sus futuros suegros la hubieran visto por primera vez de semejante manera. Y Lisa dedicándole una mirada que habría sido capaz de carbonizarlo allí mismo.

—Personalmente, prefiero conocerte vestida, querida —comentó el padre del futuro novio.—Me hace sentir más cómodo.

—Créame. A mí también —afirmó Clea, saludándolo.

—¿Podemos hablar de cualquier otra cosa? —Preguntó Jack, sabiendo que la familia Bells le haría pagar más tarde semejante metedura de pata.

—La verdad es que me gustaría saber cómo os conocisteis —comentó la madre de Jack, mientras todos tomaban asiento.—Nuestro hijo no nos ha contado nada.

—Porque tampoco me habéis preguntado— replicó Jack a su vez.

Con sus padres allí presentes, se sentía transportado de nuevo a su infancia, precisamente cuando se encontraba ante la mujer con la que esperaba casarse. No era el mejor lugar como para sentirse de ese modo.

—Pues creo recordar que hace tiempo de ello —comentó Lisa.—¿No es así, Clea?

Tanto la joven como Jack se encontraban en extremos opuestos del cuarto. Ella se había sentado al piano y él permanecía en un asiento cercano a sus padres, pero, aún así, ambos compartieron una mirada al evocar ese recuerdo.

—Hará ya unos tres años de ello, mientras caminábamos por la calle de la ciudad, en compañía de las jóvenes Bells —comentó Clea,

dándole la razón a su hermana.—Había pintado un cuadro para la familia, así que ellas ya lo conocían.

—Vaya. ¿Desde hace tres años? Pues sí que habéis tardado en formalizar vuestra relación —comentó la señora Mardling, echando un vistazo hacía ambos.

Jack y Clea se dedicaron una nueva mirada, como si se preguntaran en silencio cómo explicar su historia.

—Creo que eso es debido a mí —comentó Lisa, intercediendo por ellos.—Debido al trabajo del señor Mardling y a toda la gente que conocía, no me parecía la mejor opción para mi hermana.

Los padres de este parecieron sorprenderse al escuchar aquello. Pero el padre de Jack acabó volviéndose hacía él.

—Ya te dije que ese tipo de trabajo no te traería ningún bien.

—Querido, no es momento ni lugar para decirle eso —comentó la señora Mardling, con una ligera sonrisa dibujada en el rostro para los presentes.—Después de todo, estamos aquí porque van a casarse.

—Supongo que tienes razón.

—Debo de aclarar que, a pesar de esos obstáculos, que ambos respetaron al principio, no pude mantenerlos alejados el uno del otro — les siguió contando Lisa, sin entrar demasiado en detalles.

Parecía comprender que no era la ocasión ideal para contarles a los padres de él como Jack había convencido a su hermana para que lo siguiera a Francia y posara para él. Lo que, teniendo en cuenta la estima que procesaba por su persona, era todo un alivio.

—¿Y no has podido contarnos tu relación por carta antes de presentarnos directamente a tu prometida? —le regañó la señora Mardling a Jack.—Podríamos haber afianzado lazos antes de dar ese paso.

—Creo que habrá lugar para eso mientras organizamos la boda —comentó Clea, dirigiéndole una sonrisa.

—Eso es cierto— convino la madre.—Hay mucho que preparar y mucha gente a la que invitar.

—Yo no tenía pensado invitar a muchas personas por mi parte — comentó Jack, mirando a sus padres, bajando el tono de voz.

—Creo que eso no depende solo de ti — fue la respuesta que obtuvo de su padre.

—Eres nuestro único hijo y vas a casarte. Por supuesto, habrá que invitar a todos nuestros conocidos.

—Podríamos reunirnos en estos días para organizar las listas de invitados de ambas partes — comentó Lisa, mirando hacia Adrien, haciendo que él solo pudiera asentir.

—Por supuesto, nuestra casa estará abierta para ustedes cuanto sea necesario— consiguió comentar el señor Bells al final.

—Es muy amable de su parte —le agradeció el señor Mardling.

Ni Clea ni Jack sabían lo que estaba ocurriendo allí. Estaba claro que los invitados sería algo de lo que se encargarían sus familias, así como la mayoría de los demás detalles. Ellos no parecían tener nada que decir al respecto. Excepto para lograr invitar a sus amigos cercanos.

—Podrían empezar con ello ahora mismo —les dijo Kaila a los presentes.—Mientras tanto, nosotros podríamos acompañar a Jack y a Clea a pasear por el jardín para dejarles encargarse de ese tema con calma.

—Es una buena idea —comentó la madre de él.—Con todo lo que hay que organizar, no tendrán mucho tiempo juntos antes de la boda, así que será mejor que aprovechen todo lo posible.

Sin más, Kaila, Kailyn, Jack y Clea se pusieron en pie y, despidiéndose de estos, salieron del cuarto.

Fue como si recuperaran el aliento.

Incluso aunque la madre de Jack se había mostrado simpática con ella, era la primera vez que Clea que se encontraba con los padres de él cara a cara y había sido algo... demasiado feroz para que sus nervios pudieran resistir mucho más.

—Gracias por sacarnos de ahí— les agradeció su amiga.

—De nada —afirmó Kaila.—De todas formas, poco estábamos haciendo allí, todos sentados.

—Aprovechad para pasar un poco de tiempo a solas —les dijo Kailyn.—Nosotras os avisaremos si, en algún momento, empiezan a buscaros.

—Gracias —les dijo Jack a ambas, tomando la mano de Clea y conduciéndola al jardín.

Era agradable volver a respirar aire fresco y sin sentir varios pares de ojos sobre su persona. Pero, antes de que añadiera algo más, Clea se abrazó a él en cuanto estuvieron a solas, como si necesitara aquel abrazo más que cualquier otra cosa en el mundo.

—Perdón por traerlos tan pronto. Pero dudo que hubieran permitido esperar un día a hacer esta presentación —le susurró Jack, envolviéndola igualmente con sus brazos, enterrando el rostro en su cabello.

—No pasa nada. No son para nada como me los imaginaba—susurró Clea a su vez.—Es solo que... estaba tan nerviosa que necesitaba sentirte, aunque solo fuera por un momento.

Jack solo pudo abrazarla aún más fuerte ante aquellas palabras, sabiendo que sus padres no se moverían de la ciudad mientras hubiera que organizarlo todo.

Iban a ser los cinco meses más duros de su vida.

CAPÍTULO 58

Cuatro meses después

—¡He dicho que no necesito ayuda!— se oyó gritar a Lisa desde dentro de su cuarto, mientras el resto de los habitantes de la casa permanecían fuera, inquietos.

Los dolores del parto habían empezado poco después de la medianoche y, tras ver como Adrien no recuperaba la calma, Kaila tomó las riendas de la situación y ordenó a los criados que buscaran al médico o partera más cercanos que pudieran encontrar.

Adrien había tratado de permanecer en el cuarto para ver como su primer hijo llegaba al mundo, pero Lisa, en su dolor, había empezado a gritarle que todo aquel dolor era por su culpa y había comenzado a lanzarle cosas. Como consecuencia, el médico recomendó que saliera del cuarto para que la madre se encontrara lo más tranquila posible, por lo que todos los miembros de la casa se encontraban en la puerta del dormitorio, a la espera de noticias.

Algunos de los gritos de Lisa era agónicos, solo logrando que Clea temblara, temiendo por lo que pudiera ser de su hermana y del bebé que venía en camino.

En algún momento de la noche, solo fue consciente de que Irene y el señor Craven habían llegado y nadie pudo impedir que Irene entrara en aquel cuarto para ayudar en lo que hiciera falta, a pesar de que los gritos invitaban a permanecer lo más alejados del lugar posible.

—Todo va a salir bien —le susurró una voz al oído, haciendo que Clea se volviera, sorprendida cuando se encontró con Jack junto a ella.

—¿Qué estás haciendo aquí?— se le escapó, sin poder evitarlo.—
¿Cómo te has enterado de que...?

—Yo le he avisado —le dijo Kaila, volviéndose un momento hacia ellos.—Pensé que te gustaría tenerlo aquí.

—Además, ese bebé que está naciendo ahí dentro será mi sobrino dentro de muy poco. ¿Cómo iba a perderme esto? —le dijo Jack, dirigiéndole una sonrisa.

Sin añadir una palabra más, Clea solo se abrazó a él mientras los demás solo rogaban por noticias.

Si alguien hubiera visto al gran Adrien Bells en el estado de nervios en el que se encontraba, jamás habrían afirmado de que se trataba de la misma persona que manejaba sus fábricas con mano de hierro.

A pesar de que el señor Craven trataba de mantener una charla con él para distraerle, este tenía la mirada clavada en la puerta del cuarto y se estremecía cada vez que oía gritar a Lisa.

—Dios. Nunca imaginé que sería así —comentó Kailyn, tan nerviosa como la que más.

Tanto Clea como las gemelas, así como Adrien, se encontraban en ropas de dormir, solo cubriendo estas con una bata o una manta, mientras que los demás se habían vestido apresuradamente para acudir a la casa.

—Está claro que el bebé quería sorprendernos —comentó Kaila.

—Pues lo ha logrado —afirmó su hermana, apretando más fuerte la manta que llevaba encima para cubrirse.

Nuevos gritos desde dentro del cuarto hicieron que cualquier intento de conversación quedara cortada, haciendo que todos los presentes se volvieran hacía la puerta.

Jack envolvió los hombros de Clea con sus brazos cuando notó como ella, al igual que Adrien, temblaba ante aquellos gritos, tratando de tranquilizarla.

Todos los presentes sabían que Lisa era una de las mujeres más fuertes que había conocido nunca y dudaban que un simple parto pudiera con ella.

—Esto es una tortura —comentó Adrien, aún con la vista clavada en la puerta.

—Créeme, Adrien. Cuando tenga a su bebé en brazos, se olvidará de estos momentos —le aseguró Christopher Craven, dándole una palmada en la espalda.—Mi buen amigo también entró en pánico cuando Lisa estaba llegando al mundo. Pero, cuando la tuvo en brazos, no pudo evitar echarse a llorar.

No parecía como si Adrien le estuviera prestando mucha atención, pero fue agradable para Clea pensar en su padre, a pesar de que le entristecía que Tom Freeman no se encontrara allí con ellos en esos momentos, en persona. Aunque estaba segura de que, de algún modo, su madre y él estaban acompañando a Lisa en esos instantes.

Cuando, de repente, se hizo el silencio en el cuarto, todos los presentes se tensaron, clavando la mirada en aquella puerta cerrada ante ellos.

Fue entonces cuando escucharon el llanto de un bebé.

Las sonrisas empezaron a aparecer en los rostros de los presentes, mirándose unos a otros, como si se dijeran en silencio que el nuevo miembro había llegado.

Todos excepto Adrien.

Aunque él sonrió cuando oyó aquel llanto, seguía preocupado por su esposa. No podría permanecer en calma hasta que le informaran que Lisa se encontraba bien.

La puerta se abrió, creando el más absoluto de los silencios al otro lado, viendo como Irene fue la encargada de salir para hablar con ellos.

—¿Qué? ¿Qué ha ocurrido? —Le preguntó Clea, aproximándose a su tía.

—Enhorabuena, Adrien —les dijo la mujer, volviéndose hacia él, dirigiéndole una sonrisa cansada.—Acabas de tener un varón sano y muy fuerte.

—¿Y Lisa? —Preguntó él, acercándose también a la mujer,

preocupado.—¿Cómo se encuentra ella?

—Está cansada por el esfuerzo, pero está bien —le tranquilizó Irene, mirando a todos los presentes.—Si prometéis estar en calma, podéis entrar un momento.

Como si esa hubiera sido la señal que todos estaban esperando, los presentes se precipitaron al cuarto, ignorando a las criadas que estaban limpiando la habitación y sacando las sábanas manchadas de sangre, solo centrando su atención en la mujer que descansaba en la cama y el médico que permanecía a su lado, con un bebé en brazos.

Adrien fue directo hacia Lisa, pues el bebé se removía en brazos del médico sin problemas.

—¿Cómo te encuentras? —Le preguntó cuando Lisa abrió los ojos al sentirle cerca.

—Yo estoy bien. Sabía que no sería un paseo. Pero, ¿no deberías querer ver también a tu hijo? Me ha costado mucho traerlo a este mundo como para que lo ignores.

Adrien no pudo evitar asentir, con una sonrisa en los labios, volviéndose hacia el médico, que, en aquellos momentos, se encontraba rodeado por todos los miembros de la familia.

—¿Habéis visto que deditos más pequeños tiene? —comentó Clea.

—Ese pelo oscuro lo ha sacado de nuestro hermano sin duda —afirmó Kaila, refiriéndose al negro cabello que apenas coronaba la cabeza de la criatura.

—No me imaginé que sería tan pequeño —comentó Kailyn, emocionada, mientras contemplaba a su sobrino.

—Hay que admitir que Adrien hace otras cosas bien, a parte de los negocios— bromeó el señor Craven, sonriendo.

—Agradezco esas palabras, pero no es gracias solo a mí este pequeño milagro —les dijo Bells a los presentes, tomando a su hijo, con cuidado, de los brazos del médico.—Lisa también ha puesto de su parte.

—Menos mal que alguien reconoce mi esfuerzo —comentó ella

desde la cama.

—Has hecho un muy buen trabajo —le dijo Irene.

—¿No sería mejor que saliéramos del cuarto y la dejáramos descansar? —Preguntó Clea, preocupándose por ella.

—Estaría bien. Pero, primero, deberíais saber el nombre de este nuevo integrante de la familia, ¿no os parece? —le respondió Lisa, mientras Adrien se sentaba a su lado para colocar a su hijo cerca, pudiendo ver en el rostro de Adrien la expresión más dulce que se le pudiera recordar.

—¿Cómo lo vais a llamar? —Preguntó Kaila, igual de emocionada que el resto de los presentes.

—Anthony Christopher Bells —anunció Adrien, mostrando una sonrisa de padre orgulloso a toda la familia.

En el acto, el señor Craven no pudo evitar clavar la mirada en ellos.

—Ese... ese segundo nombre... —murmuró él.

—Ha hecho mucho por nuestra familia, hasta tal punto de convertirse en un padre más. ¿Cómo no demostrarle nuestro afecto de alguna manera? —le dijo Lisa, dirigiéndole una sonrisa.

—¡Oh, mi querida niña! —Exclamó el señor Craven, no dudando en rodear la cama y abrazando a esta.

—Creo que ya han habido demasiadas presentaciones por hoy— les soltó el médico de golpe, cortando el buen humor y las sonrisas de los presentes.—Aunque todo haya ido bien, esta madre necesita descansar, así que será mejor que se retiren hasta mañana.

—¿Yo puedo quedarme? —Le preguntó Adrien.—Me gustaría poder ayudarla.

—Está bien. Pero nadie más —le advirtió el médico.—Ese niño no tardará en pedir atenciones.

Todos empezaron a abandonar el cuarto, pero Clea se volvió cuando vio como Jack se dirigía hacia la cama, pues, hasta el momento, no había dicho una palabra, viendo como Lisa también alzaba la vista hacía él.

—Muchas felicidades a los dos —les dijo.—Habéis tenido un niño precioso.

—De verdad se lo agradezco, señor Mardling. sobre todo cuando ha venido a deshoras hasta aquí —le dijo Lisa a su vez.

—No ha sido ningún problema. Después de todo, es mi sobrino, ¿verdad? O lo será dentro de poco.

Aquello pareció crear el milagro de sacar una pequeña sonrisa en Lisa, algo que no se había producido entre ellos desde el mismo momento en el que se conocieron, enterneciendo a Clea. Pero Jack tuvo que seguir hablando.

—De verdad que es un niño hermoso. Seguro que traerá más de un dolor de cabeza a las mujeres.

La sonrisa de Lisa desapareció de golpe.

—¿Está diciendo que mi hijo será un mujeriego?

—Oh, Dios, no. No era esa mi intención.—Pero se dio cuenta de que había cometido un error difícil de arreglar.—Será mejor que me retire ya. Debe de descansar.

Y siguió a Clea hasta la puerta.

—He cometido un error, ¿verdad? —murmuró hacia ella.

—Uno que no olvidará —afirmó la joven Freeman, cerrando la puerta del cuarto, pero sin poder evitar que una sonrisa le hubiera aparecido en el rostro después de todo.

CAPÍTULO 59

La llegada del pequeño Anthony Christopher Bells solo le recordó a Clea que la fecha de su boda se aproximaba a pasos agigantados.

Los padres de Jack no habían abandonado la ciudad en todos aquellos meses, alegando que había mucho que preparar. Pero no aguantaron demasiado en casa de su hijo, alegando que era demasiado pequeña como para convivir los tres sin problemas, así que habían alquilado una residencia no muy lejos de su vivienda.

En un primer momento, Clea llegó a pensar que podría visitar la casa de su prometido sin problemas gracias a eso, pero Jack afirmó que pasaban más tiempo en aquella casa que en la suya, así que durante cinco duros meses, los dos amantes habían tenido que conformarse con el hecho de verse delante de más gente y apenas poder caminar juntos del brazo bajo la atenta mirada de Lisa.

Ahora, viendo como se acercaba el momento de su boda, Clea no pudo evitar sentir cierto estado de pánico.

Iba a casarse realmente con Jack Mardling y no en otro de sus alocados sueños. La mayoría de invitados habían asegurado su asistencia y los padres de Jack y Lisa se habían encargado de que hasta el más mínimo detalle se encontrara preparado desde hacía tiempo.

—Es normal que estés nerviosa al saber que queda tan poco tiempo —le indicó Kaila, una de las veces que las cuatro amigas pudieron reunirse en casa de los Bells, ya que Linzy también había acudido a verlas.

—Yo no sé cómo me encontraría al ver que queda tan poco para mi boda —comentó Kailyn.

—Yo ni siquiera me imagino mi boda— añadió Linzy.

—Sé que todo está listo, que no debería encontrarme así, pero... —murmuró Clea.

—Creo que es normal —le dijo Kailyn a su vez, haciendo que la muchacha volviera la cabeza hacia ella.—A pesar de lo que hayáis vivido juntos, a partir de esa boda, seréis marido y mujer a ojos de todo el mundo, viviréis juntos y pasaréis así el resto de vuestras vidas. Cualquiera se alteraría.

—Creo que eso no ayuda demasiado —le soltó su hermana, viendo la expresión tan extraña que se había pintado en el rostro de Clea al oír esas palabras.

—Pues yo creo que no debería tener nada que temer —afirmó Linzy.—Puede que el señor Mardling tenga un pasado, pero creo que ha demostrado con creces lo que siente por ti.

—Eso es cierto, ¿verdad? —afirmó Clea, volviendo la cabeza en el acto hacia su amiga.—Hemos pasado mucho juntos y, aún así, las cosas siguen adelante. Debería estar más tranquila.

—Además, los padres de Jack te adoran —afirmó Kailyn—. Sobre todo su madre.

—Creo que eso se debe a que no esperaba que su hijo fuera a casarse nunca —comentó Kaila.

—Sí, la señora Mardling es muy simpática conmigo. Me trata como a una hija.

—Bueno... después de la boda, es lo que serás —comentó Linzy a su vez.

—No deberías sentir miedo por nada —afirmó Kailyn, mirando a su amiga—. Vas a casarte, vas a ser feliz y seguro que tendréis un montón de niños preciosos.

—Y seguro que llegan antes de lo que llegó Anthony —afirmó Kaila a su vez.

Las amigas no pudieron evitar reírse. Pero Clea agradeció en silencio aquella charla y aquel apoyo. Después de todo, estaba a punto de iniciar una nueva vida.

CAPÍTULO 60

—Estás bellísima —afirmó Lisa, con el pequeño Anthony en brazos, viendo como las criadas terminaban de prepararla, revoloteando a su alrededor y recordándose unas a otras detalles de lo que tenían que hacer.

La ceremonia tendría lugar en un jardín botánico, los padres de Jack y Lisa se habían encargado de ello. Y, más tarde, los invitados podrían acudir a la casa de los Bells para, cuando cayera la tarde, refugiarse del aire de la noche mientras comían algo, iluminándose la casa con suficientes velas como para que pareciera de día.

Clea se observó en el espejo que quedaba frente a ella, acariciando distraídamente el vestido blanco de encaje, seda, tul y organza, sintiendo como el corpiño se apretaba contra sus costillas. Pero, si había un día donde estaba completamente justificado el uso de aquellos instrumentos de tortura era el día de su boda.

Una criada le tendió su ramo, un conjuntos de rosas y stephanotis mezcladas, haciendo que Clea sujetara el pequeño recipiente de metal para poder llevarlo con más facilidad, dándole la forma redondeada que los ramos debían de lucir en las bodas.

—Siento que estoy a punto de vomitar —murmuró Clea, notando como los nervios le atenazaban el estómago.

Lisa se rió mientras entregaba a una de las criadas al pequeño Anthony, acercándose a su hermana.

—Es normal estar nerviosa en un día tan importante. Pero creo que sería imposible que vomitaras. No has comido nada esta mañana.

—Aún así, siento que podría.

—Clea —le dijo Lisa, haciendo que ella se volviera hacia su hermana mayor—. Es un día importante, el más importante de tu vida, hasta que llegue el momento de tener a tus hijos. Me gustaría que mamá y papá estuvieran aquí para que pudieran verte.

Aquello logró que la joven se le hiciera un ligero nudo en la garganta.

—A mí también me gustaría —murmuró de vuelta.

—Pero estamos nosotras, estará Irene, las gemelas y todas aquellas personas que te aprecian. Han venido aquí por ti, para compartir esta felicidad contigo, así que no tienes por qué estar nerviosa.

Clea clavó los ojos en ella, sintiendo como estos se humedecían. Pero apartó las lágrimas como pudo. No podía llegar a su propia boda con el rostro plagado de lágrimas.

—¿Estás preparada? —Le preguntó Lisa, tomándola de la mano.

Habían subido a Clea a una pequeña plataforma para asegurarse de que el vestido no se estropeará por ninguna parte mientras la preparaban.

Había llegado el momento de bajar de allí y transformarse en la señora Mardling. Al menos, en la segunda señora Mardling que habría en la familia.

—Sí —afirmó ella, tomando la mano de su hermana con fuerza—. Estoy lista.

CAPÍTULO 61

Si Jack se había sentido tan nervioso como en aquellos momentos, no conseguía recordarlo, por mucho que tratara de hacer memoria.

Ya se encontraba ante el altar improvisado que se había construido en el jardín botánico para la boda y, de manera nerviosa, tiró de su chaqueta, asegurándose de que estaba en su lugar, y recolocándose por quinta vez el pañuelo que llevaba en el bolsillo de manera visible.

Ni siquiera era consciente de los invitados que se encontraban a su espalda, entre los que se encontraban sus propios padres y amigos cercanos. Si había visto bien al entrar al lugar, allí se encontraba hasta el joven Benjamin, aunque, por supuesto, no había ido acompañado de su padre. La presencia del vizconde le habría traído recuerdos incómodos.

Para cuando la música empezó a sonar, anunciando la llegada de la novia, Jack se envaró en su lugar y se volvió hacia el pasillo que los invitados creaban, viendo como el señor Craven, en compañía de su ahijada, aparecían en el lugar.

Cuando clavó los ojos en Clea, que lo miraba a su vez, algo avergonzada, fue como si el tiempo empezara a correr más despacio y más deprisa al mismo tiempo. Pudo ver como ella se acercaba, medir cada uno de sus pasos, contemplar cada detalle de aquel instante, como si lo estuviera grabando en su memoria para siempre, pero, al mismo tiempo, se sorprendió cuando vio que ella ya se encontraba a su lado, dirigiéndole una pequeña sonrisa.

—Diría que está nervioso, señor Mardling —murmuró la joven hacia él, cuando el señor Craven cedió el brazo de Clea a él y ambos se volvieron al altar.

—Creo que no me esperaba verte así —murmuró Jack a su vez.

—¿Así? ¿Cómo?

—Más hermosa que cuando no llevas nada.

Clea volvió la cabeza hacía él en el acto, como si le preguntara en silencio si estaba hablando en serio. Pero Jack permanecía completamente rígido mientras se iniciaba la ceremonia.

Apenas escuchó las palabras del sacerdote, solo siendo consciente de que se estaba casando, que tenía a Clea justo a su lado y que, una vez que salieran de allí, todo el mundo los reconocería como marido y mujer. Nadie podría tratar de separarlos o mantener a Clea lejos de él.

Estaba emocionado y aterrado al mismo tiempo. Sentía el estómago como si alguien no dejara de golpearlo y, al mismo tiempo, tenía la impresión de que podría volar.

El hombre que tenía frente a él carraspeó, haciendo que tuviera que centrar su atención.

—¿Sí, padre? —Preguntó Jack, pues no había escuchado nada de lo que le había dicho y no sabía lo que tenía que decir.

Las risas no tardaron en sucederse entre los invitados y Clea, a su lado, se sonrojó hasta las orejas, sabiendo que aquel sería un detalle de su boda que no se olvidaría.

—Tendrías que decir “Sí, quiero”, hijo mío —murmuró el hombre hacía él, inclinándose hacía Jack para que el menor número de personas posibles pudieran oírles.

—Oh. De acuerdo. ¡Sí, quiero! —Exclamó de golpe, solo generando nuevas risas ante su explosión de efusividad.

Retomando la ceremonia, el padre se volvió hacía Clea y repitió la pregunta, viendo como ella respondía con una sonrisa en sus labios.

¿Cómo iba a no quererla cuando respondía sonriendo de aquel modo?

Y, cuando llegó el momento de que se besaran, Jack tuvo que recordarse que no estaban a solas allí, que todos sus conocidos y familiares se encontraban en torno a ellos para obligarse a inclinarse hacia ella y solo depositar un casto beso en aquellos labios que tanto había estado echando de menos.

Ya habría tiempo más tarde, en la intimidad, de recordarse el uno al otro.

CAPÍTULO 62

—Menos mal que te has casado, porque, por un momento, he estado a punto de subir a ese altar y secuestrar a la novia —afirmó Jean Paul, acercándose a los recién casados con una gran sonrisa en el rostro.

En el acto, Jack colocó una mano en torno a la cintura de Clea, como si la mera presencia del francés fuera una amenaza.

—¿Por qué estás tú aquí? —Le preguntó, no mirándole con demasiados buenos ojos.

—Porque yo le invité —le soltó Clea en el acto—. Me dejó muy claro que, si llegábamos a casarnos, tenía que venir.

—Además, no he venido yo solo —puntualizó Jean Paul, haciendo que Jack volviera la mirada y viera a Paget y a Henry no muy lejos de allí, conversando con algunos invitados, tomados del brazo.

—¿Cuándo...? —Murmuró.

—Si preguntas cuándo se casaron, poco después de que os fuerais. Los padres de ambos estaban impacientes. Parecían creer que, si les daban mucho tiempo, se arrepentirían. Si lo que preguntas es cuándo han llegado a tu boda, te diré que llevan aquí tanto tiempo como yo, aunque no te hayas dado cuenta.

—En realidad, de lo único que he sido consciente ha sido la presencia de Clea —soltó Jack a su vez.

Clea se sonrojó y Jean Paul se echó a reír, pues Jack no había sido verdaderamente consciente de cómo había sonado lo que acababa de decir.

—Pareces realmente un novio enamorado —comentó el francés, dándole un ligero golpe en el hombro.

—Más me vale que así sea —le dijo Clea a su vez—. Porque vamos a pasar mucho tiempo juntos.

—Bueno... ya sabes lo que te dije. Si alguna vez te aburres de tu

matrimonio, siempre puedes buscarme. Estaré más que dispuesto a ser el amante de semejante bella y espectacular esposa.

—Será mejor, por tu bien, que te mantengas alejado de mi mujer —le advirtió Jack.

Ambos hombres se mantuvieron la mirada durante unos instantes, pero ante el ligero bufido molesto que dejó escapar Clea, ambos la miraron.

—Seguís actuando como si yo no tuviera nada que decir a la conversación. Siendo así, iré a saludar a otros invitados mientras vosotros dos seguís con esta ridícula pelea —les informó.

Y, con total calma, se alejó de ellos, sonriendo y saludando a todos aquellos invitados que le salieron al paso, deseándole un matrimonio feliz, incluida la señora Clayworth, que no tardó en decirle que le hubiera gustado presentarle a su hijo para que el novio hubiera sido otro.

—Aunque lo he convencido para que empiece a salir de casa —afirmó la mujer, sonriendo con emoción.

Ambos la estuvieron observando durante unos instantes porque, a fin de cuentas, no tenían mucho que decir.

—Tienes que cuidar de ella —comentó Jean Paul, hacía el, hablando en francés para que la mayoría de invitados que los rodeaban no entendieran su conversación.

—No hace falta que tú me digas eso —le respondió Jack de igual modo—. Sé exactamente lo que tengo que hacer.

Palabras que solo ocasionaron que Jean Paul se echara a reír.

—Nadie sabe qué hacer en cada momento. Es imposible. Lo único que te estoy pidiendo es, ocurra lo que ocurra y pase lo que pase, siempre tengas presente que te llevaste a la única mujer que me hizo pensar en un amor verdadero y que actúes en consecuencia.

Aquellas palabras hicieron que Jack volviera la cabeza hacía él, sorprendido.

Era muy extraño ver al francés hablar tan sinceramente, pues Jean

Paul siempre tendía a colar las verdades entre bromas para que nadie se lo tomara demasiado en serio. Pero era imposible que ocultara el hecho de lo mucho que le importaba Clea, por mucho que tratara de evitarlo.

—Eso ya lo sé —le respondió Jack cruzándose de brazos con ligeros malestar—. No hace falta que me lo digas.

—Lo que sí creo que hace falta que sepas es que, tal vez, es algún momento, no sé, si me aburro, podría presentarme en vuestra casa y tratar de robarme a tu mujer —le dijo, dirigiéndole una sonrisa.

En el acto, Jack volvió la cabeza hacía él, dispuesto a gritarle lo que hiciera falta. Pero el hombre ya había tenido el buen juicio de alejarse lo suficiente como para no concederle esa oportunidad.

Aún algo disgustado, pues conocía la verdadera naturaleza de los sentimientos del hombre hacía su esposa, observó como el francés se alejaba, preguntándose si, en algún momento, llegaría a poder sentir esos mismos sentimientos por otra persona y que consiguiera recuperarse de sus heridas.

CAPÍTULO 63

La recepción para la cena en casa de los Bells fue la reunión más grande de gente que habían tenido en aquel lugar nunca, pero, aún así, todos parecieron tener un hueco y un instante para poder saludar y desearles lo mejor a la pareja de recién casados.

Lisa se ausentaba a ratos, ya que iba a asegurarse de que Anthony se encontraba bien, pues no estaría bien visto que el bebé se encontrara presente y a ella no le gustaba demasiado dejar a su hijo a cargo de otras personas.

Lisa y Clea se habían criado de tal manera que se ocupaban de sus propios asuntos. Relegar estos a otros era algo que a la joven señora Bells no le sentaba muy bien. Y menos si se trataba de su propio hijo.

Por su parte, Clea había reído y mantenido una larga conversación con Linzy, las gemelas y Paget, a la que había presentado al grupo, haciendo que todas hablaran entre ellas sin problemas.

—Me habría encantado ir a tu boda —afirmó Clea, hablando con la joven francesa.

—A mí también. Pero mis padres lo organizaron todo tan rápido que ni siquiera me permitieron invitar a mis conocidos. Ni mis compañeras de la escuela pudieron venir.

—Pues sí que estaban apurados —comentó Kaila.

—Pensaban que Henry podría echarse atrás en cualquier momento —les contó la joven—. Pero, claro. No se tomaron la molestia de hablar mucho con él.

—¿Y cuándo os mudáis a Italia? —Le preguntó Clea, dirigiéndole una sonrisa.

—Dentro de dos semanas. Aunque mis padres no lo saben, claro —le sonrió la joven a su vez.

El resto de la noche fue algo confuso para Clea.

Saludó a tanta gente que ni siquiera estaba segura de cuántas

personas había allí o si solo los había saludado a todos dos veces.

Probó bocados de la cena. Después de todo, se habían esmerado con los canapés, sándwiches, scones con mermeladas, así como otros diversos platos, con frutas frescas por doquier. Pero Clea aún se encontraba digiriendo el hecho de que se acababa de casar, dirigiendo su mirada hacia Jack de vez en cuando, viendo como él solía volverse hacia ella y sonreír.

Para cuando empezaron a servir los tres pasteles de boda, Clea ya se sentía más que llena e incluso un poco mareada por toda la atención que había estado recibiendo.

Nunca en su vida había sido tanto el centro de atención. La única vez que recordaba algo parecido fue cuando la desafiaron a tocar delante de los invitados de una fiesta en casa de los Bells. Y, desde luego, su estado de nervios actual no se podía comparar a esa efímera sensación que sintió entonces.

—¿Te encuentras bien? —le susurró Jack, apareciendo a su espalda de golpe, sobresaltándola—. Pareces algo nerviosa.

¿Algo nerviosa? Tenía la impresión de que se encontraba más alterada que cuando iba de camino al altar. ¿Sería porque acababa de ser consciente de todo lo que había ocurrido aquel día?

Había entrado en el jardín botánico, completamente en flor, siendo Clea Freeman. Y había salido siendo Clea Mardling, una mujer casada, que iría a vivir con su marido, abandonando su casa... ¿Por qué no había pensado en esas cosas antes? ¿Por qué tenía que darle vueltas a todo eso en aquellos momentos?

—Tranquila —afirmó Jack, abrazándola contra él—. Todo esto terminará pronto y podremos irnos a casa. Estaremos los dos solos por fin.

Aquella idea la hizo parpadear y volverse hacia él, aún entre sus brazos.

—Vamos a poder estar a solas todo lo que queramos a partir de ahora.

—Desde luego. Eres mi mujer. ¿Quién va a atreverse a apartarme de ti?

—¿Tal vez alguien como Jean Paul? —sugirió Clea, jugando con el cuello de la chaqueta de Jack, al mismo tiempo que alzaba la vista, fingiendo inocencia.

—¿Pretendes poner celoso a tu marido? —Le preguntó Jack, entrelazando las manos en la cintura de ella.

—Podría ser. O, tal vez, busque que mi marido no aparte los ojos nunca de mí, por lo que pueda pasar.

—Eso nunca va a pasar.

Pero, cuando Jack se inclinó hacia ella, con toda la intención de besarla, recordó que estaban completamente rodeados de invitados y sería todo un espectáculo que la besara como realmente estaba deseando hacerlo.

—¿Qué tal si empezamos a despedirnos ya? —sugirió—. Me gustaría iniciar cuanto antes nuestra noche de bodas.

—Me parece una buena idea —convino Clea, dirigiéndole una pícaro sonrisa.

Y, en el menor tiempo posible, los novios se despidieron de invitados y familiares, esperando llegar a casa de Jack cuanto antes y romper de una buena vez los cinco meses que llevaban sin tocarse.

CAPÍTULO 64

En cuanto ambos estuvieron montados en el carruaje de caballos, que estaba dispuesto para llevarlos a casa de Jack, él no pudo contenerse y mantener las manos lejos de Clea, así que, aprovechando el pequeño espacio, Jack la colocó lo más cerca de él que el vehículo le permitió.

—No deberíamos hacer nada aquí. El cochero podría oírnos —susurró Clea, siendo esas palabras toda la resistencia que opuso contra él.

—Si no hacemos ruido, no debería enterarse —afirmó Jack, tratando de llevar sus manos bajo el vestido.

La necesitaba ya, después de tanto tiempo separados. Era como una necesidad que no se apagaba nunca. Clea debería saber bien lo que era eso. Después de todo, ella afirmaba sentir lo mismo.

—Sabes que me es imposible no hacer ruido —susurró su joven esposa contra sus labios.

Y aquella respuesta, que tendría que ser suficiente para apartarlo, tuvo en él todo el efecto contrario.

Siseó, recordando perfectamente cómo era ella en sus encuentros, en como cambiaba su expresión, en la forma en la que su cuerpo temblaba y se arqueaba, los suspiros, los gemidos, la manera en la que Clea lo miraba cuando entraba en ella y como removía la cabeza contra las almohadas cuando el placer eliminaba sus inhibiciones...

—No me ayuda que hables de eso —le informó Jack, tratando de acercarla un poco más.

—Deberías recordarlo por ti mismo —le soltó ella, dirigiéndole una sonrisa pícaro.

Le encantaba ver como Jack parecía tan necesitado de ella, que la buscara sin descanso y no pudiera esperar para desnudarla. La hacía sentirse querida y poderosa al mismo tiempo.

Pero, a pesar de lo mucho que ella deseara lo mismo, tuvo que colocar sus manos sobre el pecho de él para detenerlo.

—¿Qué pasa? —Le preguntó Jack— ¿Es que no quieres? —quiso saber, pareciendo sorprendido y asustado por partes iguales.

—No. Es que acabamos de llegar —puntualizó Clea, haciendo que Jack fuera consciente de que el coche se había detenido.

—No escaparás tan fácilmente —afirmó Jack, dándole un beso rápido y dejando que Clea se alejara de él, aunque solo fuera por unos minutos.

Sam fue el encargado de abrirles las puertas del coche, agradeciendo que no hubiera llegado muy lejos con Clea o habría dejado a su reciente esposa al aire delante de la servidumbre.

—Bienvenidos —les saludó el hombre, ayudándoles a bajar.

Sam no solía hablar mucho ni trataba como se esperaría a su señor. Quedaba claro que el hecho de saber que tenía a una nueva señora en casa le ponía algo nervioso.

—Tienes a gente muy amable trabajando aquí —comentó ella.

Pero Jack no estaba en aquellos momentos para mostrarse simpático con nadie.

Cogiendo la mano de Clea, pasó junto a Sophie, pues la mujer había acudido a recibirles, y le dio una orden clara de que nadie les molestara, subiendo a su dormitorio con urgencia.

Clea no pudo evitar reírse cuando se vio conducida al cuarto con tanta prisa, al mismo tiempo que Jack se aseguraba que la puerta de la habitación estuviera cerrada con llave.

—Creo que no recuerdo haberte visto tan ansioso nunca —comentó la joven, viendo como Jack se dirigía hacia ella.

—Eso es porque no había estado cinco meses sin poder tocarte —afirmó él a su vez, colocando las manos en torno a la cintura de ella, atrayéndola hacía su cuerpo.

—Entonces... ¿vamos a disfrutar ya de nuestra noche de bodas? —Preguntó Clea, jugueteando nuevamente con el cuello de la chaqueta

de Jack.

—Oh. Vamos a hacer mucho más que disfrutar —afirmó él, inclinándose hacia sus labios.

Clea no pudo evitar sonreír, pero alzó la cabeza hacía él para que se produjera el contacto cuanto antes.

Siempre era una sensación única, nueva, electrizante.... Sacudía su ser y, al mismo tiempo, lo buscaba para tener más.

Al menos, hasta que notó como Jack trataba de hacer sus ropas a un lado sin mucho éxito.

—¡Demonios! —maldijo él, haciéndose hacia atrás para observar aquel traje que se interponía entre ellos.—¿Cómo se quita esto? Seguro que es un traje que ha elegido tu hermana.

Clea no pudo evitar reírse en un primer momento. Después de todo, le encantaba ver a Jack tan necesitado de ella.

—Esto es algo más complicado que cuando posaba desnuda para ti, ¿verdad? —comentó ella, tratando de ayudarle a deshacerse de todas las capas que la envolvían.

—Desde luego. Tendrías que ir sin ropa por la casa —afirmó Jack, concentrado en la tarea de abrir el corsé del vestido a como diera lugar.

—¿Seguro que quieres arriesgarte a que tus trabajadores me vieran de ese modo? Aunque todos parecen haber visto el cuadro de tu estudio —comentó Clea, sintiéndose algo más libre conforme las capas iban desapareciendo una tras otra.

Jack alzó la vista hacía ella, como analizando esas palabras, y, alzando el camisón que Clea llevaba bajo el vestido, deshaciéndose de su ropa interior, dejándola desnuda para él, negó con la cabeza.

—Por supuesto que no permitiría que nadie más te viera. Te mantendría encerrada en nuestro cuarto, siempre desnuda, siempre esperándome. Eternamente.

—¿Solo yo permanecería allí? —Preguntó Clea, rodeando el cuello de Jack con sus brazos, dirigiéndole una mirada inocente, mientras él

trataba de liberar su cabello de las subjecciones en las que había permanecido todo el día, queriendo sentir aquellos mechones entre sus dedos.

—Créeme, cariño. Si no fuera porque tendremos que vivir de algo, yo permanecería contigo aquí.

Y Clea no pudo evitar reír mientras Jack se inclinaba hacia ella, más que dispuesto para iniciar cuanto antes su noche de bodas, haciendo que ambos se sintieran temblar cuando sus labios volvieron a encontrarse, suspirando sin remedio, como si hubieran permanecido sedientos y ese beso fuera todo lo que necesitaran, como si las pieles sobraran, solo queriendo llegar hasta el corazón del otro en aquella noche.

La primera noche del resto de sus vidas.

AGRADECIMIENTOS

Para empezar, tengo que darles mis más enormes agradecimientos a todos aquellos que le dieron una oportunidad a “Volver a Encontrarnos” y que seguís aquí, queriendo continuar con la historia y saber aún más de todos los personajes que rodean a esta familia y sus conocidos en esta nueva entrega de la saga.

Sin vuestros ánimos, seguramente me habría venido abajo en más de una ocasión, ya que siempre es un pequeño empujón por la espalda hacia adelante ver que a los demás les gusta tu trabajo y quieren saber aún más, que están esperando por el siguiente libro y preguntan cuándo va a llegar para poder tenerlo entre sus manos.

Eso me lleva hasta la primera persona que ha estado ahí. Tengo que agradecer a Beatriz Martínez Cádiz por todo su apoyo continuo a esta saga, ya que es mi lectora cero y es quién me dice mis errores para que pueda mejorar, así como a su familia, que acogieron con tanto cariño a Lisa y Adrien. Ya sabes que te considero como mi hermana mayor, así que ibas a aparecer en este apartado sí o sí. “Volver a Encontrarnos” no hubiera llegado a una editorial si no me hubieras asegurado que era lo bastante buena como para ello.

También tengo que darle mis más sinceras “gracias” a Fuensanta Martín Mollá. Estaba contigo cuando “Volver a Encontrarnos” fue aceptada por una editorial y también cuando esta segunda parte tuvo el visto bueno para seguir a su hermana mayor. Al parecer, me das buena suerte. Voy a tener que vivir a tu lado a partir de ahora. Con suerte, nos toca la lotería o algo. Pero, en serio, gracias por ilusionarte conmigo cada vez que sabía de algún nuevo avance de las novelas. Eso ha sido importante para mí, sobre todo porque me cuesta demostrar demasiada emoción.

Y, aunque mi familia nunca ha sido demasiado lectora, tengo que agradecer a mi madre que haya estado hablando de mi primera

novela a toda persona con la que se haya cruzado, haciéndome publicidad. Aunque tuviera que llevar los datos apuntados en una hoja en su bolso para que no se le olvidara ningún detalle que decirle a la gente y así pudieran encontrarla. Me ha hecho una campaña de marketing que ni la mejor agencia del planeta.